

franz kafka

el proceso



Una mañana cualquiera, Josef K., joven empleado de un banco, se despierta en la pensión donde reside con la extraña visita de unos hombres que le comunican que está detenido —aunque por el momento seguirá libre—. Le informan de que se ha iniciado un proceso contra él, y le aseguran que conocerá los cargos a su debido tiempo. Así comienza una de las más memorables y enigmáticas pesadillas jamás escritas. Para el protagonista, Josef K., el proceso laberíntico en el que inesperadamente se ve inmerso supone una toma de conciencia de sí mismo, un despertar que le obliga a reflexionar sobre su propia existencia, sobre la pérdida de la inocencia y la aparición de la muerte. La lectura de *El proceso* produce cierto «*horror vacui*» pues nos sumerge en una existencia absurda, en el filo de la navaja entre la vida y la nada.



Franz Kafka

El proceso

ePub r2.5

Titivillus 17.02.2021

Título original: *Der Prozess*
Franz Kafka, 1925
Traducción: María José de Chipotea

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Prólogo

Toda esta escritura no es otra
cosa que la bandera de Robinson
en el punto más alto de la isla.

FRANZ KAFKA

Mijail Bajtin escribió en su Estética y Teoría de la Novela: «El objeto principal del género novelístico, ese que lo especifica, ese que crea su originalidad estilística, es el hombre que habla y su palabra». Difícilmente una aserción de ámbito general como es esta podría encontrar una expresión tan exacta como la que se aprecia en el caso humano y literario de Franz Kafka. Contrariando a ciertos teóricos que, no exentos de razón, se sublevan contra la tendencia «romántica» de buscar en la existencia de un escritor las señales de paso de lo vivido sobre lo escrito, lo que, supuestamente, sería la explicación definitiva de la obra, Kafka no esconde en ningún momento (y parece empeñarse en que se note) el cuadro de factores que determinaron su dramática vida de hombre y, consecuentemente, su trabajo de escritor: el conflicto con el padre, la falta de entendimiento con la comunidad judaica, la imposibilidad de dejar la vida de celibato por el matrimonio, la enfermedad. La obligada brevedad de este prólogo no me permite el análisis (que, ay de mí, sería siempre menos que sumario) de los tres últimos elementos y de su relación directa o indirecta con El proceso. Pienso, con todo, que el primer factor, es decir, el antagonismo nunca superado que opuso padre a hijo e hijo a padre, es lo que constituye la viga maestra de toda la obra kafkiana, derivando de ella como las ramas de un árbol derivan del tronco principal, el profundo desasosiego íntimo que lo condujo a la deriva metafísica, la visión de un mundo agonizando por el absurdo, la mistificación de la conciencia.

La primera referencia a El proceso se encuentra en los Diarios, fue escrita el 29 de junio de 1914 (el día anterior se desencadenó la guerra) y comienza con las siguientes palabras: «Una noche, Josef K., hijo de un rico comerciante, después de una gran pelea que había mantenido con su padre...». Sabemos que no es así como comenzará la novela, pero el nombre del personaje principal —Josef K.— ya quedó anunciado, así como en tres rápidas líneas del cuento La metamorfosis, escrito casi dos años antes, ya se anunciaba lo que vendría a ser el núcleo temático central de El proceso. Cuando, transformado de la noche a la mañana, sin ninguna explicación del narrador, en un bicharraco repugnante, mezcla de escarabajo y cucaracha, se queja de los sufrimientos inmerecidos que recaen sobre el viajante de comercio en general y sobre él mismo en particular, Gregorio Samsa se expresa de una manera que no

deja margen a la duda: «... muchas veces es víctima de una simple murmuración, de una casualidad, de una reclamación gratuita, y le es absolutamente imposible defenderse, puesto que ni siquiera sabe de qué le acusan». Todo El proceso está contenido en estas palabras. Es cierto que el «padre, rico comerciante», desapareció de la historia, que la madre sólo es mencionada en dos de los capítulos inacabados, y aun así fugazmente y sin caridad filial, pero no me parece un exceso temerario, salvo si estoy demasiado equivocado sobre las intenciones del autor Kafka, imaginar que la omnipotente y amenazadora autoridad paterna habrá sido, en la estrategia de la ficción, transferida hacia las alturas inaccesibles de la Ley Última, esa que, sin necesidad de enunciar una culpa concreta y tipificada en los códigos, será siempre implacable en la aplicación del castigo. El angustiante y al mismo tiempo grotesco episodio de la agresión ejecutada por el padre de Gregorio Samsa para expulsar al hijo de la sala familiar, tirándole manzanas hasta que una se le incrusta en el caparazón, describe una agonía sin nombre, la muerte de cualquier esperanza de comunicación. Pocas páginas antes, el escarabajo Gregorio Samsa había articulado penosamente las últimas palabras que su boca de insecto todavía fue capaz de pronunciar: «Madre, madre». Después, como una primera muerte, entró en la mudez de un silencio voluntario si no obligado por su irremediable animalidad, como quien ha tenido que resignarse definitivamente a no tener padre, madre y hermana en el mundo de las cucarachas. Cuando por fin la sirvienta barre la carcasa reseca a que Gregorio Samsa acabará reducido, su ausencia, de ahí en adelante, sólo servirá para confirmar el olvido a que los suyos ya lo habían relegado. En una carta del 28 de agosto de 1913, Kafka escribirá: «Vivo en medio de mi familia, entre las mejores y amorosas personas que se puede imaginar, como alguien más extraño que un extraño. Con mi madre, en los últimos años, no he hablado, de media, más que veinte palabras por día, con mi padre jamás intercambié otras palabras que las de saludo». Será necesario estar muy desatento a la lectura para no percibir la dolorosa y amarga ironía contenida en las propias palabras («entre las mejores y más amorosas personas que se puede imaginar»), que parecen estar negándola. Desatención igual, creo, sería no atribuir importancia especial al hecho de que Kafka propusiera a su editor, el 4 de abril de 1913, que los relatos El fogonero (primer capítulo de la novela América), La metamorfosis y La condena fuesen reunidos en único volumen con el título de Los hijos (lo que sólo muy recientemente, en 1989, vendría a suceder). En El fogonero «el hijo» es expulsado por los padres por haber ofendido la honra de la familia al dejar embarazada a una sirvienta, en La condena «el hijo» es sentenciado por el padre a morir ahogado, en La metamorfosis «el hijo» dejó simplemente de existir, su lugar fue ocupado por un insecto.

Más que la Carta al padre, escrita en noviembre de 1919, que nunca sería entregada al destinatario, son estos relatos, según entiendo, y en particular La condena y La metamorfosis, que precisamente por ser transposiciones literarias donde el juego de mostrar y de esconder funciona como un espejo de ambigüedades y

reversos, lo que nos ofrecen con más precisión la dimensión de la herida incurable que el conflicto con el padre abrió en el espíritu de Franz Kafka. La Carta asume, por decirlo así, la forma y el tono de un libelo acusatorio, se propone como un ajuste de cuentas final, es un balance entre el debe y el haber de dos existencias enfrentadas, de dos mutuas repugnancias, por eso no se puede rechazar la posibilidad de que se encuentren en ella exageraciones y deformaciones de los hechos reales, sobre todo cuando Kafka, al final de la carta, pasa súbitamente a usar la voz del padre para acusarse a sí mismo... En *El proceso*, Kafka pudo deshacerse por fin de la figura paterna, objetivamente considerada, pero no de su ley. Y tal como en *La condena* el hijo se suicida porque así lo había determinado la ley del padre, en *El proceso* es el propio acusado Josef K. quien acabará conduciendo a sus verdugos al lugar donde será asesinado y quien, en los últimos instantes, cuando la sombra de la muerte se aproxima, todavía tendrá tiempo para pensar, como un último remordimiento, que no había sabido desempeñar su papel hasta el fin, que no había conseguido ahorrar trabajo a las autoridades... Es decir, al Padre.

José Saramago

CAPÍTULO I

EL ARRESTO DE K.- CONVERSACIÓN CON LA SEÑORA GRUBACH; MÁS TARDE, CON LA SEÑORITA BÜRSTNER

Seguramente habían calumniado a Joseph K., pues, sin que nada malo hubiera hecho, fue detenido una mañana. La cocinera de su patrona, señora Grubach, que todos los días a las ocho le llevaba el desayuno, no se presentó aquella mañana. Nunca había ocurrido eso. K. aguardó todavía un rato; recostado, desde la almohada fijó su atención en la anciana que vivía enfrente de su casa y que lo observaba con una curiosidad nada habitual; después, sorprendido y a un tiempo hambriento, hizo sonar la campanilla. En ese instante llamaron a la puerta y entró en el dormitorio un hombre al que nunca había visto en la casa. Era un personaje esbelto, de constitución robusta; llevaba un traje negro, ajustado al cuerpo, con cinturón y con acopio de toda clase de pliegues, bolsillos, hebillas y botones, todo lo cual daba a su vestimenta una apariencia particularmente práctica, sin que se pudiese comprender con exactitud, sin embargo, para qué serviría todo aquello.

—¿Quién es usted? —preguntó K., incorporándose en su cama.

El hombre hizo caso omiso de la pregunta, como si fuese completamente natural que se le utilizase al venir, y se contentó con preguntar por su lado:

—¿Ha llamado usted?

—Anna debe traerme el desayuno —dijo K., tanteando con disimulo, para ver quién podía ser aquel hombre. El otro no se detuvo a dejarse observar, sino que volvió hacia la puerta para decir a alguien que parecía encontrarse justo detrás;

—¡Quiere que Anna le traiga el desayuno!

En la pieza vecina dejaron oír una leve risa. De acuerdo con el ruido, podía presumirse que estaban allí varias personas. Aunque el extraño no hubiera podido interpretar por esa risa lo que no sabía de antemano, dijo a K. en tono de orden:

—No es posible.

—¡Qué raro! —exclamó K., abandonando la cama para ponerse el pantalón—. Vamos a ver qué clase de gente es la que está en la pieza de al lado y cómo me explicará la señora Grubach el haber tolerado que se me venga a importunar de esta manera.

De inmediato pensó que no debió haber dicho aquello en voz alta, porque al hacerlo daba la impresión de reconocer, en cierto modo, el derecho del extraño a

fiscalizarlo, pero no le dio más importancia por el momento. El otro, sin embargo, no podía dejar de entenderlo; así pues, le dijo:

—¿No preferiría quedarse aquí?

—No, no quiero quedarme aquí ni que usted me dirija la palabra sin antes haberse presentado.

—Lo hacía con buena intención —dijo el extraño, y abrió la puerta espontáneamente.

La habitación contigua, en la que K. entró no con tanta rapidez como hubiese querido, presentaba por lo pronto el mismo aspecto que el día anterior. Se trataba del salón de la señora Grubach. Tal vez ahora, colmado de los mismos muebles, alfombras, encajes, porcelanas y fotografías, daba la sensación de que gozaba de algo más de espacio, pero uno no lo advertía al entrar; mucho menos debido a que la más notoria diferencia consistía en que, junto a la ventana abierta, había un hombre hojeando un libro, del cual levantó la mirada al notar la presencia de Joseph K.

—Debió usted haberse quedado en su habitación. Y, pues, ¿no se lo ha dicho Franz?

—Dígame, quisiera saber claramente qué desean ustedes —dijo K., desviando la vista puesta en el recién conocido, para mirar, hacia la entrada, al que acababa de nombrar Franz, y volver a mirar, luego en dirección al otro.

Por la ventana abierta se alcanzaba a ver a la anciana que permanecía instalada en la suya, justo enfrente, con verdadera curiosidad senil, dispuesta a no perderse nada de lo que iba a suceder.

—A pesar de todo es necesario que venga la señora Grubach —añadió K., e hizo un movimiento para esquivar a los dos hombres que, sin embargo, se encontraban lejos de él, e intentó seguir adelante

—No —dijo el que estaba junto a la ventana, mientras que tiraba el libro sobre una mesita y se ponía de pie—; no le asiste el derecho de salir: está detenido.

—Todo me dice que así es —dijo K., y añadió enseguida—, y ¿por qué?

—No estamos aquí para decírselo. Regrese a su habitación y espere. El proceso ya está en curso; usted se enterará de todo en su oportunidad. Estoy excediéndome en mis funciones al hablarle con tantos miramientos. Espero que nadie me haya oído a excepción de Franz, que también trata a usted con cierta amistad, transgrediendo todas las reglas. Si continúa usted teniendo en lo sucesivo tanta suerte como con sus guardianes puede abrigar buenas esperanzas.

K. deseaba sentarse, pero se dio cuenta de que en toda la habitación no había otro asiento, excepto aquella silla colocada junto a la ventana.

—Ya comprobará usted más tarde que todo cuanto le decimos es la pura verdad —dijo Franz, al tiempo que avanzaba hacia él seguido de su compañero.

K. se sintió muy sorprendido, especialmente por la actitud de este último, el cual le dio varias palmaditas en la espalda. Los dos observaron su camisa de noche, declarando que haría bien en ponerse otra más corriente, pero que ellos habrían de

velar con sumo cuidado acerca de aquella camisa así como de la demás ropa interior, devolviéndosela si su caso terminaba bien.

—Vale más —le dijeron— que nos confíe sus efectos a fin de guardárselos, pues en el depósito a menudo se cometen fraudes y, aparte de eso, venden todo después de un plazo determinado, sin que nadie se preocupe de si el proceso terminó. Así es pues; no se sabe nunca lo que pueden durar casos de esta índole, sobre todo en estos últimos tiempos. En resumidas cuentas, en el depósito le reintegrarían el dinero obtenido por la venta, que no sería mucho ya que no es el monto de la oferta lo que decide; sino que está de por medio la gratificación; y, luego, la experiencia demuestra ampliamente que, con los años, dichas sumas se reducen siempre al pasar de una a otra mano.

K. prestó poca atención a esas razones; no daba mucha importancia al derecho que aún podía tener sobre su ropa interior. Para él era de más urgencia esclarecer su situación; pero, delante de aquellos individuos, no se sentía capaz ni siquiera de reflexionar. El vientre del segundo agente —indudablemente, no podían ser sino agentes— se apretaba cada vez con más familiaridad contra él; sin embargo, cuando levantaba los ojos hacia ese hombre descubría una cabeza enjuta y huesuda, con una nariz al frente, grande y torcida que no concordaba con ese cuerpo grueso, sino más bien con la figura del otro agente. ¿Qué clase de hombres eran estos?, ¿de qué hablaban?, ¿a qué sección pertenecían? Con todo, ¡K. vivía en un Estado constitucional! La paz reinaba en todas partes. Se respetaban las leyes. ¿Quién osaba caerle encima en su propia casa? Siempre solía aceptar todo de la mejor manera posible, nunca prejuizgaba lo peor, ni tomaba precauciones para lo futuro, incluso cuando todo se tornaba amenazante. Tal actitud no le parecía razonable en este caso; sin duda se trataba de una broma, una broma burda, que intencionalmente había sido organizada por sus colegas del Banco, por razones que él ignoraba; pudiera ser porque en esa fecha cumplía treinta años de nacido. Era posible, evidentemente. Quizá no tendría más que estallar de risa para que sus presuntos guardianes también lo hicieran; quizás estos célebres guardianes no eran otros que los comisionistas de la esquina; de todos modos, se les parecían. Y, sin embargo, a partir del momento en que vio a Franz, decidió no ceder en la más mínima ventaja que pudiese tener sobre esa gente. Si luego se llegaba a decir que no había entendido la broma, qué más daba, no veía en ello ningún riesgo; sin ser una de esas personas que siempre sacan partido de la experiencia, recordaba algunos casos en los que, habiéndose comportado de manera imprudente, a diferencia de sus amigos, y sin preocuparse de las posibles consecuencias, se había visto castigado por los acontecimientos. Eso no se repetiría, por lo menos en esta ocasión. Si se trataba de una comedia, él también iba a representarla.

Por ahora, aún estaba libre.

—Permítanme —dijo, deslizándose entre sus guardianes, y entró rápidamente en su aposento.

—Parece razonable —oyó que decían detrás suyo.

En cuanto estuvo en su habitación, abrió con muchos bríos los cajones de su escritorio; todo se hallaba en perfecto orden; mas, la alteración le impedía dar con los documentos personales que buscaba. Al fin encontró su licencia de ciclista. Se preparaba a presentarla al agente cuando cambió de parecer por considerarla insuficiente; siguió buscando hasta que atinó con su partida de nacimiento. Al regresar a la habitación contigua, precisamente, se abrió la puerta de enfrente, por la que se disponía a entrar la señora Grubach, a la que sólo pudo ver un instante, pues, en cuanto ella lo hubo reconocido, se excusó, notoriamente turbada, y desapareció cerrando tras sí la puerta con las mayores precauciones.

—Pase usted... —fue todo lo que K. alcanzó a decirle.

Sin apartar la vista de la puerta, que ya no volvió a abrirse, K. permanecía inmóvil en medio de la habitación, con sus papeles en la mano. La voz de los guardianes, llamándole, lo hizo sobresaltar. Se hallaban, ahora, sentados a una mesa junto a la ventana, dispuestos a tomarse el desayuno que le pertenecía.

—Ella, ¿por qué no ha entrado? —preguntó K.

—No tiene el derecho —dijo el más corpulento de los agentes—. Ya sabe usted que está detenido.

—Luego, ¿por qué habría de estar detenido?, y, para colmo, ¿de esta manera?

—¡Toma! Ya vuelve usted a empezar —dijo el inspector, introduciendo un panecillo en el jarrito de la miel—. No hemos de responder a tales preguntas.

—Ya se verá si no están obligados a responder a ellas —replicó K.— Aquí están mis documentos de identidad; ahora, muéstrenme los suyos, en especial la orden de detención.

—¡Oh, Dios; oh, Dios! —exclamó el agente—. ¡Cómo es de testarudo para entrar en razón! Se diría que se empeña en irritarnos inútilmente, sí, a nosotros, que sin duda ahora somos quienes más le quieren bien.

—Ya que se le dice... —trató de explicar Franz, y en vez de llevarse a los labios la taza de café que sostenía en la mano, lanzó una larga mirada hacia K., tal vez muy significativa, pero en absoluto comprensible para él.

A ello siguió un prolongado diálogo de miradas, pese a lo cual K. se decidió a exhibir sus papeles, diciendo:

—Aquí tienen mis documentos de identidad.

—¿Qué quiere usted que hagamos de ellos? —dijo, alzando la voz, el agente corpulento—. Se comporta usted peor que un niño. ¿Qué es lo que quiere?, ¿se imagina que ha de acelerar el curso de este dichoso proceso discutiendo con nosotros, sus guardianes, acerca de su orden de detención y de sus papeles de identidad? Únicamente somos empleados subalternos; casi nada entendemos de papeles de identidad y no tenemos nada más que hacer sino permanecer en guardia junto a usted las diez horas del día y, luego, percibir nuestro sueldo. Es todo; sin embargo, ello no es obstáculo para saber que las autoridades que nos utilizan se informan con mucha

minuciosidad sobre las causas de la detención antes de extender la orden. Ahí no se encierra ningún error. Las autoridades, a las cuales representamos y a las que aún no conozco más que en los grados inferiores, no son de aquellas que van tras los delitos de las masas, pero sí de la que, conforme la ley lo dice, son «atraídas», puestas en obra, por el delito; entonces es cuando nos envían, en calidad de guardianes. He ahí la ley. ¿Hay en ello error?

—No conozco en absoluto esa ley —dijo K.

—Le pesará —afirmó el agente.

—No hay duda de que esa ley sólo existe en la mente de ustedes —respondió K.

Se empeñaba en descubrir la manera de sondear el pensamiento de sus guardianes e inclinarlo a su favor o manejarlo por completo.

El guardián se escapó por la tangente, conminando:

—Cuando vea de cerca esta ley sentirá su rigor...

Franz se inmiscuyó:

—Lo ves, Willem —dijo—: Acepta que ignora la ley y, a un tiempo, asegura que él no tiene culpa.

—Tienes toda la razón; no hay nada qué hacer para que comprenda —dijo el otro.

K. no respondió. Pensaba: «¿Me dejaré inquietar por las habladerías de estos subalternos, ya que ellos mismos reconocen que no son más que eso? En todo caso, hablan de temas que desconocen enteramente. Su seguridad no tiene otra explicación que su estupidez. Un cambio de palabras con un representante de la ley, de una categoría semejante a la mía, será suficiente para esclarecer la situación, mucho más que si escucho los interminables discursos de esta pobre gente».

En pocos momentos paseó por el espacio disponible de la pieza, y vio a la anciana de enfrente, que había atraído hasta la ventana a un hombre, todavía más viejo que ella, al cual sostenía asido por la cintura.

K. sintió que era ya necesario poner fin a esa farsa; y dijo:

—Condúzcanme a su superior.

—Cuando él lo solicite; antes, no —contestó el agente, al cual el otro había nombrado Willem—. Y le aconsejo, ahora —añadió—, regresar a su habitación y esperar allí, tranquilamente, lo que decidan hacer con usted. No se deje consumir, atormentándose inútilmente; tómelo como una sugerencia; conserve más bien sus energías, porque necesitará mucho de ellas. No nos ha dado usted el trato que merecía nuestra presencia; olvidó que, no importa quiénes seamos, al menos ahora somos representantes de los hombres libres, y no es tan despreciable esta superioridad nuestra. A pesar de todo, estamos prontos, si es que usted tiene dinero, a ordenar que le traigan un desayuno del café de enfrente.

K. no respondió al ofrecimiento. Por unos instantes permaneció inmóvil, en silencio. ¿Y si intentase abrir la puerta de la pieza de al lado o la del vestíbulo?, ¿acaso se lo impedirían los guardianes?, ¿valdría más, tal vez, empeorar todo al máximo? Eso pudiera ser la piedra angular del caso. Pero, de hacerlo, tal vez los

agentes se le echasen encima, y entonces la superioridad que de alguna manera conservaba sobre ellos podría irse a pique. Así pues, prefirió esperar la solución menos incierta, en la que desembocaría el curso natural de los acontecimientos. Regresó entonces a su habitación, sin pronunciar una sola palabra más.

Tendióse a lo largo de la cama y tomó del tocador una apetitosa manzana que había dejado allí la víspera, para la hora del desayuno. Era lo único que le quedaba; al primer mordisco que le hubo dado, se convenció de que era preferible a la pócima que aquellos agentes, como de favor, pudieran hacerle traer de cualquier asqueroso cafetuchito noctámbulo. Se sentía bien dispuesto y confiado. Esta mañana fallaría, claro está, en su Banco; pero, dado el puesto relativamente elevado que ocupaba era seguro que le excusarían sin dificultad. ¿Debería apoyarse en la verdadera causa? Así pensaba hacerlo. Si no quisieran creerle, lo cual sería muy natural, tomaría como testigo a la señora Grubach o bien a los dos ancianos que estaban apostados en la ventana que daba frente a su habitación.

A K. le sorprendió mucho que, dada la posición de sus guardianes, lo hubieran despachado y lo dejaran solo en su cuarto, donde tanta facilidad tenía para suicidarse. Pero, al mismo tiempo, se preguntaba si, desde su propio ángulo de visión le asistía alguna razón para hacerlo. En absoluto podía ser así por el sólo hecho de que dos desconocidos estuvieran consumiendo su desayuno en la pieza vecina. Si matarse resultaba insensato, hubiera considerado igualmente estúpido intentarlo siquiera, tanto que jamás se hubiese decidido. De no ser sus guardianes personas tan notoriamente cortas de alcances, bien habría podido suponerse que, por esa misma razón, ellos no veían ningún riesgo al dejarlo solo. Podían observarlo, si así lo deseaban. Lo verían ir en busca de una botella de aguardiente añejo, que guardaba en lo más recóndito del armario de pared; asimismo, servirse un vaso para suplir el desayuno, y otro más para infundirse valor; pero sólo en previsión del improbable caso de que requiera de ese valor.

En ese preciso instante, al oírse llamar desde la habitación vecina, se sobresaltó de tal manera que el vaso chocó contra sus dientes.

—El inspector lo llama —oyó que le decían.

Si se atemorizó tanto fue sólo por el grito, ese grito breve, seco, como una orden militar, del cual nunca hubiera creído que fuese capaz el agente Franz. Por lo que respecta a la orden en sí, le complació mucho.

—¡Por fin! —exclamó, con tono de alivio, cerrando rápidamente con llave la pequeña alacena y apresurándose a entrar en la pieza vecina. Allí se encontraban los dos agentes, los mismos que lo volvieron a despachar de inmediato a su habitación, como si fuese muy natural.

—Pero ¡qué ideas! —decían a voz en cuello—. ¿Pretende presentarse en camisa ante el inspector? Le daría a usted una paliza y a nosotros otra por lo mismo.

—¡Al diablo!, ¡déjenme tranquilo! —exclamó K. dirigiéndose de nuevo a su armario—; ¡cuando se me viene a sorprender estando en la cama, nadie puede esperar

encontrarme en traje de baile!

—Ahí, sí, nada podemos hacer —dijeron aquellos agentes, los cuales se entristecían cada vez que K. levantaba la voz, en tanto que él quedaba confundido o entraba en razón.

—¡Ridículas ceremonias! —murmuró entre dientes.

Sin embargo, ya había cogido una chaqueta del respaldo de una silla, y la mantuvo un momento suspendida sometiéndola al juicio de los guardianes. Estos desaprobaron, moviendo la cabeza.

—Es necesario un traje negro —dijeron.

Al oír eso, K. tiró al suelo la chaqueta y, a lo tonto, dijo:

—¡Vaya!, ¡tampoco es el gran debate!

Los inspectores, a pesar de ponerse a sonreír, sostuvieron:

—Es necesario un traje negro.

—Si eso ha de servir para acelerar los acontecimientos, acepto —declaró K., poniéndose a buscar en el armario, por largo rato, entre sus numerosos trajes.

Eligió uno negro: el mejor de todos: un chaqué cuyo excelente corte había sido sensacional para sus conocidos; asimismo, escogió una impecable camisa, y comenzó a vestirse cuidadosamente. Para sus adentros, se decía que al propiciar el olvido de los agentes a obligarle a tomar un baño, había acelerado la marcha. Los observó, para ver si no iban ya a recordarle que era menester hacerlo; pero, por supuesto, a esa gente no se le podía ocurrir aquello; en cambio, a Willem no se le pasó por alto el enviar a Franz donde el inspector para anunciarle que K. se vestía.

Cuando estuvo del todo vestido, hubo de cruzar la pieza vecina seguido de cerca por Willem. La puerta se encontraba abierta de par en par. Dicha habitación estaba ocupada, K. lo sabía, por la señorita Bürstner, taquimecanógrafa, la cual se marchaba muy temprano a su trabajo para no regresar sino hasta muy tarde. K. sólo había intercambiado con ella algunas palabras de saludo al pasar. La mesita de noche, que habitualmente figuraba junto a la cama, había sido empujada hasta el centro de la habitación, para que sirviera de escritorio al inspector, quien se mantenía sentado detrás de ella. Había cruzado las piernas y apoyaba un brazo en el respaldo de la silla.

En un ángulo de la habitación, tres jóvenes miraban fotografías de la señorita Bürstner, sujetas a una esterilla colgada de la pared. De la manija de la ventana abierta pendía una blusa blanca. Enfrente, los dos ancianos habían acudido a observar; permanecían inclinados en el pretil, pero su grupo había aumentado, pues detrás de ellos se encontraba ahora un hombre que les llevaba medio cuerpo de altura, con la camisa abierta, dejando ver el pecho, y que retorció su rojizo bigote.

—¡Joseph K.! —llamó el inspector, seguramente con la simple intención de atraer hacia él la mirada entretenida del inculpado.

K. hizo una inclinación de cabeza.

—¿Está usted, sin duda, sorprendido por los acontecimientos de esta mañana? —interrogó el inspector, cambiando de lugar con ambas manos algunos de los objetos

que estaban en la mesita de noche, esto es: una vela, una caja de cerillas, un libro y un costurero, como si fueran objetos de los cuales tuviera necesidad para el debate.

—Indudablemente —afirmó K., alegrándose de estar ante un hombre razonable y de poder tratar su asunto con él—; sorprendido sin duda, pero no diría que muy sorprendido.

—¿No muy sorprendido? —preguntó el inspector, desplazando la vela al centro de la mesita y juntando las demás cosas en derredor.

—Usted se confunde en lo tocante al sentido de mis palabras —se apresuró K. a explicar—. Quiero decir... —pero aquí se detuvo para buscar dónde sentarse—. ¿Me puedo sentar, verdad? —preguntó.

—No es la costumbre —contestó el inspector.

—Quiero decir —repitió K., ya sin interrumpirse— que, a pesar de estar sorprendido, como sea que desde hace treinta años voy por el mundo, habiendo tenido que abrirme camino yo solo, estoy algo inmunizado contra las sorpresas, y ya no las tomo a lo trágico, especialmente la de hoy.

—¿Por qué especialmente la de hoy?

—No quiero decir que considero este embrollo como una broma; creo que todo el aparato desplegado es demasiado importante para ello. Si se tratase de una farsa, sería necesario que cuantos habitan en esta pensión estuviesen comprometidos en ella, incluso usted. Eso iría más allá de los límites de una broma. Así pues, no quiero decir que lo sea.

—¡Exactamente! —dijo el inspector, mientras contaba las cerillas de la caja.

—Pero, por otra parte —continuó K., dirigiéndose a todos los que allí estaban inclusive le hubiera gustado mucho que los tres apasionados por la fotografía se volvieran hacia él para escuchar también, por otra parte, el caso no ha de ser de gran importancia—. Lo deduzco por el hecho de que soy el acusado, sin que llegue a encontrar la menor falta que me pueda ser reprochada. Pero eso es secundario. La cuestión principal es saber por quién estoy acusado, cuál es la autoridad que encabeza el proceso, si son ustedes funcionarios. Ninguno de ustedes va de uniforme, como no sea que pretendan llamar uniforme a esta vestimenta... —dijo, señalando la de Franz— que más bien es un simple vestido de viaje. Estos son los puntos que le ruego aclararme. Estoy convencido de que, tan pronto me haya dado la explicación, podremos despedirnos del modo más amistoso.

El inspector dejó la caja de cerillas sobre la mesa y dijo:

—Está usted en un grave error. Estos señores que están aquí y yo únicamente jugamos un papel muy secundario en su asunto. Es muy poco o casi nada lo que sabemos de él. Podríamos usar el uniforme lo más correctamente posible y su asunto no cambiaría ni un ápice. No puedo decir, tampoco, que esté usted acusado: o, más bien, ignoro si lo está. Que está usted detenido es exacto, y no sé nada más. Si los guardianes le han dicho algo diferente, no fue más que palabrería. Ahora bien, si no contesto a sus preguntas, puedo, pese a todo, aconsejarle que piense un poco menos

en nosotros y se cuide más de usted. Y, luego, menos monsergas sobre su inocencia, ello estropea la impresión, más bien buena, que da por otro lado. Sea más cauto en sus expresiones; si usted se hubiera limitado a unas cuantas palabras, habría sido suficiente para dar a entender casi todo lo que nos ha contado hace un rato... y que, por lo demás, no le favorece en absoluto.

K. miró al inspector con los ojos muy abiertos. Este hombre, que podía ser su hermano menor, le daba lecciones como a un colegial. ¿Se le castigaba con una reprimenda por su sinceridad? Y no se enteraba de nada, ni del motivo ni de la autoridad que determinó su detención.

Encolerizado, se puso a dar pasos de un lado a otro con impaciencia, sin que nadie se lo impidiese; se arregló los puños de la camisa, deslizó su mano por la pechera, alisó sus cabellos y, al pasar ante los tres señores, dijo: «esto no tiene ningún sentido», lo cual les hizo volver la cabeza, incitándolos, por su parte, a una mirada plena de deferencia pero también de seriedad. Acabó por detenerse delante de la mesa del inspector.

—El señor Hasterer, el fiscal, es un buen amigo mío —dijo—. ¿Puedo llamarlo por teléfono?

—Naturalmente —dijo el inspector—; pero no veo a qué viene eso, a no ser que quiera usted tratar algún asunto particular.

—¿A qué viene? —prorrumpió K., más desorientado que iracundo—. ¿Quién es usted? Usted quisiera que mi conversación telefónica concordara con algo, y usted actúa sin ton ni son. ¿No es para quedar atónito? Para empezar, me caen encima, forman un círculo alrededor mío y me hacen hacer piruetas. ¿A qué viene hablar por teléfono a un fiscal, cuando se presume que estoy detenido? Está bien; no le llamaré por teléfono.

—Sí, sí —dijo—, el fiscal, —señalando, con la mano tendida, hacia el vestíbulo donde se encontraba el aparato telefónico—; llame, llame, por favor.

—No, ya no lo deseo —declaró K., encaminándose hacia la ventana.

Del otro lado, los tres curiosos permanecían en su ventana; no daban la impresión de estar azorados en su contemplación hasta que K. se acercó a mirarlos. Los dos ancianos querían irse, pero el hombre que se mantenía detrás suyo los contuvo.

—¡Tenemos ilustres espectadores! —vociferó K., volviéndose de cara al inspector y señalándolos con el índice—. ¡Largo de ahí! —dijo, con la voz sumamente alterada.

De inmediato retrocedieron unos pasos; incluso, los dos ancianos fueron a esconderse, detrás del hombre alto, el cual los cubrió con su voluminoso cuerpo; y algo debió decirles, a juzgar por el movimiento de sus labios, lo que, debido a la distancia, resultó imposible de captar. No se retiraron enteramente; se diría que esperaban el momento en que pudiesen volver a la ventana sin ser vistos.

—¡Qué impertinentes! —dijo K., dándoles la espalda.

Al fijar la vista en el inspector, sospechó que ese policía lo aprobaba. Pero también era factible que el inspector no lo hubiera oído, pues tenía su mano extendida

sobre la mesa y, al parecer, estaba comparando el tamaño de sus dedos. Los dos guardianes estaban sentados sobre un arcón cubierto con un tapiz y se frotaban las rodillas. Los tres jóvenes habían puesto los brazos en jarras y miraban un poco por todas partes, con aire ocioso. Reinaba una gran calma, como en una oficina desierta.

—Y bien, señores —dijo K., imaginando por un momento que llevaba auestas a toda esa gente—, a juzgar por su actitud, mi caso parece estar terminado. Opino que lo mejor será no reflexionar acerca de lo bien o mal fundado del proceder de ustedes, y dar por concluida esta historia, estrechándonos mutuamente las manos. Si son ustedes del mismo parecer, hela aquí —y avanzó hacia la mesa del inspector, con la mano tendida.

El inspector levantó las cejas, se mordió los labios y miró la mano de K., el cual continuaba en la creencia de que el otro la iba a tomar. Sin embargo, el inspector se puso de pie, cogió el sombrero bombín, que estaba sobre la cama de la señorita Bürstner, y se lo puso valiéndose de las dos manos, muy mesuradamente, como suele hacerse para probar un nuevo peinado.

—Se imagina que todo es muy sencillo —iba diciendo a K.—. Según su parecer, ¿deberíamos dar por terminado este asunto? ¡Vamos!, ¡no, no es posible! Tampoco quiere decir que usted haya de desesperarse. ¿Por qué habría de desesperarse? Usted está sólo detenido, nada más. Esto es, precisamente, lo que debía informar a usted. Ya me di cuenta de cómo lo tomaba. Es suficiente por hoy; ya podemos separarnos. Se entiende, de un modo provisional. Bien, a usted le gustaría, sin duda, ir al Banco, ¿no es así?

—¿Al Banco? —preguntó K.—. Creí que estaba detenido.

K. se expresaba en un tono bastante altivo, pues, aun cuando su apretón de manos había sido rechazado, se sentía con absoluta independencia en relación a esa gente, sobre todo desde que el inspector se puso de pie. Les hacía el juego. Tenía la intención de ir tras ellos hasta la puerta de la casa, si se iban, y proponerles que lo aprehendieran. De ahí que repitiese:

—¿Cómo se entiende que vaya al Banco, puesto que estoy detenido?

—¡Caramba!, ¡caramba! —exclamó el inspector, el cual se encontraba ya cerca de la puerta de salida—. Usted no me ha comprendido bien. Está detenido, sí, pero eso no impide que cumpla con sus obligaciones. Nadie le prohibirá llevar su vida normal.

—Entonces, esta detención no tiene nada de terrible —dijo K., acercándose al inspector.

—Siempre fue este mi parecer —respondió el inspector.

—En tales condiciones, la notificación para detenerme no era, pues, necesaria —añadió, aproximándose aún más a él.

Los demás iban llegando a su vez. Ahora formaban un grupo, estrechamente cerrado, cerca de la puerta.

—Era mi deber —dijo el inspector.

—Sí, ¡un deber estúpido! —afirmó K. despiadadamente.

—Es posible —respondió el inspector—; pero no disponemos de tiempo para perderlo en estas discusiones. Creí que su deseo hubiera sido ir a su Banco. Y, puesto que usted se fija en las más mínimas expresiones, he de añadir que no lo obligo a ello; había sólo pensado que a usted le gustaría; y, con el fin de que su entrada pasara lo más inadvertida posible, hice venir a estos señores, que son sus colegas, a quienes les he rogado mantenerse a su disposición.

—¿Cómo? —exclamó K., y miró, uno después de otro, a los tres acompañantes en cuestión.

Esos tres jóvenes insignificantes y con el semblante anémico, a quienes K. no los fijaba en su recuerdo sino agrupados enfrente de las fotografías de la señorita Bürstner, eran, en efecto, empleados de su Banco, mas no colegas; eso era demasiado decir; denotaba que había ahí, en la omnisciencia del inspector, una laguna. Pero, eso sí, en verdad eran empleados subalternos del Banco. ¿Cómo pudo escapársele aquello?, ¿por qué había tenido que ocurrir, precisamente, que su atención fuese acaparada por el inspector y los guardianes, de modo que él no reconociera a esos tres jóvenes? Sí, ahí estaban: Rabensteiner, el hombre rígido, aquel que siempre agitaba las manos; el rubio Kullisch, con las cuencas de los ojos hundidas; y Kaminer, el cual, debido a un tic nervioso, sonreía de continuo, de un modo insoportable.

—Buenos días, señores —dijo K., transcurrido un momento, al tender la mano a los tres jóvenes, los cuales se inclinaron con toda corrección—. No los había reconocido. ¡Vámonos, pues, al trabajo!, ¿no?

Los jóvenes dieron su aprobación con un movimiento de cabeza, sonrientes y plenos de celo, como si sólo aquello hubieran esperado desde un principio; tanto que, en cuanto K. advirtió que su sombrero había quedado en su habitación, se apresuraron, uno tras otro, a ir en su busca; lo cual era prueba, no obstante, de cierta turbación. K. se quedó ahí, viéndolos irse por las dos puertas abiertas. El último en partir había sido, claro está, el indiferente Rabensteiner, que había adoptado un ligero trotecito elegante, de mero compromiso. Kaminer fue el que trajo el sombrero, y, en tanto que lo entregaban a K., este no pudo menos que decirse, como hacía en el Banco para llegar a dominarse, que la sonrisa de Kaminer no era intencionada y que, inclusive, Kaminer jamás podría sonreír intencionalmente. En el vestíbulo, la señora Grubach abrió la puerta a toda aquella gente. La señora Grubach aparentaba no estar consciente de su error. La mirada de K. se sintió atraída, como de costumbre, por el lazo de su delantal, que le seccionaba el vientre extremadamente rollizo, hasta una profundidad excesiva. Una vez abajo, habiendo K. consultado su reloj, decidió coger un auto a fin de no aumentar con demasiado descaro su retraso. Kaminer corrió hasta la esquina en busca de un vehículo; los demás, se desvivían atropelladamente por distraer a K., cuando Kullisch señaló, de súbito, el portal de la casa de enfrente, por el que acababa de aparecer el descomunal hombre del bigote rojizo. Algo intimidado, en el primer instante, de que lo viera en todo su tamaño, el hombre retrocedió

bruscamente, apoyándose contra la pared. Los ancianos debían encontrarse aún en la escalera. K. se molestó con Kullisch por llamarle de este modo la atención hacia aquel individuo del que ya se había dado cuenta y cuya aparición, incluso ya se la esperaba.

—No miren —dijo, sin perder la calma por lo que de sorprendente pudiera tener semejante observación para libres ciudadanos.

No hubo ya necesidad de explicarse: el automóvil acababa de llegar. Cada uno ocupó su lugar, y aquel se puso en marcha. K. cayó en la cuenta, entonces, de que no había advertido la partida del inspector y de los guardianes; el inspector le había ocultado a los empleados; estos, a su vez, le ocultaron al inspector. Le había fallado la presencia de ánimo, y se propuso cuidarse más al respecto. No obstante, no pudo abstenerse de volver la cabeza una vez más y acabó por inclinarse en la parte de atrás del auto para tratar de ver la ida de sus visitantes. Pero, en el acto volvió a sentarse, sin hacer el intento siquiera de buscarlos con la mirada, y se acurrucó cómodamente en el coche. No obstante las apariencias, le hacía falta ser alentado en tal momento, pero los jóvenes parecían fatigados: Rabensteiner miraba hacia la derecha; Kullisch, a la izquierda; el único que estaba disponible era Kaminer, con esa inextinguible risa burlona, a propósito de la cual no era posible que la compasión permitiera, desdichadamente, cualquier broma.

* * *

Al principio de ese año, K., que solía quedarse en la oficina hasta las nueve de la noche, tenía por costumbre al salir, dar primero un corto paseo, solo o en compañía de sus colegas; luego, acababa la jornada en el café, permaneciendo allí por lo regular hasta las once, sentado a una mesa entre señores entrados en años. Sin embargo, había ciertas excepciones a ese programa: el director del Banco apreciaba mucho su trabajo y su formalidad, y lo invitaba una que otra vez a pasear con él en automóvil o a comer en su residencia. Asimismo, era habitual en él, una vez por semana, acudir a la casa de una joven llamada Elsa, que trabajaba en un café sirviendo las mesas toda la noche y recibía a sus visitas de día y únicamente en la cama.

Aquella tarde —el tiempo se había ido con suma rapidez debido al trabajo continuo y a una infinidad de felicitaciones de cumpleaños, tan halagadoras como amigables—, K. decidió regresar de inmediato a su casa.

Durante las cortas pausas en su trabajo no había cesado de pensar en todo aquello; le parecía, sin suficiente razón, que los acontecimientos de la mañana debieron haber ocasionado gran desconcierto en toda la casa de la señora Grubach, y que su presencia haría falta para restituir el orden. Tan pronto como este orden fuese restituido, cualquier huella de los sucesos de la mañana desaparecería, y la vida reemprendería su curso normal. De los tres empleados del Banco nada había que recelar: se sumergieron de nuevo en el mar de gente y nada indicaba en ellos que

hubiera cambiado su actitud. K. les había llamado a solas o simultáneamente, con objeto de observarlos. En cada ocasión pudo dejarlos ir satisfecho.

Cuando, a las nueve y media de la noche, se encontró de nuevo en casa, descubrió bajo el arco de la puerta cochera a un muchacho que estaba allí, con las piernas separadas, fumando tranquilamente en pipa.

—¿Quién es usted? —preguntó K. al punto, mirando de cerca el rostro del muchacho, pues no podía ver claro en la penumbra del corredor.

—Soy hijo del portero, señor —respondió el muchacho, apartándose a un lado y retirándose la pipa de la boca.

—¿Hijo del portero, eh? —interrogó K., golpeando el suelo con la punta del bastón, en prueba de cierta inquietud.

—¿El señor desea algo?, ¿debo ir en busca de mi padre?

—No, no —afirmó K., con un tono de tolerancia, como si el muchacho acabara de hacer algo malo y él se dignara perdonarlo—. Está bien —añadió al irse; pero al pie de la escalera, se volvió otra vez.

Aun cuando hubiera podido dirigirse directamente a su habitación, como fuese que quería hablar con la señora Grubach, primero llamó a su puerta. La señora Grubach se encontraba remendando una media, sentada frente a una mesa sobre la cual se amontonaban muchas medias más, todas viejas, K., despreocupadamente se disculpó de llegar tan tarde, pero la señora Grubach se mostró tan gentil que no quiso escuchar sus disculpas; bien sabía él —declaró ella— que estaba siempre ahí, dispuesta a dedicarle su atención, y que era el preferido de sus huéspedes. K. miró a su derredor, comprobando que la habitación volvía a tener el aspecto de antes: el servicio de desayuno, que quedó abandonado aquella mañana sobre la mesita frente a la ventana, ya había sido retirado. «Las manos femeninas —pensó— se mueven presurosas sin hacer ruido»; él hubiera sido capaz de romper aquella vajilla con sólo intentar transportarla. Miró a la señora Grubach con especial reconocimiento.

—¿Por qué está usted trabajando todavía tan tarde? —le preguntó.

Ahora se encontraban los dos sentados junto a la mesa. De cuando en cuando, él hundía sus manos en el cúmulo de medias.

—¡Es tanto el trabajo! —dijo ella—. En el curso del día me debo a mis pensionistas; si quiero ocuparme de mis quehaceres personales, no me resta sino la noche.

—Hoy debo haberle dado trabajo de más —dijo él.

—¿En qué? —preguntó ella, animándose, en tanto que dejaba en su falda la media que estaba remendando.

—Quisiera hablarle acerca de los hombres que vinieron esta mañana —aclaró K.

—¡Ah!, ¡los hombres de esta mañana! —dijo ella, volviendo a su actitud sosegada—, no, no me ha costado ningún trabajo.

K. miró en silencio cómo volvía a tomar su media para ponerse de nuevo a remendarla. «Da la sensación de estar asombrada porque he tocado el tema; se diría,

incluso, que me lo censura. Es aún más apremiante que hable de ello. No hay nadie más que esta anciana con quien pueda hacerlo».

—Seguro —dijo él, al cabo de un momento—, es indudable que este embrollo le ha dado trabajo; pero ya no se repetirá.

—Claro que no; eso no puede repetirse —aseguró ella a su vez, prodigando una sonrisa a K., con aire poco menos que melancólico.

—¿Lo cree sinceramente? —preguntó K.

—Sí —dijo ella, bajando la voz—, pero no debe usted tomar el asunto demasiado a lo trágico. ¡Ocurre tantas veces por el mundo! Ya que usted me habla con esa confianza, señor K., debo confesarle que he escuchado un poco detrás de la puerta. Asimismo, que los dos guardianes me han hecho algunas confidencias. Está de por medio la felicidad de usted, y ello es algo que me llega verdaderamente hasta lo más profundo, más de lo conveniente, pues tan sólo soy su patrona. Me he enterado, pues, de una que otra nimiedad, pero no puede decirse que se trate de nada demasiado grave. Sé muy bien que está usted detenido, pero no en calidad de ladrón. Estar detenido como un ladrón es algo serio... mientras que esta detención de usted... me da la impresión de ser algo muy especial; disculpe si digo tonterías; me da la impresión, decía, de algo muy delicado que no alcanzo a comprender, ciertamente, pero que tampoco está una obligada a comprender.

—En absoluto es una tontería, señora Grubach —respondió K.— Estoy de acuerdo con usted, por lo menos en parte, pero veo algo más que usted; no es sólo algo extraño; es una minucia ridícula. He sido víctima de una agresión. He ahí el hecho. Si al despertar me hubiera levantado sin dejarme confundir por la ausencia de Anna; si hubiera ido al encuentro de usted, haciendo caso omiso de quien pudiese estorbarme el paso; de haberme desayunado por una vez en la cocina y haberme hecho llevar por usted mi ropa a la habitación; por último, si me hubiese comportado razonablemente, no habría ocurrido nada, todo hubiera sido cortado de raíz. Pero ¡estamos tan poco preparados! En el Banco, por ejemplo, siempre estaría listo, nada de esta índole podría acontecerme: dispongo de un ordenanza para mí, siempre a la mano; dispongo de teléfono para la ciudad, teléfono para dentro del Banco; la gente va y viene de continuo: clientes y empleados. Pero, en especial, me encuentro siempre en plena actividad. Así, nunca me falta la presencia de ánimo; me complacería mucho encontrarme allí ante una historia semejante. En fin, ¡dejemos esto!, ha concluido. No quería hablar de ello siquiera; sólo deseaba conocer su opinión, el parecer de una mujer razonable, y me siento dichoso al comprobar que coincidimos. Ahora, deme usted su mano; me es necesario este apretón de manos para confirmar nuestra afinidad de pensamiento.

«Me dará la mano —pensó—; el inspector no lo hizo». Quiso escudriñar a la señora Grubach con la mirada. Al ponerse él de pie, ella también se levantó, algo intimada por no haber comprendido del todo cuanto K. le hubo explicado. Y esta

timidez le hizo decir lo que no habría querido y que caía, precisamente, en mal momento:

—No lo tome con tanta exageración, señor K.

Las lágrimas asomaban a sus ojos y por eso olvidó aquello del apretón de manos.

—No lo tomo con exageración —dijo K., súbitamente agotado, al darse cuenta de que los impulsos de aquella mujer eran en vano.

A punto de salir, preguntó:

—¿Está allá la señorita Bürstner?

—No —respondió la señora Grubach, esbozando una tardía sonrisa de simpatía, mientras daba esta información escueta—: Se encuentra en el teatro. ¿Desea usted algo de ella?, ¿debo transmitirle un recado?

—Sólo quería decirle unas palabras.

—Desafortunadamente no sé a qué hora vendrá; cuando está en el teatro acostumbra regresar bastante tarde.

—No tiene importancia —dijo K., quien se dirigía ya hacia la puerta, cabizbajo, dispuesto a irse—. Simplemente quería pedirle disculpas por haberme valido de su habitación esta mañana.

—No hay necesidad de eso señor K., tiene usted demasiado miramientos; la señorita no sabe nada, había salido de casa muy temprano y todo vuelve a estar en su sitio. Usted puede comprobarlo —y se dirigió hacia la puerta de la habitación de la señorita Bürstner, abriéndola.

—Gracias, creo lo que dice —dijo K., avanzando para ver, pese a todo.

La luna se filtraba silenciosa, iluminando la estancia. Tanto como se podía distinguir, todo se encontraba en su lugar: la blusa ya no pendía de la manija de la ventana; las almohadas de la cama, las cuales estaban en parte bañadas por la luna, parecían extremadamente altas.

—La señorita vuelve a menudo muy tarde —dijo K., echando una mirada a la señora Grubach, como si la responsabilidad fuera de ella.

—Así es la juventud —dijo la señora Grubach, en un tono de disculpa.

—Ciertamente, ciertamente —dijo K.—; pero ello puede pasar de castaño a oscuro.

—¡Claro que sí! —dijo la señora Grubach—. ¡Cuánta razón tiene usted, señor K.! Tal vez este sea el momento. No quiero hablar mal de la señorita Bürstner, es una buena muchacha, muy amable, muy decente, cumplida y laboriosa. Estimo todo eso, pero hay algo en verdad: debería ser más digna, debería tener más moderación. Ya van dos o tres veces en este mismo mes que la veo por algunas callejuelas y en cada ocasión con alguien diferente. Pero no podré abstenerme de comentarlo con ella. Y no es, por otro lado, únicamente esto lo que me hace sospechar de ella.

—Va usted totalmente desencaminada —dijo K., enfurecido e impotente para disimular la ira—; además, está usted evidentemente engañada acerca de mi reflexión a propósito de esta señorita. No quise decir lo que usted pensó. Le aconsejo, incluso,

con toda franqueza, no comentarle nada; la conozco perfectamente: no existe ninguna verdad en lo que usted dijo. Pero tal vez exagero; no seré yo quien le impida a usted hacer lo que sea. Dígale lo que quiera.

—Pero, señor K. —dijo la señora Grubach, siguiéndole los pasos hasta la puerta que ya él había abierto—, en absoluto tengo la intención de hablar ahora con la señorita; antes es preciso, naturalmente, que la observe más. Sólo a usted he confiado lo que sabía. Al fin y al cabo, es por el bien de todos los pensionistas si se quiere tener la pensión limpia. ¿No es esto lo que busco?

—¡Limpia! —le soltó K. desde el resquicio de la puerta—. Si usted quiere tener la pensión limpia, necesita empezar por despedirme...

Luego cerró con furia. Al poco rato llamaron suavemente, pero él no se preocupó.

Con todo, sin el menor deseo de dormir, decidió no acostarse; eso le procuraría a la vez la oportunidad de comprobar la hora en que volvía la señorita Bürstner. Tal vez le sería posible, entonces, cruzar unas palabras con ella, por más importuno que ello pudiera resultar. Mientras miraba a través de la ventana, llegó a tramar, por un momento, no obstante el cansancio, un castigo para la señora Grubach, convenciendo a la señorita Bürstner de rescindir el contrato de alquiler junto con él; pero le asaltó de pronto la idea de que este proceder fuese excesivo y le hizo juzgarse sospechoso de desear abandonar la casa debido a los acontecimientos de la mañana.

Cuando se hubo cansado de contemplar la calle vacía se recostó en el canapé, no sin antes dejar entreabierta la puerta del vestíbulo, a fin de que pudiera identificar, a primera vista, a quienes entraran. Allí permaneció, fumando un cigarro, hasta cerca de las once. Después, sin poder dominarse más, se dirigió al vestíbulo a pasear un poco, como si con ello pudiese acelerar el regreso de la señorita Bürstner. No le era muy necesaria, apenas la recordaba; pero había decidido hablar con ella y se impacientaba de ver que con su retraso entorpecía el orden de su jornada. Culpaba, también, a la señorita Bürstner de no haber cenado esa noche y de que no hubiera ido a ver a Elsa durante el día, conforme se lo había prometido. En realidad, para recuperar la cena y la visita no tenía más que acudir al café en el que Elsa trabajaba. Esto sería lo que haría en cuanto hubiera hablado con la señorita Bürstner.

Eran ya las once y media pasadas cuando oyó una pisada en la escalera. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos, con sus idas y venidas en el vestíbulo, haciendo tanto ruido como si estuviera en su propia habitación, que, al oír que subían la escalera, se encontró sorprendido, refugiándose detrás de la puerta.

Era, precisamente, la señorita Bürstner que llegaba. Mientras cerraba la puerta, extendió, presa de escalofríos, un chal de seda sobre sus delicados hombros. Era de esperarse que, de un momento a otro, ella se introdujese en su habitación, con lo que K. no podría verla más, naturalmente, pasada de la medianoche; era, pues, necesario que le hablara de inmediato. Desdichadamente, había olvidado encender la luz en su habitación. De salir de esta estancia tenebrosa daría la impresión de saltar como un bandido sobre la joven, y le produciría un miedo terrible. No acertando cómo hacer y

siendo que no debía desperdiciar el tiempo, llamó en voz queda, por el entrequicio de la puerta:

—Señorita Bürstner.

Se hubiera dicho que más que un llamado era una plegaria.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó la señorita Bürstner, echando una mirada en su derredor, con los ojos muy abiertos debido a la sorpresa.

—Soy yo —dijo K., adelantándose.

—¡Ah!, señor K. —dijo, sonriendo, la señorita Bürstner—; buenas noches, señor —y le tendió la mano.

—Tengo algo que decirle, ¿me permite usted hacerlo ahora?

—¿Ahora? —preguntó la señorita Bürstner—. ¿Es absolutamente necesario que sea ahora?, ¿no es un poco extraño?, dígame.

—La espero desde hace dos horas.

—¡Válgame Dios!, estando en el teatro no podía saberlo.

—Las razones que me mueven a hablar con usted han surgido precisamente hoy.

—Sí, comprendo; y no hay inconveniente para que lo haga; pero ¡estoy tan cansada! Pase, pase a mi habitación. No debemos hablar aquí porque despertaríamos a todo el mundo, y esto sería aún más desagradable para mí que para los demás. Espere ahí mientras enciendo la luz de mi cuarto; entonces, apague la del vestíbulo.

K. hizo tal como se le había indicado y aún esperó algo más, hasta que la señorita Bürstner lo llamó, en voz baja, desde su habitación.

—Siéntese, por favor —le dijo, señalándole un sofá.

Por su parte, no obstante el agotamiento del cual habló, se mantuvo de pie, adosada contra el borde de la cama, sin quitarse siquiera el sombrerito profusamente guarnecido de flores.

—¿Qué desea usted de mí? —dijo ella—. Me siento en verdad curiosa por saberlo —y cruzó ligeramente las piernas.

—Usted pensará, tal vez —comenzó por decir K.— que el asunto no apremiaba tanto como para comentárselo ahora, pero...

—Nunca escucho los rodeos —dijo la señorita Bürstner.

—Así facilita mi empeño —declaró K.—. Esta mañana el orden en su habitación se ha visto algo alterado, en cierto modo, por culpa mía; fueron unos desconocidos que lo hicieron, muy a mi pesar, y, sin embargo, por mi causa, como ya le dije. Por eso quería rogarle que me disculpara.

—¿Mi habitación? —preguntó la señorita Bürstner, ahondando en el rostro de K., en vez de pasar revista a la pieza.

—No pude evitarlo —dijo K.

Por primera vez, se miraron a los ojos.

—La forma como se han sucedido los hechos —continuó K.—, no merece una palabra en sí.

—Y, sin embargo es el punto más interesante —dijo la señorita Bürstner.

—No —dijo K.

—De no ser así —respondió la señorita Bürstner— no quiero forzar sus confidencias; admitamos que el caso no ofrece interés; yo no le reprocho nada. Por lo que se refiere a la disculpa que usted me pide, se la concedo con gusto, más aún puesto que no encuentro ninguna huella de desorden.

Apoyó sus manos en las caderas y recorrió la pieza. Al llegar frente a la esterilla en donde estaban colgadas las fotografías, se detuvo.

—Aparte todo, ¡vea! —exclamó—. Mis fotografías han sido en verdad desordenadas. ¡Qué poco amables!, así, ¿alguien se ha introducido verdaderamente en mi cuarto?

K. afirmó con un movimiento de cabeza, maldiciendo en su fuero interno al empleado Kaminer, que jamás podía reprimir su estúpida manía de moverse.

—Es raro —dijo la señorita Bürstner— que me sienta obligada a prohibirle algo de lo cual usted debiera abstenerse y que me fuerza a decirle que no vuelva a introducirse en mi habitación durante mi ausencia.

—Ya le he explicado, señorita... —dijo K. avanzando para ver también—, que no fui yo quien tocó sus fotos; pero como sea que usted no lo cree, debo confesarle que la comisión investigadora ha traído con ella a tres empleados del Banco y uno de ellos ha debido tomarse la libertad de cambiar de lugar esos retratos. Ya verá, en la primera oportunidad haré que lo despidan. Sí, señorita, ha estado aquí una comisión investigadora —añadió al ver que la joven le miraba con ojos interrogadores.

—¿Por causa de usted? —preguntó ella.

—Naturalmente —contestó K.

—¡No! —exclamó la señorita, soltando la risa.

—También... así, ¿me cree inocente?

—¿Inocente? —dijo la señorita—. No quisiera emitir un juicio que puede, tal vez acarrear consecuencias; además, no lo conozco a usted. Con todo, me figuro que para ordenar así, de repente, que una comisión investigadora vaya tras alguien sería preciso que estuviese de por medio un gran crimen, y como usted está en libertad, pues su calma me permite creer que no acaba de huir de la cárcel, usted no ha de haber cometido, naturalmente, un gran delito.

—La comisión investigadora —dijo K.—, puede haber reconocido perfectamente que soy inocente o, por lo menos, no tan culpable como lo pensaron.

—Cierto, es posible —dijo la señorita Bürstner, con repentina atención.

—Lo ve —dijo K.—: Usted no tiene gran experiencia en lo tocante a la justicia.

—No, en efecto —dijo la señorita Bürstner—; y a menudo lo he lamentado, pues quisiera saberlo todo; y lo que se cuenta acerca de la justicia me interesa enormemente. La justicia posee un raro poder de seducción, ¿no lo cree usted así? Por lo demás, aprenderé mucho más a propósito de este tema, pues a partir del mes que viene trabajaré en un despacho de abogado.

—¡Magnífico! —dijo K.—. Tal vez podrá usted ayudarme algo en mi proceso.

—¿Por qué no? —dijo la señorita Bürstner—. Me gusta valerme de lo que sé.

—Lo digo con toda seriedad —dijo K.—; o, por lo menos, con esta semiseriedad que usted pone. El caso es de poca importancia para que recurra a un abogado, pero un consejo no me perjudicaría.

—Si debo jugar ese papel de consejera —declaró la señorita Bürstner—, es necesario, no obstante, que yo sepa de qué se trata.

—Ahí está el impedimento —dijo K.—; ni yo lo sé

—Así, ¿se ha burlado de mí? —dijo la señorita Bürstner, extremadamente decepcionada—. Entonces, pudo usted escoger otro momento.

Y se alejó de las fotografías, después de haber permanecido tanto rato ante ellas, uno cerca del otro.

—Pero, señorita —dijo K.—, no bromeo; en absoluto. Al pensar que usted no quiere creerme... Ya le dije lo que sé, y hasta más de lo que sé, pues tal vez no se trataba siquiera de una comisión investigadora; si la llamé así se debió a que no encuentro otro nombre para dárselo. No se ha investigado nada; he sido detenido, simplemente, bien que por toda una comisión.

La señorita Bürstner, la cual se encontraba ahora sentada en el sofá, soltó de nuevo la risa.

—¿Cómo ocurrió todo eso? —preguntó ella.

—¡Fue algo horroroso! —exclamó K.

Pero había dejado completamente de pensar en ello. Se sentía emocionado ante el cuadro que ofrecía la señorita Bürstner, uno de cuyos codos estaba apoyado en un almohadón, sosteniendo la cabeza con una mano en tanto que paseaba lentamente la otra por su cadera.

—No ha dicho sino vaguedades —dijo ella.

—¿Vaguedades?, ¿sobre qué? —preguntó K. pero luego recordó, y volvió a preguntar—: ¿Debo mostrarle cómo se sucedieron los acontecimientos?

K. deseaba moverse un poco, pero sin irse.

—Estoy muy cansada —dijo la señorita Bürstner.

—¡Vino usted tan tarde! —respondió K.

—¡Vamos!, ahora me hace usted reproches —replicó la señorita Bürstner—; pero, después de todo, tiene usted razón; no debiera haberle dejado entrar.

Por otra parte, no había necesidad: el resultado lo demuestra.

—Era necesario —afirmó K.—; usted lo comprenderá con su propia observación. ¿Me permite desplazar la mesita de noche?

—¡Qué mosca le ha picado! —exclamó la señorita Bürstner—. ¡Jamás en la vida!

—En este caso, no puedo demostrarle nada —dijo K. con un sobresalto, como si le hubieran ocasionado un perjuicio irreparable.

—Si lo requiere su explicación, a pesar de todo, pues empuje usted la mesa de noche... —dijo la señorita Bürstner, con la voz apagada; y, después de una pausa,

añadió—: Me siento tan agotada esta noche; creo que lo consiento más de lo que puedo soportar.

K. arrastró hasta el centro del cuarto el mueblecito y se sentó detrás.

—Es necesario que usted se dé cuenta con exactitud de la posición de los actores. Es algo muy interesante. Yo represento al inspector; allí lejos, los guardianes están sentados sobre el arcón, y los tres jóvenes permanecen de pie delante de las fotografías. De la manilla de la ventana pende una blusa blanca, lo cual sólo menciono a título de precisión y entonces, digo, ahora, va a empezar. ¡Ah!, olvidaba de mí, que represento, después de todo, el más importante personaje. Yo estoy de pie, aquí, delante de la mesita de noche. El inspector está sentado de la manera más confortable del mundo, las piernas cruzadas, el brazo colgando de este modo, detrás del respaldo de la silla: un perfecto patán, porque no merece otro nombre. Y ¡bueno!, esto empieza realmente. El inspector me nombra, como si tuviera que despertarme: lanza un verdadero alarido. Es necesario, desafortunadamente, para que usted pueda comprender, que yo me ponga a dar de gritos también; no es más, después de todo, que mi nombre lo que él grita de tal manera.

La señorita Bürstner, que escuchaba sin poder contener la risa, puso en seguida su índice sobre los labios para advertir a K. que no gritase, pero ya era demasiado tarde. K., en extremo compenetrado con el personaje, lanzó el grito: «¡Joseph K.!»; si bien no lo hizo tan fuerte como había amenazado, mas lo bastante, sin embargo, para que el grito, una vez en el aire, pareciera extenderse poco a poco por todo el ámbito.

En aquellos momentos se oyeron unos golpecitos secos y seguidos, dados en la puerta de la pieza vecina. La señorita Bürstner palideció, llevándose la mano al corazón.

El susto de K. fue tanto más fuerte que aun quedó por un momento incapaz de pensar en algo más que no fuera en los acontecimientos de la mañana y en la joven a la cual estos acontecimientos lo habían llevado. Apenas empezaba a serenarse cuando la señorita Bürstner se abalanzó hacia él y lo tomó de la mano.

—No tema —le dijo K. en voz baja—, no tema nada; yo lo arreglaré todo. Pero ¿quién puede ser? Aquí no hay más que el salón y nadie duerme en él.

—¡Oh, sí! —susurró la señorita Bürstner, al oído de K.—; desde ayer está aquí el sobrino de la señora Grubach, un capitán, que duerme ahí porque no hay una sola pieza libre. También yo lo había olvidado. ¿Qué necesidad había de que usted diera semejante grito? ¡Oh, Dios mío!, ¡qué desdichada soy!

—No tiene usted ningún motivo —dijo K., besándola en la frente, mientras ella se dejaba caer sobre los almohadones.

Pero ella se incorporó de golpe:

—¡Lárguese, lárguese!, ¡váyase, pues! ¿Qué quiere usted? Él escucha detrás de la puerta, lo oye todo. ¡Cómo me martiriza usted!

—No me iré —dijo K.— sin antes verla un poco tranquilizada. Vayamos hacia la otra esquina, allí no podrá oírnos.

Ella se dejó conducir.

—Posiblemente es un incidente molesto para usted, pero no corre ningún peligro. Sabe bien que la señora Grubach, de la cual depende todo en este lío, principalmente porque se trata del capitán, que es su sobrino, me tiene una verdadera devoción y cuanto digo lo cree como palabra del evangelio. Por otra parte, ella está en mis manos, pues me ha pedido prestada una suma bastante considerable. Corre de mi cuenta darle la explicación que usted quiera por poco que se ajuste a la ocasión; y yo me obligo a inducir a la señora Grubach a que simule no sólo darle crédito ante la gente, sino a que ella lo crea verdaderamente. Nada obliga a usted a tratarme de manera indulgente; si usted quiere que se diga que la asalté, eso será lo que diré a la señora Grubach, y ella lo creerá sin negarme su confianza ¡tanto me es adicta esta mujer!

La señorita Bürstner, ligeramente postrada en su asiento, tenía la mirada baja y guardaba silencio.

—¿Por qué no habría de creer la señora Grubach que la asalté a usted? —añadió K.

Veía delante suyo el cabello de la joven, cabello corto, esponjado, con reflejos rojizos, partido por una raya. Esperaba que la señorita Bürstner iba a volver la mirada hacia él; pero, sin cambiar de posición, le dijo:

—Perdóneme, me sentí asustada por lo inesperado del ruido, mucho más que por las consecuencias que podría tener la presencia del capitán. ¡Hubo un silencio tal después del grito! Y fue durante este silencio que, de pronto, se pusieron a llamar a la puerta; ha sido esto lo que me ha dado tanto miedo, más aún porque me encontraba muy cerca. Agradezco sus proposiciones, pero no las acepto. Es a mí a quien corresponde responder por lo que ocurre en mi habitación, y no existe nadie que pueda pedirme cuentas. Estoy sorprendida de que usted no advierta lo que hay de hiriente en sus proposiciones, pese a lo inmejorable de su intención, lo cual me satisface mucho reconocer; pero ahora váyase; déjeme sola, lo necesito más que nunca. Los tres minutos que usted me había pedido se han transformado quizás hasta en más de media hora.

K. le tomó primero la mano; después, la muñeca.

—¿No está usted resentida conmigo, verdad? —dijo él.

Ella retiró despacio su mano, y respondió:

—No, no, nunca estoy resentida con nadie.

Él le tomó nuevamente la muñeca. Esta vez, ella le dejó hacer y le fue conduciendo hacia la salida. Él estaba resuelto a irse, pero al llegar frente a la puerta retrocedió como si no se esperara encontrarla allí. La señorita Bürstner se aprovechó de este momento para liberarse, abrir y deslizarse en el vestíbulo, desde donde le habló en voz baja:

—Vamos, venga, se lo ruego. Vea —y le señalaba la puerta del cuarto del capitán, por cuya parte baja se filtraba un rayo de luz—, ha encendido la lámpara, y se

divierte en escuchar lo que decimos.

—Ya voy —dijo K., saliendo rápidamente.

La alcanzó y la besó en la boca; luego, en todo el rostro, como un animal sediento que al fin descubre el arroyo y se lanza para beber a golpe de lengua repetidas veces. Por último, la besó además en el cuello y a la altura de la garganta, en donde detuvo más tiempo sus labios. Un ruido que venía de la habitación del capitán lo hizo interrumpirse.

—Ahora ya me voy —dijo K.

Hubiera querido aún llamar a la señorita Bürstner por su nombre, pero lo ignoraba. Ella le dio a entender su cansancio con un gesto y le tendió la mano para que la besara; y volviéndose, como si ignorase todo aquello, alcanzó su habitación con la cabeza baja.

K. no tardó en acostarse. El sueño ya casi lo vencía. Antes de dormirse, reflexionó un poco acerca de su conducta; estaba satisfecho, si bien asombrado de no estarlo más aún; recelaba muy de veras del capitán con respecto a la señorita Bürstner.

CAPÍTULO II

PRIMER INTERROGATORIO

K. había sido notificado de que el domingo siguiente se llevaría a efecto un breve interrogatorio relativo a su caso. Fue enterado de que, en lo sucesivo, la instrucción habría de ser seguida con regularidad y que las entrevistas se celebrarían, si no todas las semanas, al menos con mucha frecuencia; era necesario, le dijeron, terminar rápidamente el proceso en interés de todo el mundo. No por eso resultarían menos minuciosos los interrogatorios; por el contrario, habrían de serlo al máximo, aun cuando lo bastante cortos, sin embargo, como para evitar un cansancio excesivo: de ahí las razones que condujeron a escoger ese sistema de breves interrogatorios frecuentes. Por lo que respecta al domingo, si ese día resultó el preferido fue para no perjudicar a K. en su trabajo profesional. Era de suponer que él estaba de acuerdo; en todo caso, si prefería otro día, procurarían complacerle en la medida de lo posible, interrogándolo de noche, por ejemplo; si bien este no era un buen sistema, ya que K. no estaría en condiciones de soportar suficientemente la fatiga, de suerte que se atenderían al domingo, si no veía en ello objeción. Naturalmente, estaba obligado a presentarse y estaba de más insistir en ello. Le fue informado el número de la casa a la cual debía acudir; se trataba de un edificio alejado, que se encontraba en una calle de suburbios, adonde K. nunca había ido.

K. colgó el receptor sin responder nada a la información que le comunicaban. El proceso estaba urdiéndose y había que hacer frente a la situación. Era preciso que ese primer interrogatorio fuese también el último. Pensativo, permanecía allí, cerca del aparato, cuando oyó detrás suyo la voz del subdirector, que deseaba telefonear pero K. le cerraba el camino.

—¿Malas noticias? —preguntó el subdirector, sin ninguna intención de enterarse de algo sino con la de apartar a K. del aparato.

—No, no —dijo K., retirándose, pero sin irse.

El subdirector descolgó el receptor y, sin soltarlo, dijo a K. mientras esperaba la comunicación:

—Una pregunta, señor K.: ¿me complacería viniendo el próximo domingo por la mañana a un paseo en mi velero? Se reunirá mucha gente; sin duda habrá de encontrar amigos. El procurador Hasterer, entre otros. ¿Quiere usted venir? Vamos, diga que sí.

K. procuraba poner atención en lo que le decía el subdirector. Era casi un acontecimiento, ya que esta invitación del subdirector, con el cual nunca se había

llevado muy bien, significaba por parte de su jefe un intento de reconciliación, así como el reconocimiento de la importancia del lugar que K. llegaba a tener en el Banco; revelaba el valor que el segundo jefe de la Institución daba a la amistad de K. o, en todo caso, su neutralidad. Aun cuando el subdirector no había hecho esta invitación sino en tanto esperaba que lo comunicaran, sin dejar el receptor, constituía, no obstante, una humillación por parte suya. K. se la hizo sufrir por segunda vez al contestar:

—Se lo agradezco infinitamente, pero ya he comprometido mi mañana del domingo.

—¡Qué lástima! —exclamó el subdirector en tanto que se volvía hacia el teléfono, pues acababa de entablarse la conversación.

La comunicación se prolongó bastante; habiendo permanecido K. distraído y sin alejarse del teléfono, se sobresaltó al advertir que el subdirector colgaba el receptor y, para disculpar algo su presencia inútil, dijo:

—Me acababan de telefonear para ir a cierto lugar, pero han olvidado decirme a qué hora.

—Llame de nuevo —dijo el subdirector.

—¡Oh, no tiene tanta importancia! —dijo K., si bien restaba valor a su precedente excusa.

El subdirector trató aún con él diferentes asuntos mientras se iba. K. se limitaba a responderle, pero su mente estaba en otra parte. Reflexionaba que lo mejor sería presentarse el domingo a las nueve, ya que era esa la hora en que la justicia empezaba a funcionar semanalmente.

El domingo hizo un tiempo gris. K. se sentía muy cansado debido a que pasó la mitad de la noche en el restaurante, con motivo de una fiestecita en torno a la mesa de costumbre, y poco le faltó para olvidarse de la hora. No tuvo casi tiempo de reflexionar y coordinar los distintos proyectos que había elaborado en el curso de la semana; tuvo que vestirse con la máxima rapidez y, sin desayunarse, dirigir sus pasos hacia el suburbio que le había sido indicado. No obstante que casi no tenía tiempo de fijarse en las calles, vio en la ruta, hecho extraño, a Rabensteiner, Kullisch y Kaminer, los tres empleados del Banco que estaban de por medio en su caso. Los dos primeros se cruzaron con él en tranvía; Kaminer se encontraba sentado en la terraza de un café, rodeado de una balaustrada sobre la que se inclinó, con curiosidad, en el momento en que K. pasaba por delante. Los tres le habían seguido con la mirada, asombrados de sorprender a su superior corriendo de tal modo; algo semejante a una jactancia lo había hecho desistir de tomar el tranvía; sentía cierta aversión a utilizar en su caso la ayuda de quienquiera que fuese; no quería recurrir a nadie, a fin de tener la certeza de no mezclar a nadie en el secreto. En fin, no tenía el menor deseo de humillarse ante la comisión investigadora con una puntualidad excesiva; pero, entretanto, se apresuraba para tener la seguridad de que llegaría a las nueve, si bien no había sido citado a una hora exacta.

Se había figurado que reconocería de lejos el edificio, por alguna señal de la que no tenía idea alguna, o por cierta agitación delante de sus puertas. Sin embargo, la calle de San Julio, en donde debía hallarse el edificio y a la entrada de la cual se detuvo un instante, sólo ofrecía de cada lado una larga hilera de elevadas casas, grises y uniformes, enormes caserones de alquiler destinados a gente pobre. En aquella mañana de domingo las ventanas, en su mayor parte, estaban ocupadas por hombres en mangas de camisa apoyados en el borde del pretil y sosteniendo, con prudencia y ternura, niños del brazo. En otras ventanas se amontonaban sábanas, mantas y edredones, por entre los cuales aparecía, una que otra vez, la cabeza desgredada de una mujer. Unos a otros se llamaban, dirigiéndose bromas, de lado a lado de la calle. Una de aquellas bromas hizo reír mucho a costa de K. a lo largo de las casas, por intervalos regulares, había pequeños puestos de fruta, carne o legumbres, a nivel más bajo del suelo de la calle, siendo necesario bajar algunos peldaños para llegar allí; era un ir y venir de mujeres, y las había conversando, estacionadas en la escalera. Un verdulero ambulante, que pregonaba su mercancía, por poco atropella con su carrito a K. Al mismo tiempo, un gramófono, cuyo primer vigor fue empleado en barrios más lujosos, entonó un himno triunfal.

K. se deslizó despacio por la calle; parecía como si le sobrara tiempo o como si el juez de instrucción le hubiese visto desde alguna ventana y se diera por enterado de su presencia. Eran las nueve pasadas. A lo lejos se veía el edificio: tenía una fachada sumamente larga y una puerta de grandes dimensiones, la cual debía abrirse para el acarreo de las mercaderías de diversos almacenes. Sus puertas permanecían cerradas, y por los nombres que ostentaban, K. fue reconociendo algunas firmas relacionadas con el Banco. Contrariamente a su costumbre, se fijó minuciosamente en esos pormenores, deteniéndose un rato a la entrada del patio. Cerca suyo, un hombre, descalzo, leía el periódico. Dos muchachos se balanceaban en los varales de un carro. Frente a la bomba del agua, una niña delgaducha, vestida con una camisola, se mantenía de pie, observando a K., mientras se llenaba su depósito. En una esquina, entre dos ventanas, tendían ropa en una cuerda, maniobra dirigida desde abajo por un hombre.

Cuando K. avanzaba ya en dirección a la escalera se paró súbitamente, al darse cuenta de que había tres más, aparte un pequeño corredor que sin duda conducía a un segundo patio. Se exasperó al comprobar que no le habían precisado la ubicación de la oficina en la que debía presentarse. Lo habían tratado con un raro descuido o una indiferencia indignante. Tenía la intención de hacerlo destacar, lisa y firmemente. Pese a todo, optó por escalar la primera, poniendo en juego mentalmente aquella expresión del inspector Willem, con respecto a la justicia cuando «es atraída por el delito», de ahí que el recinto que buscaba debía hallarse, seguramente, al final de la escalera escogida al azar por K.

En tanto que subía, hizo enfadar a unos niños que jugaban en un descansillo, los cuales le miraron de mala manera cuando cruzó sus dominios. «Si regreso por acá —

se decía— será necesario que les traiga bombones, para así granjearme sus simpatías; o un bastón para azotarlos». Debió esperar a que el tiro en el juego de bolos terminara su curso; dos golfillos, que ya tenían malas trazas de vagabundos adultos, le obligaron a ello, asidos a su pantalón. De haberlos zarandeado les hubiese hecho daño, y temía a sus gritos.

Sus verdaderas pesquisas comenzaron en el primer piso.

Como sea que no podía preguntar por el juez de instrucción, inventó un carpintero de nombre Lanz, nombre que le vino en mente porque era el del sobrino de la señora Grubach, y decidió llamar a todas las puertas preguntando si allí vivía el carpintero Lanz, a fin de tener un pretexto para mirar al interior. Pero pronto se percató de que, a menudo, esto podía lograrse con más facilidad debido a que casi todas las puertas estaban abiertas para permitir la entrada y salida de los niños. El hecho dejaba ver, por lo regular pequeños aposentos con una sola ventana, que servían de cocina y de dormitorio. Mujeres cargando al menor de sus niños, aún de pecho, removían las cazuelas en el fogón valiéndose de la mano libre. Chiquillas cubiertas con un simple delantal realizaban al parecer todos los quehaceres. En algunos cuartos, las camas estaban aún ocupadas, ora por enfermos, ora por dormilones o personas que reposaban enteramente vestidas. Si una puerta estaba cerrada, K. llamaba y preguntaba si el carpintero Lanz vivía allí. Con frecuencia abría una mujer, escuchaba la pregunta y se volvía hacia alguien que, por lo regular, se incorporaba en la cama.

—Hay un señor que pregunta si vive aquí un carpintero Lanz.

—¿Un carpintero Lanz? —solían repetir desde la cama.

—Sí —decía K., si bien el juez de instrucción no estaba allí y sin que tuviera nada más que averiguar.

Muchas personas creían que debía ser de sumo interés para él dar con ese carpintero Lanz; reflexionaban largo rato y terminaban por nombrar a un carpintero, pero que no se llamaba Lanz, y mencionaban un nombre que ofrecía algún remoto parecido con aquel de Lanz; es más, había quienes iban a interrogar al vecino o, también, que conducían a K. hasta la puerta de algunos aposentos, por si acaso pudiera haber allí, a su parecer, alguien que respondiera al nombre que se les decía o alguna persona que supiese informar mejor a K.

Al fin, K. ya no tenía de por sí que preguntar; lo habían hecho ir de un lado a otro. Poco le faltó para arrepentirse del sistema que, en un principio, le pareció tan práctico. Al llegar al quinto piso resolvió renunciar a sus pesquisas; se despidió de un joven obrero que muy gentilmente se empeñaba en conducirlo algo más arriba, y bajó la escalera. No obstante, chasqueado por lo infructuoso de su tentativa, se resolvió después de todo a subir nuevamente y llamar a una puerta del quinto piso. Lo primero que vio en el interior del reducido espacio fue un gran reloj que marcaba ya las diez.

—¿Es esta la casa del carpintero Lanz? —preguntó.

—Pase usted —dijo una mujer joven, de ojos negros, que lavaba en un cubo ropa de niños, indicándole con la mano jabonosa la puerta de la pieza vecina.

K. se imaginó que había puesto los pies en una reunión pública. Una multitud de la más diversa gente llenaba un recinto con dos ventanas, a cuyo alrededor había, a poca distancia del techo, una galería repleta de espectadores, los cuales no podían tenerse sino encorvados, con la cabeza y la espalda topando arriba. Nadie advirtió su entrada.

K., sintiendo el aire cargado, retrocedió y dijo a la joven que indudablemente había entendido mal:

—Pregunté a usted por un tal Lanz, carpintero de oficio.

—Sí, claro —dijo la mujer—; no tiene más que entrar.

Sin duda, K. no lo hubiera hecho de no ser que en aquel momento ella se asió a la manija de la puerta, diciendo:

—Después de entrar, es necesario que cierre; nadie más tiene derecho a entrar.

—Es muy razonable —dijo K.—, pero el espacio está ya demasiado lleno...

No obstante, se introdujo. Entre dos hombres apostados contra la puerta, de los cuales uno hacía, con las dos manos, el ademán de dar dinero, y el otro le miraba a los ojos, surgió una mano que asió a K. Era la de un jovencito de mejillas coloradas.

—Venga, venga —le decía.

K. se dejó conducir. Advirtió que la muchedumbre dejaba un reducido paso, el cual separaba seguramente dos partidos; esto se hacía aún más evidente por cuanto a lo largo de las dos primeras filas, tanto a la derecha como a la izquierda, no vio un rostro siquiera vuelto hacia él, sino sólo las espaldas de la gente que dirigía sus parlamentos y sus gestos a cada mitad de la asamblea. La mayoría, vestía de negro, con grandes levitas de ceremonia que pendían holgadamente de sus cuerpos. K. se sintió confundido precisamente por estas vestimentas; de no ser por ellas, hubiera reafirmado su creencia de que se encontraba en plena reunión política.

En el extremo opuesto de la sala, hacia donde era conducido, se hallaba una mesa, colocada a lo ancho sobre un estrado bajo, repleto de gente al igual que el resto de la sala. Sentado detrás de la mesa, a la orilla del estrado, un hombrecillo grasiento y sofocado hablaba, en medio de una batahola de risas, con un hombre que se hallaba de pie a sus espaldas, las piernas cruzadas y los codos apoyados en el respaldo de la silla de su interlocutor. En ocasiones, levantaba los brazos al aire para hacer burla de alguien. Al joven que conducía a K. se le hacía difícil cumplir con su cometido. Por dos veces intentó anunciar al visitante, estirándose sobre la punta de los pies sin que lograra hacerse ver por el hombrecillo. No fue sino hasta que uno de los individuos del estrado fijó su atención en el muchacho y cuando el hombrecillo se volvió para escuchar lo que aquel le comunicaba al oído, mientras consultaba su reloj y echaba un vistazo a K.

—Hace una hora y cinco minutos que debió usted haberse presentado.

K. iba a responder algo, pero no tuvo tiempo, pues apenas el hombrecillo terminó de hablar se levantó un murmullo general en la mitad derecha de la sala.

—Hace una hora y cinco minutos que debió usted haberse presentado —repitió el hombrecillo, con la voz más alta, lanzando la mirada sobre el público.

El murmullo se intensificó de súbito; después, al enmudecer el hombrecillo fue aplacándose paulatinamente. Ahora el silencio era más profundo que cuando K. había entrado. Tan sólo aquellos que ocupaban la galería hacían notar su presencia. Por lo que podía vislumbrarse en la penumbra, a pesar del polvo y el humo, se diría que estaban peor vestidos que los de abajo. Varios de entre ellos habían llevado cojines para ponerlos entre el techo y la cabeza, y, así, no golpearse el cráneo.

Habiendo K. decidido observar más que hablar, se abstuvo de disculparse con respecto al supuesto retraso suyo y se concretó a declarar:

—Tarde o temprano, ya estoy aquí.

Los aplausos resonaron una vez más en la mitad derecha de la sala.

«Es fácil ganarse la voluntad de esa gente» pensó K., preocupado únicamente por el silencio de la mitad de la izquierda ante la cual se encontraba y de donde no se alzaron sino algunas aprobaciones aisladas. Para sus adentros, K. se preguntaba qué podría decir para ganarse a todo el mundo de una sola vez o, de no ser posible, captarse siquiera por un tiempo la simpatía de quienes permanecían callados hasta entonces.

—Sí —le respondió el hombrecillo—, pero ahora ya no estoy obligado a escucharlo.

El murmullo comenzó de nuevo; esta vez, se presentaba a equívocas interpretaciones, pues el hombre seguía hablando al mismo tiempo que hacía señas a la gente para que se callara.

El hombrecillo añadió:

—Sin embargo, lo haré hoy, una vez más, excepcionalmente. Y ahora, acérquese.

Alguien brincó al pie del estrado, dejando un espacio libre. K. lo ocupó. Se encontraba pegado contra la orilla de la mesa, y era tanta la presión detrás suyo, que estaba obligado a resistir el embate de la gente so pena de correr el riesgo de voltear la mesa del juez de instrucción y, tal vez, arrastrarlo con ella.

El juez de instrucción, sin embargo, no se intranquilizaba en absoluto; estaba confortablemente sentado en su silla. Después de decir algo al hombre que se encontraba detrás suyo, tomó un registro de escaso tamaño, el único objeto que allí figuraba, el cual parecía más bien un cuaderno escolar deformado de tanto haber sido hojeado.

—Veamos, pues —dijo el juez de instrucción, dando vuelta a las hojas del registro, y dirigiéndose a K. en un tono de verificación—: ¿Es usted pintor de brocha gorda?

—¡No! —respondió K.— Soy apoderado de un gran Banco.

Esta respuesta fue vitoreada por el bando de la derecha, con una risa tan amistosa que K. no pudo menos que hacerle coro. Aquellas personas tenían puestas sus manos en las rodillas y sus cuerpos se sacudían como si fueran presa de un tremendo acceso

de tos; el juez de instrucción, hecho una furia, no pudiendo, sin duda, hacer nada frente a los espectadores de abajo, buscó resarcirse con los de galería y los amenazó frunciendo el ceño, con lo cual destacábanse sus cejas, que no se advertían de ordinario, erizadas, negras y terribles en ese momento de arrebató.

La mitad del bando izquierdo de la sala había conservado su calma; las personas se mantenían bien alineadas, de cara hacia el estrado, escuchando sosegadamente tanto la algarabía de arriba como la del otro lado, sin que pusieran resistencia a que algunas de entre ellas salieran de las filas y se mezclaran, una que otra vez, con las del otro bando. Esa gente de la izquierda, menos numerosa, no tenía en el fondo más fuerza que aquella de la derecha, pero, eso sí, la serenidad con que se conducía le daba más autoridad. Cuando K. se lanzó a hablar tenía la seguridad de que esas personas eran de su parecer.

—Señor juez de instrucción, usted me ha preguntado —dijo— si yo soy pintor de brocha gorda, es decir, usted no me ha preguntado nada, usted ha querido asestarme esa suposición como una primera verdad; ello es característico del modo como todo este proceso ha sido llevado en contra mía. Por otra parte, usted puede objetarme que no se trata de un proceso. Siendo así, yo le concedo cien veces la razón; sus procedimientos no configuran una actuación, salvo en el caso de que yo la admita. Es lo que me dispongo a hacer por el momento. Sólo a este precio puede uno decidirse a concederle alguna atención. No digo que tales procedimientos representen un sabotaje a la justicia; pero quisiera haberle suministrado esta expresión a fin de que ella le venga en mente al considerarlos.

K. guardó silencio para observar el efecto en el público. Sus palabras fueron rigurosas, mucho más de lo que hubo planeado, pero se habían mantenido justas. Debieron merecer el aplauso de uno u otro bando; no obstante, todos callaron. Esperaban, evidentemente, la continuación, ávidamente curiosos; tal vez se preparaban en secreto para un estallido unánime que pusiera fin a todo. K. se contrarió también al ver que en aquel momento entraba la joven lavandera, la cual, habiendo indudablemente terminado su trabajo, acudía a tomar parte en el espectáculo, sin que pudiese evitar, pese a todas sus precauciones, que el público volviera por un instante la mirada. En realidad, sólo el juez de instrucción se sintió complacido, pues daba la impresión de estar sumamente interesado en las observaciones de K. Sorprendido por la interpelación en el preciso momento en que él, levantándose, se puso a apostrofar, encarándose con los de galería, había escuchado de pie hasta entonces. Aprovechó, pues, la interrupción para sentarse discretamente, como si hubiera sido necesario impedir que se destacara ese gesto. Luego, para poderse contener, probablemente, volvió a tomar el registro y lo retuvo en la mano.

—Todo esto no sirve para nada —dijo K.— Su registro, señor juez, corrobora en sí mis palabras.

Complacido de oír solamente su serena alocución en el seno de aquella asamblea, tuvo la osadía de apoderarse del cuaderno del juez de instrucción y enarbolarlo, sostenido con la punta de los dedos, por una página del medio, como si le atemorizara tocarlo, de suerte que las hojas quedaron al descubierto, balanceándose de cada lado, con los garabatos a la vista, así como sus manchas y sus señales amarillentas.

—Estos son los documentos del juez de instrucción —dijo K., soltando el registro sobre la mesa—. Continúe examinándolos cuidadosamente, señor juez de instrucción; no recelo de esas hojas acusadoras, aun cuando estén fuera de mi alcance, pues no puedo sino rozarlas con la punta de los dedos.

El juez de instrucción tomó el registro tal como cayó sobre la mesa, procurando arreglarlo un poco, y lo puso al alcance de su vista. Era una señal de profunda humillación; por lo menos no cabía más que interpretarlo así.

La gente de la primera fila tenía el rostro en dirección a K., denotando tal curiosidad que él no pudo menos que entretenerse un instante siquiera en mirarlos. Eran hombres de edad; varios de ellos tenían la barba blanca. Tal vez de aquellos ancianos dependía todo; pudiera ser que ellos lograran influir, mejor que otros, en esta asamblea a la cual la humillación del juez de instrucción no había alcanzado a hacerla salir de la impasibilidad en que se sumió después de los razonamientos de K.

—Lo que me ha ocurrido —prosiguió K., algo más apagado que antes, buscando continuamente ahondar en los rostros de la primera fila, actitud que daba cierta apariencia de distracción a su discurso—... lo que me ha ocurrido no es más que un caso aislado; no tendría, pues, gran importancia, aparte de que no lo tomo a lo trágico, si no reflejara el modo del que se valen para proceder con otros muchos al igual que conmigo. En nombre de ellos es que hablo, y no en el mío.

Había alzado la voz, involuntariamente. Alguien aplaudió, desde algún lugar, con los brazos extendidos, vociferando: «¡Bravo!, y ¿por qué no? ¡Bravo y más bravo!».

Uno que otro anciano de la primera fila deslizó la mano por sus barbas. La exclamación no había hecho volver a ninguno la cabeza. K. no le concedió tampoco ninguna importancia, a esto. Sin embargo, se sintió alentado: ya no consideraba necesario que todo el mundo le aplaudiese; era suficiente con que la mayoría de las personas se sintiera impelida a la reflexión y que él llegara a persuadir, una que otra vez, a alguna.

—No persigo el éxito del orador —dijo, según el hilo secreto de su pensamiento—; no llegaría, por lo demás, a lograrlo. El señor juez de instrucción habla, sin duda, mucho mejor que yo; ello forma parte de sus atribuciones. Deseo, simplemente, presentar al juicio de los asistentes una anomalía que es pública. Escuchen esto: Hace aproximadamente diez días fui detenido. El hecho en sí me divierte; sin embargo, no se trata de eso. Se me sorprendió estando acostado, una mañana muy temprano. Podría ser, y conforme a lo dicho por el juez de instrucción tal vez ello resulte muy posible, podría ser que se hubiera recibido la orden de detener a algún pintor de brocha gorda, tan inocente como yo; pero, de todos modos, a quien eligieron para

efectuar la detención fue a mí. La pieza contigua a la mía fue ocupada por guardianes sin urbanidad. De haber sido yo un bandido peligroso no hubieran tomado más precauciones. Estos guardianes eran, por otra parte, individuos carentes de moralidad, que me dieron la lata para dejarse sobornar, para timarme mis trajes y mi ropa interior; me pidieron dinero para ir a buscar, dijeron, algo con qué desayunarme, después de haberse bebido descaradamente mi propio café con leche ante mis ojos. Pero ¡eso no es todo! Fui conducido a presencia del inspector, en una tercera estancia del piso. Era la habitación de una dama por la cual siento gran aprecio, y ha sido necesario que yo viera ese aposento profanado, en cierto modo por mi causa, con la presencia de los guardianes y del inspector. Se hacía difícil conservar la sangre fría. No obstante, lo conseguí y con la máxima serenidad pregunté al inspector, quien de encontrarse aquí estaría obligado a reconocerlo, la causa por la cual me habían detenido. ¿Qué creen ustedes que me respondió aquel inspector, al que me parece ver aún delante de mí, sentado en la silla de aquella dama, como un símbolo de la más estúpida soberbia? Señores, él no respondió nada: tal vez porque, después de todo, él no sabía realmente nada. Me había detenido: era suficiente. ¡Aún hay más! Hizo comparecer en la habitación de esa dama a tres empleados subalternos de mi Banco, los cuales se pasaron el rato en un continuo manoseo de los fotos de ella, desordenándolas. El hecho de disponer que comparecieran estos tres empleados obedecía, naturalmente, a otro fin: destinarlos, de igual modo que a mi patrona y su sirvienta, a divulgar la noticia de mi detención, perjudicando así mi prestigio y comprometiendo mi puesto en el Banco. Nada de eso ha prosperado en lo más mínimo. Mi propia patrona, dama muy sencilla (deseo nombrarla aquí con el propósito de rendirle homenaje, su nombre es Grubach), la propia señora Grubach ha sido razonable al admitir que semejante detención no tiene mayor importancia que la de un atraco ejecutado en la calle por individuos mal controlados. Todo eso no me ha causado lo repito, más que sinsabores pasajeros; pero, acaso, ¿no hubiesen podido ser peores las consecuencias?

Al detenerse para lanzar una mirada al juez de instrucción, K. se dio cuenta que este hacía guiños a alguien entre el gentío. Entonces, sonrió y dijo:

—El señor juez de instrucción está transmitiendo a alguno de ustedes una señal secreta. Hay, pues, entre ustedes personas a las que se dirige desde aquí. Ignoro si esta señal ha de promover, por parte de ustedes, silbidos o aplausos. Al revelar prematuramente el hecho, de manera voluntaria renuncio a enterarme de su significado. Me es del todo indiferente, y otorgo al señor juez de instrucción plenos poderes para dar órdenes en voz alta a sus empleados asalariados, en vez de valerse de señales secretas. No tiene más que decirles francamente: «¡Hay que silbar!», o bien «¡hay que aplaudir!».

El juez de instrucción, impaciente y contrariado, se movía en su asiento. El hombre que estaba detrás suyo y con el cual había hablado antes se inclinó una vez más hacia él, ya sea para alentarle de manera general, ya para darle un consejo en

particular. Abajo, la gente comentaba en voz queda, si bien con vivacidad. Los dos partidos, que habían dado la impresión de ser opiniones tan opuestas, se reunieron. Había quienes, con el dedo, señalaban a K., y quiénes al juez.

Los efluvios de la concurrencia formaban un vapor molesto que impedía, inclusive, ver con nitidez a las personas que se encontraban al fondo, incomodando sin duda a los espectadores de galería, los cuales, para mantenerse al corriente, precisaban preguntar a los de abajo, lo que sólo hacían *sotto voce* después de haber lanzado una mirada impaciente al juez de instrucción. Las respuestas iban también en voz lo más baja posible detrás de la mano que el interrogado ponía a guisa de pantalla sobre la boca.

—Voy a terminar —dijo K. golpeando la mesa con el puño, pues no había campanilla.

La cabeza del juez de instrucción y la de su consejero se separaron simultáneamente, con el sobresalto de su sorpresa.

—Este asunto no es de mi incumbencia: así pues. Lo juzgo con sangre fría y, ante el supuesto de que usted conceda alguna importancia a este pretendido tribunal, sería muy provechoso para usted escucharme. Le ruego pues, dejar para más tarde sus reflexiones acerca de mis propósitos, ya que sólo dispongo de poco tiempo y voy a irme pronto.

De inmediato se hizo el silencio, hasta tal punto era K. dueño de la asamblea. Ya no se vociferaba como al principio, tampoco se aplaudía, y se diría que los asistentes estaban convencidos o en vía de estarlo.

—No lo dudemos, señores —prosiguió K., bajito, pues estaba feliz de gozar de la atención apasionada de la asamblea, en cuya calma se producía una especie de zumbido más excitante que los más ruidosos bravos—; no lo dudemos, señores, detrás de las manifestaciones de esta justicia, detrás de mi detención, en consecuencia, para hablar de mí, y detrás del interrogatorio al que se me ha sometido hoy, se encuentra una gran organización; una organización que no sólo ocupa a inspectores venales, a funcionarios y jueces de instrucción estúpidos, sino que hasta mantiene jueces de alta categoría, con su imprescindible y numeroso séquito de lacayos, escribientes, gendarmes y demás auxiliares, tal vez hasta verdugos, y no retrocedo ante la palabra. Y ahora, señores, ¿cuál es el sentido de esta gran organización? Es efectuar la detención de inocentes y entablar procesos sin razón y, la mayor parte de las veces, como en mi caso, sin ningún resultado. ¿Cómo, en medio de lo absurdo del conjunto de un sistema tal, no habría de manifestarse la venalidad de los funcionarios?

Tras una pausa, K. continuó:

—Es imposible, señores, que no se ponga de manifiesto con toda claridad. El más grande juez no podría ahogarla ¡ni para sí! ¡Por eso los guardianes tratan de robar los efectos personales a espaldas de los acusados; por eso los inspectores se introducen en casa de los ciudadanos; por eso hay inocentes que se ven deshonrados ante

asambleas enteras, en vez de que se les interrogue normalmente! Los guardianes sólo me han hablado de depósitos en los cuales se ponen las pertenencias de los acusados; ¡me gustaría ver esos depósitos en los que un haber penosamente amasado se estanca sin fruto, en espera de ser robado por funcionarios criminales!

K. hubo de callarse a causa de un chillido procedente del fondo de la sala; llevó su mano hacia los ojos, a modo de visera, para ver con más facilidad, ya que la débil luz del día daba un tono blanquecino a los vapores de la sala y cegaba cuando se quería distinguir algo. El grito salió del lado de la lavandera, en la cual K. había ya presentido un grave elemento de perturbación. ¿Sería ella la culpable en esta ocasión? ...Resultaba difícil darse cuenta. K. veía únicamente que un hombre estaba con ella en un rincón cerca de la puerta y la oprimía contra su cuerpo. Pero quien daba aquellas grandes voces no era ella, sino el hombre, el cual tenía la boca muy abierta y miraba al techo.

En torno a los actores de aquella escena se había formado un pequeño círculo y la gente de galería se mostraba encantada con esa diversión que venía a interrumpir la seriedad introducida por K. en la asamblea. K., a la primera impresión, quiso ir de inmediato a restablecer el orden, pensando antes que nada que todo el mundo tendría empeño en apoyarlo y, por lo menos, echar de la sala a la pareja; sin embargo, ya en las primeras filas se topó con personas que no se movían, y que no sólo le entorpecían el paso, sino que se lo impedían rotundamente y una mano, sin que le diera tiempo de volverse, lo sujetó por el cuello. K. dejó de pensar en la pareja; le pareció que se trataba de atentar contra su libertad y que su detención se volvía verdaderamente seria, por lo que pegó un salto al pie del estrado. Se encontraba ahora, cara a cara con la multitud. ¿Había juzgado mal a aquellas personas?, ¿había confiado demasiado en su discurso?, ¿era tanto lo que se había disimulado mientras él habló y, ahora que se trataba de actuar, caían las máscaras? ¡Qué rostros alrededor suyo! Diminutos ojos negros se movían en la penumbra; mejillas que colgaban como verdaderas mejillas de ebrios; lenguas barbas hirsutas y ralas, que cuando pasaban las manos por ellas era como si arañasen el vacío con los dedos; pero, por debajo de las barbas... este era el verdadero descubrimiento de K.: en los cuellos de las camisas de esa gente resplandecían insignias de diferentes tamaños y colores. Por lo visto, todos ellos llevaban esa clase de insignias, todos pertenecían al mismo clan, tanto los de la derecha como aquellos de la izquierda, y, al volverse, súbitamente, K. también vio idénticas insignias en el cuello del juez de instrucción que, con sus manos cruzadas sobre el vientre, contemplaba tranquilamente el espectáculo.

—¡Ah, claro! —exclamó K., extendiendo los brazos hacia lo alto, como si este repentino descubrimiento le exigiera más espacio para explayarse—; todos ustedes, por lo que veo, son funcionarios de la justicia, forman esa cuadrilla de vendidos a la cual me refería y se han reunido aquí para escuchar y asechar; han simulado estar constituidos en dos partidos para engañarme. Si aplaudían era para tantearme; querían saber cómo arreglárselas para inducir a un inocente a la tentación. ¡Pues bien!, no

merecía la pena. Ya sea que se hayan divertido al ver que alguien esperaba de ustedes la defensa de la inocencia, ya sea que... ¡suélteme o lo golpeo! —dijo, casi gritando, a un anciano tembloroso que se había acercado demasiado a él— ya sea que ustedes hayan aprendido verdaderamente algo, los felicito por su bello oficio.

Con suma rapidez tomó su sombrero del borde de la mesa y se precipitó hacia la salida, en medio de un silencio general, del que sólo cabía la explicación de haberse producido ante la más cabal sorpresa. Pero la evidencia demostró que el juez de instrucción reaccionó con mayor rapidez que él, puesto que estaba esperándolo frente a la puerta.

—Un momento —le dijo.

K. se paralizó, si bien no miró al juez; sólo le interesaba alcanzar la puerta, de cuya manecilla ya se había asido.

—Deseo, sencillamente —dijo el juez—, hacer resaltar que hoy usted sólo ha frustrado, sin darse cuenta al parecer, la ventaja que un interrogatorio representa siempre para el acusado.

K. soltó la risa, sin dejar de mirar la puerta:

—¡Haraganes, esto es lo que son! —exclamó K.—. ¡Quédense con sus interrogatorios!, ¡se los regalo!

Después abrió y, a todo correr, bajó la escalera. Detrás suyo oyó que iba en aumento el murmullo de la asamblea, reanimada para discutir, sin duda, los acontecimientos como en un aula en la que se comenta un texto.

CAPÍTULO III

EN LA SALA DESIERTA. EL ESTUDIANTE. LAS ESCRIBANÍAS

K. estuvo esperando una nueva convocatoria todos los días de la siguiente semana; no podía suponer que su rechazo a los interrogatorios se hubiese tomado al pie de la letra, y, como aún no había recibido nada el sábado por la tarde, pensó que estaba convocado, tácitamente, para el domingo a la misma hora y en el mismo lugar. Con esta convicción se dirigió allí. Esta vez tomó de inmediato la escalera y los corredores más directos. Algunos arrendatarios, al acordarse de él, le saludaron desde los umbrales de sus casas, pero a nadie tenía que preguntar la ruta a seguir y pronto llegó a la puerta requerida, la cual se abrió en cuanto hubo llamado. Sin detenerse a observar a la mujer que abrió, la misma de la otra vez, y que permaneció cerca de la entrada, iba a dirigirse a la pieza vecina, cuando la oyó decir:

—Hoy no hay sesión.

—¿Por qué no habría de haber sesión? —interrogó incrédulo.

Sin embargo, la mujer lo convenció con sólo abrir la puerta del recinto. Realmente, la sala estaba vacía; y en este vacío tenía un aspecto aun más miserable que el domingo anterior. La mesa continuaba en el estrado y soportaba unos libros de apariencia detestable.

—¿Puedo mirar estos libros? —preguntó K., no tanto por curiosidad sino simplemente para que se pudiera decir que no había ido del todo en vano.

—No —dijo la mujer, cerrando la puerta—; no está permitido. Estos libros pertenecen al juez de instrucción.

—¡Ah, claro! —exclamó K.— ¡Con que estos libros, que sin duda contienen los códigos, y procedimientos de nuestra justicia, exigen, claro está, que uno sea condenado no sólo siendo inocente, sino aun sin conocer la ley!

—Debe ser así... —dijo la mujer sin comprender casi nada.

—Bien, en este caso, me voy —dijo K.

—¿Debo decir algo al juez de instrucción? —preguntó la mujer.

—¿Usted lo conoce? —preguntó K., a su vez.

—Naturalmente —contestó la mujer—; mi marido es el ujier del tribunal.

Fue en aquel momento cuando K. se dio cuenta de que esa antesala, en donde el domingo anterior sólo había una tina con ropa, ahora estaba completamente acondicionada para dormitorio. La mujer advirtió su asombro, y añadió;

—Sí, nos dan aquí alojamiento gratuito, pero estamos obligados a retirar los muebles todos los días de sesión. El puesto de mi marido ofrece bastantes inconvenientes.

—Estoy menos sorprendido con el cuarto —dijo K., trasluciendo cierta ironía en la mirada—, que de saber que usted está casada.

—¿Lo dice usted —preguntó la mujer— por el incidente con el cual puse fin a su discurso de la última sesión?

—Claro está —dijo K.—. Actualmente ya pasó y está casi olvidado; pero, eso sí, en su momento me puso en verdad furioso. Y ahora, ¿me dice usted que es una mujer casada!

—Si yo interrumpí su discurso, ello no podía hacerle daño. Después que usted se fue le juzgaron muy mal.

—Es posible —dijo K., esquivando el último punto—; todo eso no la justifica.

—Estoy disculpada a los ojos de todos aquellos que me conocen —dijo la mujer—; el hombre que me abrazó el último domingo me persigue desde hace mucho. No parezco muy seductora, que digamos, pero lo soy para este. No hay nada qué hacer con él, mi marido ha tenido que ponerse de su parte; si quiere conservar su situación no tiene más que hacerse el desentendido, pues este muchacho es estudiante y llegará a una posición muy elevada. Siempre me sigue de cerca; acababa de salir cuando usted entró.

—No me sorprende —dijo K.—; esto se parece a todo lo demás.

—¿Intenta usted introducir reformas aquí? —preguntó la mujer, pausadamente, con aires de escudriñadora, como si dijera algo que pudiese ser tan peligroso para ella como para K.—. Eso es lo que saqué en conclusión de su discurso, que en lo personal me ha gustado mucho, aun cuando sólo oí una parte, pues al principio estaba ausente y, al final, me encontraba tirada en el suelo con el estudiante... ¡Es tan asqueroso, aquí! —exclamó, tras una pausa, cogiendo de la mano a K.— ¿Cree usted que llegará a obtener mejoras?

K. esbozó una sonrisa, mientras hacía girar su mano entre las tibias manos de la mujer.

—La verdad sea dicha —añadió—, no estoy encargado de obtener aquí mejoras, tal como usted dice, y si hablase usted de ello a alguien, al juez de instrucción, por ejemplo, haría que se burlaran de usted. Jamás me hubiera mezclado por mi gusto en semejantes asuntos, y la necesidad de mejorar esta justicia nunca ha perturbado mi sueño. Sin embargo, habiéndoseme detenido, porque estoy detenido, he sido forzado a mezclarme en ello por cuenta mía. Si por este motivo pudiera serle útil, sea en lo que fuera, lo haría, naturalmente, con mucho gusto, no sólo por amor al prójimo, sino también porque, a su vez, usted podría hacerme un favor.

—¿Cuál? —preguntó la mujer.

—Permitiéndome ver ahora, por ejemplo, los libros que están en la mesa.

—¡Naturalmente! —exclamó la mujer, dándose prisa en hacerlo entrar tras ella.

Los libros en cuestión eran viejos, desgastados; uno de ellos tenía las cubiertas hechas trizas, cuyos pedazos no se sostenían más que por hilos.

—¡Cómo está todo tan sucio! —dijo K., meneando la cabeza.

Antes de que K. tocara los libros, la mujer los desempolvó con la punta de su delantal. K. tomó el primero que le vino a la mano, lo abrió y descubrió un grabado impúdico. Un hombre y una mujer, desnudos, estaban sentados en un canapé. La intención del grabador era evidentemente obscena, pero había sido tan torpe que únicamente podía verse allí un hombre y una mujer sentados, de una rigidez tan extrema que parecían salir de la imagen y no llegaban a mirarse sino con un gran esfuerzo, a consecuencia de la falta de perspectiva. K. no quiso ver más; se conformó con hojear el segundo libro, fijándose en el título. Se trataba de una novela: *Tormentos que Margarita tuvo que sufrir de su marido*.

—¡Estos son —dijo K.— los libros de ley que aquí se consultan!, ¡y por esta gente debo ser juzgado!

—Yo le ayudaré, ¿quiere usted, señor? —dijo la mujer.

—¿Puede usted, verdaderamente, hacerlo sin correr un riesgo? Usted decía no hace mucho que su marido debe servir a sus superiores.

—Le ayudaré a pesar de todo —dijo la mujer—. Vamos, es necesario que hablemos de ello. Pero no me diga nada más de mis riesgos: no temo el peligro sino cuando quiero.

Ella le señaló el estrado, rogándole que se sentara a su lado en el escalón.

—Tiene usted bellos ojos negros —dijo ella, cuando estuvieron sentados, mirándole de cerca—. También me dicen que yo tengo bonitos ojos, pero los suyos lo son más. Ya me había dado cuenta mucho antes, desde la primera vez que usted vino. Es por ellos precisamente que luego entré en la sala de juntas, lo que no acostumbro e incluso, en cierto modo me está prohibido.

«Ahora se explica todo —pensó K.—: Se me ofrece; está tan corrompida como todos los otros de aquí, ya tiene bastante con la gente de justicia, ello es fácil de entender, y, claro, se dirige al primero que llega elogiándole sus ojos».

Y dejó el asiento sin decir palabra, como si hubiese pensado en voz alta y explicado así su conducta a la mujer.

—No creo que usted pueda ayudarme —dijo K.—; para ayudarme verdaderamente necesitaría estar relacionada con altos funcionarios; y usted, probablemente, no ve sino empleados subalternos que van y vienen por aquí. A estos con seguridad los conoce usted mucho y podría obtener de ellos bastante; pero los más grandes favores que pudieran hacerle no adelantarían en absoluto, el fin de mi proceso; usted no habría logrado sino enloquecerse con algunos de ellos, y eso no lo quiero yo. Continúe frecuentando esa gente como hasta ahora; de hecho, creo que le es indispensable. No dejo de lamentar el tener que hablarle así. Para corresponder a su cumplimiento, también yo le confieso que usted me gusta mucho, en especial cuando me mira con ese semblante tan triste, para lo cual, por lo demás, no hay

motivo. Usted forma parte del conjunto de personas a quienes debo combatir, pero es el caso que usted se siente muy a su gusto en el medio; incluso ama al estudiante, o al menos lo prefiere a su marido; eso se desprende fácilmente de sus propias palabras.

—¡No! —exclamó ella, aún sentada, habiendo tomado la mano de K. con un movimiento tan rápido que no le fue posible esquivarlo—. Usted no puede irse ahora; no le asiste el derecho de irse con un juicio erróneo. ¿Acaso podría irse en este instante?, ¿de veras soy tan insignificante como para que usted no quiera quedarse conmigo tan sólo un breve instante?

—Usted me ha entendido mal —dijo K., sentándose nuevamente—. Si usted se empeña en que de veras me quede, lo haré con gusto. Dispongo de tiempo, puesto que vine con la idea de un interrogatorio. Cuanto le dije no fue más que para rogarle no emprender ninguna gestión a favor mío. No hay nada en ello que pueda herirla, si considera que el término de mi proceso me es del todo indiferente y que me río de ser condenado; siempre claro está, que el proceso termine en realidad algún día, lo cual me parece muy dudoso. Mas, de pronto pienso que tanto la pereza como la negligencia y hasta el temor de los funcionarios de la justicia les ha hecho suspender la instrucción del proceso; de lo contrario, esto terminaría pronto. También es posible que persigan el asunto con la esperanza de obtener algunos estipendios, pero ya pueden esperar, lo puedo decir desde ahora, pues no he de sobornar a nadie. Tal vez pudiera usted hacerme un favor diciéndole al juez de instrucción, o a cualquier otro personaje de esos que gustan de propagar las noticias importantes, que todos los esfuerzos que desplieguen esos señores, por más que sin duda los hayan de intensificar, no me llevarán nunca a sobornar a ninguno. Sería trabajo absolutamente perdido, puede usted decírselo rotundamente. Además, es muy posible que ya lo hayan presumido; y aun si no es así, no doy tanta importancia a que se enteren ahora. Ello no haría más que ahorrarles esfuerzo; claro que así me evitaría alguno que otro contratiempo, pero no pido tanto que no sea aliviarme estas ligeras molestias con tal de que yo sepa que los demás padecen la repercusión, y habré de procurar que así sea. ¿Conoce usted al juez de instrucción?

—Ya le dije que sí —contestó la mujer—; era en ti en quien pensaba, sobre todo cuando ofrecí ayudarle. No sabía que él sólo era un subalterno, pero, puesto que usted lo dice probablemente debe ser así. Creo que el informe que rinde a sus jefes debe hacer cierta presión. ¡Escribe tantos reportes! Usted dice que los funcionarios son perezosos; seguramente no se puede decir eso de este. ¡Escribe una enormidad! El domingo último, por ejemplo, la sesión duró hasta la noche. Todo el mundo se había ido; él continuaba allí. Hacía falta luz; yo sólo tenía una lamparita de cocina. Se mostró muy satisfecho y, en seguida, se puso a escribir. Mi marido, que precisamente estaba de descanso ese día, vino antes de lo acostumbrado; entonces fuimos a buscar los muebles y los instalamos. Luego vinieron unos vecinos y estuvimos charlando a la luz de una vela. En resumen, nos olvidamos del juez y, al fin, nos acostamos. A eso de la medianoche, seguramente era muy tarde, de pronto despierto y veo al juez a un

lado de mi cama. Tenía su mano delante de la lámpara, para evitar que la luz diera sobre mi marido, precaución inútil porque el sueño de mi marido es tal que no lo habría despertado nunca. Me asusté tanto que por poco grito, pero el juez de instrucción fue sumamente amable. Moviéndome a la prudencia, me dijo al oído que había estado escribiendo hasta esa hora, que me llevaba la lámpara y que nunca olvidaría el cuadro que le había brindado mientras dormía. Todo esto es sólo para decirle que el juez de instrucción en verdad escribe muchos reportes, principalmente acerca de usted, ya que su interrogatorio le ha suministrado el material más importante de la última sesión por dos días. A escritos de tanta extensión no se les puede restar importancia. A través de este incidente usted puede ver también que el juez de instrucción me requiere en amores, y que yo puedo influir mucho sobre él, de modo particular ahora, en los comienzos ya que es recientemente que ha debido fijarse en mí. Está muy inclinado hacia mí, tengo de ello otras pruebas. Precisamente ayer, por mediación del estudiante, el cual es de su confianza y su colaborador, me ha hecho llegar un par de medias de seda, relacionando el obsequio con la limpieza de la sala de sesiones; pero eso no fue más que un pretexto, pues este trabajo entra por obligación en lo que corresponde a mi marido y por ello recibe la paga. Se trata de unas medias muy buenas, vea usted —y recogió hacia arriba las faldas, hasta las rodillas, para mirárselas—: Son muy buenas medias, hasta demasiado; no están hechas para mí.

Enmudeció de pronto, a un tiempo que posaba su mano sobre la de K., como para confirmar lo dicho, y dijo muy quedamente:

—Cuidado: Berthold nos está mirando.

K. alzó despacio la mirada. En el umbral de la entrada había un joven; era bajo de estatura, con las piernas torcidas, y por entre su barba, corta, y roja, entretenía sus dedos dándose aires de importancia. K. lo miró con curiosidad; era la primera vez que encontraba, por decirlo caritativamente, un estudiante que se especializaba en una ciencia jurídica, la que le era desconocida por entero; un hombre que llegaría probablemente, a ocupar una muy elevada posición. Por su parte el estudiante no parecía estar inquieto, ni mucho menos, por K.; simplemente, hizo una seña a la mujer, con la punta de su dedo emergido por un momento de su barba, y se dirigió hacia la ventana para esperar allí.

La mujer, inclinada hacia K., le dijo en voz baja:

—No me guarde rencor, se lo suplico y tampoco me juzgue mal; debo ir al encuentro de ese hombre horroroso: ¡vea esas piernas torcidas! Regresaré enseguida y habré de seguirlo allí donde usted quiera; iré a donde usted desee y podrá hacer conmigo lo que guste. No pido más que estar fuera de aquí el mayor tiempo posible y mucho mejor si ya no hubiese de regresar nunca —y después de prodigar una caricia en la mano de K., abandonó el estrado y corrió hacia la ventana.

Irreflexiblemente, K. quiso alcanzar en el aire la mano de la lavandera, pero ella se había escapado ya. Esta mujer era para él en verdad irresistible y, pese a todos sus

razonamientos, no hallaba siquiera uno válido para no caer en la tentación. Por un momento le vino la idea de que buscaba tal vez atraparlo en sus redes para entregarlo a la justicia. Pero la rechazó. Sin embargo. ¿De qué modo podía, pues, capturarlo ello?, ¿acaso no continuaría siendo lo suficientemente libre para anonadar a la justicia de un solo golpe, al menos por lo que a él correspondía?, bien podía alimentar esta mínima confianza. Y, luego, esta mujer, que daba la impresión de pedir ayuda con toda sinceridad, podría serle útil. No hallaría posiblemente nada mejor para vengarse del juez de instrucción y de todos sus secuaces, que no fuera sino quitarles esa mujer y tomarla por cuenta suya. Podría ser que entonces, después de haber dedicado largo tiempo a elaborar uno de esos mendaces reportes acerca de K., el juez de instrucción, a eso de la medianoche, encontrase vacía la cama de esa mujer, vacía, sí, porque ella pertenecía a K., porque esa mujer que en estos momentos estaba junto a la ventana, con ese esbelto cuerpo ágil y ardiente, de traje negro, de una tela burda y corriente, pertenecería del todo sólo a él.

Después de haber desvanecido de este modo las suspicacias que alimentaba contra ella, empezó a notar que el diálogo en la ventana se prolongaba demasiado; entonces se puso a golpear en el estrado; primero con la punta de los dedos y, en seguida, con el puño. El estudiante le lanzó una mirada por encima del hombro de la mujer, pero no se dio por importunado y aún la estrechó con más fuerza. Ella inclinó la cabeza muy hacia abajo, como escuchándole con gran atención, y él aprovechó el momento para besarla apasionadamente en el cuello y continuar hablándole. Para K. ello fue la confirmación de lo que la propia mujer le hubo dicho acerca de la tiranía con que la trataba el estudiante. K., se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro con pasos acelerados. Cavilaba cómo podría echar al estudiante con la máxima rapidez, de ahí que no le desagradara que el otro, impacientado sin duda por aquel modo de pasear que degeneraba por momentos en pataleos, le dirigiera esta perorata:

—Si usted tiene prisa, no hay nada que le impida irse. Lo habría podido hacer mucho antes; nadie lo hubiese lamentado; debió usted, incluso, haberlo hecho desde que llegué, y ¡pronto!

Si alguna exacerbabación manifestaba esta ocurrencia, revelaba también toda la soberbia del futuro funcionario de la justicia al hablar con un acusado cualquiera. K. se detuvo muy cerca suyo y, sonriéndole dijo:

—Estoy impaciente, cierto; y el mejor modo de aplacar esta impaciencia será que usted nos deje. Suponiendo que usted ha venido aquí para estudiar, ya que según se me dijo es estudiante, no deseo nada más que dejarle libre este recinto e irme con esta mujer. Será necesario que usted estudie mucho tiempo todavía antes de que llegue a juez. No conozco muy bien su justicia, pero me figuro que ella no se conforma con los discursos desvergonzados en los que usted parece sentirse tan seguro.

—Fue un error dejarle en libertad —dijo el estudiante, tratando de hallar una explicación ante la mujer, por causa de las palabras tan ultrajantes de K.—. Fue una torpeza, ya se lo he dicho al juez de instrucción. Al menos, se le debió haber hecho

quedar en su cuarto, durante los interrogatorios. Algunas veces no acabo de comprender al Juez.

—No tantos discursos —dijo K., ofreciendo su mano a la mujer—. ¡Decídase!

—¡Ah!, ¡conque esas tenemos! —exclamó el estudiante—. ¡No, no y no! ¡A esta mujer usted no la tendrá! —y, levantando a su amiga con un solo brazo, con una fuerza que jamás nadie hubiera podido suponer, se dirigió hacia la puerta, inclinando el hombro y prodigando una que otra mirada tierna a su cargamento. Tal huida manifestaba, indudablemente, temor a K.; sin embargo al acariciar la jactancia de querer exaltarlo aún más, al acariciar y oprimir con su mano libre el brazo de la mujer.

K. dio unos pasos a uno y otro lado del estudiante, pronto a sujetarlo y, en caso necesario, a estrangularlo; pero la mujer le dijo:

—No hay nada que hacer —y deslizó su mano por la cara del estudiante—; este pequeño monstruo no me soltará.

—Y usted, ¿no quiere que se le libere? —la interrogó K., dejando caer su mano sobre el hombro del estudiante, el cual trató de mordérsela.

—¡No! —exclamó la mujer, apartando con sus dos manos a K.—; ¡no, eso no! ¿Qué se ha creído usted? Sería mi perdición. Déjelo, se lo suplico; él no hace más que cumplir la orden del juez de instrucción de llevarme hasta él.

—¡Está bien!, ¡pues que se largue!, y a usted, ¡que no la vuelva a ver más! —exclamó K., furibundo por la decepción y descargando un golpe en la espalda del estudiante, hasta hacerlo tambalear.

Sin embargo, muy satisfecho de no haber sido derribado, aquel apresuró aún más la marcha, con su fardo bajo el brazo.

K. les siguió a paso lento, reconociendo que esta era la primera derrota irrefutable que sufría por parte de esa gente. Pero no era el caso de preocuparse: su fracaso se debía únicamente al hecho de haber provocado la pelea. De quedarse en casa, llevando una vida normal, no dejaría de ser mil veces superior a ellos y podría apartarlos de su camino a puntapiés. Se imaginaba la formidable escena ridícula que podría representar, por ejemplo, el cuadro de este miserable estudiante, morbosos y pagados de sí, de mala estampa, barbudos, hincados de rodillas junto a la cama de Elsa, con las manos juntas, implorando perdón. Esta idea le gustó mucho y decidió que en la primera oportunidad habría de hacerlo ir a casa de Elsa.

Alcanzó la puerta movido por la curiosidad, para ver hacia dónde conducía a la mujer, ya que el estudiante no iba a cruzar las calles con ella bajo el brazo. No fue necesario ir muy lejos. Justo enfrente de la puerta había una angosta escalera de madera, la cual debía conducir, sin duda, a las buhardillas. A causa de una vuelta no pudo ver adónde iba. Fue por esa escalera que el estudiante la emprendió, sin dejar su presa, con lentitud, resoplando ya, pues la marcha le había fatigado. La mujer hizo con la mano una señal de despedida a K. y, alzando repetidas veces los hombros, quería decirle que ella no era responsable de ese rapto, pero con eso no denotaba gran

pesar. K. la miró sin expresión alguna, como si fuera una mujer totalmente desconocida; no quería mostrarse decepcionado ni dar la impresión de que podía sobrellevar con facilidad su decepción.

Los dos tránsfugas se habían ya esfumado; él permanecía aún en el umbral. No cabía más que reconocer el engaño de la mujer, y aun doble, al pretextar que se la llevaba al juez, pues este ¡no iba a esperarla en un granero! Por mucho tiempo que durase el interrogatorio, la escalera de madera no aclaraba nada. K. advirtió que cerca de la subida había un cartelito y corrió a verlo. Estaba escrito con mano torpe. La inscripción decía: «Escalera de los archivos judiciales». Así pues, los archivos de la justicia se encontraban en aquel hórreo de ese cuartel de partes. Ciertamente, por su índole, la instalación no era para inspirar gran respeto, y nada mejor para devolver la tranquilidad al acusado como que este se cerciorara del poco dinero con que la justicia contaba, hasta verse forzada a colocar sus archivos en el lugar en donde los inquilinos del edificio, de los más pobres, arrojaban los trastos inservibles. También cabía la posibilidad de que hubiera suficiente dinero, pero que los empleados se apresuraran a echarle mano antes de ser aplicado para los asuntos de la justicia. Naturalmente era muy verosímil por lo que K. había visto hasta entonces, pero tal corrupción, si bien algo deshonrosa para el acusado, resultaba más tranquilizadora aún que la supuesta pobreza del tribunal. Ahora, K. comprendía que la justicia debía sentir vergüenza de hacer llegar al acusado a una buhardilla para el primer interrogatorio, y por eso prefería importunarlo en su propio domicilio. ¡Cuál no sería la superioridad de K. sobre el juez, cuando a este lo instalaban en una buhardilla y él disponía en el Banco, de una gran pieza precedida de una antesala, provista de un ventanal que daba a la plaza más animada de la ciudad! Claro está que él no se beneficiaba de extras con los sobornos y no podía disponer de un ordenanza para que le proporcionara una mujer, servida en su escritorio. Pero, al menos en esta vida, renunciaba a ello de buen grado.

Se encontraba aún plantado delante del cartel, cuando un hombre que venía subiendo la escalera se asomó por la puerta abierta a la habitación, desde la cual se veía también la sala de sesiones; finalmente, preguntó a K. si no había visto allí a una mujer, un poco antes.

—Sin duda es usted el ujier, ¿no es así? —dijo K.

—Sí —contestó el hombre—. Y usted, ¿no es el acusado K.? Lo he reconocido ahora. Sea usted bienvenido.

Y ofreció su mano a K., el cual no se lo esperaba en absoluto.

—Hoy no hay sesión —añadió el ujier, desconcertado por el silencio de K.

—Lo sé —dijo K., revisando con la mirada el traje de civil que llevaba el ujier, sin más insignias oficiales que dos botones dorados que parecían haber sido arrancados de un viejo capote militar—. Hablé con su mujer hace apenas unos momentos; pero ya no está aquí, el estudiante la ha llevado al juez de instrucción.

—Eso es —dijo el ujier—, se me la llevan de continuo. ¡No obstante, hoy es domingo!, no estoy sujeto a ningún trabajo y, pese a ello, me mandan a comisiones inútiles, sólo para alejarme de aquí, y se cuidan, para colmo, de que no sea en extremo lejos a fin de que pueda imaginarme que estaré de regreso a tiempo. Me doy tanta prisa como puedo, desde la puerta vocifero con tal jadeo mi mensaje al interesado, que apenas si se me puede entender; luego, regreso corriendo; pese a todo el estudiante lo ha hecho aún más aprisa que yo. Claro, su trayecto no es tan largo, no tiene más que bajar la escalera del granero. Si yo no fuese tan esclavo hace ya mucho tiempo que lo habría estrellado contra la pared, ahí mismo, junto al cartel. Lo sueño siempre, aquí, sobre el suelo, apabullado, clavado, los brazos en cruz, los dedos extremadamente abiertos, las torcidas piernas en círculo y con salpicaduras de sangre a su alrededor. Pero todo esto no es más que un sueño.

—¿No habrá otro medio? —preguntó K., sonriente.

—No doy con ninguno —respondió el ujier—. Y aún es peor. Hasta hace poco se contentaba con hacer ir a mi mujer a la habitación de él; ahora, como era de esperarse desde hace mucho tiempo es el juez de instrucción a quien se la lleva.

—Y su mujer ¿no tiene ninguna responsabilidad en eso? —preguntó K., conteniéndose, ya que también lo consumían los celos.

—¡Sí, claro! —exclamó el ujier—. Puedo asegurar que ella tiene la mayor culpa. Es ella la que le echó los brazos al cuello. En cuanto a él, va tras de todas las mujeres. Sin ir más lejos, en este edificio le han corrido de cinco hogares por haberse deslizado entre los matrimonios. Desdichadamente, mi mujer es la más bonita de todas las de aquí y yo soy el que menos puede defenderse.

—Siendo así —dijo K.—, naturalmente no hay nada que hacer.

—Y ¿por qué no? —inquirió el ujier—. Sería cuestión, de una vez por todas, de propinar a este estudiante, que no es más que un cobarde, una sarta de golpes en cuanto intentara tocar a mi mujer, para que nunca lo volviera a repetir. Pero yo no tengo el derecho y no hay quien quiera darme este gusto, pues todo el mundo tiene miedo a su poder. Debería ser una persona como usted.

—¿Como yo?, ¿por qué? —preguntó K., sorprendido.

—¡Porque es usted un acusado! —respondió el ujier.

—No hay duda —dijo K.—, pero precisamente por eso debo temer su venganza, podría valerse de la influencia que tiene; si no en el resultado del proceso, podría serlo, por lo menos, en su instrucción.

—Naturalmente —afirmó el ujier, considerando el punto de vista de K. tan justo como el suyo—. Pero aquí no se emprenden, por regla general, procesos que no puedan conducir a nada.

—No comparto su opinión —declaró K.; sin embargo, ello no podrá impedir que, en un momento dado, me ocupe del estudiante.

—Se lo agradeceré mucho —dijo el ujier algo ceremoniosamente, si bien no parecía creer que pudiera realizarse su máximo deseo.

—Tal vez hay aquí muchos otros empleados —añadió K.— que merezcan un trato igual; a lo mejor todos.

—¡Oh, sí, claro! —exclamó el ujier, como si fuera muy natural.

El ujier miró a K. con más confianza de la hasta ese momento testimoniada, a pesar de su mucha cordialidad, y añadió:

—Todo el mundo se rebela en estos tiempos.

De pronto, la conversación parecía causarle cierta pena, y la interrumpió diciendo:

—Debo presentarme en la oficina. ¿Quiere usted venir conmigo?

—No tengo nada que hacer allí —dijo K.

—Podría ver los archivos; nadie se fijará en usted.

—Así pues, ¿hay algo curioso que ver allí? —preguntó K., poniéndolo en duda, pero ansioso por aceptar.

—Pensé —dijo el ujier— que eso le interesaría.

—Vamos, pues —dijo K. finalmente—. Le acompaño —y se dirigió a la escalera, subiendo aun con mayor prontitud que el ujier.

Al ir a entrar por poco cae, pues faltaba un escalón detrás de la puerta.

—No hay consideración alguna con el público —dijo.

—En absoluto —afirmó el ujier; basta con que mire esta sala de espera.

Se trataba de un largo corredor con varias puertas, burdamente construidas, que daban acceso a las diversas secciones del granero. Aun cuando la luz del día no daba allí de pleno, tampoco estaba completamente a oscuras; la pared que las separaba del corredor no era hermética sino que, de un lado, se veía varias de las oficinas a través de una especie de enrejado de madera por el que pasaba un poco de luz y así se podía también vislumbrar a los empleados ante sus pupitres cuando estaban escribiendo o de pie, contra el calado, ocupados en observar a las personas que pasaban. Ese día, por ser domingo, la concurrencia en la sala de espera era muy escasa. Todos daban la impresión de ser muy modestos, estaban repartidos en tramos casi regulares, sentados en bancas de madera colocadas en ambos lados del corredor. Todos aquellos hombres vestían descuidadamente, si bien la mayor parte, a juzgar por el aspecto particular del rostro, por sus modales, por el corte de la barba y por muchos otros pormenores difíciles de definir, pertenecían evidentemente a las más elevadas clases de la sociedad. A falta de perchas, habían dejado sus sombreros debajo de las bancas, seguramente debido a que cada uno seguía el ejemplo de su precedente. Cuando vieron venir a K. y al ujier, quienes se encontraban más cerca de la puerta se pusieron de pie para saludarlos y los demás, a su vez, se creyeron obligados a hacer lo mismo, de suerte que todos se fueron poniendo de pie a medida que pasaban aquellos dos señores. Por lo demás, nadie se mantuvo derecho, sino con el dorso inclinado y las piernas semidobladas; se hubiera dicho que eran pordioseros de la calle. K. esperó al ujier, que venía detrás suyo, y le dijo:

—¡Qué de humillaciones han debido recibir!

—Sí —afirmó el ujier—; son acusados; todos cuantos ve usted aquí son acusados.

—Verdaderamente —dijo K.—, ¿son, pues, colegas míos? —y volviéndose hacia uno de aquellos hombres que se hallaban cerca suyo, alto y delgado, casi entrecano, le preguntó con toda cortesía—: ¿Qué espera usted aquí?

La insospechada pregunta dejó turbado al hombre, circunstancia tanto más penosa por cuanto bien se veía que se trataba de alguien conocedor del mundo, que en todas partes, a excepción de aquel lugar, debía ser muy dueño de sí y a quien no le era fácil olvidar la superioridad adquirida sobre los demás. Allí, no supo qué responder a una simple pregunta, y miraba a sus compañeros como si estuvieran obligados a ir en su ayuda, casi como que nadie pudiese exigirle una respuesta en tanto no le llegara algún auxilio. El ujier intervino, entonces, para devolverle la tranquilidad e infundirle ánimo:

—Este señor le pregunta simplemente qué es lo que usted espera. Así pues, responda.

La voz del ujier, sin duda más familiar al hombre, obtuvo mejor resultado:

—Espero... —comenzó a decir y se detuvo de pronto.

Era evidente que había escogido la manera de empezar para responder con precisión a la pregunta formulada, pero no acertaba con la continuación. Algunos de los acusados se habían aproximado y rodeaban al grupo. El ujier les dijo:

—Circulen, circulen, desembaracen el paso.

Retrocedieron un poco, pero sin que nadie regresara aún a su lugar anterior. El hombre interrogado que había tenido tiempo de tranquilizarse, tanto que sonrió al responder, dijo:

—Hace aproximadamente un mes envié algunos requerimientos a la justicia, y espero que los atiendan.

—Se diría que usted está muy preocupado —dijo K.

—Naturalmente —contestó el hombre—, ¿acaso no se trata de un asunto que me incumbe?

—No todo el mundo piensa como usted —dijo K.—. Fíjese; yo estoy acusado, pero, tan cierto como que quiero alcanzar el cielo, no he presentado nunca documentos o lo que fuera. Usted, ¿lo considera necesario?

—No lo sé con precisión —contestó el hombre, una vez más desconcertado por completo.

Era evidente que él pensaba que K. quería bromear; igualmente, que hubiera preferido, sin duda, volver a su antigua respuesta por temor a incurrir en otro error; pero, ante la mirada impaciente de K., optó por decir:

—En lo que a mí concierne, yo sí redacté los documentos.

—Se diría que usted no cree que estoy acusado —dijo K.

—¡Oh, sí, señor!, ¡naturalmente! —exclamó el hombre, retirándose un poco hacia un lado, evidenciando en su respuesta más temor que fe.

—Usted no me cree, ¿verdad? —preguntó K., a un tiempo que, inconscientemente, debido a la humilde actitud de aquel hombre, le tomó del brazo como para obligarlo a creer.

No quiso hacerle daño, y fue muy ligeramente que lo tocó, pero el hombre lanzó un alarido como si K., en vez de haberlo rozado con los dedos, lo hubiera apresado con tenazas al rojo vivo. Con aquel risible alarido K. acabó por excederse. Al fin, si no creían que él estaba acusado, qué más daba, ¡tanto mejor! Tal vez el hombre lo tomaba por un juez. Entonces, a modo de despedida, le tomó el brazo con más fuerza, le dio un empujón contra la banca y se fue.

—Los acusados, en su mayoría, son extremadamente sensibles —dijo el ujier.

Detrás de los dos, casi todos los que esperaban se reunieron en torno al hombre, que ya había dejado de vociferar, y lo interrogaban, al parecer, acerca de los detalles del incidente. K. vio, entonces, cómo se aproximaba un gendarme, al cual se le reconocía sobre todo por el sable, cuya vaina, a juzgar al menos por su color, parecía de aluminio. El asombro de K. fue tal que tocó el arma para cerciorarse. El gendarme, atraído por los alaridos del acusado, preguntó qué era lo que había ocurrido. El ujier procuró tranquilizarlo en pocas palabras, pero aquel declaró que debía investigar por su cuenta y, saludando se marchó paso a paso, pero con cierta rapidez. Era sin duda por causa de la gota que sus pasos eran cortos.

No fue por mucho tiempo que K. se inquietó por él ni por la gente del corredor, ya que hacia la mitad de este vio un pasadizo, sin puerta, por donde torcer a la derecha. Al preguntar al ujier si era ese el camino correcto, respondió aquel afirmativamente con la cabeza y K. se introdujo en el pasadizo. El hecho de ir uno o dos pasos delante de su acompañante se le hacía molesto, ya que esta manera de andar podía inducir a confundírsele al menos en aquel sitio, con un criminal al que se le conduce ante el juez. Por eso solía esperar a su guía, pero este se retrasaba siempre un poco. Con la intención de terminar pronto con aquel hecho penoso, K. declaró finalmente:

—Me basta con lo que vi; ya quisiera irme.

—Usted no ha visto aún todo —afirmó el ujier, con una candidez intolerable.

—Es que no quiero ver todo —dijo K., que además se sentía en verdad muy fatigado—; me quiero ir; dígame ¿por dónde salimos?

—¿Acaso está usted perdido? —preguntó el ujier muy asombrado—. No tiene más que doblar la esquina y continuar por el pasadizo hasta encontrar la salida.

—Sí, pero usted venga conmigo —le suplicó K.—; enséñeme el camino a seguir, podría equivocarme, ¡hay tantos!

—¡Este es el único! —exclamó el ujier, en un tono de reproche—. No me es posible regresar con usted: debo llevar mi mensaje; ya es mucho el tiempo que he perdido con usted.

—¡Venga, sígame! —repetía K: con ímpetu, como si acabara de coger en mentira al ujier.

—¡No hable tan recio! —dijo por lo bajo el ujier—. Esto está lleno de oficinas; si usted prefiere no regresarse solo, acompáñeme todavía un momento, o espere aquí mientras termino mi comisión.

—¡No, no! —dijo K.—. No espero más; es necesario que me siga de inmediato.

No había tenido tiempo todavía de examinar en dónde se encontraba; fue al ver abrirse una de las muchas puertas de madera que había alrededor, cuando observó el lugar. Una jovencita, atraída seguramente por sus voces, les salió al encuentro.

—¿Qué desea, señor? —le dijo.

Tras ella se vislumbraba en la penumbra un hombre que iba aproximándose. K. lanzó una mirada al ujier: este individuo era quien le había dicho, no obstante, que nadie se fijaría en él. Y ahora ya tenía dos burócratas encima suyo. Al rato, todos los empleados se le plantarían delante para preguntarle qué hacía allí. La única explicación admisible que podía dar acerca de su presencia descubriría su condición de acusado. Sería necesario decirles la fecha del próximo interrogatorio y precisamente eso era lo que no quería, ya que no había ido sino por curiosidad; y si se valía de la otra explicación, esto es, que lo llevaba un afán de cerciorarse de que esa justicia era tan repulsiva en su interior como por fuera, resultaba aún menos posible de argumentar. Y en verdad no creía haberse equivocado. No pretendía ir más lejos, estaba harto; se sentía demasiado oprimido por cuanto había visto hasta allí; no sería ya capaz de hacer frente a la situación si se topaba con uno de los altos funcionarios que podían presentarse en todo momento por cualquiera de aquellas puertas. Quería irse con el ujier o, si era necesario, partir solo.

Pero su silencio debía ser impresionante: la joven y el ujier se habían quedado mirándole como si de un momento a otro esperaran que fuese a operarse en él una transformación, espectáculo que no quisieran perderse. El hombre al cual K. había visto venir desde lejos ya estaba ahí, con las dos manos apoyadas en la puerta, manteniendo el equilibrio sobre la punta de los pies, semejante a un espectador inquieto. La joven fue la primera en advertir la actitud de K., debida a un malestar, y fue en busca de un sillón.

—Quiere usted sentarse, ¿verdad? —le dijo.

K. se sentó de inmediato y se apoyó en los dos brazos del mueble, para sostenerse mejor.

—Está usted un poco mareado, ¿no es cierto? —dijo la joven.

Ahora veía su rostro muy cerca del suyo; tenía esa expresión severa propia de muchas mujeres en su más bella juventud.

—No se inquiete —añadió la joven—, este malestar no tiene nada de extraordinario aquí; casi siempre se experimenta una crisis de esta índole cuando se llega aquí por primera vez. Es la primera vez que usted viene, ¿verdad? En este caso, como le dije, es algo muy común lo que le ocurre. ¡Es tanto lo que el sol calienta el techo!; de ahí que las vigas se calienten y, en consecuencia, el aire se vuelve pesado y opresivo. No es un lugar muy adecuado para haber establecido en él las oficinas, que

digamos, no obstante las ventajas que por otra parte ofrece. Ciertos días, aquellos de las grandes sesiones, y son frecuentes, apenas se puede respirar. Y si considera usted que toda la gente trae aquí su ropa a secar, lo cual no se les puede prohibir por completo a los inquilinos, no le causará extrañeza su ligero malestar. Uno acaba por habituarse del todo a la atmósfera del lugar. Cuando usted haya vuelto por segunda o tercera vez, casi no sentirá ya esta opresión. ¿Se encuentra usted mejor?

K. no contestó nada; se sentía doblemente incómodo por estar atendido a esas personas y por culpa de su repentina indisposición. Además, desde que supo la causa de su estado, en vez de hallar un alivio, sentía mayor decaimiento. A la joven no le pasó eso inadvertido e inmediatamente, para remediar en algo al enfermo, tomó una vara que estaba contra la pared y empujó con ella el borde de un tragaluz que daba a cielo abierto, justo encima de la cabeza de K. Fue tanto el hollín que de él cayó que la joven se decidió a cerrarlo en seguida y tuvo que limpiar con su pañuelo las manos de K., en exceso extenuado para hacerlo él. Habría preferido permanecer allí tranquilamente sentado hasta recuperar sus fuerzas para irse, pero no podría lograrlo si no dejaban de inquietarse por él.

Y resultó que, para colmo, la joven anunció:

—No es posible que usted permanezca aquí; está estorbando la circulación.

K. alzó los párpados como preguntando de qué circulación hablaba, a riesgo de que él la interrumpiera.

—Si usted quiere, lo conduciré a la enfermería. Ayúdeme, si me hace el favor —pidió ella al hombre apoyado en la puerta, el cual se acercó de inmediato.

Pero K. no quería que lo llevaran a la enfermería; no deseaba ir más lejos, era necesario evitarlo, pues de hundirse más en estos lugares se agravaría su mal.

—Ya puedo andar —dijo, tratando de ponerse de pie, aun cuando estaba anquilosado por haber permanecido mucho rato inmóvil, por lo que le fue imposible sostenerse.

—No, no puedo —añadió meneando la cabeza.

K. se sentó de nuevo, lanzando suspiros. Pensó que el ujier hubiera podido conducirlo con facilidad; pero, sin duda, el ujier debió haberse ido hacía mucho tiempo, pues por más que lo buscaba entre el hombre y la joven, los cuales se mantenían delante suyo, no alcanzó a verlo.

—Creo —dijo el hombre, el cual vestía con elegancia, destacándose en él su chaleco gris, cuya forma de corte, en puntas semejava una cola de golondrina—, creo que el mal de este señor es por causa de la atmósfera del lugar; lo más conveniente para él y para nosotros será que, en vez de llevarlo a la enfermería, lo saquemos de las oficinas.

—¡Exacto! —exclamó K., que de tanto regocijo interrumpió al hombre—. Al salir, me sentiré bien en seguida. Por lo demás, ya no me siento tan decaído; sólo necesito que me sostengan un poco por debajo de los brazos; no habré de darles mucho trabajo y tampoco el camino es largo, será suficiente con que me conduzcan

hasta la puerta; me sentaré un rato en los escalones y al primer intento ya me sentiré como antes, porque nunca he padecido de estos mareos; en verdad, este me sorprende mucho. También yo estoy acostumbrado al ambiente de las oficinas; claro que este, como ustedes lo han dicho, es realmente excesivo. ¿Serían tan bondadosos de acompañarme un poco? Tengo vértigo y me siento mal si trato de ponerme de pie yo solo —y alzó los hombros para facilitar que lo tomaran por debajo de los brazos.

No obstante, el hombre no hizo caso; se quedó muy tranquilo, con las manos en los bolsillos, y soltó la risa.

—Lo ve usted —dijo a la joven— ¿no lo adivina exactamente? Este señor sólo se siente mal aquí; en otra parte no le ocurre esto.

La joven sonrió levemente a un tiempo que daba un golpecito en el brazo del hombre, haciéndole comprender que se había excedido.

—¡Qué se imagina usted! —exclamó el hombre sin dejar de reír—. ¡No espere nada mejor que acompañar a este señor!

—¡Vaya!, está bien —dijo la joven, aprobando a un tiempo con su hermosa cabeza—. No le dé demasiada importancia a esa risa —añadió, dirigiéndose a K.

Una vez más K. se había entristecido; miraba fijamente delante suyo y parecía no tener necesidad de explicaciones.

—Este señor... permítame que se lo presente —y al señalar al hombre, este dio su anuencia con un movimiento de la mano—: Este señor es nuestro encargado de información. Se dedica a proporcionar a los inculpadados todas las informaciones que les hagan falta; y, como nuestros sistemas de trámites no son muy conocidos en la población, hay mucha solicitud de informes. Para todo tiene una respuesta. No tiene más que ponerlo a prueba, si lo desea. Pero no consiste en eso su único mérito: ¡goza del privilegio de la elegancia! Nosotros creíamos, al decir nosotros se entiende todos los funcionarios, que era conveniente vestir con elegancia al encargado de información, a fin de que impresionara favorablemente al público, ya que es con él con quien los inculpadados deben entenderse antes que con nadie. Los demás, desafortunadamente, vamos muy mal vestidos, no tiene más que observarme: no nos preocupamos por la moda, no tendría gran interés para nosotros embarcarnos en gastos extraordinarios, dado que pasamos casi todo el tiempo en las oficinas; aquí también dormimos. Pero, eso sí, como le decía, para nuestro encargado de información juzgamos que era necesario un buen traje. Siendo que nuestra administración es algo insólita al respecto y como desdichadamente, no quiso proporcionárselo por su cuenta, hicimos una colecta, a la cual contribuyeron también los inculpadados. Así fue cómo le pudimos comprar a nuestro colega el bonito traje que usted ve, y otros más. Ahora, todo habría de marchar bien para la buena impresión, si él no echara a perder nuestra obra con esa risa que espanta a todos los acusados.

—Eso es —dijo con ironía el encargado de información—; no comprendo, señorita, qué necesidad tenía de referir todos nuestros secretos a este señor, o más

bien de imponérselos, porque ni por asomo se empeña en saberlos. Fíjese: está por completo ensimismado en sus propios asuntos.

K. no tenía ganas de contradecirle. Posiblemente la intención de la joven era buena; tal vez no buscaba más que entretenerlo o darle tiempo para que se restableciera, pero había fracasado en su objetivo.

—Hizo falta que le explicara su risa; era ofensiva, —dijo la joven.

—Creo que este señor —respondió el empleado— habría de perdonarme peores ofensas con tal de que lo acompañase hasta la salida.

K. no dijo nada, no levantó la vista siquiera; soportaba que se hablase de él como de un objeto y consideraba que era mejor así. De pronto sintió la mano del informador encima de uno de sus brazos y la de la joven encima del otro.

—¡Vamos!, ¡de pie, hombre quebradizo! —dijo el encargado de la información.

—A los dos se los agradezco muchísimo —dijo K., con la voz apagada, poniéndose de pie poco a poco y, con sus propias manos, deslizando las de sus ayudantes hacia donde su cuerpo necesitaba más sostenimiento.

—Podría decirse —dijo la joven a media voz, cerní del oído de K., mientras avanzaban por el corredor— que pretendo halagar a nuestro encargado de Información; sea lo que fuere, no busco más que decir la verdad: este hombre no tiene el corazón duro; nadie le ha encomendado que acompañe hasta la puerta a los inculpados que se sienten mal; lo hace, sin embargo, con buena voluntad. Es muy posible que ninguno de nosotros sea de corazón duro, inclusive estaríamos dispuestos a brindar un favor a quien lo necesitara; pero, en calidad de empleados de la justicia, aparentamos a menudo que somos de mal corazón y que no queremos ayudar a nadie. Eso es algo que me hace sufrir mucho.

—¿Quiere usted sentarse un momento aquí? —preguntó el encargado de información.

Se hallaba en pleno corredor, precisamente enfrente del acusado al cual K. se había dirigido apenas llegó. Poco faltó para que K. enrojeciera al no tener más remedio que exhibirse en aquel estado lamentable delante de ese hombre ante el cual se mantuvo tan erguido tan sólo unos momentos antes. Ahora estaba sostenido por dos personas, y el encargado de información hacía girar su sombrero con la yema de los dedos; tenía enmarañado el pelo y se le venía a la frente sudorosa. Sin embargo, de nada de todo eso parecía darse cuenta el acusado; se mantenía de pie, con humildad, ante el encargado de información, que no lo veía siquiera; y no pretendía más que excusar su presencia.

—Sé bien —decía— que hoy no se pueden ocupar de mi asunto. A pesar de todo vine pensando que podría esperar aquí; siendo domingo, dispongo de tiempo y no creo molestar a nadie.

—No es necesario que se excuse tanto —dijo el encargado de información—; esta inquietud lo honra a usted. Claro está que usted ocupa un lugar de más en la sala de espera; puesto que eso no me molesta en absoluto, no quiero abstenerme de ponerlo

al corriente de su asunto. Cuando uno ha visto como yo que tantos inculpados se desentienden vergonzosamente de todos sus deberes, se sabe ser comprensivo con las personas como usted. Tome usted asiento.

—¡Eh, eh!, ¿sabe dirigirse al público, verdad? —dijo por lo bajo la joven a K.

K. movió la cabeza en señal afirmativa, pero se sobresaltó al oír que el encargado de información le preguntaba de pronto:

—¿Tal vez quisiera usted sentarse?

—¡Oh, no! —respondió K.—. No quiero terminar de descansar aquí.

Lo había dicho con la máxima decisión posible, pero le hubiera gustado realmente sentarse. Sentía algo así como un mareo. Tenía la sensación de que iba en un barco con mal tiempo; le parecía que el agua impetuosa golpeaba contra los mamparos de madera y asimismo que oía desde el fondo del pasadizo un bramido semejante al de una ola que debiera pasar encima de su cabeza; se hubiese dicho que el pasadizo se bamboleaba y que los inculpados de cada banda subían y bajaban acompasadamente. La tranquilidad del hombre y de la joven que lo acompañaban no podía ser más incomprensible. La suerte de K. dependía de ellos. Si lo soltaban caería como un plomo. Percibía sus pasos regulares, sin que pudiera marcar el suyo, pues estaba forzado a llevarlo casi a rastras. Al cabo notó que le hablaban, pero no distinguía las palabras; únicamente oía un zumbido que le pareció que llenaba todo el espacio, y que calaba persistentemente una especie de sonido agudo semejante al de una sirena.

—Hablen más alto —balbució, manteniendo la cabeza baja, avergonzado por lo que decía, pues no dudaba que habían hablado fuerte.

Por fin, como si el muro se hubiera quebrado bruscamente, una ráfaga de aire le sopló el rostro y oyó que decían junto a él:

—Se empeña en irse a toda costa, y al decirle que aquí está la salida hay que repetírselo una y otra vez sin que se mueva ni más ni menos que un tronco.

K. se dio cuenta, en aquel momento, que estaba frente a la salida; la joven abrió la puerta. Tuvo la sensación de que recuperaba todas las fuerzas de una vez y, para disfrutar el anticipo de la libertad, se precipitó a bajar el primer escalón, desde donde se despidió del hombre y de la joven, que se mantenían pendientes de él.

—Gracias, muchas gracias —les repetía.

Por varias veces les estrechó la mano hasta que se convenció de que aquellas personas, acostumbradas a la atmósfera de las oficinas, toleraban con dificultad el aire fresco que soplaba en la escalera. A duras penas pudieron contestar; incluso, si él no hubiera cerrado la puerta de inmediato, la joven se hubiese desplomado. Aún permaneció allí un momento. Gracias a un espejo de bolsillo acertó a peinarse; recogió el sombrero en el escalón siguiente, en donde lo debía haber abandonado el encargado de la información, y bajó la escalera con tantos ímpetus que hasta se espantó de su transformación. Su buena salud jamás le había causado una sorpresa semejante. ¿Acaso su cuerpo quería sublevarse y se disponía a desconcertarlo con una nueva índole de molestias, ahora que él sobrellevaba tan bien las del proceso?, ¿sería

conveniente, quizá, ir a ver un médico en la próxima ocasión? De todos modos, estaba decidido a emplear los domingos en lo sucesivo.

CAPÍTULO IV

LA AMIGA DE LA SEÑORITA BÜRSTNER

En los días subsiguientes K. no encontró el momento oportuno de intercambiar palabras con la señorita Bürstner; procuró acercársele de muy distintas maneras, pero ella se propuso a toda hora impedir que lo lograra; probó de regresar a casa tan pronto como salía de la oficina y de permanecer a obscuras en su habitación, con el fin de observar el vestíbulo a lo lejos, desde su canapé. Si la sirvienta, creyendo que en la pieza no había nadie, cerraba la puerta, él la abría de nuevo. Por la mañana se levantaba una hora antes de lo habitual, con la intención de encontrarse a solas con la señorita Bürstner antes de que partiese para su trabajo. Ninguno de sus propósitos dio buen resultado. Resolvió escribir dos cartas dirigidas a la joven; una a su oficina y la otra a su domicilio. En ambas misivas pretendía, una vez más, justificar su conducta; se brindaba a darle todas las satisfacciones, prometiéndole no sobrepasar jamás los límites que la propia señorita Bürstner le impusiera, y le pedía únicamente que le brindara una entrevista; agregaba que, en tanto no se vieran, no podía hablar con la señora Grubach; finalmente, le decía que permanecería en casa durante todo el domingo próximo, pendiente de una señal suya que le permitiera aspirar al logro de su petición o al menos le diera a conocer las razones de su negativa, razones por demás inimaginables, puesto que él prometía hacer todo lo que ella quisiera. Las cartas no le fueron devueltas, pero tampoco tuvo respuesta. En cambio, el domingo siguiente pudo comprobar que se producía una señal bastante significativa. Desde temprano, por el ojo de la cerradura vio un singular movimiento del cual pronto tuvo la explicación. Se trataba de una joven de origen alemán que daba clases de francés, cuyo apellido era Montag; un ser débil, pálido y que cojeaba un poco. Había ocupado una habitación aparte y ahora se mudaba a la de la señorita Bürstner, para compartir con ella. Durante horas se le veía ir y venir por el vestíbulo; siempre se le olvidaba algo, algún libro que iba a buscar a su antigua habitación y lo llevaba a su nueva morada.

Cuando la señora Grubach se presentó llevándole el desayuno, pues desde que lo había exasperado ella se adjudicaba todo su servicio, no pudo abstenerse de dirigirle la palabra por la primera vez después de aquella famosa noche.

—¿Por qué hacen tanto ruido en el vestíbulo? —preguntó, sirviéndose el café—, ¿no podría ordenar que dejaran de hacerlo?, ¿no hay otro día más que el domingo para dedicarse a la limpieza?

Aun cuando él no miró a la señora Grubach, notó que esta lanzaba un suspiro de alivio. Seguramente en las preguntas de K. interpretaba un perdón o por lo menos algo así como un principio de perdón.

—No es por la limpieza, señor K. —dijo ella—; es simplemente que la señorita Montag se traslada donde la señorita Bürstner y está llevando sus cosas.

No dijo nada más, esperando ver cómo se lo tomaba K. y si le permitía decir algo más. Por su parte, K. la dejó primero en libertad mientras, absorto, removía el café con la cucharilla; después la miró, y dijo:

—¿Ya renunció usted a sus antiguas sospechas a propósito de la señorita Bürstner?

—¡Oh, señor K.! —exclamó la señora Grubach, que desde un principio sólo esperaba que tocara el tema, mientras entrelazaba sus manos tendidas hacia él—. Usted ha tomado últimamente tan a lo trágico un comentario de una nadería. Ni por asomo pensaba en herirlo, a usted ni a quienquiera que fuese; hace mucho tiempo que usted, señor K., me conoce, para que pueda estar convencido de ello. No tiene usted idea de lo que he sufrido esos últimos días. ¡Vaya!, ¿cómo iba yo a calumniar a mis huéspedes?, ¡y que usted señor K., lo haya creído y dijera que debía despedirlo!, ¿a usted?, ¿despedirlo?

Sus últimas palabras fueron ahogadas por las lágrimas; la señora Grubach se llevó el delantal a los ojos y soltó el llanto.

—No llore —dijo K. mirando por la ventana, pues su pensamiento sólo estaba puesto en la señorita Bürstner y en que albergaría a una muchacha en su habitación—. ¡No llore! —volvió a decir, dirigiéndose ahora a la dueña y, al ver que continuaba llorando, añadió—: Yo tampoco hablé tan seriamente como usted lo piensa; hubo un error entre los dos, esto ocurre a veces aun entre dos viejos amigos.

La señora Grubach retiró de sus ojos parcialmente el delantal, para ver el semblante de K.

—¡Claro!, ¡así es! —afirmó K., mientras, la actitud de la señora Grubach le hacía presumir que el capitán no había dicho nada, y añadió—: ¿Cree usted, verdaderamente, que yo podría reñir con usted por una persona extraña?

—Precisamente eso, señor K. —dijo la señora Grubach, que tenía la desdicha de decir siempre lo que debía callar, cuando se sentía a sus anchas—; no dejaba de preguntarme ¿por qué el señor K. se ocupa tanto de la señorita Bürstner?, ¿por qué riñe conmigo, si sabe que la más insignificante palabra venida de él es capaz de quitarme el sueño? No dije nada con respecto a la señorita que yo no hubiese visto con mis propios ojos.

K. guardó silencio, pues no hubiera sido capaz de abstenerse de despachar a la señora Grubach si llegaba a decir una palabra más, y no quería hacerlo. Se limitó a tomar su café y a dar a entender a la señora Grubach que su presencia era innecesaria.

De nuevo volvió a oírse que la señorita Montag arrastraba los pies al cruzar el vestíbulo.

—¿Oye usted eso? —dijo K., señalando con el índice hacia el pasillo.

—Pues sí —dijo la señora Grubach en un suspiro—; le ofrecí ayudarla y hasta prestarle la sirvienta, pero es muy testaruda, se ha empeñado en hacerlo sola. El proceder de la señorita Bürstner me sorprende; a menudo estoy cansada de tener a la señorita Montag, y vea usted: ¡la señorita Bürstner se la lleva a su habitación!

—Y usted ¿por qué se preocupa? —dijo K., removiendo el residuo de azúcar en la taza—, ¿le causa alguna complicación?

—No —respondió la señora Grubach—; de hecho, el cambio me da gusto, ya que me queda desocupada una habitación que puedo destinar a mi sobrino el capitán. Temía desde hace mucho que le causara a usted molestias al quedarse él en la sala, en donde me vi obligada a instalarlo, pues él no tiene miramientos.

—¡Qué ocurrencia! —dijo K., poniéndose de pie—. No es el caso; usted da la impresión de crearme muy nervioso, debido a que no soporto esas idas y venidas de la señorita Montag. ¡Vaya!, ¡ya vuelve a empezar!

La señora Grubach se sintió del todo impotente.

—¿Debo decirle, señor K., que deje para después lo que le falta para el cambio? Si usted quiere, lo haré en seguida.

—A pesar de todo, ella tiene que mudarse con la señorita Bürstner, ¿no es así? —preguntó K.

—Sí —respondió la señora Grubach, sin captar demasiado la intención de K.

—En este caso —dijo K.—, es necesario que lleve allí lo suyo.

La señora Grubach movió la cabeza en señal de conformidad. Esta muda resignación, que encerraba una amenaza de intimidación para K. aumentó más su enojo; comenzó a dar pasos entre la puerta y la ventana, entorpeciendo así la salida de la dueña, cuya intención era ya la de irse.

K. pasaba de nuevo delante de la puerta cuando llamaron. Era la sirvienta que venía a decir que la señorita Montag deseaba hablar un momento con el señor K., y que le suplicaba que acudiera al comedor, en donde ella lo esperaba. K. la escuchó pensativo; luego, se volvió bruscamente hacia la señora Grubach, mirándola con ironía, por lo que ella se espantó. Tal actitud de K. significaba que lejos de estar sorprendido esperaba desde antes la invitación de la señorita Montag, lo cual no tenía nada de extraordinario después de haber tenido que tolerar toda la mañana las molestias por parte de los huéspedes de la señora Grubach.

K. dio a la sirvienta el encargo de anunciar a la señorita Montag que él iría de inmediato, y se dirigió al armario con objeto de cambiarse de chaqueta. Entretanto, la dueña se lamentaba en voz baja acerca de lo inoportuno de la señorita Montag, pero K. sólo le dijo, secamente, que se llevara el servicio del desayuno.

—¡Cómo!, ¡si no ha probado casi nada! —exclamó ella.

—¡De todos modos, lléveselo! —prorrumpió K. en tono furioso, posesionado de la idea de que la señorita Montag tenía que ver hasta con este servicio, y que lo fastidiaba.

Al cruzar el vestíbulo lanzó una mirada a la puerta cerrada de la señorita Bürstner; no era allí en donde se le requería, sino en el comedor, y entró como una ráfaga de viento, sin llamar previamente.

La estancia era muy larga, estrecha y con una sola ventana. El espacio apenas había permitido instalar de través un aparador a cada lado de la puerta, aparte de la mesa, a todo lo largo desde la entrada hasta la ventana, muy grande pero casi inabordable. La mesa estaba puesta para un número considerable de comensales, pues la mayoría de los huéspedes comían allí los domingos.

Al entrar K., la señorita Montag se alejó de la ventana y avanzó hacia él, siguiendo el borde de la mesa; luego, con la cabeza demasiado erguida, como de costumbre, le dijo:

—No sé si usted me conoce.

K. la miró, frunciendo el ceño.

—¡Naturalmente! —dijo él—; hace ya mucho tiempo que usted vive en casa de la señora Grubach.

—Sí —respondió la señorita Montag—, pero no creo que a usted le preocupe mucho la pensión.

—No —dijo K.

—¿Quiere usted sentarse? —propuso la señorita Montag.

Ambos acercaron sendas sillas al extremo de la mesa y se sentaron frente a frente. Pero la señorita Montag abandonó por un instante su asiento, para ir en busca de su ridícula bolsa, olvidada en el borde saliente de la ventana, y regresó balanceándola en la punta de los dedos. Luego, empezó a hablar:

—Debo decirle únicamente unas palabras por encargo de mi amiga. Ella hubiera querido venir para hablarle personalmente, pero hoy se siente un poco cansada; ruega a usted disculparla, y que sea a mí a quien escuche, en lugar de a ella. Por lo demás, no podría decirle nada que no sea lo que debo anunciarle. Creo, incluso, que puedo decirle más que ella, puesto que estoy relativamente menos interesada en este asunto. ¿No lo cree usted?

—¿Qué se puede decir? —respondió K., molesto al advertir que la señorita Montag tenía la mirada clavada en sus labios.

Con su actitud parecía atribuirse un derecho de dominio hasta en las palabras aún no pronunciadas.

—A no dudar, ¿la señorita Bürstner no quiere concederme la entrevista personal que le he solicitado?

—Sí, eso es —contestó la señorita Montag—, o más bien, no es así exactamente; usted se expresa con rudeza. Generalmente una entrevista no se concede ni se rechaza. Puede ocurrir que se considere innecesaria, y este es el caso. Ahora, después de su razonamiento, puedo hablar con toda libertad. Usted ha pedido, de palabra o por escrito, una entrevista a mi amiga. Así pues, ella sabe, o por lo menos es lo que saco en conclusión, ella sabe ya cuál es el motivo de la entrevista, y está persuadida, por

razones que desconozco, que no serviría de nada hablar. Por otra parte, apenas ayer me habló de esto y muy superficialmente; me dijo que a esta entrevista usted tampoco debía darle mucha importancia, ya que la idea surgió sólo por azar, y que muy pronto, por propia convicción, si es que usted no se ha convencido ya, habrá de reconocer la inutilidad de todo esto sin más explicación. Le he respondido que tal vez era cierto, pero, pensándolo bien, para una mayor claridad de la situación, era preferible que ella le respondiese con toda franqueza. Me ofrecí a hacerlo en su lugar, y mi amiga, después de alguna indecisión, aceptó. Espero haber actuado en el sentido que ella deseaba, pues la menor duda es siempre molesta hasta en las nimiedades; y cuando puede despejarse con facilidad, como en este caso, es mejor hacerlo de inmediato.

—Se lo agradezco —respondió K.

Con movimiento pausado, K. se puso de pie y miró a la señorita Montag; luego, paseó la mirada por la mesa y la ventana: el sol daba de pleno en la casa de enfrente; y, seguido de la señorita Montag, que parecía recelar un poco, encaminó sus pasos hacia la puerta, pero al llegar a ella ambos tuvieron que retroceder, porque se abrió de pronto y entró el capitán Lanz, a quien K. nunca había visto tan de cerca. Era un hombre alto, de unos cuarenta años de edad, con los carrillos abultados y la piel curtida; saludó con una inclinación a los dos, avanzó hacia la señorita Montag y le besó ceremoniosamente la mano; sus atenciones para con ella contrastaban con la postura de K.; sin embargo, la señorita Montag no daba la impresión de guardarle rencor, y le pareció que hasta lo quería presentar al capitán. A K. no le interesaba en absoluto; no podía ser amable con ninguno de los dos; aquel modo de saludar, llevando la mano a los labios, le había hecho asociar la idea de la joven con un grupo de conjurados que, dándose aires de inofensivos y desinteresados, se confabularan secretamente para mantenerlo alejado de la señorita Bürstner. Eso no fue todo lo que le hizo sospechar: también cayó en la cuenta de que la señorita Montag se valía de algo así como de un arma de dos filos. Por un lado, ella se las arreglaba para dar la mayor importancia a las relaciones entre K. y la señorita Bürstner, en especial a la entrevista solicitada; por otro, volteaba el asunto de suerte que, aparentemente, era K. el que exageraba todo. Era necesario demostrarle que ella iba desencaminada, a K. no le animaba ningún deseo de exagerar nada; sabía que ella era simplemente una mecanógrafa, y que no tardaría en ceder. Incluso no tomaba en consideración, deliberadamente, cuanto le había dicho de ella la señora Grubach. Imbuido de estas reflexiones fue que abandonó el comedor, con un ligero saludo. Ansiaba volver a su habitación; una risilla de la señorita Montag le hizo pensar que tanto a ella como al capitán tal vez podría él reservarles una sorpresa. Miró en derredor suyo, como al acecho, observando si algún ruido podía presagiar un estorbo. Por todos lados reinaba la calma; sólo se oía la conversación procedente del comedor y la voz de la señora Grubach desde el pasillo de la cocina. El momento era propicio; K. se decidió por llamar a la puerta de la señorita Bürstner; al no obtener respuesta lo hizo una vez más, pero tampoco contestó nadie. ¿Estaría dormida?, ¿se sentía de veras tan cansada?,

¿disimulaba su presencia porque presentía que nadie más sino K. era capaz de tocar con tanta suavidad? K. pensó que ella simulaba estar ausente, y empezó de nuevo, haciéndolo ahora con más fuerza; al comprobar que su llamada no daba ningún resultado, abrió la puerta, con prudencia, no sin que le asaltara un sentimiento de culpa, si bien fue en vano porque no había nadie en la habitación que, por lo demás, no se parecía, en absoluto, a la que él conoció en otra ocasión: a lo largo de la pared había dos camas; sobre tres sillas cerca de la puerta se veía un montón de ropa íntima y vestidos; un gran armario estaba abierto. Seguramente la señorita Bürstner había salido mientras la señorita Montag estuvo hablando con él en el comedor. No fue mucha la decepción para K., pues no contaba con encontrar a la joven; su intento fue por desquite: un desafío a la señorita Montag; sin embargo, una vez cerrada la puerta, le resultó muy doloroso reparar que por la parte del comedor la señorita Montag hablaba con el capitán Lanz, lo que le hizo suponer que estaban allí desde que él abrió la puerta... Daban la apariencia de no estar observando; hablaban en voz baja y seguían sus movimientos despreocupadamente, como suele hacerse en una conversación cuando se mira algo sin darse uno cuenta cabal de lo que ocurre alrededor. A K., no obstante, estas miradas le caían encima como un terrible peso, y alcanzó su habitación con apresuramiento, andando por la orilla del pasillo.

CAPÍTULO V

EL VERDUGO

Una de esas tardes en que K. iba por el pasillo entre su oficina y la escalera principal, siendo uno de los últimos en salir, pues no quedaban más que dos mozos ocupados en despachar unas expediciones en un reducido círculo iluminado por una lámpara eléctrica, oyó gemidos detrás de una puerta que siempre tomó por la de un simple cuarto a guisa de bodega. K. detuvo el paso, muy asombrado, y prestó atención para comprobar que no se equivocaba: tras un momento de silencio, comenzaron nuevamente las lamentaciones. Su primera idea fue la de ir a buscar un mozo por si fuera a necesitarse un testigo; mas, preso de una gran curiosidad, abrió completamente la puerta de un golpe dado con la mano. Como lo había supuesto, se encontraba ante un desván. El suelo estaba cubierto de impresos desechados y viejos tinteros de barro; tres hombres se hallaban en el centro, algo encorvados debido a que el techo era muy bajo. Les alumbraba una vela puesta en una tabla.

—¿Qué es lo que hacen aquí? —preguntó K., cuya emoción le hizo acelerar las palabras, pero con un tono apagado.

Uno de aquellos hombres, del cual se diría que dependían los otros dos, y que figuraba en primer plano, iba vestido de un raro conjunto de cuero oscuro, muy escotado, totalmente sin mangas. Este hombre no respondió nada, pero los otros dos exclamaron a un tiempo:

—¡Jefe!, ¡debemos ser apaleados porque tú te has quejado de nosotros al juez de instrucción!

En aquel momento K. reconoció a los dos agentes, Franz y Willem, y vio que, en efecto, el tercero sostenía una vara para pegarles.

—¡Cómo! —exclamó K., con la mirada puesta en ellos—. No, no me quejé; simplemente expuse lo que ocurrió en casa, en donde ustedes no se comportaron, claro está, de un modo irrefutable.

—Señor —dijo Willem, en tanto que Franz se escondía detrás suyo para esquivar al tercero—, si usted supiera lo poco que nos pagan, no nos juzgaría así. Por mi parte, tengo una familia a la cual alimentar; en cuanto a Franz, él quería casarse. Uno procura prosperar como sea, y no es sólo con el trabajo que se puede lograr, así sea rompiéndonos el espinazo como un buey. La buena calidad de su ropa interior me tentó; naturalmente, a los agentes nos está prohibido actuar así; fue mi culpa, pero es tradicional que la ropa nos corresponda, siempre ha sido así, créame. Además, eso es

muy natural, pues a quienes han tenido la desgracia de ser detenidos ¿de qué les puede servir todo eso? Claro que, al enterarse el público, hay que castigar el delito.

—No sabía nada de lo que usted me dice; por lo demás, no he pedido, en absoluto, el castigo para ustedes; sólo era una cuestión, para mí, de principios.

Al oír esto, Willem dijo a su colega:

—¿Te enteras, Franz?, ¿no te dije que este señor no había pedido nuestro castigo? Ya ves, ahora, que no sabía siquiera que nos tenían que castigar.

—No te conmuevas por tales discursos —dijo el tercero a K.—; el castigo es tan justo como inevitable.

—No lo escuche... —dijo Willem, enmudeciendo sólo por llevar su mano a la boca sobre la que el verdugo acababa de darle un golpe con la vara.

—Somos castigados sólo porque tú nos has denunciado, de lo contrario nada nos hubiera ocurrido, aun cuando se hubiese sabido lo que hicimos. Siempre habíamos demostrado, los dos, principalmente yo, que éramos buenos guardianes. Tú puedes confesar que hicimos bien la guardia, visto en el plano de autoridad. Podríamos aspirar a una mejora en el trabajo y seguramente, hubiéramos llegado a ser, nosotros también, los que fustigáramos, como este inspector que está aquí y que ha tenido la fortuna de que jamás lo hayan denunciado, aunque eso no ocurra sino rara vez. Ahora, jefe, todo está perdido; nuestra carrera ha terminado; no se nos empleará más que en trabajos muy inferiores al de custodiar a los detenidos y, para colmo, tenemos que soportar esta tunda de palos.

—La vara esta ¿hace mucho daño? —preguntó K., examinando el instrumento que blandía el verdugo.

—Y será necesario quitarnos la ropa... —dijo Willem.

—¡Oh!, en estas condiciones... —dijo K., y miró al verdugo.

Este era un hombre bronceado como un marinero, con una cabeza feroz, firme.

K. le preguntó:

—¿Hay algún modo de evitarles esos golpes?

—No —respondió el fustigador, meneando la cabeza, al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa—. ¡Quítense la ropa! —ordenó a los agentes, y volvió a dirigirse a K.—: No es para creerse todo lo que dicen; el miedo a los golpes los entorpece bastante. Eso que cuenta este —y señaló a Willem— acerca de su carrera es una ridiculez. Ves como está de gordo; a los primeros golpes la vara se hundirá en su grasa. ¿Sabes cómo ha engordado tanto? Tomándose el desayuno de todas las personas a quienes ha detenido. ¿No se tomó el tuyo también? Sí, ya te lo decía: un hombre que tiene una barriga como esta, no podrá jamás ser un fustigador; no, absolutamente imposible.

—Los hay, sin embargo, que se parecen a mí —afirmó Willem, soltando la correa de su pantalón.

—No —repitió el verdugo, deslizándole la vara por el cuello hasta hacerlo estremecer—. ¡En lugar de escuchar, lo que tienes que hacer es desvestirte!

—Te pagaré largamente si los dejas ir —dijo K., sacando su cartera, sin mirar al verdugo, pues vale más, se dijo, tratar ciertos asuntos con la vista baja.

—Lo que tú quisieras es denunciarme también —dijo el verdugo— y hacerme fustigar con los demás, ¿verdad?; pues ¡no!, ¡no!

—Debes ser razonable —dijo K.—; si hubiera intentado algo para que los castigarán, no procuraría comprar ahora su libertad; no tendría más que cerrar la puerta, no ver ni oír nada, y regresarme a casa; pero ya ves que no lo hago; tengo mucho empeño en liberarlos. De haber previsto que serían castigados no habría jamás dicho ni sus nombres, pues no los considero culpables. La organización, esta sí lo es; lo son los altos funcionarios.

—¡Eso!, ¡eso es! —exclamaron los agentes y, de inmediato, recibió cada uno un buen golpe en sus espaldas desnudas.

—Si aquí, bajo tu látigo, tuvieras a uno de los magistrados —le dijo K., paralizando la vara que el otro alzaba—, no te impediría a buen seguro que lo golpearas; por el contrario te pagaría para que tomaras más ímpetu en favor de la causa justa.

—Eso que acabas de decir no es nada absurdo —afirmó el verdugo—; pero no creas que he de ceder al soborno. Me han empleado para fustigar, y fustigo.

El agente Franz, quien pendiente del éxito que indudablemente había de tener la intervención de K., se había mantenido a la expectativa, avanzó hacia la puerta, llevando puesto sólo el pantalón, se hincó de rodillas a los pies de K., colgándose de su brazo, y le dijo:

—Si no puedes conseguir que a los dos nos traten con indulgencia, procura al menos que sea yo el liberado. Willem tiene más edad que yo, su piel es más dura en todos conceptos, ya sufrió una vez, hace algunos años, esta clase de tormento; pero yo no he perdido nunca el honor, y si actué como lo hice fue inducido por él, pues Willem es mi maestro de lo bueno y de lo malo. La infeliz de mi prometida está esperando el resultado enfrente del Banco, y yo no sé dónde meterme —y con la orilla de la chaqueta de K. enjugó su rostro bañado en lágrimas.

—No espero más —dijo el verdugo, alzando la vara con las dos manos y asestando un golpe sobre Franz.

Willem, en un rincón, puesto en cuclillas, miraba furtivamente sin arriesgar un solo movimiento de cabeza. Al recibir el golpe Franz dio un grito, un grito prolongado y en un solo tono; no parecía provenir de un hombre, antes bien de una máquina de tortura; resonó por todo el pasillo y aun debió oírse por todo el edificio.

—¡No grite! —exclamó K., sin poderse contener y, después de mirar con gran afán en dirección por donde debía venir el personal rezagado, le propinó un empujón que, aun cuando no fue dado con gran violencia, sí bastó para hacerle caer con las manos tendidas hasta encontrar el suelo; sin embargo, no escapó al verdugo: la vara dio con él en tierra repetidas veces. Allí se le veía subir y bajar en un movimiento regular, medido, retorciéndose de dolor.

A lo lejos aparecía ya uno de los mozos, seguido de otro a pocos pasos de distancia. K. se apresuró a cerrar la puerta, acercándose a una ventana que daba al patio, y la abrió. El grito se había ahogado completamente. Con objeto de que los mozos no avanzaran, K. les dijo, alzando la voz:

—¡Soy yo!

—Buenas tardes, señor apoderado —respondieron al unísono. ¿Ha ocurrido algo?

—¡No, no! —contestó K.—; ¡es un perro que ladró en el patio! —y como fuera que los mozos estaban paralizados, añadió—: No tienen por qué dejar su trabajo.

Con el fin de no tener que entrar en conversación con ellos, K. se asomó a la ventana; tras un momento, al mirar de nuevo hacia el pasillo, comprobó que ya se habían ido. Sin embargo, permaneció a la expectativa; no se atrevía a regresar al cuarto de los trastos viejos, así como tampoco quería ir a su casa. El patio al cual miraba era pequeño, cuadrado y con muchas oficinas a su derredor; tras las ventanas todo era obscuridad; únicamente las de más arriba alcanzaban, sin embargo, el reflejo de la luna. K. se esforzaba por distinguir, en un ángulo sombrío, las carretillas que debían encontrarse allí enzarzadas unas con otras. Se sentía atormentado por no haber podido evitar el castigo corporal de los dos agentes, pero no era su culpa; ¡si Franz no hubiera dado aquel grito!, (claro que el dolor debió haber sido muy intenso; pese a todo, en un momento dado es necesario saber dominarse); de lo contrario, él habría encontrado alguna manera de convencer al verdugo. Si todos los servidores de aquella justicia eran unos canallas, ¿por qué el verdugo, que desempeñaba el trabajo más inhumano de todos, no hubiera sido la excepción de la regla? A K. no le pasó inadvertida la chispa codiciosa que cruzó por los ojos del verdugo ante los billetes de banco. Ese hombre, evidentemente, había golpetado con la intención de hacer subir el precio del soborno, y K. no lo hubiese regateado, porque tenía verdadero empeño en liberar a los agentes. Y era muy natural que así lo hiciera en este caso, puesto que ya había empezado a luchar contra la corrupción de la justicia.

Naturalmente que a partir del momento en que Franz lanzó aquel grito, a K. no le quedaba nada que intentar; no era prudente correr el riesgo de que los mozos llegaran hasta allí y, tras ellos, tal vez un tropel de gente; entre todos lo hubieran sorprendido negociando con los hombres en aquel cuarto. A menos que se sacrificase, pero nadie podía exigirselo. De haber tenido la intención de hacerlo, hubiera resultado más fácil: con sólo quitarse la ropa y brindarse al castigo en lugar de los agentes. Pero no, el verdugo no habría aceptado la proposición de un sustituto; hubiese sido faltar gravemente a su deber, sin conseguir provecho alguno. Es más, habría sido faltar doblemente, ya que la persona de K. debía ser sagrada para todos los empleados de la justicia durante todo el tiempo que se prolongara el proceso, de no mediar, claro está, ciertas disposiciones que previesen algo excepcional. Sea lo que fuere, K. no pudo menos que cerrar la puerta y no por ello dejó de exponerse a algún peligro. Era de lamentar el hecho de haber dado un golpe a Franz, pudiendo sólo justificar su conducta debido a la excitación.

De nuevo se oyeron a lo lejos las pisadas de los trabajadores. Con el fin de no hacerse ver, K. cerró la ventana y se encaminó hacia la escalera principal. Cerca del cuarto de desechos se detuvo y escuchó un momento; no se oía ningún ruido; aquel hombre podía, con sus golpes, haber matado a los agentes, ¿acaso no estaban enteramente a merced suya? K. alargó la mano hacia el tirador de la puerta, pero la retiró en seguida. Ya no podía ayudar a nadie; todos los empleados estaban por llegar. En desquite, tomó la decisión de hablar del caso y pedir, por todos los medios que estuvieran a su alcance, el castigo al que eran merecedores los verdaderos culpables, naturalmente los altos funcionarios, de los cuales ninguno había osado presentarse aún ante él. Al bajar la escalinata del Banco, observó a todo el que pasaba por delante y, hasta donde la vista le alcanzó, no pudo ver ninguna joven que esperara a nadie. Todo cuanto había dicho Franz al anunciar que su prometida esperaba allí era una mentira, disculpable hasta cierto punto, pues no tuvo otro fin que acrecentar la compasión de K.

Al otro día, el recuerdo de los agentes no se apartaba de la mente de K.; estuvo tan distraído durante su trabajo que, para terminarlo, se vio obligado a permanecer en la oficina aun más tiempo que en el día anterior. Al irse, como quiera que tenía que pasar por delante del cuarto aquel, su obsesión lo impulsó a abrirlo. Lo que vio, en vez de la obscuridad que esperaba, le hizo casi perder la cabeza. Todo se encontraba exactamente igual como lo vio en la víspera, al abrir la puerta: los impresos desechados, los tinteros, el verdugo con la vara, los agentes, aún vestidos completamente, y la vela sobre la tabla. Y los agentes comenzaron a lamentarse como en el día anterior:

—¡Jefe!, ¡jefe!

K. cerró al punto la puerta e, incluso, le dio de golpes con los puños como si de este modo quedara mejor cerrada. Casi llorando, acudió a la pieza en la que los mozos trabajaban tranquilamente en la multicopiadora, quienes, asombrados, paralizaron su tarea.

—¡A ver si limpian de una vez ese cuarto de los trastos! —les reclamó vociferando—, ¡allí se nada en la inmundicia!

Los mozos aseguraron que lo harían al otro día. K. estuvo de acuerdo, pues en verdad era muy tarde para obligarles a que lo hicieran de inmediato, como fue su primera intención. Entonces, se sentó entre ellos, por breves momentos, a fin de verlos de cerca: ojeó el montón de copias, aparentando examinar el trabajo, y partió con el cerebro vacío, cansado, comprendiendo que los mozos no osarían retirarse sino después que lo hubiese hecho él.

CAPÍTULO VI

EL TÍO. LENI

Una tarde, a la hora del correo, cuando K. estaba precisamente muy ocupado, se presentó ante él un tío suyo, pequeño hacendado recién llegado del campo, el cual se introdujo en la oficina en momentos en que dos empleados transportaban unos papeles. De hecho, K. no se sorprendió tanto como cuando, no hacía mucho, le había asaltado la idea de su llegada. El tío no podía dejar de venir, K. lo sospechaba desde hacía un mes. Al verlo, le pareció un poco encorvado. Estrujando el panamá en su mano izquierda, tendió la derecha, hacia su sobrino, por sobre el escritorio, con una rudeza tan precipitada que tiró todo a su paso. El tío lo hacía todo con prisa, pues le perseguía la infeliz idea de que en un solo día de permanencia en la capital debía solucionar todo lo que se había propuesto, sin desperdiciar, para colmo, ninguna conversación, negocio o placer que surgiera ocasionalmente. K. estaba muy obligado para con él, ya que era su antiguo pupilo; debía ayudarlo en todo y ofrecerle albergue para pasar la noche, razón por la cual le llamaba «el fantasma rústico».

Tras las primeras vehementes expresiones, sin aceptar, por falta de tiempo, el sillón ofrecido por su sobrino, pidió a este que le concediese una breve entrevista confidencial.

—Es algo necesario —le dijo, pasando con dificultades la saliva—; algo necesario para mi tranquilidad.

K. despachó a todos los mozos, prohibiéndoles dejar pasar a quienquiera que fuese.

—¡Ay, Joseph!, ¡de lo que me he enterado! —exclamó el tío, tan pronto como estuvieron solos, juntando todos los papeles que encontró, sin mirarlos siquiera, para sentarse con mayor comodidad sobre ellos, encima del escritorio.

K. estaba callado. Presentía lo que iba a venir, pero, de súbito, aligerado de un trabajo agotante, comenzó por instinto a entregarse a una grata laxitud, con la mirada perdida más allá de la ventana, al otro lado de la calle, sin más vista, desde su asiento, que un pedazo del muro, una porción en forma de triángulo vacío entre dos escaparates.

—Y, ¡te callas mirando por la ventana! —exclamó el tío, con los brazos extendidos—. ¡Por el amor de Dios, Joseph, contéstame!, ¡dime, por favor!: ¿eso es verdad?, ¿puede ser verdad?

—Querido tío —dijo K., volviendo de su abstracción—: No entiendo a qué te refieres.

—Joseph —dijo el tío, en tono de amonestación—, estoy en la creencia de que siempre has dicho la verdad. ¿Acaso tus últimas palabras me hacen entrever un cambio?

—Creo adivinar, en parte, lo que piensas —respondió K., de un modo sumiso—. Sin duda te has enterado de mi proceso, pero ¿por quién?

—Erna me lo ha dicho por escrito —explicó el tío—. Ya sé que no la ves; que nunca te ocupas de ella, desdichadamente; no obstante, lo ha sabido; hoy recibí carta suya y, naturalmente, de inmediato vine, sin otro motivo que este, considerándolo más que suficiente. Puedo mostrarte el párrafo... —dijo, buscando la carta en su bolsillo—. Este es; dice así: «Hace mucho que no veo a Joseph; la semana anterior acudí al Banco para hablar con él, pero se hallaba tan ocupado que no me dejaron pasar. Al cabo de una hora de estar esperando, tuve que irme a casa debido a la lección de piano. Me habría gustado hablar con él; tal vez la ocasión de hacerlo me será pronto propicia. El día de mi aniversario me envió una gran caja de bombones; muy gentil de su parte. La última vez que escribí olvidé decirlo; ahora recuerdo que ustedes me lo preguntaban. El caso es que, en la pensión, los bombones desaparecen tan pronto como llegan. En lo que concierne a Joseph, quisiera informarte algo más. Como decía antes, no pude verle en el Banco, porque estaba al habla con un señor. Después de haber esperado pacientemente, interrogué a un mozo acerca de si la entrevista iba a durar aún mucho rato. Me respondió que eso era muy probable, pues, sin duda, se trataba del proceso que se había entablado contra el señor apoderado. Le pregunté a qué se refería ese proceso y si no estaba en un error, pero me aseguró que no estaba errado; es más, que no sólo era un proceso, sino hasta grave, pero que no sabía nada más. Dijo, también, que hubiera querido, por su parte, ayudar al señor apoderado, un hombre bueno y justo, pero que no acertaba cómo hacerlo, formulando votos porque intervinieran personas influyentes lo que, por otro lado, era de esperarse, naturalmente, y que todo habría de terminar bien, aun cuando, por el momento, la situación no parecía muy buena que digamos, de acuerdo con el humor del señor apoderado. Claro está que no di demasiada importancia, a tales historias y procuré calmar a este hombre candoroso, prohibiéndole hablar de este asunto, acerca del cual considero que sólo son habladurías. A pesar de todo, tal vez sería conveniente, querido papá, que te ocupes de ello en tu próxima venida. A ti habrá de resultarte fácil averiguar los pormenores e intervenir si es conveniente, puesto que cuentas con amigos influyentes. De no ser necesario, como es de suponer, darías al menos a tu hija la oportunidad de abrazarte, proporcionándole el más grande de los gustos». ¡Mi bondadosa hija! —exclamó el tío, al terminar la lectura, enjugándose unas lágrimas.

K., pensativo, movió la cabeza. Debido a sus últimas preocupaciones, se había olvidado por completo de Erna; se había descuidado, incluso de felicitarle en el día de su aniversario. La historia de los bombones fue un invento de ella pero para resguardarlo, seguramente, de las recriminaciones de su tío y hasta de su tía. Era un

detalle muy conmovedor y que, por lo valioso, nunca podría ciertamente recompensarlo bastantemente, ni con esos pases para el teatro que pensaba enviar a Erna en adelante y con regularidad. Claro que en su actual estado no se sentía capaz de ir a ver, en su pensión, a una joven de dieciocho años y conversar con ella.

—¿Qué me dices ahora? —preguntó el tío, que con la lectura de la carta había olvidado su prisa y todas sus inquietudes, dando la impresión de estar leyéndola todavía.

—A fe mía, querido tío, es verdad.

—¿Verdad? —exclamó el tío—. ¿Qué quieres decir con eso?, ¿cómo es posible que sea verdad?, ¿qué significa este proceso?, ¿no será, pese a todo, un proceso criminal?

—Sí, lo es...

—¿Y te quedas sentado aquí, tan tranquilo, cuando tienes auestas un proceso criminal? —vociferó el tío, cada vez más exaltado.

—Cuanto más tranquilo esté, será mejor —dijo K., con el ánimo más sosegado—. No temas nada.

—¡Esto no podría tranquilizarme! —exclamó el tío—. Debes pensar en ti, en tus parientes, en nuestra reputación. Hasta ahora has sido el orgullo nuestro; no puedes convertirte en nuestra deshonra. Tu actitud —y observaba a K., con la cabeza ladeada— no me satisface; no es así como procede un condenado que es inocente, cuando goza aún de la plenitud de su vigor. Dime, pronto, de qué se trata, a fin de que pueda ayudarte. Naturalmente, se trata del Banco, ¿verdad?

—No —respondió K., poniéndose de pie—; pero estás hablando demasiado alto; el mozo debe escuchar seguramente detrás de la puerta, esto es para mí muy desagradable; será mejor que nos vayamos, así contestaré, después, todas tus preguntas. Comprendo que debo dar una explicación a la familia.

—¡Correcto! —aseguró el tío—. Date prisa, Joseph, date prisa.

—Me quedan sólo unas órdenes que dar —y llamó por teléfono a su suplente.

Este no tardó en presentarse; al verlo, el tío le indicó con la mano que era K. el que le hizo venir, lo cual nadie hubiera pensado poner en duda.

K., de pie ante su escritorio, mostrándole diferentes papeles, instruyó en voz baja al joven, que escuchaba fríamente, si bien con atención, aquello que faltaba por hacer en su ausencia. La presencia del tío era molesta, porque se quedó allí plantado, la mirada estupefacta, mordiéndose los labios con visible nerviosidad, sin escuchar pero aparentando que lo hacía. Luego, deteniéndose ora frente a la ventana, ora para contemplar un grabado, iba soltando diversas exclamaciones: «¡es del todo incomprensible!, me pregunto cómo acabará todo esto».

El joven simulaba no darse cuenta; escuchó tranquilamente hasta el fin las órdenes de K., tomó una que otra nota y se retiró, no sin prodigar un ligero saludo hacia su superior, así como en dirección al tío, el cual se encontraba,

desafortunadamente, justo de espaldas, dedicado a mirar por la ventana, estrujando con sus manos las cortinas. Cuando apenas se oyó cerrar la puerta, el tío exclamó:

—¡Vaya!, ¡por fin se fue ese payaso!, ¡ya podemos hacer como él!

No hubo manera, por desgracia, de contener sus preguntas acerca del proceso mientras pasaban entre las columnas del vestíbulo, por donde iban y venían empleados y mozos y, entre ellos, precisamente, el subdirector.

—Pues bien, Joseph —comenzó por decir el tío, correspondiendo con ligeras inclinaciones a las reverencias de quienes se cruzaban con ellos—, ahora dime con toda franqueza en qué consiste ese proceso.

K. soltaba algunas frases sin importancia hasta que llegaron a la escalinata; entonces, explicó a su tío que no había querido decir nada delante de la gente.

—Está bien —dijo el tío—; pero, ahora, ¡habla! —Y se dispuso a escuchar con la cabeza inclinada, fumando su puro a pequeñas pero rápidas bocanadas.

—Antes que nada, querido tío —dijo K.—, no se trata de un juicio ante la justicia ordinaria.

—Pues esto es algo malo —dijo el tío.

—¿Cómo? —dijo K., lanzándole su mirada.

Encontrábanse en aquel momento en un peldaño de la escalinata; el portero parecía estar pendiente de lo que podía oír, y K. condujo con rapidez a su tío hacia abajo. Ambos salieron a la calle, en medio de la animada circulación. El tío iba apoyado del brazo de K. y no apremió ya con tantos ímpetus las respuestas de su sobrino; inclusive, por momentos caminaban en silencio.

—Pero, dime, ¿cómo pudo ocurrir eso? —preguntó de pronto, deteniéndose inesperadamente, por lo cual la gente, que les seguía hubo de desviar su camino, sobresaltada. Él prosiguió—: Todo eso no suele presentarse de repente, sino que se viene preparando desde antes; tú has de haberlo visto venir, ¿por qué no me escribiste? De sobra sabes que siempre estuve dispuesto a todo por ti; aún soy un poco tutor tuyo y hasta ahora siempre me he sentido orgulloso de serlo. Naturalmente sigo dispuesto a brindarte mi ayuda, si bien ahora resulta muy difícil dado que ya se encuentra iniciado el proceso. Lo mejor sería que te tomaras unas cortas vacaciones y las vinieras a pasar con nosotros en el campo. Veo que estás algo más delgado; en el campo te recuperarás y eso te hará bien, pues muchas son las penalidades que te esperan; además, la estancia allí te aislará en cierto modo de la justicia. Aquí cuentan con todos los medios posibles; forzosamente, tú eres su víctima, todo eso ocurre de un modo maquinal. Estando en el campo, por el contrario, se verán obligados, primero, a enviar a alguien o a reclamarte por correo, telégrafo o teléfono. Naturalmente eso es de un efecto menos violento, y si ello no ha de liberarte tendrás pese a todo, tiempo de respirar.

—Sin embargo, podrían ponerme trabas para irme —dijo K., sugestionado por cuanto dijo su tío.

—No creo que lleguen a eso —replicó el tío, pensativo—; se reservan bastante poder aun dejándote ir.

—Pensé —dijo K., conduciendo a su tío por el brazo, con objeto de que no se detuviera— que darías a esta historia menos importancia que yo; pero me doy cuenta de que la tomas aun más a pecho.

—¡Joseph! —exclamó el tío, procurando desprenderse del brazo de su sobrino para detener el paso, sin que él se lo permitiera— Joseph: te han cambiado; te conocía firme en tus juicios; ahora, no sabes lo que dices. ¿Te empeñas en perder el proceso?, ¿sabes lo que eso significaría? Sencillamente, que serías excluido de la sociedad y contigo toda tu parentela; además de todo, esta sería la peor de las humillaciones. Joseph, rehazte, por favor, tu indiferencia me saca de quicio. Viéndote, parece cumplirse el proverbio: «Estar en un proceso es lo mismo que perderlo».

—Querido tío —dijo K.—, te exaltas; de nada sirve exaltarse, y es menos conveniente para mí que para ti. Deja que me valga un poco de mi propia experiencia; bien sabes que siempre sigo la tuya, hasta cuando me asombra. Y puesto que dices que toda la familia habría de sufrir con el proceso, lo que por mi parte es incomprensible, pero eso es secundario, quiero hacer de buen grado todo cuanto me indiquen; sin embargo, esa estancia en el campo no creo que pudiera ser provechosa en el sentido que tú le das, pues una huida sería igual a una confesión. Por otro lado, si bien me expongo a las persecuciones quedándome aquí, también estoy mejor situado para defenderme.

—Muy bien —dijo el tío, en un tono que indicaba un acercamiento—; si te hacía tal proposición era únicamente porque veía que con tu indiferencia arruinabas tu causa, y me hubiera parecido mejor ocuparme de ella en tu lugar. Ahora bien, si tú quieres dedicarte a ella con todas tus fuerzas, naturalmente es mucho mejor.

—Henos, pues, de acuerdo en eso —declaró K.—. ¿Quieres decirme qué debo hacer para empezar?

—Hay que darme tiempo para reflexionar —contestó el tío—. Ten en cuenta que han transcurrido veinte años desde que dejé la ciudad: el olfato se vuelve menos fino y uno no sabe a qué puerta llamar. Las relaciones que sostenía con personalidades que hubiesen podido serte favorables en este asunto se han relajado de suyo. Estoy algo aislado en el campo, tú lo sabes, y, en ocasiones como esta, uno lo nota. Tu caso me llega de un modo inesperado, aun cuando la carta de Erna me haya puesto en algo sobre aviso: y tu actitud actual confirma casi mis presentimientos. Pero eso poco importa; lo principal, ahora, es no perder un minuto siquiera —y aun antes de terminar lo dicho ya se estaba estirando, apoyado en las puntas de los pies, haciendo señas para que se parara un auto, a cuyo conductor le indicó una dirección, mientras empujaba a K. hacia el interior del vehículo.

Ya instalados, el tío explicó:

—Ahora mismo vamos a ver al maestro Huid, abogado, que fue condiscípulo mío; seguramente lo conoces de nombre. ¡Cómo!, ¿estás diciendo que no?, ¡esto sí es raro!: tiene, sin embargo, un gran prestigio como defensor y abogado de los pobres; pero, sobre todo, es el hombre en sí el que me inspira confianza.

—Estoy de acuerdo en todo lo que emprendas —dijo K., pasando por alto las prisas y la rudeza con que su tío hablaba del asunto, aparte de que no le resultaba muy gracioso, en su calidad de acusado, recurrir al abogado de los pobres—. No sabía —añadió— que era necesario contar con un abogado en casos como este.

—¡Vamos, hombre! —exclamó el tío—, ¡es muy natural!, ¿por qué no habríamos de tenerlo? Y, ahora, cuéntame todo cuanto ha ocurrido hasta aquí, con objeto de que esté al tanto del asunto.

K. empezó a desenmarañar en seguida su historia sin omitir nada, ya que únicamente con entera franqueza podía refutar el parecer de su tío en relación a que veía una gran deshonra en este proceso. Por una sola vez aludió, de un modo muy superficial, al nombre de la señorita Bürstner, pero ello no mermaba su lealtad, puesto que la joven nada tenía que ver con el proceso. En tanto que hablaba, iba mirando por la ventanilla; de pronto, se fijó que se aproximaban al rumbo en el que tenía sus oficinas la justicia, y se lo hizo observar a su tío, pero este no dio ninguna importancia a la coincidencia.

El automóvil se detuvo ante una sombría casa. El tío llamó a la primera puerta del piso bajo. Mientras esperaban la respuesta, el tío sonreía, dejando ver sus grandes dientes, diciendo en voz baja a su sobrino:

—Las ocho... en verdad no es una hora para los clientes, pero Huid no lo tomará a mal.

Por el otro lado de la mirilla de la puerta, se vislumbraron dos grandes ojos negros que examinaban a los visitantes, desapareciendo en seguida. Sin embargo, la puerta no se abrió. El tío y K. se confirmaron uno al otro el hecho de haber visto aquellos ojos.

—Es una nueva sirvienta a la que los extraños le dan miedo —dijo el tío, volviendo a llamar.

Aquellos dos ojos aparecieron una vez más; se diría que estaban entristecidos, si bien quizá era una ilusión óptica suscitada por la flama del gas que ardía tremolante por encima de sus cabezas, dando una luz muy débil.

—¡Abra! —vociferó el tío, golpeando con el puño—, se trata de amigos del señor abogado.

—El señor abogado está enfermo —comentó alguien detrás suyo.

Quien así había informado, en voz excesivamente baja, era un señor en salto de cama, de pie en el umbral de una puerta, en el extremo del pasillo. El tío, hecho una furia por la prolongada espera, se volvió de súbito para interrogar a voces:

—¿Enfermo?, ¿usted dice que está enfermo? —y avanzó con aires amenazantes, como si aquel señor representara en sí la propia enfermedad.

—Les están abriendo —dijo el señor, señalando la puerta del abogado y, ajustándose la bata, desapareció.

La puerta, verdaderamente, había sido abierta; allí, en el vestíbulo, se encontraba una joven. K. reconoció en ella los ojos negros que miraron por el ventanillo; eran unos ojos un poco saltones; ella iba envuelta con un amplio delantal blanco y sostenía una vela.

—En otra ocasión, abrirá usted un poco más aprisa, ¿eh? —dijo el tío por todo saludo, en tanto que la joven se inclinaba ligeramente—. Anda, pasa, Joseph —dijo a K.

—El señor abogado se encuentra enfermo —dijo ella, como queriendo detener al tío, el cual ya avanzaba directamente hacia una de las puertas.

K. no salía de su asombro mirando a la joven, aun cuando se encontraba de espaldas para cerrar. Tenía un cuerpo saludable, rollizo, y no sólo eran redondas sus pálidas mejillas y su mentón, sino también sus sienes y su frente.

—¡Joseph! —llamó otra vez el tío; y, luego preguntó a la joven—: El corazón, ¿verdad?

—Creo que sí —contestó la joven, que ya estaba de regreso con su luz, para mostrarles el camino, y abrió una puerta, introduciéndolos en la habitación.

A un lado del dormitorio, a donde no llegaba aún la luz de la vela, un rostro de luenga barba se elevó por encima de la cama.

—¿Quién es, Leni? —preguntó el abogado deslumbrado por la luz.

—Soy Albert, tu viejo amigo —respondió el tío.

—¡Ay, Albert! —dijo el abogado en tono lastimero, dejando descansar la cabeza sobre la almohada, como si a su visitante no tuviera que ocultarle nada.

—Qué, ¿tan mal estás? —preguntó el tío, sentándose en el borde de la cama—. No lo creo, es un trastorno de debilidad cardíaca semejante a otros que tuviste y que pasará igualmente.

—Es posible —dijo el abogado, a media voz—; pero es el peor de todos: casi no puedo respirar, no duermo y voy perdiendo las fuerzas de un día a otro.

—¡Oh, que pena! —dijo el tío, poniendo con su descomunal mano el panamá sobre sus rodillas—. Pues, ¡sí que son malas estas noticias!, al menos ¿estás bien atendido? Aquí veo esto muy triste, demasiado oscuro. Hace mucho que no venía, me parece recordar que tu casa era más alegre; tu jovencita da la impresión de estar muy compungida, a menos que sea un disfraz...

La joven se había quedado con la vela cerca de la puerta. Tanto como la vaguedad de su mirada lo permitía, se adivinaba su interés puesto en K. más que en el tío, incluso cuando este se refirió a ella. K. se apoyaba en un asiento que empujó cerca de la joven.

—Estando enfermo como yo —dijo el abogado— se requiere reposo, y esta quietud no me resulta triste... —y tras breves segundos añadió—: Y además, Leni me atiende bien, es muy gentil.

A pesar de todo el tío no se convenció; evidentemente estaba predispuesto contra la joven enfermera; si por una parte consideró mejor no responder al abogado, por otra, no dejó de seguir a la joven con una severa mirada mientras se acercaba a la cama para depositar la vela en la mesita de noche e, inclinándose hacia el señor Huid, le dijo algo al oído.

El tío, pasando por alto cualquier miramiento con el enfermo, se puso de pie y fue tras ella de un modo que a K. no le hubiese parecido raro ver que asiese de las faldas a aquella mujer y la lanzase lejos de la cama. Por lo que a K. se refería, observaba tranquilamente. La enfermedad del abogado no le resultaba inoportuna, ya que, si no se había opuesto al celo con el cual el tío se empeñaba por luchar en favor de su causa, aceptaba de buen grado que la dirección de este celo fuese desviada de su curso sin que, por su parte, mediara ninguna intervención.

El tío ordenó, tal vez sólo para mortificar a la enfermera:

—Señorita, déjenos solos un momento, por favor; tengo un asunto personal que discutir con mi amigo.

La enfermera, que se hallaba todavía inclinada enteramente sobre el abogado, dedicada en arroparlo por el lado de la pared, volvió la cabeza y, en tono sosegado, en curioso contraste con las expresiones del tío, dichas con intermitencias, debido ora a la ira exaltada, ora a las palabras desbordadas, dijo:

—Ya ve usted que el señor está tan enfermo que no puede ahora discutir ningún asunto.

Sin duda, si ella repitió la expresión del tío sólo fue por comodidad; sin embargo, para cualquier persona que no fuese indiferente, la intención podía tener un cariz irónico. Por eso el tío brincó como si le hubiesen pinchado.

—¡Demonios!, ¡qué muchacha! —exclamó en un tono inconcebible, salido en el primer gorjeo de la exaltación.

K., atemorizándose, aun cuando ya presentía algo parecido, se abalanzó hacia su tío, dispuesto a taponarle la boca con ambas manos. El enfermo se incorporó, por fortuna, en ese instante, y su torso surgió detrás de la joven. El tío hizo una mueca como alguien que tiene que comer algo repulsivo; luego declaró, más calmado:

—Aún no he perdido la cabeza, señorita. Si eso que pido no fuese posible, no lo pediría. Ahora, déjenos, por favor.

La enfermera se mantenía de pie a la cabecera de la cama, de cara al tío. A K. le pareció que ella acariciaba la mano del abogado.

—En presencia de Leni puedes decir todo —afirmó el enfermo, en tono de súplica.

—No es a mí a quien concierne el caso. El secreto nada tiene que ver conmigo —dijo el tío, volviéndose de espaldas, como dando a entender que no quería discutir más; sin embargo, dejaba a su interlocutor tiempo para la reflexión.

—¿A quién, pues? —preguntó el abogado, con voz apagada, acostándose de nuevo.

—A mi sobrino; lo hice venir conmigo —y lo presentó—: Joseph K., el apoderado de...

—¡Oh, disculpe!, ¡no lo había visto! —exclamó, con más vigor, el enfermo, tendiendo la mano hacia K. y, dirigiéndose a la enfermera, dijo:

—Vete, Leni —y, ahora fue a ella a quien tendió la mano, como si se despidiera para mucho tiempo, a lo cual la joven no opuso resistencia.

—Tú no has venido, pues, a ver al enfermo —dijo al tío, el cual se le había aproximado más amistosamente—, sino por el asunto.

La idea de que vinieron a verlo debido a su enfermedad parecía como si lo hubiera tenido aplastado hasta ahora, de tanto que se mostró reanimado a partir de entonces. Se sostenía apoyado en un codo, lo cual, con seguridad, resultaba fatigante, y no dejaba de dar tirones a un mechón de su tupida barba.

—¡Uno diría que te sientes mejor —opinó el tío— desde que se fue esa bruja! —y se calló, para añadir en voz baja—: Apostaría a que está escuchando.

El tío se precipitó hacia la puerta, pero no había nadie detrás de ella. Al regresar no estaba decepcionado, sino irascible, ya que la ausencia de la enfermera le parecía aún peor. El abogado dijo:

—Te confundes acerca de ella... —y sin defenderla más, tal vez para demostrar que la joven no lo necesitaba, añadió en un tono más amistoso—: Por lo que se refiere al caso del señor, tu sobrino, habría de considerarme muy afortunado si las fuerzas me alcanzaran para una tarea tan penosa. Temo que ellas no estén a la altura de las circunstancias, pero no habré de escatimar nada y si no fuera posible que me enfrentase a todo, siempre se estará a tiempo de designar un colega que me auxilie. A decir verdad, esta causa me interesa sobremanera para que yo renuncie por adelantado a hacerme cargo personalmente. Si mi corazón me falla antes de tiempo, al menos habré aprovechado una ocasión digna de hacerlo.

Lo dicho era incomprensible para K. No dejaba de mirar a su tío en la creencia de encontrar la razón en él, pero este, que permanecía sentado, sosteniendo la vela en una mano, pues de la mesita de noche había rodado al suelo un frasco de alguna medicina, aprobaba con movimientos de cabeza cuanto iba diciendo el abogado, punto por punto, dirigiendo una que otra mirada a su sobrino como para dar ánimos a su aquiescencia. Entonces, ¿el tío le había ya hablado acerca de este proceso? No, no era posible. Todo lo que precedió a esta escena eliminaba dicha suposición. De ahí que K. dijera:

—No comprendo.

—¿Estaré en un error? —preguntó el abogado, tan estupefacto y confundido como K.—. ¿Mi apresuramiento me ha colocado tras una pista errónea?, ¿de qué asunto querían ustedes hablarme? Creí que se referían a su proceso.

—¡Naturalmente! —intervino el tío y, dirigiéndose a K. le increpó—: ¿Y tú qué es lo que no entiendes?

—Pues... —contestó K.—. ¿cómo supo usted, sea, lo que fuere, de mí y de mi proceso?

—¡Ah, vamos!, ¡era esto! —exclamó el abogado, con sonrisa de alivio—. No obstante usted sabe bien que soy abogado: estoy en contacto con las personas de la justicia; entre nosotros siempre se comentan los procesos, y la mente retiene aquellos que más impresionaron, en especial si se trata del sobrino de un amigo. Creo que en eso no hay nada de sorprendente.

—¿Aún quieres más? —dijo el tío a K.—; se diría que algo más te inquieta.

—¿Dice usted que tiene trato con personas de la justicia? —preguntó K.

—Claro que sí —confirmó el abogado.

—¡Haces unas preguntas tan pueriles! —reclamó el tío a K.

—Veamos: ¿con quiénes trataría si no con gente de mi radio de acción? —dijo el abogado, con un tono tan irrefutable que dejó a K. pasmado.

—No obstante —K. terminó por decir en voz alta lo que meditaba—, usted trabaja para la justicia del Palacio de Justicia, mas no para la del granero.

Entonces, adquiriendo el abogado un tono como de alguien que explica al margen algo muy natural, dijo a K.:

—Usted ha de saber que estas relaciones son de gran utilidad en favor de mi clientela, y en muchos aspectos. No debiera ser yo quien lo diga. Mi enfermedad, naturalmente, me entorpece mucho por ahora, pero siempre cuento con buenos amigos de la justicia que vienen a verme y sigo enterándome, a pesar de todo, de las novedades: tal vez con más rapidez que otros muchos que se pasan el tiempo en el tribunal. Y tan es así, de hecho, que en estos momentos está aquí una persona a la que estimo mucho —y señaló un rincón sombrío.

—¿En dónde? —preguntó K., de un modo casi impertinente, debido al efecto de lo imprevisto.

K. recorrió con perpleja mirada en derredor suyo. La luz de la simple vela no alcanzaba a iluminar la pared de enfrente. Sin embargo, era un hecho que algo empezaba a moverse en el ángulo opuesto. A la luz de la vela, que ahora el tío levantaba, se podía ver a un señor ya mayor sentado junto a una mesita. Debió haber retenido la respiración para no hacerse notar. Dejó el asiento y, con parsimonia, mal disimulando su descontento porque se había llamado la atención sobre él, agitó sus manos, cual dos alitas, para expresar que rechazaba toda presentación y carantoñas y que no deseaba de ningún modo importunar a los demás, suplicando que se le dejase en la obscuridad y que se olvidaran de su presencia. Mas aquello ya no era posible.

—Ha sido una sorpresa —dijo el abogado a manera de explicación animándolo con gestos a que se aproximara.

Aquel lo hizo con lentitud, mirando a su alrededor, vacilando mucho, pero sin perder la dignidad.

—Señor jefe de oficina... ¡Oh, perdón!, no los he presentado aún... Mi amigo Albert K. y su sobrino, el señor apoderado Joseph K.; y aquí tenemos el señor jefe de

oficina... El señor jefe de oficina ha tenido la gentileza de visitarme. Un profano no puede sospechar todo el valor de esta visita; para aquilatarlo hay que estar iniciado, hay que conocer el trabajo que abrumba a este apreciado señor. Y él ha venido a pesar de todo y estábamos conversando apaciblemente, en la medida que mi decaimiento me lo permitía. A Leni no le habíamos prohibido que dejara pasar a las visitas, porque no esperábamos a nadie; pensábamos permanecer solos. Fue entonces, mi querido Albert, cuando se oyeron los golpes dados con el puño contra la puerta, que el señor jefe de oficina se ha retirado en un rincón, con la silla y la mesa; mas, de pronto, entiendo que, si estamos de acuerdo, tenemos un tema común de conversación, con que ¡reunámonos de nuevo... Señor jefe de oficina! —añadió con una inclinación de cabeza y una sonrisa complaciente, señalando un sillón cerca de la cama.

—Sólo puedo quedarme, lamentablemente, unos minutos —dijo con toda amabilidad el jefe de oficina, hundiéndose en el sillón y mirando su reloj—. Los negocios me requieren; pero, no quiero desperdiciar la ocasión de conocer a un amigo de mi amigo.

Y brindó una obsequiosa reverencia al tío, que se mostraba muy complacido con este nuevo amigo; su temperamento le impedía manifestar sus sentimientos, pero correspondió a las palabras del jefe de oficina con una risa tan sonora como agradable. ¡Horrible cuadro! K. podía contemplar todo a sus anchas, pues nadie se ocupaba de él. El jefe de oficina, a partir del momento en que fue llamado para tomar parte en la conversación, tomó el mando de esta, según era su costumbre. El abogado, cuyo decaimiento anterior seguramente sólo lo había hecho valer para ahuyentar a los nuevos visitantes, se dedicó a escuchar atentamente, con la mano resguardando el oído, en tanto que el tío, que no había soltado la vela y la balanceaba sobre su muslo, movimiento que era visto con inquietud por el abogado, muy pronto olvidó toda preocupación para entregarse al arrobamiento en el que la elocuencia del jefe de oficina lo había sumergido, así como los ademanes ondulantes con los que acompañaba sus palabras. En cuanto a K., que se apoyaba en la parte ascendente de la cama, no prestó atención, tal vez con toda intención, al jefe de oficina, y no era más que oyente de aquellos ancianos señores. Por otra parte, apenas entendía cuál era el tema de la conversación; él dejaba divagar sus pensamientos, reflexionando tan pronto acerca de la enfermera y de la brusquedad con que la trató su tío, como preguntándose si no habría ya visto el rostro del jefe de oficina. ¿Era posible que se encontrara en medio de la gente de su primer interrogatorio? Podría ser también que se equivocase; sea lo que fuere, el jefe de oficina pudo figurar, perfectamente, entre los ancianos de barba rala de la primera fila del auditorio.

Al llegar K. a ese punto de sus reflexiones, un ruido de porcelana rota puso los oídos tensos a todo el mundo.

—Voy a ver lo que ha ocurrido —dijo K., y se encaminó despacio hacia la salida como si quisiera dar tiempo a que los demás lo retuvieran.

En cuanto estuvo en el vestíbulo, tratando de poder moverse en la obscuridad, sintió que una mano pequeña se posaba sobre la suya, que todavía estaba asida de la manija de la puerta. Aquella mano cerró con cuidado la puerta. Era la mano de la enfermera, que lo había oído llegar.

—No ha ocurrido nada —dijo ella—; estrellé, simplemente, un plato contra la pared, con el fin de que usted saliera.

—Yo también pensaba en usted —declaró K., turbado.

—Tanto mejor. Venga.

Dieron unos pasos hasta una puerta de cristales esmerilados, la cual fue abierta por la joven.

—Pase —dijo ella.

Era el despacho, sin duda, del abogado. Tanto como uno podía ver a la luz de la luna, que en aquellos momentos iluminaba un pequeño rectángulo del suelo a través de dos ventanales, la pieza estaba provista de viejos y pesados muebles.

—Aquí —dijo la enfermera, mostrando un arcón oscuro con respaldo de madera tallada.

Una vez sentados, K. continuó observando; se encontraba en una gran sala en la que la clientela del abogado de los pobres debía sentirse totalmente perdida. Se imaginó ver a los clientes avanzar, con pasos cortos, hacia aquel inmenso escritorio. Pero pronto olvidó esta impresión; no tuvo más ojos que para la joven sentada muy cerca suyo, que casi lo apesaba contra el brazo del sillón.

—Pensé —le dijo— que a usted se le ocurriría venir por propia iniciativa, sin necesidad de llamarlo. A pesar de todo, es curioso: primero, desde que llegaron, usted no dejaba de mirarme; y ahora me hace esperar. Llámeme Leni —añadió, aceleradamente, como si este apelativo no debiera descuidarse un solo momento.

—Con gusto —respondió K.— pero, lo sorprendente a lo cual se refiere usted, Leni, es de fácil explicación: yo debía escuchar, antes que nada, la charla de esos señores, no podía alejarme sin motivo; además, no soy un descarado, tengo más bien un carácter tímido, y usted no aparenta, tampoco, entusiasmarse a primera vista.

—No es eso —dijo Leni, apoyando un brazo en el del sillón—; no es eso —repitió, mirándole a los ojos—; ocurre que yo no le gusté y, sin duda, aún no le gusto.

—Gustar... —dijo K., eludiendo—. Gustar sería decir poco.

—¡Oh! —dijo ella, sonriente.

El razonamiento de K., seguido de esta breve exclamación, proporcionó a Leni cierta superioridad; K. también enmudeció por un momento. Habiéndose ya acostumbrado a la obscuridad de la estancia, podía distinguir, ahora, diversos pormenores de la instalación. Observaba, en especial, una gran pintura colgada a la derecha de la puerta, y se inclinó hacia adelante para verla mejor. La figura central representaba a un hombre con toga de juez, sentado en un elevado trono, cuyo color semejante del oro deslumbraba todo el cuadro. Lo curioso en ese retrato era la postura del magistrado: en lugar de estar sentado con majestuosa calma, apoyaba fuertemente

su brazo izquierdo contra el espaldar y el brazo del sillón, en tanto que su brazo derecho quedaba enteramente separado, con sólo la mano apoyada en el sillón, como si el juez fuera a estallar en un impetuoso movimiento de indignación para decir algo decisivo, quizá para pronunciar el implacable veredicto. El acusado debía hallarse supuestamente al pie de la escalera, cuyos peldaños superiores se percibían cubiertos con una alfombra amarilla.

—¿Acaso es mi juez? —dijo K., señalando con el dedo el cuadro.

—Lo conozco —dijo Leni, mirándolo también ella—; viene con bastante frecuencia; el retrato corresponde a su juventud; pero no es posible que nunca se le haya parecido, pues el verdadero juez es sumamente bajo. Eso no le impediría haberse hecho representar inmenso, pues es enormemente vanidoso como, por otro lado, lo son todos aquí. Yo también soy vanidosa; estoy francamente molesta porque a usted no le gusto.

Por toda respuesta K. pasó el brazo alrededor de Leni, atrayéndola hacia él. Leni apoyó silenciosamente la cabeza en su hombro. Mas, con el pensamiento puesto siempre en el juez, le preguntó:

—¿Cuál es su categoría?

—Es juez de instrucción —respondió ella, tomando la mano que K. había pasado en torno de su cintura y jugando con sus dedos.

—¡Otra vez un simple juez de instrucción! —exclamó K. decepcionado—. Los altos funcionarios se ocultan. ¡Él está, sin embargo, sentado en un trono!

—Todo eso no es más que una invención —dijo Leni, con el rostro casi rozando la mano de K.—. La verdad es que se sienta en una vieja silla de cocina sobre la que le ponen un paño de caballo, doblado en cuatro. Pero ¿no puede usted pensar más que en su proceso? —añadió, con lentitud.

—No, en absoluto —dijo K.—. Quizás es poco aún lo que pienso en él.

—No es ahí precisamente donde está su error —dijo Leni—. He oído decir que está usted en exceso obcecado.

—¿Quién dijo eso? —preguntó K., sintiendo sobre su pecho el cuerpo de Leni y mirando el tupido y firme trenzado de su pelo oscuro.

—No puedo decir demasiado —respondió Leni—; no me pida nombres; corrija su defecto: no sea tan obcecado. No hay armas contra esta justicia; es obligado confesar. En la primera ocasión, confiese; sólo podrá zafarse después de haberlo intentado y, aun entonces, únicamente lo logrará si alguien acude en su ayuda; pero, no se inquiete, yo seré quien se ocupe de eso.

—Usted parece conocer bien esta justicia y las mentiras que en ella se requieren —dijo K. sentándola sobre sus rodillas, pues se apretaba demasiado fuerte contra él.

—Está bien así —dijo ella, acomodándose a gusto, después de allanar los pliegues de su blusa y de su falda; y, luego entrelazó sus brazos en el cuello de K., echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirándolo.

—Y si no confieso ¿usted no podrá ayudarme? —preguntó él, para probarla.

Entretanto, él pensaba, sorprendido: «Estoy tras quien me ayude: primero, la señorita Bürstner; luego, la mujer del ujier y, por último, esta menuda enfermera que me da la impresión de tener una inexplicable necesidad de mí. Hela aquí, sentada sobre mis rodillas, como si este fuera su verdadero lugar».

—No —respondió Leni, balanceando lentamente la cabeza—, de no confesar usted, será imposible ayudarle; se burla de mí, es testarudo, no se deja convencer... ¿Tiene usted una amiguita? —preguntó después de una pausa.

—No —dijo K.

—¡A que sí! —preguntó ella, afirmando.

—Sí, es verdad —respondió K.—; lo negaba y, sin embargo, traigo conmigo su fotografía.

Y, a fuerza de ruegos, K. le mostró el retrato de Elsa. Acurrucada en las rodillas de K., Leni estudió la imagen; era una instantánea, fue tomada al final de una de aquellas danzas remolinales que a ella le complacía ejecutar en el cabaret donde trabajaba; su vestido revoloteaba aún en espirales alrededor de ella; sus manos descansaban en sus firmes caderas, y miraba a un lado, riéndose; no se alcanzaba a ver en la toma con quién se reía de aquel modo.

—Tiene el talle ajustado —comentó Leni, señalando el lugar en donde se advertía, según ella—; no me gusta; ella es brutal y torpe. Claro que con usted tal vez es dulce y amable. En la foto se nota. Estas muchachas altas y robustas no saben ser, con frecuencia, más que dulces y amables. Pero ¿estaría dispuesta a sacrificarse por usted?

—No —dijo K.—; ella no es dulce ni amable, y no sería capaz de sacrificarse por mí. Por otra parte, nunca le he pedido nada de eso y tampoco he observado nunca esta foto con tanta minuciosidad como usted.

—Es que a usted no le interesa mucho esta joven —dijo Leni—; y, pues, ¿no es su querida?

—Sí —afirmó K.—; no lo niego.

—Es posible que ahora —dijo Leni— ella sea su querida, pero no habría de dolerle mucho si usted la perdiera o si la cambiase por otra; por mí, por ejemplo.

—Claro, es una idea que puede acudir —dijo K. sonriente—; pero, Elsa le lleva una gran ventaja: no sabe nada de mi proceso y aun si supiera algo acerca de él no pensaría nunca en ello. Nunca haría nada por convencerme para que cediese.

—No hay en eso ninguna ventaja —dijo Leni—; si ella no tiene otra, no pierdo la esperanza. ¿Tiene algún defecto físico?

—¿Un defecto físico? —preguntó K., a su vez.

—Sí —dijo Leni—; yo tengo uno pequeño. Vea:

Ella separó los dedos cordial y anular de su mano derecha, entre los cuales la piel había crecido hasta el extremo de la segunda falange. De inmediato, debido a la obscuridad, K. no vio lo que Leni quería mostrarle; entonces ella condujo la mano de él a ciegas y le hizo palpar el pedacito de piel.

—¡Qué fenómeno! —exclamó K., y, mirando en conjunto la mano, añadió—: ¡Vean qué bonita garra!

Leni, con cierto orgullo, observaba el asombro de K., el cual no cesaba de separar y juntar los dos dedos, hasta que, al fin, los besó antes de dejarlos.

—¡Oh! —exclamó ella, al punto—; me ha besado.

Repentinamente, boquiabierta, trepó sobre sus rodillas. K. la miraba estupefacto. Ahora que la tenía mucho más cerca de él, percibió que despedía un perfume amargo y ardiente, algo así como un olor a pimienta. Leni llevó la cabeza de K. hacia su pecho, se inclinó sobre ella, mordió y besó su cuello y hasta dio mordiscos en los cabellos de K.

—¡Me ha tomado a cambio! —exclamaba una y otra vez—. Ya lo ve, ¡ahora me ha tomado a cambio!

En aquel instante, una de sus rodillas resbaló, y ella lanzó un pequeño grito, y casi cayó sobre la alfombra. K. la tomó por la cintura para retenerla, pero fue arrastrado en la caída.

—Ya me perteneces. Aquí tienes la llave de la casa; ven cuando quieras —le dijo a oído, al despedirse.

Ella le lanzó aún un beso al aire, mientras él se iba. Al salir de la casa estaba lloviznando; pretendía llegar hasta el centro de la calle para ver por última vez a Leni en su ventana, cuando, de un automóvil estacionado enfrente, surgió el tío; K. estaba demasiado distraído para darse cuenta; el tío tomó por el brazo a su sobrino y lo empujó contra la puerta del edificio como si quisiera aplastarlo en ella.

—¿Cómo has podido hacer eso? —le gritó a voz en cuello—. ¡Has hecho el peor servicio a tu causa, que iba por buen camino! Vas y te arrinconas con una basura que, para colmo, evidentemente es la querida del abogado, y pasas las horas con ella, sin acercarte a nosotros; no buscas un pretexto, no disimulas nada, lo haces a la vista; luego, corres a reunirte con ella, te quedas a su lado y nos plantas a los tres: a tu tío, que se parte el alma por ti; al abogado, a quien es necesario que conquistes, y al jefe de oficina, en especial, ¡este personaje tan poderoso, que con respecto a tu asunto, en la fase en que se halla, todo lo puede! Nosotros procuramos encontrar un modo de ayudarte; es necesario que yo trate al abogado con suma prudencia, es necesario que el abogado, a su vez, trate con miramientos al jefe de oficina, y, ante tantas dificultades, tu deber sería, por lo menos, sostenerme lo más posible; pero no, ¡te quedas afuera! Y llega, forzosamente, un momento en el que nada se puede ocultar. Claro que estos hombres son educados, no hablan de ello, me evitan la pena, pero, finalmente, al no poder reprimirse y no pudiendo hablar del asunto, no han pronunciado una palabra más. Hemos permanecido un buen rato callados, pendientes de tu retorno. Todo fue en vano. Al cabo, el jefe de oficina que permaneció mucho más tiempo de lo que deseaba, se puso de pie, para retirarse; se echaba de ver que me compadecía, sin poderme ayudar; esperó todavía junto a la puerta un buen rato, mostrándose de una amabilidad inconcebible; y, luego, se ha marchado. Imagina el

alivio que he sentido al ver que se iba; ya no podía respirar. El abogado, enfermo como está, ha sufrido aún más; este hombre tan excelente ya no podía hablar cuando le he dicho adiós. Tú has contribuido, probablemente, a su entero hundimiento; has acelerado la muerte de un hombre que era el único a quien recurrir. Y a mí, tu tío, me dejas aquí, esperándote por horas, bajo la lluvia. Toca, estoy totalmente empapado.

CAPÍTULO VII

EL ABOGADO, EL INDUSTRIAL Y EL PINTOR

Era un día de invierno. La nieve caía a través de una atmósfera grisácea. K. se encontraba en su oficina, sumamente fatigado, no obstante ser apenas las primeras horas de la mañana. Tomando como pretexto el mucho trabajo y a fin de liberarse de los empleados subalternos, había dicho al ordenanza que no dejara pasar a nadie. Mas, en vez de trabajar, se movía en su asiento y cambiaba de lugar los objetos de su mesa; por último, extendió maquinalmente su brazo sobre el escritorio, quedándose inmóvil, con la cabeza baja.

Ya no podía apartar de su mente la idea de su proceso. A menudo se había preguntado si no sería conveniente preparar un informe por escrito, para su defensa, y remitirlo al tribunal. Podría exponer en él, brevemente, su vida, explicando, a propósito de aquellos hechos de cierta importancia que le habían acontecido, los motivos que él tuvo para obrar como lo hizo, y juzgándolos, a continuación, de acuerdo con su actual modo de pensar; para concluir, hubiera dado las razones de ese último juicio. Le parecía que un informe así resultaba muy superior al método de defensa seguido por los abogados, los cuales no eran, por otra parte, personas irreprochables. K. no sabía, de hecho, lo que el abogado había emprendido; seguramente no sería de gran importancia. Había transcurrido más de un mes sin que su defensor lo hubiera citado de nuevo; por lo demás, en ninguna de las juntas anteriores tuvo la impresión de que aquel hombre pudiese hacer mucho en su favor. Era muy poco, casi nada, lo que el Maestro Huid le había preguntado; sin embargo, ¡eran tantas las preguntas por hacer! En ellas consistía lo esencial. El propio K. estaba consciente de todo lo que era necesario preguntar. No obstante, el abogado, lejos de interrogarlo, la emprendía en largos discursos o bien se quedaba callado ante K., inclinándose ligeramente sobre su mesa, debido, sin duda, a cierta sordera que padecía; daba tirones a un mechón de su barba y miraba los dibujos de la alfombra en el lugar posiblemente, donde K. había rodado con Leni. Una que otra vez le hacía advertencias huecas, como las que se hace a los niños. Se trataba de discursos inútiles, además de fastidiosos, por los cuales K. no pensaba darle ni un céntimo a la hora de la cuenta. Ahora bien, cuando el abogado creía haberlo humillado lo suficiente, por lo regular procuraba levantarle un poco el ánimo. Llevaba ganados, según decía, totalmente o en parte, muchos procesos de esa índole, los cuales, si bien más claros, no dejaban de parecer menos desesperados. Tenía la lista allí, en su cajón; y golpeaba en cualquier parte de la mesa. Claro que el secreto profesional no le

permitía, desafortunadamente, mostrar los archivos. De la gran experiencia que él había adquirido a lo largo de todos sus litigios, K. no podría menos que beneficiarse: naturalmente, él se había puesto a trabajar en el acto, y hasta había esbozado ya el primer recurso. Este recurso era de suma importancia, puesto que todo el proceso dependía, a menudo, de la primera impresión producida por la defensa. Desgraciadamente, y era necesario, claro está, que lo advirtiera a K. desde un principio, ocurría con frecuencia que estos primeros recursos no fuesen leídos por el tribunal. Simplemente se les clasificaba, declarando que el interrogatorio del acusado era, de manera provisional, más importante que todos los escritos posibles. Añadíase que, si el recurrente insistía mucho, su petición sería leída al mismo tiempo que los demás documentos, antes del juicio definitivo, en cuanto estuviera completo el expediente. Mas ¡oh, fatalidad!, no siempre eso era real, agregaba el abogado; el primer recurso permanecía, por lo regular, en algún cajón en donde acababan por olvidarlo e, incluso, en el caso de que los conservaran hasta el final, por lo común no procedían a su lectura, tal como era del conocimiento del abogado, bien que, a decir verdad, lo sabía por rumores más o menos autorizados. Tal situación resultaba deplorable, pero no sin que mediara algún motivo. K. no debía olvidar que los debates no se llevaban a cabo en público, que podían efectuarse así en el caso de que el tribunal lo considerase necesario, pero que la ley no ordenaba esta publicidad. Asimismo, que los expedientes de la justicia, y en especial, el acta de la acusación, permanecían secretos para el acusado y su defensor, lo cual constituía un obstáculo, generalmente, para saber a quién dirigir el primer recurso y sólo permitía, en el fondo, que este recurso suministrara elementos útiles en el caso de un feliz acierto. Los recursos verdaderamente útiles no podían formularse, dijo además el Maestro Huid, sino después, cuando tuvieran efecto los interrogatorios, siempre y cuando las preguntas hechas al inculcado permitieran distinguir o adivinar los diversos objetos de acusación y los motivos en los cuales se basaban. Naturalmente, en tales circunstancias la defensa se hallaba en una situación muy desfavorable y sumamente penosa, pero era intencionada por parte del tribunal. De hecho, la defensa, seguía diciendo el abogado Huid, no está expresamente autorizada por la ley, esta sólo la tolera, y uno se pregunta si el apartado del artículo del Código que parece tolerarla lo expresa así en realidad. Tampoco hay, en sentido estricto, abogados a los que el tribunal acusador reconozca como tales, pues todos aquellos que fungen en calidad de defensores no son más que leguleyos. Este hecho, naturalmente, es muy deshonesto para el gremio. La próxima vez que K. tuviera que ir a las oficinas de la justicia, con solo mirar la sala especialmente destinada a los abogados quedaría seguramente horrorizado al ver la clase de gente que allí se congregaba. El simple aspecto del cuartucho asignado para ellos en el edificio era prueba del menosprecio que le merecían a la Corte. La luz del día sólo entraba allí a través de una diminuta claraboya, a tanta altura que, de querer uno asomarse a ella, so pena de respirar el humo de la chimenea vecina y embadurnarse de hollín la cara, se necesitaba, primero,

encontrar algún colega que se prestara a servir de escalera; también, para dar siquiera una idea de la ruina en que se encontraba esa pieza, desde hacía más de un año había en el suelo un agujero por el cual, aun cuando no pasaría una persona, sí podría hundirse una pierna enteramente; si eso llegase a ocurrir, como quiera que esa sala de abogados se encontraba en el segundo piso, la pierna colgaría desde el techo del piso de abajo, justo en el centro de aquel corredor donde esperaban los acusados. Así pues, el gremio no exageraba al declarar que tales condiciones resultaban muy ignominiosas. Cualquier reclamación era inútil. Además, les estaba estrictamente prohibido modificar algo por sus propios medios. Claro que la justicia tenía sus razones para hacerles sufrir ese tratamiento. Lo que ella perseguía era eliminar lo más posible la defensa, a fin de que el acusado respondiera por sí en todo. Su criterio al respecto no estaba tan desatinado, pero de eso a que pudiera sacarse en conclusión que los abogados fuesen inútiles para el acusado ante el tribunal había un verdadero abismo. Por el contrario, en ninguna otra parte podrían serle de tanta utilidad, ya que los debates no sólo eran secretos para el público, sino también para el acusado, en la medida, claro está, en que era posible mantener el secreto, pero no dejaba de serlo en gran escala. Al acusado no le asistía el derecho a examinar los expedientes, y resultaba muy difícil saber, a través de los interrogatorios, lo que podían contener aquellos legajos, especialmente para el acusado, el cual se encontraba atemorizado y cuya atención estaba absorbida por un sinfín de penalidades. Es ahí donde intervenía la defensa. Por lo regular, a los abogados no les permitían estar presentes en las entrevistas con el juez de instrucción; por eso los abogados debían dialogar con el acusado lo antes posible después de los interrogatorios, procurando entresacar lo que pudiera ser útil para la defensa en esos informes a menudo confusos. Pero en eso no estaba lo más importante, pues poco se podía averiguar de este modo; claro que un hombre capacitado, hablando con la verdad, sacaba más ventaja que otro. El triunfo mayor estribaba en las relaciones personales del abogado, en ellas residía el valor de la defensa. K. debía saber, naturalmente, en relación a sus propias experiencias, que la organización de la justicia distaba mucho de ser perfecta en los grados inferiores, donde predominaban los empleados interesados e infidentes. El muro ofrecía grietas por ese lado. Era por esas grietas por donde la mayoría de los abogados se precipitaba; era por ahí que sobornaban, perseguían, espiaban. Había habido casos, al menos en otros tiempos, en que se cometió el robo de documentos. No se podía negar que ciertos abogados de la defensa lograban, por ese medio, sorprendentes resultados momentáneos favorables al inculpado; era de lo que solían también aprovecharse aquellos leguleyos para atraerse nuevos clientes; pero de tales resultados no se desprendía ninguna influencia o casi ninguna que propiciara la buena evolución de los debates. Sólo podían, en realidad, pesar para bien las honestas relaciones personales con importantes funcionarios, ganadas, naturalmente, en los grados inferiores; eran las únicas que tenían vara alta en el desarrollo del proceso, de un modo imperceptible al principio, pero más y más claramente en lo sucesivo. Por esa

vía eran pocos los abogados que lograban el éxito; de ahí que la elección de K. podía considerarse feliz. No había, aseguraba el doctor Huid, más que uno o dos abogados defensores que pudieran vanagloriarse de contar con relaciones como las suyas. Naturalmente, a estos les tenía sin cuidado las relaciones que se pudieran hacer en la sala de abogados; no existía nada en común con esa gente. Sus relaciones eran más completas con los funcionarios de la justicia. El doctor Huid no necesitaba siquiera, muchas veces, hacer antesala para esperar la hipotética llegada de los jueces de instrucción, con el propósito de obtener de ellos, con más o menos fortuna, un resultado casi siempre equívoco y sometido a su antojo. En absoluto. El propio K. había podido cerciorarse de que los funcionarios, incluso los de categoría, venían a informarle personalmente, a las claras o por lo menos de un modo fácil de interpretar, y a discutir con él acerca de la continuidad en perspectiva de los debates. En ciertos casos, ellos acababan por convencerse y hacían suyo el parecer que se les insinuaba. Pero no se debía confiar demasiado; por más que hubieran expresado, categóricamente, su rotundo cambio de dirección y su actitud favorable a la defensa, podría ser que se dirigieran de inmediato a su despacho y proyectaran, para los debates del día siguiente, un rumbo muy distinto y aun más riguroso para el inculpado, de aquel adoptado inicialmente según su propio punto de vista y del cual se suponía que se habían desviado enteramente. Contra ello nada podía hacerse, pues lo dicho a uno en privado quedaba, precisamente, sin testigo, y no era posible reclamar ninguna obligación, aun cuando la defensa no tuviese que esforzarse por conservar sus favores. Era necesario añadir que, en cuanto esos señores se ponían en contacto con los abogados de la defensa, cuando se enfrentaban con gente competente, no era sólo por lazos de amistad o por simple humanitarismo, sino porque en ciertos aspectos dependían de ellos.

Era ahí, precisamente, donde se ponían de manifiesto las fallas de la organización, que establecía desde un principio el secreto de la documentación. Entre los funcionarios y la sociedad no había contacto: por lo que se refiere a los procesos usuales, estaban bien apercebidos; dichos procesos seguían su curso, digamos, por sí solos, y no se requería intervenir más que de tarde en tarde y muy de paso; por el contrario, frente a casos de suma sencillez o singularmente difíciles, con frecuencia se quedaban confusos. El hecho de que estuvieran sumergidos a todas horas en sus Códigos les hacía perder el verdadero sentido de las relaciones humanas, y en esos últimos casos era cuando advertían su necesidad; recurrían entonces a los abogados para pedir consejo, y se hacían acompañar de un ordenanza que cargaba los documentos, tan secretos por lo regular. En aquella ventana que estaba ahí, podía verse con frecuencia a muchos de esos señores, inclusive algunos de los cuales nunca hubiera uno supuesto, contemplando la calle, con el más decaído de los ánimos, mientras el abogado examinaba los expedientes, a fin de poder aconsejar. Además, en esas ocasiones se advertía la seriedad con la que dichos señores tomaban su oficio y

cómo se dejaban llevar de la desesperación cuando tropezaban con obstáculos, sin poderlos superar por culpa de su propia deformación profesional.

Su situación, declaraba el abogado, nunca era demasiado fácil, pero no se les debía perjudicar haciéndoselo ver. La jerarquía de la justicia alcanzaba grados al infinito, en medio de los cuales, aun a los propios iniciadores se les dificultaba ubicarse. Ahora bien, como sea que los debates ante los tribunales solían permanecer secretos tanto para los bajos funcionarios como para el público, ellos no podían nunca seguirlos hasta el fin; las causas entraban, a menudo, en el ámbito de su jurisdicción, sin que ellos supieran de dónde venían ni por dónde se volvían a ir. También ignoraban las enseñanzas que se pueden obtener del estudio de las diversas fases de un proceso, del veredicto, de sus considerandos. No les asistía más derecho que el de consagrarse en la parte del proceso que la ley les destinaba, y era usual que supieran menos acerca de la continuidad, es decir, acerca de los resultados de su propio trabajo, que los abogados de la defensa, los cuales, por lo regular, se mantenían en contacto con los acusados hasta el final del debate. Por ahí, también, los funcionarios de la justicia tenían mucho que aprender de los abogados. Así pues, conociendo K. las circunstancias que prevalecían, no era para que se asombrara de esta propensión de los funcionarios a irritarse, lo cual se evidenciaba del modo más hiriente con respecto a los acusados. Cada quién adquiría su experiencia. De continuo, todos los funcionarios se hallaban irascibles, aun cuando aparentaban serenidad. Naturalmente, los abogadillos estaban expuestos a padecer mucho por eso. Contaban al respecto una historia que contenía mucha veracidad: érase un viejo funcionario, sosegado y buen hombre como el que más, que estuvo examinando un caso durante un día y una noche sin reposo, pues había que tener presente que estos servidores eran sumamente laboriosos; se trataba de una causa ardua, complicada al máximo por los requerimientos de los abogados. La mañana siguiente, después de veinticuatro horas de una labor tan ingrata, se ocultó detrás de la puerta y echó escaleras abajo a todos los abogados que pretendían entrar. Los abogados se juntaron en uno de los llanos inferiores, a fin de ponerse de acuerdo en las medidas a tomar: por un lado, no tenían un derecho establecido para entrar; por consiguiente, estaban imposibilitados de cursar cualquier acción legal contra el funcionario en cuestión, aparte de que debían tratarlo con los debidos miramientos, conforme a lo que ya había quedado expuesto. Por otro lado, siendo que toda jornada sin pasar por el tribunal podía considerarse perdida, era mucho el empeño que tenían por entrar en la sala. Por último acordaron que debían cansar al anciano señor. Para lograrlo subirían de uno en uno. El que estaba de turno se dejaba echar desde arriba, no sin haberse resistido pacíficamente un buen rato; el accidentado era recogido por sus colegas, al pie de la escalera. Eso se repitió durante una hora, aproximadamente, hasta que el anciano señor, agotado por la noche de trabajo que había precedido, se sintió en extremo fatigado y se reintegró a su despacho. A los de abajo se les hacía difícil creerlo, y decidieron que uno de ellos iría a cerciorarse si el paso estaba libre. Fue sólo a su regreso que optaron por entrar,

y no osaron decir nada, ya que los abogados no tenían la menor intención de introducir en el sistema judicial alguna mejora, sea la que fuera, en tanto que cualquier inculpado, así fuese el más pobre de espíritu, y eso era algo muy peculiar, tras el primer contacto con la justicia siempre empezaba por tramar planes de reforma, desperdiciando tiempo y energías que bien pudieran ser utilizadas con más provecho. En opinión del Maestro Huid, lo más razonable era adaptarse al sistema ya establecido. Aun cuando habrían podido mejorarse algunos pormenores, lo cual era una tontería, se hubieran logrado, en el supuesto más ventajoso, sólo resultados favorables para casos futuros; pero uno saldría sumamente perjudicado al atraerse la atención de funcionarios sedientos de venganza. Era necesario, a toda costa, no hacer nada que pudiera atraer la atención; había que permanecer tranquilo, aunque la repulsión fuera mucha; hacer lo posible por comprender que tan inmenso organismo judicial se mantenía siempre en cierto modo en el aire, y que intentar cualquier modificación por propia voluntad sería como no hallar suelo para los pies, corriendo el riesgo de hundirse; en tanto que la enorme corporación, apoyada siempre en su sistema, podía fácilmente encontrar una pieza de recambio y quedar como antes, a menos, y eso era lo más probable, que no se volviera aún más enérgica, más al acecho, más severa y hasta más maligna. Así pues, lo mejor era dejar en libertad al abogado, en vez de ponerle trabas. De nada servían, indudablemente, los reproches, tanto más por cuanto era inútil hacer comprender a la gente la importancia de sus motivos; pero era necesario, pese a todo, que K. supiera el gran perjuicio que había ocasionado a su propia causa, comportándose como lo hubo hecho con el jefe de oficina. En lo sucesivo, el nombre de este influyente funcionario debería casi ser borrado de la lista de personajes a quienes dirigirse para obtener algo en favor de K.; tal parecía que aquel, intencionalmente, no daba oídos a ninguna alusión al proceso, por insignificante que fuera: era muy claro. Esos funcionarios se comportaban más de una vez de un modo pueril. Por el detalle más inocente, y por desgracia la actitud de K. no lo era, podían sentirse heridos hasta el extremo de abstenerse de hablar a sus mejores amigos y darles la espalda cuando se topaban con ellos; y en todo reaccionaban en contra suya. También ocurría el caso de que la más pequeña broma que uno arriesgara, al estar desesperado por la causa, les provocara la risa sin gran motivo y, de súbito, se les había atraído del modo más sorprendente. La relación con ellos era, a un tiempo, muy complicada o muy fácil. No existía una norma que pudiera regularla.

Algunas veces, en tales circunstancias, causaba asombro que una vida fuera suficiente para que se llegara a admitir que se pudiese triunfar algún día. Evidentemente, había muchos de esos momentos melancólicos, conocidos de todo el mundo, en los que uno cree no haber logrado nada, en los que parece que nunca se ha triunfado más que en procesos destinados desde siempre al triunfo, los cuales se hubieran igualmente ganado sin la intervención de uno, aun cuando se hubiesen perdido todos los demás a pesar de los muchos desvelos, los sufrimientos y los

pequeños resultados aparentes, que tanto gusto nos habían proporcionado; y en tales momentos, era de suponer que ya no había nadie de quien fiarse, y si se tuviera que contestar a preguntas concretas, no se atrevería uno a negar el hecho de haber lanzado por el mal camino, con la mejor intención del mundo, procesos que hubiesen llegado por sí solos a un feliz término. Incluso en este sentimiento había, claro está, un fondo de verdad; pero era lo único que quedaba. Todo eso era un estado de incredulidad, que afectaba en especial a los abogados cuando se les retiraba de las manos un proceso en el que habían avanzado bastante y que les satisfacía mucho. A un abogado defensor eso era lo peor que podía ocurrirle. De semejante desdicha nunca tenía la culpa el acusado, ya que este había elegido a su abogado y debía retenerlo pasara lo que pasare... Aparte todo, ¿cómo podría arreglárselas después de haberse hecho ayudar? Así pues, eso no llegaba nunca a ocurrir, pero sí era posible, alguna vez, que el proceso tomara una dirección en la cual el abogado no le asistía el derecho de continuar. Entonces, le era retirado, al mismo tiempo, el proceso, el inculpado y todo; de nada servían ya las mejores relaciones, pues los propios funcionarios se quedaban en la total ignorancia. El proceso entraba en una fase en que ya no se tenía el derecho de ayudar; quedaba atendido a las inaccesibles cortes de justicia en donde el abogado no podía ver más al inculpado. El día menos pensado, llegaba uno a su casa y descubría sobre el escritorio todos los requerimientos que había elaborado con tanto celo y esperanza.

Todo le era devuelto a uno sin derecho a figurar en la nueva fase del proceso; todo aquello no era más que papel mojado. No por eso podía decirse que el proceso estuviese perdido. Al menos no había ninguna razón imperiosa para admitir esa hipótesis. El caso era que no se podía saber, simplemente, nada del proceso, y que jamás se sabría. Ahora bien, tales casos sólo representaban, por fortuna, una excepción, y aun si el proceso de K. llegase a tomar algún día aquel camino, por ahora estaba lejos de entrar en semejante fase y era mucho lo que el abogado tenía por hacer. K. podía tener la seguridad de que la ocasión no estaba perdida. El recurso, según ya le había dicho, no estaba aún remitido; eso no apremiaba. Por el momento, era mucho más importante entablar los primeros contactos con los funcionarios que podían ser de utilidad, lo cual ya había sido hecho, y en cuyo éxito, había que confesarlo, sinceramente, existían algunas diferencias. Mas era preferible, de manera provisional, no revelar pormenores que sólo habrían de influenciar desfavorablemente a K., haciéndole abrigar demasiadas esperanzas o infundándose excesivos temores; debía bastarle con saber que algunos funcionarios se mostraron muy bien dispuestos y otros en un sentido no tan benévolo, pero sin negar su ayuda. En suma, el resultado era muy satisfactorio. Naturalmente, no se podía sacar aún ninguna conclusión, porque todas las gestiones previas empezaban igual, y sólo en la continuidad de los debates se lograría saber si habían sido de alguna utilidad. De cualquier modo, nada estaba perdido, y si a pesar de todo fuera posible atraerse al jefe

de oficina, para cuyo fin ya se habían dado algunos pasos, «la herida quedaría limpia», al decir de los cirujanos, y podría esperarse confiadamente los efectos.

Cuando el abogado la emprendía con esta clase de discursos, no acababa nunca; en cada visita ocurría lo mismo. Siempre hablaba de progresos, pero nunca le asistía el derecho de decir en qué consistían. Constantemente trabajaba en el primer recurso; nunca lo daba por terminado, lo cual era tanto como decir excelente, en la siguiente entrevista, pues el momento no hubiera sido oportuno, algo difícil de prever, para despachar el documento. Si K., agobiado por los discursos, indicaba que el asunto no adelantaba nada, si bien tomaba en consideración las dificultades, respondíale que marchaba muy bien, paso a paso; claro que, de haberse dirigido a tiempo el abogado, naturalmente se habría podido avanzar más. Desgraciadamente no lo había hecho así; ese descuido acarrearía molestias peores que la pérdida de tiempo.

Lo único agradable a lo largo de aquellas conferencias era la presencia de Leni, que nunca dejaba de llevar el té al Maestro Huid cuando K. se encontraba con él. Leni permanecía detrás suyo aparentando que miraba al abogado, el cual se inclinaba mucho sobre la taza para verter el té con cierta avidez y sorberlo velozmente; ella se hacía tomar la mano por K. en secreto. Reinaba un silencio absoluto. El abogado seguía tomando el té; K. oprimía la mano de Leni y este se permitía, a veces, acariciarle suavemente los cabellos.

—¿Aún estás aquí? —preguntaba el abogado, al terminar.

—Quería llevarme de una vez la taza —contestaba Leni.

Había entre ellos un último apretón de manos; el abogado se secaba los labios, y exhortaba a K. con nuevo vigor.

¿Qué es lo que pretendía?, ¿darle valor?, o bien, ¿desesperarlo? K. no podía discernir entre lo uno y lo otro, pero pronto tuvo la certeza de que su defensa no estaba en buenas manos.

Pudiera ser que el abogado dijera la verdad, aunque hacía presumir que se empeñaba en atribuirse el primer papel y que nunca tuvo la oportunidad de defender un proceso de tanta importancia, según él, como el de K. Pero, esas relaciones que siempre sacaba a relucir, indudablemente tenían un cariz sospechoso. Al respecto cabía preguntarse si de verdad las utilizaba en favor de K. El abogado nunca dejaba de destacar que se trataba de funcionarios subalternos, es decir, dependientes, y su ascenso podía ser beneficioso, a veces, en la evolución del proceso. ¿No eran ellos, al fin y al cabo, los que se valían de abogado para obtener la evolución deseada, fatalmente perjudicial para él? Tal vez su proceder no era el mismo en todos los procesos, ya que lo contrario resultaba inverosímil. Indudablemente debía haber causas en las cuales brindaban alguna ayuda al abogado, a fin de premiar sus servicios, pues con seguridad a ellos les convenía sostener el buen prestigio del abogado; pero, si eso no se deslizaba así, entonces ¿cuál sería la intervención de ellos en el proceso de K., tan complicado, según decía el Maestro Huid, y que debía constituir un caso tan extraordinario que, indiscutiblemente, atrajo la atención de la

justicia desde sus principios? ¡Oh fatalidad!, ¡ya no había duda!; era bien sabido que el primer recurso aún no había sido despachado; sin embargo, el proceso se inició hacía ya dos meses y todo estaba igual que entonces, de acuerdo con lo dicho por el abogado. La táctica era evidentemente magnífica, si se quería aletargar al inculpado y mantenerlo en la inactividad, con objeto de sorprenderlo a la hora del veredicto o, al menos, ante el resultado del recurso cuando se enterase súbitamente que le fue desfavorable y que la causa pasó a un tribunal superior.

Así pues, resultaba del todo necesario que el propio K. interviniera; y era justamente cuando se sentía desfallecido por la fatiga, en aquella mañana de invierno en que todo le parecía indiferente, que este convencimiento se le hacía imperioso. Aquella repulsión de los comienzos ya se había mitigado; de hallarse solo en el mundo pudo haberse desistido del proceso, en el supuesto de que se lo hubieran entablado, lo cual no hubiese ocurrido. Mas, ahora, ya su tío lo había puesto en manos del abogado y entraban en juego consideraciones de índole familiar, por lo que su situación dejó de ser independiente con respecto a la evolución del proceso; inclusive, por ligereza había hablado de ello a sus propios amigos, vanagloriándose, inexplicadamente, del asunto, en tanto que otros se habían enterado, sin saberse por quién. En cuanto a sus relaciones con la señorita Bürstner, se encontraban, al parecer, en suspenso a la par que su litigio. En suma, ya no tenía la opción entre acceder al proceso o rechazarlo; se hallaba completamente metido en él y era necesario defenderse. Si se cansaba, pues, ¡pobre de él!

Por el momento, aún no había por qué inquietarse demasiado. En el Banco pudo llegar en un tiempo relativamente corto al puesto que ocupaba, gracias a su propio esfuerzo, y se sostenía en él rodeado de la estimación de todos. Así pues, no tenía más que consagrar a su proceso una parte de las facultades que le permitieron alcanzar tal posición; no podía haber ninguna duda de que todo saldría bien. No obstante, si quería llegar al final, era necesario expulsar *a priori* la idea de culpabilidad; no había delito. El proceso no era más que un gran negocio cuyos riesgos, como de costumbre, estaba a su cargo sortearlos. No debía, pues, retener en su mente la idea de una culpa; antes bien, aferrarse solamente a su propio interés. Por esta razón, lo mejor sería que retirara al abogado, cuanto antes, el derecho de representarlo. Se trataba, tal vez, de acuerdo con lo que ese hombre le había expuesto, de algo por completo inusitado y, posiblemente, muy ofensivo; pero K. no podía permitirse el tener que toparse con obstáculos provenientes de su propio defensor. Tan pronto como el abogado fuese excluido, había que expedir el recurso de inmediato e insistir firmemente, todos los días si era posible, para que fuera tomado en consideración. Claro está que no había de contentarse con permanecer como los demás, sentado en aquel corredor, con el sombrero debajo de la banca; por el contrario, había de apremiar constantemente a los empleados, hacerlos asediar por mujeres o por cualquiera que fuese y persuadirlos a sentarse a su mesa y examinar el recurso, en vez de recorrer la vista por el corredor a través de aquella especie de

enrejado de madera. No escatimar esfuerzos, establecer lo requerido y vigilar hasta el máximo. Era ya tiempo que la justicia se topara con un inculpado que supiera defenderse.

Aun cuando K. confiaba en sí para llevar a cabo ese programa, se cohibía ante la dificultad de redactar el primer recurso. Apenas una semana antes se sentía turbado al concebir la idea de que llegara un día a verse forzado a redactar, de su puño y letra, un documento; sin embargo, jamás imaginó que pudiese ser tan difícil. Recordaba una mañana en que, estando colmado de trabajo, dejó todo de pronto, tomó un lápiz y se dispuso a trazar en un cuaderno el borrador de un documento de esa especie dirigido a su indolente abogado. En aquel instante, se abrió la puerta y entró el subdirector riendo a carcajadas. Para K. aquella risa resultó muy penosa, aun cuando nada tenía que ver con el recurso, puesto que el subdirector lo ignoraba, sino a una ocurrencia que acababa de oír, relacionada con las finanzas. Para su mejor comprensión debía ser explicada con una gráfica, y fue por dibujarla que él se inclinó sobre la mesa, arrebató el lápiz a K. y utilizó el cuaderno destinado al memorial.

Ahora nada intimidaba a K. aquel documento debía quedar listo. Si no encontraba tiempo en la oficina, que era lo más probable, lo elaboraría por las noches en su casa. Si las noches no alcanzaban, solicitaría un permiso; lo principal era no emprender nada a medias, pues ese era el peor de los métodos, no sólo en los negocios, sino siempre y en todas las circunstancias. Ese recurso representaba un trabajo inagotable. De no ser una mente ágil, resultaba fácil imaginar que nunca se acabaría, y no por pereza o astucia, razones que sólo eran válidas en el caso del Maestro Huid, sino porque, sin saberse nada acerca de la naturaleza de la acusación y todas sus derivaciones, había que recordar la propia existencia hasta en sus más ínfimos pormenores, exponerla en todos sus dobleces y discutirla en todos sus aspectos. Y, ¡cuán triste trabajo, para colmo! Era bueno, tal vez, para ocupar la mente debilitada de un retirado y para ayudarlo a pasar los días interminables. Pero en esos momentos, en los que K. requería de toda su potencia cerebral para el trabajo, en los que cada hora transcurría con demasiada rapidez, pues él se hallaba en pleno auge y representaba un peligro para el subdirector; ahora que él quería disfrutar, en su condición de varón todavía joven, de sus cortos atardeceres y breves noches, era precisamente cuando tenía que dedicarse a la redacción de aquel documento. K. se consumía en lamentaciones. Por instinto, deseando acabar con sus angustias, oprimió el botón eléctrico correspondiente a la antesala y, al mismo tiempo, miró el reloj: eran las once. Durante dos horas, un tiempo excesivo, precioso, no hizo más que divagar, y se sentía, lógicamente, aun más extenuado que antes. De todos modos el tiempo no estuvo enteramente desperdiciado, puesto que le había permitido tomar resoluciones que podían serle de gran provecho. Junto con el correo, los ordenanzas le entregaron unas tarjetas de visita de dos señores que hacía ya mucho rato esperaban ser recibidos. Se trataba de dos clientes del Banco a quienes, por su importancia, nunca debió haberlos hecho esperar tanto tiempo. ¿Por qué tuvieron que venir,

precisamente, en momentos tan inoportunos? Del otro lado de la puerta, le parecía oírles preguntar, a su vez, por qué un hombre tan trabajador como K. desperdiciaba las mejores horas de labor ocupándose de asuntos privados. Agotado aún por sus preocupaciones anteriores y por las que habrían de llegar, se puso de pie para recibir a su primer visitante.

Era un industrial, varón de baja estatura, muy vivaracho, a quien K., conocía muy bien. Aquel expresó su pena por haber interrumpido a K. en su trabajo, tan valioso; y este se excusó de haber hecho esperar tanto rato a tan distinguido señor, pero lo dijo en un tono de indiferencia que bien pudo molestar al industrial, si no hubiera sido que estaba completamente absorto en su asunto. De todos sus bolsillos sacó cuentas y tablas; las puso, desplegadas, ante K., le dio explicaciones de varias cantidades, corrigió un pequeño error de cálculo que le saltó a la vista, no obstante la rapidez con que examinaba todo, y recordó a K. haber cerrado con él, el año anterior, un asunto parecido, mencionando de paso que en esta ocasión otro Banco estaba interesado en operar con él a toda costa. Finalmente, enmudeció, para escuchar la opinión de K., que, en un principio, había seguido la explicación del industrial, captando el alcance del negocio y concentrado en la idea; desdichadamente fue por poco rato, pues pronto dejó de escuchar y sólo movía la cabeza a cada exclamación del industrial, terminando por abstenerse de aquel gesto, limitándose a observar la calvicie de aquella cabeza que se inclinaba sobre los papeles y preguntándose a qué hora ese hombre comprendería que no hacía más que predicar en el desierto. Por eso, en cuanto aquel se hubo callado, K. pensó, realmente, que lo hizo para darle a entender que era incapaz de escuchar. Mas, por la expresión del industrial, advirtió con tristeza que estaba a la expectativa de cualquier respuesta y que era necesario, pues, continuar la conversación. Entonces bajó la cabeza, como si hubiera recibido una orden, y empezó a señalar con el lápiz conforme pasaba la vista sobre los papeles, desviándola una que otra vez para anotar cualquier cifra. El industrial suponía alguna impugnación: cierta inexactitud en los números, o que tal vez estos no eran convincentes... De todos modos, con una mano tapó los papeles y emprendió la exposición global del asunto, acercándose aún más a K.

—Es difícil —dijo K., poniendo mala cara.

Sin tener ya nada en dónde detenerse, debido a que los papeles estaban ahora cubiertos, se dejó caer, sobre el brazo del sillón, y sólo abrió los ojos con languidez al abrirse la puerta de la dirección, por donde apareció el subdirector, al que vio como a través de un velo. De momento, no pensó en nada que no fuera en el resultado inmediato de esa intromisión que venía en su auxilio, pues el industrial, habiéndose puesto de pie súbitamente, se apresuró a ir al encuentro del recién llegado, si bien K., temeroso de que el subdirector fuera a esfumarse, hubiese querido que el otro se movilizara diez veces más rápido. Su temor era infundado, pues al encontrarse los dos señores se estrecharon las manos y juntos avanzaron hacia el escritorio de K.

El industrial se quejó del poco interés que su asunto había merecido por parte del señor apoderado, y señaló a K., el cual volvió a sumergirse en los papeles al cruzar su mirada con la del subdirector. Mientras los dos señores se encontraban inclinados sobre el escritorio y el industrial se desvivía por demostrar al subdirector el interés de sus proposiciones, a K. le parecía que aquellos dos varones, cuya estatura se le figuraba extremadamente elevada, negociaban por encima de él su propio asunto. K. dirigió discretamente la mirada hacia arriba, para saber lo que allí ocurría, cogió uno de tantos papeles del escritorio, se lo puso en la palma de la mano, y lo tendió hacia aquellos señores, mientras se iba poniendo de pie muy despacio. Su proceder no respondía a ninguna necesidad; sólo obedecía a la impresión de que así necesitaría actuar cuando al fin hubiese terminado el extenso recurso que lo liberaría por completo. El subdirector, enteramente absorto en la conversación, lanzó una ligera mirada al papel, puesto que lo que para el apoderado era fundamental carecía de importancia para él; simplemente, tomó de la mano de K. el papel, le dijo: «gracias, ya me enteré», y dejó tranquilamente la hoja sobre la mesa. K., al recibir el desaire, lo miró de medio lado; mas el subdirector no lo advirtió o, si se dio cuenta, fue por ello aún más estimulado; soltó varias veces la risa, desorientó al industrial con una respuesta sutil, pero lo sacó en seguida de la duda, formulando para sí una nueva objeción. Finalmente, lo invitó a trasladarse a su despacho, con objeto de finiquitar el asunto.

—Es algo de suma importancia —dijo el industrial—; me doy perfectamente cuenta. El señor apoderado —añadió, hablando directamente al industrial— se sentirá en verdad feliz de que lo liberemos de esta operación, ya que se requiere reflexionar con la mente reposada, y hoy me parece muy agotado por el excesivo trabajo; además, hay algunas personas que lo esperan desde hace rato en la antesala.

K. tuvo apenas la entereza necesaria para apartar la vista del subdirector y sólo dirigir al industrial una sonrisa amable, pero helada. Con sus dos manos apoyadas sobre la mesa, como un dependiente detrás de su vitrina, miraba a los dos señores que recogían los papeles ante sus ojos y, sin dejar la conversación, desaparecían en la dirección. El industrial se volvió siquiera una vez, desde la puerta, para decir que se iba sin despedirse, ya que tenía el propósito de regresar para poner al corriente al señor apoderado acerca de los resultados de las negociaciones y, también, porque tenía que darle una pequeña noticia.

Al fin, K. se encontró nuevamente a solas; ni por un momento se le ocurrió hacer pasar a otros clientes, pero sí pensó en que la suerte le favorecía, pues quienes esperaban en la antesala estaban en la creencia de que aún discutía con el industrial, y nadie, ni el ordenanza, se atrevía a entrar. Avanzó hacia la ventana, se sentó en el reborde, sosteniéndose de la falleba, y contempló la plaza al exterior. Seguía cayendo la nieve; no se despejaba la atmósfera.

Así permaneció mucho rato, sin saber a ciencia cierta lo que le preocupaba; por momentos miraba, con cierto temor, hacia la puerta del vestíbulo, porque le parecía

oír un ruido; convencido de que nadie entraba, se tranquilizó, fue al tocador, se lavó con agua fría y regresó a sentarse en su ventana, con la mente más despejada. La determinación que había tomado de defenderse por sí solo le parecía, ahora, más difícil de lo que, en un principio calculó, que le costaría llevar a cabo. En tanto que el cuidado de su defensa estuvo a cargo del abogado, apenas se había sentido en el fondo un poco inquieto por el proceso; lo estuvo observando siempre desde lejos, como si no le tocara directamente; había dispuesto de tiempo para examinar a su antojo el curso del asunto o para desligarse de él. Ahora, si asumía aisladamente la función de defenderse, quedaba expuesto solo a los golpes de la justicia, al menos por el momento; el resultado sería, al final, la libertad definitiva. En la espera habría de hacer frente a muchos mayores peligros que los que surgieron hasta entonces. De quedarle alguna duda, acaecido en este día con el industrial y el subdirector le estaba demostrando ampliamente lo contrario. ¡Qué actitud la suya en la confusión en que se precipitó por el hecho de haberse decidido a tomar su propia defensa! ¿Qué ocurriría en lo sucesivo?, ¿cuál era el futuro en gestación?, ¿encontraría la buena senda que lo condujera, salvando los obstáculos, hasta un feliz término? Una defensa llevada con toda minuciosidad, porque de otro modo no tenía sentido, ¿acaso no le exigiría, forzosamente, renunciar a todo lo demás?, ¿lo lograría sin perjuicio? Y con el Banco, ¿qué haría? Si se tratara sólo del recurso, para eso quizá un permiso sería suficiente, aun cuando una petición de vacaciones pudiera significar un grave riesgo en estos momentos; se trataba de todo un proceso cuya duración no podía ser prevista. ¡Cuán grande era el obstáculo, de un solo golpe, en la carrera de K.! ¡No tenía más remedio que trabajar para el Banco!

K. miró hacia su escritorio. ¿Debía pedir que introdujeran a los clientes del Banco y tratar, ahora, con ellos? En tanto que el proceso seguía su curso y que allí arriba, en el granero, los funcionarios de la justicia quedaban pendientes de los archivos de este proceso, ¿debía él resolver los asuntos del día?, ¿no era eso algo semejante a un suplicio aprobado por el tribunal como complemento del proceso?, ¿y el Banco tomaría en cuenta al valorar su trabajo? ¡Jamás! Allí no era del todo ignorado su proceso; pero ¿de quién era conocido y en qué medida? El subdirector no sabía nada; de lo contrario, sería de ver cómo ya se hubiera valido de ello. No hubiese demostrado ningún sentimiento humano ni de solidaridad. Y ¿el director? Por supuesto que era favorable a K. De haber llegado a sus oídos, la noticia del proceso, ya hubiera buscado la manera de aligerar el trabajo de K. hasta donde le fuese posible, sin éxito probablemente, pues ahora que el equilibrio establecido hasta entonces por K. empezaba a debilitarse, aumentaba más y más la influencia del subdirector, el cuál explotaba en beneficio propio el deplorable estado de salud de su jefe. Ante esta situación, ¿qué podía esperar K.? Tal vez con tanto discurrir no hacía sino gastar su resistencia; sin embargo, prefería no engañarse y ver todo lo más claro posible.

Sin más motivo que el de retardar el momento de entregarse al trabajo, probó de abrir la ventana; estaba tan dura que tuvo que valerse de las dos manos. Una mezcla de niebla y humo invadió la estancia y la llenó de un ligero olor a quemado. Uno que otro copo de nieve penetró, también, llevado por el viento.

—¡Qué horrible otoño! —dijo detrás suyo el industrial, que, sin ser advertido, regresaba de la oficina del subdirector.

K. movió la cabeza en señal afirmativa y miró con intranquilidad la cartera del industrial, quien se apresuraba a sacar sus papeles para comunicarle el resultado de sus negociaciones con el subdirector. Pero el industrial, que había observado la mirada de K., en vez de abrir la cartera dio a esta un golpecito, y dijo:

—¿Quiere saber el resultado? Me lo he metido en el bolsillo, o casi; este subdirector suyo es un hombre muy agradable... pero ¡no es de fiar!

El industrial soltó la risa y estrechó la mano de K., en la creencia de que también él iba a reírse. K. estaba pasmado de que no quisiera, ahora, enseñarle los papeles; además no encontró nada de gracioso en la observación del industrial.

—Señor apoderado —dijo entonces aquel señor—. Sin duda le hace daño el mal tiempo; tiene usted aspecto de preocupado.

—Sí —respondió K., llevando sus manos a las sienes—: Dolores de cabeza, problemas familiares...

—Comprendo —dijo el industrial, que siempre se impacientaba y no era capaz de escuchar hasta el final—. Todo el mundo tiene una cruz que llevar auestas.

Instintivamente, K. había dado un paso hacia la puerta para acompañarlo, pero aquel añadió:

—Quisiera todavía decirle unas palabras, señor apoderado. Me apena mucho importunarle al referirme a eso precisamente hoy, pero ya he venido dos veces en estos últimos días, y cada vez lo he olvidado. Si ahora lo dejo para más tarde, quizá ya no tendría objeto y sería a lo mejor una lástima, ya que, después de todo, lo que quiero decirle puede tener cierto valor.

Antes de que K. tuviera tiempo de responder, ya el industrial se había acercado a él y, golpeándole ligeramente el pecho con el reverso del dedo, le preguntaba en voz baja:

—Usted tiene un proceso, ¿verdad?

K., retrocediendo, exclamó:

—¡Ha sido el subdirector quien se lo ha dicho!

—¡Nunca jamás! —aseguró el industrial— ¿cómo podría saberlo?

—Y, ¿usted? —preguntó K., con más dominio de sí.

—De por aquí y de por allá me llegan pequeñas noticias del tribunal —declaró el cliente—; precisamente es con respecto a eso que quería decirle unas palabras.

—Entonces, ¡todo el mundo está en contacto con la justicia! —dijo K., dejando caer la cabeza.

K. condujo al industrial hacia su escritorio. Ambos se sentaron como antes.

—Lo que puedo informarle —declaró el industrial— no es, quizá, de mucha importancia; pero en esta clase de asuntos no hay que descuidar nada. Además, deseaba brindarle mi ayuda, por modesta que sea. Siempre nos hemos llevado bien en las actividades financieras ¿no es así?, ¿entonces!...

K. hubiera querido disculparse de su actitud anterior, pero el industrial, poniéndose la cartera debajo el brazo, demostró que tenía prisa y paralizó con ello cualquier intervención.

—Me enteré de su proceso —continuó diciendo el industrial— por un tal Titorelli. Es un pintor; Titorelli no es más que su seudónimo, desconozco su verdadero nombre. Desde hace muchos años, una que otra vez va a mi despacho y me lleva cuadritos por los cuales, ¡es un mendicante!, le doy algo así como una dádiva. Son, eso sí, cuadros bonitos, llanuras silvestres, paisajes... en fin ¡usted sabe! Ya nos habíamos acostumbrado a esas operaciones, y se realizaban siempre de la mejor manera. Últimamente, ha estado yendo con demasiada frecuencia, y no pude menos que reprochárselo. Conversando, toqué el punto: tuve curiosidad por saber cómo podía vivir sólo de la pintura; entonces supe, con gran asombro, que vivía especialmente del retrato. Trabajaba, me dijo, para el tribunal. Le pregunté «¿para cuál?», y fue así que me enteré... Usted mejor que nadie puede figurarse hasta qué punto sus relatos me dejaron estupefacto. A partir de entonces, siempre me entero, a través de sus visitas, de alguna novedad con respecto a la justicia y, poco a poco voy, adquiriendo mucha experiencia en esas cuestiones. La verdad sea dicha, ese Titorelli es un charlatán, a menudo debo hacerle callar, no sólo porque no puede desmentir que sea un farsante, sino también y antes que nada porque un hombre de negocios como yo, abismado en sus propias aflicciones, no tiene tiempo de preocuparse por las historias de los demás. Pero ¡dejemos esto! Pensé que el tal Titorelli pudiera servirle; dado que conoce a muchos jueces y aun cuando no tenga posiblemente mucha influencia, puede indicarle la mejor manera de acercarse a ciertos magistrados. Y aunque tales consejos no fueran decisivos, podría usted sacarles gran partido, porque usted es casi un abogado, siempre lo he dicho: «el señor K. es casi un abogado». ¡Oh!, ¡a su proceso no le tengo ningún miedo! Pero ¿quiere usted visitar ahora a Titorelli? Con una recomendación mía hará seguramente cuanto le sea posible. Pienso, sinceramente, que usted debería ir. No es necesario que sea hoy; cuando usted lo quiera; en su oportunidad. Además, por el hecho de aconsejárselo no está obligado a ir con él. Si usted piensa que puede prescindir de él, puede dejarlo de lado. Podría ser que haya usted preparado un plan concreto y que con Titorelli corriera el riesgo de estorbarlo. Siendo así, no vaya a verlo, se lo ruego. Por otra parte, se necesita contenerse para ir a buscar los consejos de ese pájaro de cuenta. En fin, usted sabrá lo que más le convenga. Aquí van unas palabras de recomendación y las señas de ese buen hombre.

K. tomó la carta y la puso en un bolsillo. Se sentía contrariado, pues, en el mejor de los casos, la ventaja que podía sacar de aquella recomendación era relativamente

menor que el disgusto de saber que el industrial estaba enterado del proceso y el peligro que había si el pintor divulgaba el enredo. Apenas pudo, haciendo un esfuerzo, agradecer en breves palabras al cliente, el cual alcanzaba ya la puerta.

—Iré a verle —dijo, al fin, para despedirse— o, mejor, le pediré por escrito que acuda a la oficina, pues ahora estoy muy ocupado.

—Ya sabía yo —dijo el industrial— que usted daría con la mejor solución. En realidad pensé que usted hubiera preferido no hacer venir al Banco a personas como este Titorelli, evitando hablar con él acerca de su proceso. Tampoco es conveniente dejar cartas en poder de personajes de esa índole. Usted ha de haber reflexionado, sin duda, en todo esto, y sabrá lo que hace.

K. asintió con la cabeza y salió al vestíbulo para acompañar al industrial. Aunque tranquilo en apariencia, comenzaba a sentir miedo de su proceder. Había dicho que escribiría a Titorelli sólo para demostrar al acaudalado cliente que apreciaba su recomendación y que no quería tardar un instante siquiera en reflexionar en las posibilidades de ir al encuentro del pintor; pero, si hubiera juzgado útil su ayuda, le hubiese escrito de inmediato. Ahora bien, bastó la reflexión del industrial para hacerle prever los peligros que una carta podía acarrear. Así pues, bien poco podía confiar en su propio juicio. Si era capaz de invitar precisamente por carta a un individuo dudoso para que acudiera al Banco, y si planeaba hablar de su proceso con él a unos pasos del despacho del subdirector, ¿acaso no era posible, incluso, hasta muy probable, que bordeara otros peligros sin sospecharlo y hasta con la posibilidad de lanzarse sobre nuevos escollos imprevistos? No habría de tener siempre a alguien cerca suyo para prevenirle. Y era ahora, ¡precisamente ahora, cuando quería reunir todas sus energías para salir a la palestra, que le asaltaban, acerca de su propio cuidado, dudas que jamás hubo conocido! ¿Es que sólo faltaba que las dificultades con las que tropezaba en su trabajo profesional viniesen también a obstaculizar su proceso? No le cabía en la cabeza cómo pudo concebir la idea de invitar a Titorelli, mediante una carta, a presentarse en el Banco. Pensando en ello, meneaba aún la cabeza cuando el ordenanza se le acercó con objeto de hacerle ver a tres señores que estaban sentados en una banqueta de la antesala. Eran los que aguardaban desde hacía mucho tiempo ser recibidos en el despacho de K. Tan pronto como vieron que el ordenanza le hablaba, se habían puesto de pie, cada uno buscando la ocasión de ser el primero en introducirse. Ya que el Banco tenía tan pocas consideraciones, hasta el punto de hacerles perder el tiempo en esa sala de espera, ellos no querían observar la menor prudencia.

—Señor apoderado —empezó por decir uno de ellos.

Pero ya K. se había hecho traer su abrigo y, mientras se lo ponía con ayuda del ordenanza, dijo a los tres:

—Perdonen, señores, lo siento mucho, no tengo tiempo de recibirlos ahora. Pido a ustedes mil disculpas, pero tengo que arreglar unos asuntos de primordial urgencia y estoy obligado a salir de inmediato. Ustedes han visto cuánto tiempo me han tenido

ocupado. ¿Tendrían la gentileza de regresar mañana o cualquier otro día? A menos que prefieran que tratemos sus asuntos por teléfono. O, si ustedes lo desean, podrían quizás informarme de sus asuntos ahora, en pocas palabras, y por carta les daré las respuestas. Claro que lo mejor sería que ustedes regresaran en otra ocasión.

Aquellos señores, a quienes se les anunciaba, ahora, que su espera había sido en vano, quedaron tan atónitos ante las proposiciones de K. que, sin pronunciar palabras, se miraron unos a otros.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó K., volviéndose hacia el ordenanza que le alcanzaba su sombrero.

Por la puerta abierta del despacho se veía cómo la nieve caía cada vez con más intensidad. K. levantó el cuello de su abrigo y lo abrochó debajo de su barbilla. En aquel preciso instante salió el subdirector de la pieza contigua; sonriendo, miró a K., quien, con su abrigo de pieles puesto, hablaba aún con aquellos señores de la antesala, y preguntó;

—¿Se va usted, señor apoderado?

—Sí —respondió K., enderezándose; algunos asuntos me reclaman en la ciudad.

El subdirector, que se había ya vuelto hacia los señores, interrogó:

—¿Y estos caballeros?... Me parece que esperan desde hace mucho...

—Ya nos arreglamos —dijo K.

Sin embargo, ya no había manera de contener a los tres señores; rodearon a K. y declararon que no hubieran esperado tantas horas si sus asuntos no hubiesen sido urgentes y si no hubiesen pensado ser atendidos de inmediato, a fondo y en particular. El subdirector los escuchó un instante; luego observó a K., el cual permanecía allí, sombrero en mano, sacudiendo el supuesto polvo una y otra vez por diferentes partes, y dijo al fin:

—Señores, hay una solución muy sencilla: si ustedes quieren conformarse conmigo, con mucho gusto me encargaré de recibirlos en lugar del señor apoderado. Naturalmente, debemos arreglar esto en seguida. Somos gente de negocios, igual que ustedes, y sabemos lo que vale el tiempo. ¿Quieren pasar por aquí? —y abrió la puerta que conducía a la antesala de su oficina.

¡De qué modo el subdirector se las entendía para apropiarse de lo que K. estaba obligado a sacrificar! Pero K., ¿no sacrificaba más de lo que era absolutamente necesario? Durante el tiempo en que él se apresuraba a ir al encuentro de un pintor desconocido, para satisfacer las exigencias de una esperanza muy vaga e ínfima, como debía confesárselo, su reputación sufría un perjuicio irreparable. Sin duda le hubiese valido más despojarse de su abrigo de pieles y rescatar al menos a los dos clientes que, sin duda, esperaban aún en la estancia de al lado. K. lo habría intentado si no hubiese visto entonces en su despacho al subdirector, que buscaba algo en el archivo como si fuera el suyo. Cuando K., alterado, se aproximó a la puerta, el subdirector le dijo a voces:

—¡Oh! ¿Todavía está usted aquí? —y se volvió hacia K.; los rígidos pliegues de su rostro indicaban no el paso de los años, sino la energía.

El subdirector comenzó de nuevo a ojear.

—Busco —explicó— la copia de un contrato que debe encontrarse aquí, de acuerdo con lo que dice el representante de la firma. ¿Quiere darme una mano?

K. avanzó, pero el subdirector le dijo:

—Gracias, ya lo encontré. —Y se retiró a su oficina con un voluminoso paquete de escritos, que incluía el contrato.

«No soy capaz ahora —se decía K.—, pero, tan pronto como haya terminado con mis dificultades personales, será el primero en sentirlo, ¡y lo sentirá amargamente!».

Algo tranquilizado con aquella idea, encargó al ordenanza, que sostenía la puerta abierta desde hacía un buen rato, informar en su oportunidad al director que unos asuntos le habían hecho ir a la ciudad. Acto seguido, abandonó el Banco, casi feliz de poder entregarse por unos momentos a su asunto.

Tomó un auto y se trasladó inmediatamente al domicilio del pintor, ubicado en un suburbio del extremo opuesto al de las oficinas del tribunal. Era un lugar apartado, mucho más pobre que aquel de la justicia, con casas todavía más oscuras y calles llenas de un lodo que ennegrecía la nieve derretida. En el edificio donde vivía el pintor se encontraba sólo abierta una de las hojas de la puerta; de un agujero perforado en el muro K. vio, al acercarse, que brotaba de golpe un asqueroso líquido amarillo y humeante, que hizo huir a más de una rata. Al pie de la escalera había un chiquillo haraposo, echado boca abajo en el suelo, que lloraba, pero apenas se le oía en medio del estruendo procedente de un taller de hojalatería situado en la otra banda del corredor. La puerta del taller estaba abierta; tres obreros formaban un semicírculo alrededor de quién sabe qué pieza contra la cual asestaban golpes de martillo. Una gran lámina de hojalata colgada en la pared despedía una luz macilenta entre dos de aquellos obreros e iluminaba sus rostros y sus delantales de trabajo. K. no lanzó sino una mirada distraída sobre aquel cuadro; quería terminar cuanto antes, sondear al pintor en pocas palabras y regresar lo más pronto posible al Banco. Por pobre que fuera el resultado obtenido, este pequeño triunfo tendría la mayor influencia en su trabajo de la jornada.

Al llegar al tercer piso, falto de aliento, tuvo que moderar su paso; tanto la escalera como los pisos eran desmesuradamente altos, y el pintor vivía en una buhardilla. La atmósfera estaba viciada, ningún conducto de ventilación daba sobre el hueco de la escalera, limitada entre grandes paredes horadadas sólo de trecho en trecho, en su parte más alta, por tragaluces minúsculos. En el momento en que K. se detuvo, salieron de una puerta unas niñas a todo correr y, riendo, se lanzaron a subir la escalera; K. las siguió despacio, y atrapó a una de ellas que, habiendo tropezado, quedó rezagada, en tanto que las demás continuaban hacia arriba.

—¿Vive en esta casa un pintor Titorelli?

La niña, una chiquilla jorobada de apenas trece años, le dio un ligero codazo y lo miró de reojo. Ni los pocos años ni su defecto físico habían podido preservarla de la más completa corrupción. No sonrió siquiera, observó a K. con severidad, con una mirada fija y provocativa. K. se hizo el desentendido y le preguntó:

—¿Conoces al pintor Titorelli?

Ella afirmó con la cabeza, y preguntó a su vez:

—¿Para qué lo quiere?

K. pensó que lo más importante era informarse cuanto antes acerca de Titorelli.

—Quiero que pinte mi retrato —le dijo

—¿Su retrato? —preguntó, con la boca sumamente abierta y dando un ligero golpe en el brazo de K., como si él hubiera dicho algo en extremo sorprendente o disparatado; luego, con sus dos manos se levantó el vestido, que ya era muy corto, y corrió lo más aprisa que pudo tras las muchachitas, cuyo griterío se perdía ya en lo alto de la escalera.

A la siguiente vuelta K. las volvió a encontrar a todas. Sin duda, la jorobadita les había informado acerca de las intenciones de K., por lo que ellas lo aguardaban allí, a cada lado de la escalera, apretándose contra las paredes para facilitarle con más comodidad el paso, y se alisaban con la mano los pliegues de sus respectivos delantales. En sus rostros y sus posturas se dejaba ver una mezcla de ingenuidad y corrupción. Sin dejar de reír, se alinearon detrás de K. y, precedidas de la jorobadita, que asumió el mando, fueron detrás suyo. A la jorobadita le debió K. el haber encontrado el buen camino, de lo contrario hubiese escalado todo seguido; pero ella le indicó que había que torcer para llegar a la vivienda de Titorelli. La escalera que conducía hasta allí era aún más angosta, muy larga, toda derecha, visible en su integridad; se detuvo justo ante la puerta. Esa puerta, relativamente iluminada, pues recibía la luz del día desde arriba mediante una pequeña claraboya oblicua, estaba hecha de tablas de madera en blanco, con el nombre de Titorelli pintado de rojo a grandes pinceladas. No bien K. hubo subido la mitad de la escalera, seguido de su cortejo, cuando la puerta se entreabrió y pudo verse por la rendija a un hombre vestido sólo con un camisón, que curioseaba, atraído seguramente por el ruido de tantas pisadas.

—¡Oh! —exclamó al ver aquel tropel, y se retiró de inmediato.

La jorobadita aplaudió de gusto, y las demás chiquillas se apretujaron detrás de K. para forzarlo a ir más aprisa.

Antes de que estuvieran ellas arriba, el pintor abrió del todo la puerta e invitó a K., inclinándose profundamente, a que entrara. Con una seña rechazó a las niñas, sin permitir que ninguna entrase, no obstante sus ruegos y las tentativas que hicieron para pasar contra su voluntad. La jorobadita fue la única que logró introducirse en la pieza, escurriéndose por debajo del brazo que él tendía a través del hueco de la puerta. El pintor corrió en su persecución, la cogió por la falda, le hizo dar vueltas a su alrededor

y la puso afuera con las otras, que no se atrevieron a cruzar el umbral durante aquellos momentos.

K. no podía sino pensar que aquella escena se deslizaba del modo más amigable del mundo. Todas y cada una de las muchachitas se mantenían al pie de la puerta; tenían la barbilla levantada y dirigían al pintor bromas incomprensibles para K.; Titorelli se reía, mientras zarandeaba a la jorobadita. Al fin, el pintor cerró la puerta, hizo otra reverencia a K., y se presentó:

—Titorelli, artista pintor.

K. respondió, señalándole la puerta tras la cual cuchicheaban las niñas.

—Parece que se les recibe muy bien en esta casa...

—¡Ah, las bribonzuelas! —exclamó el pintor, procurando abrochar el cuello de su camión, sin conseguirlo.

Además, iba descalzo; no alcanzó a ponerse más que unos calzoncillos largos, de tela amarilla, sujetos en la cintura por un cordón cuyas puntas le flotaban alrededor de los tobillos.

—Estos pequeños monstruos se exceden —prosiguió, mientras se empeñaba en abrochar su camisa de noche, pero el botón había ya brincado.

El pintor fue en busca de una silla y la ofreció a K.

—Una vez —continuó el pintor— hice el retrato de una de ellas; no estaba hoy aquí. Desde entonces, todas están sobre mí. Cuando me encuentro en casa, sólo entran con mi permiso; pero cuando no estoy, siempre hay aquí por lo menos una. Se han mandado hacer una llave de mi puerta y se la prestan una a la otra. No tiene usted idea de tal trastorno. Por ejemplo, entro con una dama cuyo retrato debo ejecutar; abro la puerta con mi llave, y aquí está la jorobadita, cerca de la mesa, pintándose de rojo los labios con el pincel, mientras sus hermanos y hermanas, que tienen a su cargo la vigilancia, se desencadenan por toda la habitación y me hacen destrozos por todos los rincones. Asimismo, como ayer por la noche, llego a casa tarde (razón por la cual, aparte mi salud, está todo en desorden, ruego me disculpe), llego, como dije, tarde, trepo a mi cama y, cuando estoy entre las sábanas, siento un pellizco en las piernas; miro debajo de la cama, y saco a tirones a una de esas imprudentes. El por qué vienen aquí, a hostigarme en mi casa, no lo sé; usted ha podido observar que no hago nada para atraerlas. También en mi trabajo, naturalmente, me estorban. Si no fuera que pusieron gratuitamente a mi disposición este estudio, hace ya tiempo que me hubiera mudado.

Justo en ese momento, preguntaron detrás de la puerta, con voccecita aguda y temerosa:

—Titorelli, ¿podemos entrar?

—No —respondió el pintor.

—Y yo sola, ¿no puedo tampoco? —preguntó la misma voz.

—Tampoco —afirmó el pintor, acudiendo a cerrar con llave la puerta.

Entretanto, K. daba una mirada a la estancia; no se hubiera imaginado que se pudiese llamar estudio a ese miserable cuartucho. Resultaba difícil dar en él más de dos pasos a lo largo ni a lo ancho. Todo, paredes, techo y suelo, era de madera; finas estrías de luz corrían entre las tablas. Contra la pared, frente a K., estaba la cama, sobrecargada de cobertores, almohadas y edredones de diversos colores. En el centro de la pieza había un caballete y en él un cuadro, cubierto con una camisa cuyas mangas se balanceaban hasta el suelo. A espaldas de K. estaba la ventana, pero la niebla no permitía ver a más distancia que el techo de la casa vecina cubierto de nieve.

El chirrido de la llave en la cerradura recordó a K. su propósito de no quedarse demasiado rato. Sacó, pues, de su bolsillo la carta del industrial, la puso al alcance del pintor y le dijo:

—Por este señor a quien usted conoce, he sabido su dirección y es por consejo suyo que he venido a verle.

Con sólo una mirada leyó la carta, y la echó sobre la cama. De no haber asegurado el industrial tan firmemente que conocía a Titorelli y si no hubiera hablado de él como de un pobre hombre que recibía sus dádivas, se podría creer en verdad que Titorelli no conocía al industrial, o que, por lo menos, no se acordaba de él.

—¿Quiere usted comprar cuadros o que le haga un retrato?

K. miró al pintor con asombro. ¿Qué decía aquella carta? Naturalmente, K. había supuesto que el industrial informaba que el motivo de la visita era el proceso. Sin duda se había precipitado demasiado en venir, sin reflexionar en nada. Ahora no había más que dar alguna respuesta al artista y, dirigiendo la vista hacia el caballete, preguntó:

—¿Está pintando un cuadro?

—Sí —afirmó el pintor y tiró de la camisa que cubría el caballete haciéndole seguir la misma suerte que la carta—; es un retrato. Buen trabajo, pero aún no está terminado.

La casualidad era favorable a K., no se le podía brindar una mejor oportunidad para hablar de la justicia: el retrato era de un juez, Tenía un gran parecido al cuadro que K. había visto en el despacho del Maestro Huid. Se trataba aquí, claro está, de otro juez (era un hombre robusto, con abundante barba negra que le invadía las mejillas); además, aquel era, sin duda, un cuadro al óleo, mientras que este estaba realizado con ligeros tintes al pastel. Por lo demás, había una gran semejanza: aquí, también, parecía que el juez, con aire amenazador, estaba a punto de alzarse del trono de cuyo brazo se había ya asido para enderezarse. K. iba a exclamar «¡es un juez!», pero se contuvo por un momento y fue apromixándose al cuadro como para examinarlo en detalle. En el respaldo del sillón se destacaba un personaje alegórico, cuyo sentido no acertó a descifrar K.; lo preguntó al pintor; este respondió que aún no estaba terminado, y, con las puntas de lápiz que tomó de una mesita, recalcó al pastel la silueta, sin aclarar nada a los ojos de K.

—Es la justicia —dijo, al cabo.

—¡Oh, sí!, empiezo a reconocerla —respondió K. Ahí está la venda que le cubre los ojos y aquí la balanza. Se diría que tiene alas en los talones o que se dispone a correr, ¿no es así?

—Sí —afirmó el pintor—. Es por encargo que he debido realizarlo así; debe representar al mismo tiempo la Justicia y la Victoria.

—Resulta una alianza difícil —declaró K., esbozando una sonrisa—. La justicia no debe moverse, de lo contrario la balanza oscila y ya no puede pesar con exactitud.

—Lo hice como lo quiere el cliente —dijo el pintor.

—¡Claro! —exclamó K., que no tuvo la intención de herir a nadie—. Ha pintado usted la alegoría tal como está representada en el verdadero trono.

—No —rectificó el pintor—; nunca he visto la alegoría ni el trono; lo hice de improviso, tal como me lo han ordenado...

—¡Cómo! —exclamó K., fingiendo—. No obstante, ¿es un juez quien está sentado en este sillón! Y, ¿se ha hecho pintar, sin embargo, en una pose tan solemne? Está en el trono como un presidente de Corte.

—Sí, esos señores son bastante vanidosos —explicó el pintor—, y la autoridad superior autoriza a que se hagan representar así; a cada uno se le indica con precisión cómo tiene el derecho de hacerse representar. Desafortunadamente, la pintura al pastel no se presta al género; en el cuadro no se destacan, los detalles de la vestimenta ni las florituras del trono.

—Efectivamente —dijo K—; es raro que usted se haya decidido por la pintura al pastel.

—Es el juez quien lo ha querido así —dijo el pintor—. Está destinado a una dama.

La vista del cuadro parecía haberle inflamado el ánimo para el trabajo: se subió las mangas del camión, tomó algunos lápices y los retuvo en una mano. K. vio cómo se iba formando en derredor de la cabeza del juez, bajo las trémulas puntas de los pasteles, una sombra rojiza cuya aureola iba a esfumarse hacia el borde de la tela. Poco a poco ese juego de sombras acabó por rodear la cabeza de algo semejante a una corona o a un ornamento mobiliario. En contraste, por un débil matiz a poca distancia, todo quedaba claro alrededor de la figura alegórica, que adquiriría un relieve sorprendente, pero no tenía gran parecido con la diosa de la Justicia ni con la de la Victoria, antes bien le daba un extraordinario aire a la diosa de la Caza. A K. le interesó el trabajo del pintor más de lo que hubiera imaginado; sin embargo, se estaba reprochando haber permanecido allí tanto rato sin empezar aún nada con respecto a su asunto.

—Y, ¿cómo se llama este juez? —preguntó, de pronto.

—No me asiste el derecho a decirlo —respondió el pintor, inclinado sobre el cuadro, sin prestar la menor atención al visitante, pese a que lo había recibido con tantos miramientos.

K. tomó a capricho la actitud del pintor, y se molestó por el tiempo que perdía con él.

—Es usted, sin duda un hombre de confianza de la justicia, ¿no es así? —preguntó K.

Al instante, Titorelli dejó de lado sus lápices, se puso de pie y, frotándose las manos, miró a K. sonriente.

—Siempre hay que comenzar por la verdad —declaró—. Usted ha venido a verme para que le hable de la justicia, conforme se me dice en la nota, y empieza usted por ablandarme al comentar mis cuadros. No estoy resentido con usted, no podía saber lo que no marcha conmigo. ¡No!, ¡se lo ruego! —añadió, presintiendo que K. se preparaba a una objeción, para eludirla rotundamente, y continuó—: Aparte de todo, su reflexión es totalmente exacta: soy un hombre de confianza de la justicia.

El pintor guardó silencio como para dar tiempo a que su interlocutor asimilara el hecho. Nuevamente se oía a las chiquillas detrás de la puerta. Con seguridad se atropellaban para mirar por el ojo de la cerradura; tal vez también podrían ver el interior por las rendijas de la puerta. K. se abstuvo de dar disculpas, porque no deseaba desviar al pintor del tema de la conversación; pero tampoco podía permitirle que exagerara hasta el punto de que se volviera inaccesible para él. Así, optó por preguntarle simplemente:

—Su puesto, ¿está oficialmente reconocido?

—No —respondió el pintor, de un modo escueto, como si esta comprobación fuese a impedirle continuar.

—A menudo, esas situaciones oficiosas —afirmó K., dispuesto a no dejarle callar — tienen más influencia que las oficiales.

—Es lo que ocurre en mi caso —dijo el pintor, balanceando la cabeza y frunciendo el ceño—. Cuando ayer comenté de su causa con ese industrial, él me preguntó si yo podría ayudarlo a usted; le respondí: «le basta sólo con que pase por mi casa», y me complace mucho que haya venido usted tan pronto. El asunto parece interesarle bastante, lo cual, claro está, no me sorprende. Pero, antes que nada, ¿quiere usted quitarse el abrigo?

A pesar de que K. tuvo el propósito de no tardarse, la invitación del pintor le proporcionó gran alegría. La atmósfera se le había hecho ya pesada. Por varias veces se había fijado, con asombro, en la pequeña estufa de hierro instalada en una esquina de la pieza. Dicha estufa no estaba encendida; así pues, el calor del ambiente era inexplicable. Mientras se despojaba del abrigo de pieles e, incluso, se desabrochaba la chaqueta, el pintor se excusó diciendo:

—Necesito calor; aquí hay muy buena temperatura, ¿verdad? En este sentido la habitación está muy bien situada.

K. nada dijo; no era precisamente el calor lo que lo atosigaba, sino más bien la pesadez del aire lo que le entorpecía la respiración. La estancia no debió haber sido ventilada desde hacía mucho tiempo. Esa angustia se acentuó en K. a partir del

momento en que, accediendo el ruego del pintor, se sentó sobre la cama, para ocupar el artista la única silla, en la que se instaló ante el caballete. A Titorelli se le hacía incomprensible que K. permaneciera en el borde; le dijo que no se preocupara, que se sentase cómodamente y, al verlo indeciso, fue a hundirlo en las almohadas y los edredones. Luego regresó a su asiento y formuló, por primera vez, una pregunta positiva, que hizo olvidar a K. todo lo demás:

—¿Es usted inocente?

—Sí —respondió K.

Sentíase dichoso de responder a esta pregunta, tanto más por cuanto no se la hacían a título oficial y, por lo tanto, no implicaba ninguna responsabilidad. Nadie, hasta ahora, le había interrogado tan abiertamente. Y para saborear aún más su regocijo, repitió:

—Soy completamente inocente.

—¡Ah, ah! —acentuó el pintor, inclinando la cabeza con actitud de reflexión. Tras breves segundos, se puso de pie y comentó—: Si usted es inocente, el asunto es muy sencillo.

La mirada de K. se enturbió; aquel hombre que se decía confidente de la justicia, hablaba con la candidez de un niño.

—Mi inocencia —afirmó K.— no simplifica el asunto en nada —y, no pudiendo reprimir una sonrisa, la acompañó de un lento movimiento de cabeza—. ¡Hay tantas sutilezas en las que la justicia se pierde! Llega a descubrir un crimen allí donde nunca lo hubo.

—Claro, claro —dijo el pintor, como si K. le hubiera apartado inútilmente de sus pensamientos—. De todos modos: ¿usted es inocente?

—Sí —afirmó de nuevo K.

—Es lo esencial —asentó el pintor.

Las objeciones no ejercían en él ningún influjo; sin embargo, con todo y su tono decidido, no llegaba a saberse si lo decía por convicción o por simple indiferencia.

K., con el fin de dilucidar antes que nada ese punto, dijo:

—Ciertamente, usted es mejor conocedor de la justicia que yo; sólo sé lo que han querido decirme. Pero me he dado cuenta de que todo el mundo coincide en afirmar que ninguna acusación es formulada a la ligera y que, una vez cursada, el tribunal está totalmente convencido de la culpabilidad del acusado; asimismo, que difícilmente puede quebrantarse esa convicción.

—¿Dice usted «difícilmente»? —dijo el pintor en tono de pregunta y lanzó la mano al aire—. Diga usted que la justicia no permite nunca que le arrebaten esa convicción. Si yo pintara aquí, en un cuadro, a todos los jueces juntos, y usted se defendiese ante él, tendría mejor suerte que ante el verdadero tribunal.

—Sí —dijo K. para sí, olvidando que su intención había sido únicamente sondear al pintor.

Detrás de la puerta, una de las muchachitas comenzó a preguntar:

—¡Titorelli!, ¿no se marchará pronto?

—¡Cállense! —dijo el pintor, alzando la voz en dirección a la puerta. ¿No comprenden que estoy conversando con este señor?

—¿Vas a pintar su retrato? —volvió a preguntar, sin darse por satisfecha.

Al no responder el pintor, tornó a hablar:

—¡No vayas a pintarlo! Es un hombre feo.

En seguida brotó en la escalera un incomprensible vocerío de exclamaciones aprobatorias. De un salto el pintor llegó a la puerta y la entreabrió. Alcanzó a ver las manos tendidas de muchas chiquillas en actitud de súplica. El pintor les dijo:

—Si no se quedan tranquilas, las arrojaré a todas por la escalera. Siéntense ahí, en los escalones, y no se muevan.

Evidentemente, no obedecieron de inmediato, pues él se vio aún forzado a ordenar:

—¡Vamos! ¡Allí, siéntense!

Sólo entonces volvió la calma.

—Tenga a bien disculparme —dijo el pintor, al volver al lado de K.

Este casi no se había vuelto hacia la puerta; había dejado en completa libertad al artista, para hacerse cargo o no de su propia defensa, así como, en caso afirmativo, de elegir los medios que quisiera. También se quedó impasible cuando Titorelli se inclinó hacia él para hablarle al oído, a fin de que desde afuera no pudiesen enterarse.

—Estas muchachas también pertenecen a la justicia.

—¿Cómo? —preguntó K., volviéndose hacia el pintor y mirándole asombrado.

Titorelli ocupó su asiento y, en cierto modo bromeando, explicó:

—No hay nada que no dependa de la justicia.

—Es la primera noticia —dijo K. secamente.

El tono general que el pintor dio a su reflexión borraba el carácter alarmante de su advertencia en relación a las niñas. Pese a todo, K. no pudo menos que mirar por un momento detrás de la puerta, cerciorándose de que las muchachitas se mantenían tranquilamente sentadas. Sólo una entre todas había deslizado una pajita por una rendija de la puerta, haciéndola subir y bajar pausadamente.

—No da usted la impresión de conocer aún lo bastante la justicia —dijo el pintor, que había separado en exceso las piernas y daba golpecitos en el suelo con la punta del pie—. Pero no tendrá necesidad, puesto que es usted inocente: puede usted manejarse solo.

—¿Cómo lo haría usted? —preguntó K.—. ¿No me decía, hace un momento, que la justicia no admite ninguna clase de prueba?

—Ante el tribunal, no; pero... —afirmó el pintor, moviendo el índice en el aire, como para hacerle notar que existía una sutil diferencia— es algo distinto con las pruebas que se producen oficiosamente en la sala de deliberaciones, en los corredores o en este taller.

Cuanto expresaba ahora le parecía más verosímil a K.; era muy semejante a lo que había oído decir a los demás. Era hasta más esperanzador. Si en verdad resultaba tan sencillo como el Maestro Huid lo había afirmado a K., con respecto a hacer que amigos del juez ejercieran en él su influjo, las relaciones del pintor con los magistrados podían ser muy importantes. ¡No había que desperdiciarlas! Titorelli podría llegar a ocupar un buen lugar entre quienes K. iba reuniendo a su alrededor, poco a poco, en calidad de auxiliares. ¿Acaso en el Banco no se elogiaban las dotes del señor apoderado como organizador? Era el momento de demostrarlo. El pintor observaba el efecto que había producido su explicación; luego, con cierta impaciencia, preguntó:

—¿No está usted asombrado de que hablo casi como un jurista? Es el resultado de mi trato asiduo con esos señores de la justicia. Eso me reporta, naturalmente, grandes beneficios, pero la inspiración artística se resiente mucho.

—¿Cómo fue que usted entabló relaciones con los jueces? —preguntó K., queriendo captarse la confianza de Titorelli antes de hacerla suya definitivamente.

—Del modo más sencillo —respondió el pintor—: Heredé esas relaciones. Ya mi padre fue pintor del tribunal. Es una situación que siempre se obtiene por herencia. No hay más que entrenar en este oficio a los recién venidos. De acuerdo con los grados de los funcionarios, uno se encuentra, de hecho, frente a prescripciones tan distintas, tan variadas y, en especial, tan secretas que nadie las conoce, salvo determinadas familias. Yo guardo en aquel cajón, que usted puede ver allí abajo, normas usadas por mi padre, las cuales no enseñé a nadie. Así pues, hay que dominarlas a fondo para estar autorizado a realizar el retrato de los jueces. Aun cuando yo las perdiera, conozco de memoria tantos secretos que nadie podría arrebatarme el puesto. Cada juez, usted comprende, quiere ser plasmado como los grandes jueces de otros tiempos, y no hay excepto yo, quién sepa hacerlo.

—Eso es aun más envidiable. Así, su posición es firme —dijo K., el cual pensaba en su propia posición en el Banco.

—Sí, firme —aseguró el pintor, poniéndose derecho, ensoberbecido—, y también me permite ayudar de tiempo en tiempo a uno que otro pobre diablo inculpaado.

—Y, ¿cómo lo hace? —preguntó K., pasando por alto el trato de pobre diablo que el pintor acababa de darle.

Titorelli, por su parte, no dejó que la conversación se desviara, y declaró:

—En el caso de usted, siendo inocente por completo, veamos lo que voy a emprender...

K. consideraba ya impertinente que se le hablara una y otra vez de su inocencia. En ocasiones, se le figuraba que el pintor hacía de su exoneración el requisito de una ayuda que por lo mismo se volvía inútil. Sin embargo, K. se contuvo y no le interrumpió. En modo alguno quería renunciar a esa ayuda: así lo había decidido. No le parecía problemática como la del abogado; inclusive, la prefería con gran diferencia a la de este, pues le era ofrecida con más ingenuidad y mayor franqueza.

El pintor había acercado su silla a la cama y continuaba, ahora en voz muy baja:

—He olvidado preguntarle qué clase de absolución prefiere. Existen tres posibilidades: la absolución real, la absolución aparente y el plazo ilimitado. La absolución real es, naturalmente, la mejor, pero no tengo la mínima influencia en lo que concierne a esta absolución. A mi juicio, no existe quién pueda hacer tomar el acuerdo de una absolución real. En este sentido, sólo la inocencia del acusado puede suscitarla. Siendo usted inocente le sería posible, de hecho, confiarse solo a su inocencia. En este caso, no le hace falta mi ayuda ni la de nadie.

En principio, K. quedó atolondrado por aquella esmerada exposición; mas, recobrando su propio dominio, respondió en voz igualmente baja, tal como él le había hablado:

—Creo que usted se contradice.

—¿En qué? —preguntó el pintor, con toda calma, prodigándole una sonrisa.

Esa sonrisa despertó en K. la sensación de que no se trataba de descubrir contradicciones en lo que había dicho el pintor, sino en los procedimientos de la propia justicia. Por lo tanto, no retrocedió, y dijo:

—Usted acaba de hacer hincapié en que la justicia no admite pruebas; luego, usted ha restringido el alcance de sus palabras, diciendo que no se trataba sino de la justicia oficial; ahora asegura, incluso, que el inocente puede prescindir de ayuda. He aquí la primera contradicción. Más aún: usted me había declarado que se podía influir personalmente en los jueces, en tanto que, ahora, niega que la absolución real, como usted la llama pueda lograrse mediante las relaciones. Esta es su segunda contradicción.

—Las dos son fáciles de explicar —respondió el pintor—. Se trata de dos conceptos diferentes: por un lado, lo que dice la ley; por otro, mis experiencias personales. Tenga mucho cuidado de no confundirlos. Por lo que respecta a la ley, si bien no la he leído, se habla en ella, naturalmente, de que el inocente es absuelto, pero eso no indica que se pueda influir en los jueces. Ahora bien, pude comprobar todo lo contrario; nunca ha llegado a mis oídos la noticia de ninguna absolución real; pero, en cambio, he visto intervenir muchas influencias. Es posible, naturalmente, que en ninguno de los casos por mí conocidos haya estado de por medio algún inocente, pero ¿acaso no le parece inverosímil? En tantos casos, ¿ni tan sólo uno inocente? Era yo todavía un niño, cuando en casa ya oía a mi padre hablar de procesos; los jueces que acudían al taller propagaban las noticias de la justicia; aparte de eso, no se hablaba de nada más en nuestro medio. En cuanto a mí, desde que tuve la oportunidad de introducirme en el tribunal supe aprovecharme de él; he presenciado todas las sesiones importantes; he seguido de cerca, tanto como se puede, un número infinito de procesos y nunca, debo confesarlo, nunca he visto una absolución real.

—De manera que ¿ni tan sólo una absolución real! —exclamó K., dándose una respuesta a sus esperanzas—. Eso confirma la opinión que ya tenía de la justicia. Por

este lado tampoco existe ninguna probabilidad. Un solo verdugo podría reemplazar a todo el tribunal.

—No hay que generalizar —dijo el pintor, mostrándose descontento—. Únicamente he hablado de mi experiencia personal.

—Y, pues, ¿no es suficiente? —dijo K.—. ¿Acaso habrá usted oído hablar acerca de absoluciones reales que se hubieran pronunciado en otro tiempo?

—Se dice que sí las hubo —comentó el pintor—; pero es difícil saberlo: las sentencias del tribunal no se publican nunca. Los propios jueces no tienen derecho a examinarlas. Por eso no se han conservado más que leyendas sobre la justicia de lo pasado. Ellas hablan de verdaderas absoluciones y hasta en la mayoría de los casos, y nada nos impide creerlo, pero también nada nos puede probar su autenticidad. Sin embargo, no hay que desecharlas del todo, ciertamente deben contener algo de verdad y, por otra parte, son muy bellas; me he valido de muchas para temas de mis propios cuadros.

—Unas simples leyendas no cambian en nada mi opinión —dijo K.—. Ante el tribunal uno no puede apoyarse en esas leyendas, ¿verdad?

—Es cierto: no se puede —contestó el pintor.

—Entonces, está de más hablar de ellas —declaró K.

De manera provisional, K. admitía todas las opiniones del pintor, hasta cuando le parecían inverosímiles y que se contradecían entre ellas; por el momento, no había tiempo de inquirir ni rechazar lo que le decían. Daría por logrado lo máximo si llegaba a convencer al pintor de que lo ayudase en alguna forma, aun cuando con la intervención quedara dudoso el triunfo. Por eso dijo:

—Dejemos, pues de lado la absolución real. Usted mencionó dos soluciones más.

—Sí, la absolución aparente y el plazo ilimitado. Son las dos que resta discutir —dijo el pintor—. Pero, antes de abordar este tema, ¿no quiere quitarse la chaqueta?

—Es verdad —dijo K., sintiendo que sudaba copiosamente en cuanto se le recordó el calor—. Es casi insoportable.

El pintor afirmó con la cabeza, como si comprendiera muy bien el malestar de K.

—¿No podríamos abrir la ventana? —preguntó K.

—No —contestó el pintor—, sólo es un cristal encajado en el marco; no se le puede separar.

K. se percató, entonces, de que había estado esperando desde los comienzos que el pintor fuera a dejar el asiento para ir hacia la supuesta ventana y que la abriera de golpe; o quizá pensó que era necesario que él lo hiciese. Estaba dispuesto a respirar a pleno pulmón la peor de las neblinas. La sensación de encontrarse allí, completamente privado de aire, le ocasionaba mareo. Con una mano golpeó el edredón que se encontraba junto a él y, con voz débil, dijo:

—Pero ¡es desagradable!, ¡dañino!

—¡Oh, no! —replicó el pintor, en defensa de su ventana—. Así sea un simple cristal, como nunca se puede abrir, el calor se conserva mucho más que con una doble

ventana. Y si quiero ventilar la habitación, lo que no es del todo necesario, pues el aire pasa por todas las rendijas, no tengo más que abrir una de las puertas o hasta las dos.

K., algo esperanzado por esta explicación, paseó la mirada alrededor suyo para descubrir la segunda puerta. El pintor lo advirtió, y dijo:

—Está detrás de usted; me vi forzado a poner la cama de través.

Fue entonces cuando K. vio la puertecilla.

—Sí, aquí todo es demasiado pequeño —continuó diciendo el pintor, adelantándose a cualquier crítica por parte de K.—. Debí arreglármelas lo mejor posible. Claro que la cama está muy mal colocada delante de la puerta. Cada vez que viene el juez, cuyo retrato estoy haciendo, se topa con esa puerta. Le he dado la llave para que pueda esperarme aquí mientras no estoy; pero suele venir, por lo regular, muy temprano, cuando aún estoy dormido y, naturalmente, me arranca siempre de mi sueño al abrir la puerta justo a mi cabecera. Perdería usted el respeto o algo semejante por los jueces, si oyera las imprecaciones con las que lo recibo en cuanto, por la mañana, pasa por encima de mi cama. Podría pedirle la llave, pero la situación sería peor: de un simple golpe con el codo se puede arrancar de sus goznes cualquiera de las puertas que hay aquí.

Desde que el pintor inició su discurso, K. se preguntaba si debía despojarse de su chaqueta; llegó a la conclusión de que no resistiría por mucho tiempo si no lo hacía en seguida. Se la quitó, pues; pero, eso sí, la conservó sobre su rodilla, para poder ponérsela tan pronto como se agotara la conversación. Apenas quedó en mangas de camisa, cuando una de las chiquillas dijo a voces:

—¡Ya se quitó la chaqueta!

Al punto se oyó cómo todas se apiñaban contra las rendijas para presenciar cada una el espectáculo.

—Las niñas creen —trató de explicar— que voy a pintar un retrato de usted y que por eso se desviste.

—¡Ah, vaya! —dijo K., sin mostrar mucho humor, pues no se sentía del todo bien a pesar de haberse aligerado la vestimenta; y, habiendo olvidado los términos que usaba el pintor, preguntó en un tono de disgusto—: ¿Cómo llamaba usted a las otras dos soluciones?

—La absolución aparente y el aplazamiento o prórroga ilimitada —respondió Titorelli—. A usted le toca escoger. Puedo ayudarlo en las dos, con mucha dificultad, naturalmente: la única diferencia es que para la absolución aparente se requiere un esfuerzo enérgico y transitorio, y para la prórroga ilimitada un pequeño esfuerzo constante. Hablemos, primero, si usted lo desea, de la absolución aparente. Yo escribo en un papel una atestación de inocencia. La fórmula de esta declaración me la transmitió mi padre; ella es por entero intocable. Tan pronto como esté escrita la atestación, habré de visitar a los jueces que conozco. Esta misma tarde puedo comenzar por darla a conocer al juez cuyo retrato estoy haciendo, y que debe venir a

posar. Y, ¡ya está!, le presento mi papel, le explico que usted es inocente y me ofrezco, voluntariamente, en calidad de caución de esa inocencia. No es un simple compromiso de forma, sino una verdadera caución de algo que me compromete.

En la mirada del pintor se traslucía algo así como una especie de reproche por el hecho de que K. lo colocara en su lugar, cargándole el peso de semejante fianza.

—Sería enteramente amable... —dijo K.— pero ¿le creería el juez?, y su absolución para mí ¿sería real?

—Es aquello que yo le decía. Por otra parte, no es del todo seguro que todos me crean enteramente. Es posible que muchos jueces me pidan que, primero, lo presente a usted, personalmente, a ellos. Será necesario, entonces, que usted vaya conmigo. En este caso, hablando sinceramente, la mitad de la causa está ganada, sobre todo, si yo lo pongo sobre aviso acerca de la manera como debe usted comportarse con ellos. Ahora bien: con aquellos que me eliminen por principio, no será tan fácil; y el caso habrá de presentarse. Si bien estoy decidido a intentar todo, habremos de renunciar a ellos. Sin embargo, no será demasiado grave, pues algunos jueces no son suficientes para decidir en semejante cuestión. Una vez haya reunido el número conveniente de firmas en mi atestación, iré al encuentro del propio juez que instruye el proceso. Es posible que tenga ya su firma en mi papel; entonces, todo se desarrollará con más rapidez. Pero, en general, al llegar a esta fase de operaciones, uno ya no encuentra más impedimentos; es el periodo en que el inculcado abraza las mayores esperanzas, porque, y es curioso comprobar que se trata de un hecho irrefutable, la gente se siente mucho más segura en ese momento que después de la absolución. Ya no hay casi nada por hacer cuando se ha llegado ahí. El juez tiene, con la atestación, la garantía de cierto número de jueces; puede absolver a usted sin temer, y es lo que hará, seguramente, por darme gusto y, obligatoriamente, a algunos amigos más, después de haber cumplimentado ciertas formalidades. Por lo que a usted respecta se despide del tribunal y queda en libertad.

—Y, entonces, ¿quedo libre? —preguntó K., con cierta indecisión.

—Sí —respondió el pintor—, pero sólo en apariencia o, mejor dicho, de manera provisional. De hecho, los jueces subalternos, tales como aquellos que tengo por amigos, no tienen derecho de pronunciar la absolución definitiva. El único que tiene ese derecho es el Tribunal Superior, con el cual no podemos tomar contacto ni usted, ni yo, ni nadie. De lo que allí ocurra, nosotros no sabremos nada; por otra parte, dicho sea entre paréntesis, no queremos saberlo. Aquellos jueces a quienes tratamos de introducir en nuestro juego no tienen ningún derecho de dejar limpio de acusación al inculcado; lo tienen, únicamente, para liberarlo. Dicho en otras palabras, esta clase de absolución lo substraer provisionalmente de la acusación, pero ello no implica que permanezca colgada sobre usted, con todas las consecuencias que ello pueda acarrear si llega a intervenir una orden superior. Debido a las relaciones que mantengo con la justicia, puedo explicar a usted la diferencia que prácticamente existe entre una y otra absolución. Para la real, todos los justificantes del proceso deben ser extinguidos;

desaparecen íntegramente; todo queda destruido, no sólo la acusación, sino también los documentos del proceso y hasta el cuerpo de la absolución. Nada perdura. En el caso de la absolución aparente ocurre de distinta manera. El acta que la establece no implica en el proceso ninguna otra modificación que la de enriquecer los expedientes con el certificado de inocencia, el cuerpo de la absolución y sus considerandos. En todos los demás aspectos, el proceso sigue su curso. Se procede a conducirlo a instancias superiores y a llevarlo a los secretariados inferiores, tal como lo exige el trámite de los documentos a través de las oficinas; es así que no deja de pasar por toda índole de vicisitudes, con sus altibajos más o menos importantes e interrupciones de mucha o poca duración. Resulta imposible saber el curso que tomará. Vista la situación desde afuera, uno puede, en ocasiones, imaginarse que todo fue olvidado mucho tiempo atrás, que los documentos se extraviaron y que la absolución es total. Sin embargo, los iniciados saben muy bien que no. Ningún papel puede extraviarse; la justicia nunca olvida. Un día cualquiera, cuando nadie se lo espera, uno de tantos jueces revisa el acta de acusación, se da cuenta que no deja de estar vigente, y ordena de inmediato la detención. He dado por hecho que entre la absolución y el nuevo arresto haya transcurrido cierto tiempo, lo cual es factible, y puedo citar casos; pero es muy probable que la persona absuelta, al regresar del tribunal, encuentre que lo aguardan frente a su casa para detenerlo por segunda vez. Entonces, naturalmente, adiós libertad.

—Y, entonces, ¿se inicia de nuevo el proceso? —preguntó K., poniéndolo en duda.

—Por supuesto —respondió el pintor—. Se reanuda el proceso; pero, siempre hay la posibilidad de promover una nueva absolución aparente. Es necesario, entonces, concentrar una vez más todas las fuerzas y nunca rendirse.

Posiblemente el pintor agregó estas últimas palabras debido a que K. empezaba a traslucir cierto desaliento.

—Pero, la segunda absolución ¿no es más difícil de obtener que la primera? —preguntó K. como anticipándose a posibles revelaciones del pintor.

—No se puede precisar nada al respecto —respondió el artista—. ¿Cree usted que el segundo arresto pueda influir con los jueces en favor del inculpado? No hay nada de eso. En el momento de la absolución, los jueces habían ya previsto el segundo arresto; de ahí que no es concebible que pudiese influir en nada. Pero si es fácil que el humor se hubiese transformado y que un sinfín de otros motivos pudieran influir modificando las opiniones acerca del caso. Así pues, hay que adaptarse a las nuevas circunstancias para perseguir la segunda absolución, la cual requiere, por lo regular, tanto trabajo como la primera.

—Y, pese a todo, ¿tampoco es definitiva? —dijo K. en una pregunta cuyo tono y movimiento de cabeza daban la consabida respuesta.

—Naturalmente —dijo el pintor—, y tras la segunda viene el tercer arresto, como el cuarto, después de la tercera, y así sucesivamente. Es lo que corresponde a la

naturaleza de la absolución aparente.

K. guardó silencio.

—Diríase que no encuentra ventajosa la absolución aparente. Tal vez prefiera usted la prórroga ilimitada. ¿Debo explicarle el sentido del también llamado aplazamiento ilimitado? —dijo el pintor.

—Sí —asintió K.

El pintor se había respaldado cómodamente en su asiento, con la camisa desabrochada en el pecho, y una mano por debajo de ella acariciándose el costado.

—La prórroga ilimitada... —dijo, enmudeciendo un instante, mientras miraba ante él, como si tratase de encontrar una explicación perfectamente adecuada— mantiene el proceso, de un modo indefinido, en su primera fase. Para alcanzarla es preciso que el inculpado y la persona que lo auxilia, sobre todo dicho auxiliar, estén siempre en contacto con la justicia. Insisto en que ello no significa tanto gasto de energías como para el logro de la absolución aparente; sin embargo, es necesaria una atención mucho mayor. No debe perderse de vista el proceso: a intervalos regulares hay que ir al encuentro del juez interesado, así como en las ocasiones especiales, procurando de todos modos conservar sus favores. De no conocer personalmente a ese juez, hay que instar sobre él mediante jueces que lo conozcan, sin renunciar por eso a tratar con él de un modo directo. Si todo se hace cuidadosamente, podemos decir con certidumbre que el proceso no pasará de su primera fase. Es indudable que no termina, pero el acusado puede estar casi seguro de no ser condenado, como si estuviera en libertad. La prórroga indefinida ofrece, frente a la absolución aparente, la ventaja de asegurar al inculpado un futuro menos inseguro; lo pone a salvo de una súbita y terrorífica detención; no tiene que verse en la penosa necesidad de lanzarse tras la búsqueda de la absolución, cuando las circunstancias le ofrecen menos posibilidades. Infaliblemente, la prórroga ilimitada trae consigo muchas amargas, y es preciso pensar en ello. Me refiero expresamente al hecho de que el inculpado nunca se encuentra libre, como tampoco lo estaría, en el sentido estricto de la palabra, con la absolución aparente. Se trata de otra desventaja. El proceso, naturalmente, no puede detenerse sin que haya al menos una apariencia de causa. Asimismo, es necesario que ella se persiga teóricamente, que de vez en cuando se tomen ciertas disposiciones: organizar interrogatorios, ordenar pesquisas, etc. En una palabra, que el proceso gire de continuo en el pequeño círculo dentro del cual se halla artificialmente limitada su acción. Claro está que todo eso ocasiona al inculpado muchos sinsabores, acerca de los cuales no hay que exagerar tampoco. En realidad, todo queda en apariencia; los interrogatorios, por ejemplo, son muy breves; algunas veces, si no se dispone de tiempo o no se tiene deseo de acudir, uno puede excusarse; asimismo, se puede convenir con ciertos jueces la distribución del tiempo por todo un periodo en adelante; en el fondo sólo se trata de presentarse una que otra vez ante el magistrado para cumplir con el deber de un inculpado.

Antes de que el pintor hubiese concluido de hablar, ya K. se había puesto de pie y, con la chaqueta bajo el brazo, se disponía a irse.

—¡Ya está de pie! —vociferaron detrás de la puerta.

—¿Quiere ya partir? —preguntó el pintor, dejando también su asiento—. Seguramente es la atmósfera la que lo ahuyenta de aquí; es muy enojoso. Aún faltaría mucho por decir. Tuve que hablar demasiado concisamente; espero haberme hecho comprender.

—¡Oh, sí! —exclamó K. a quien le dolía la cabeza debido al esfuerzo por concentrarse.

No obstante tal afirmación, y con el propósito de confortar el ánimo de K., el pintor dijo una vez más, resumiendo: ambos métodos tienen esto en común: impiden la condena del inculpado.

—Pero también impiden su absolución real —dijo K., en voz baja, como si se avergonzara de haberlo comprendido.

—Ha captado usted la palabra —dijo el pintor apresuradamente.

K. alargó el brazo y puso la mano sobre su abrigo, mas no se resolvió a ponerse la chaqueta. De haberse dejado llevar de su impulso, habría cogido todo y se hubiese ido a la calle en mangas de camisa; las propias chiquillas no lograron que se decidiera a ponerse todo, pese a que se anticipaban, diciéndose unas a otras que ya se estaba vistiendo. El pintor, teniendo empeño en interpretar la actitud de K., dijo:

—Usted no se ha decidido todavía por ninguna de mis proposiciones. Se lo apruebo. Mi propio consejo hubiese sido que no se decidiera de inmediato. Entre las ventajas y los inconvenientes hay equivalencia. Es necesario pesar todo minuciosamente. Pero, por otra parte, no debe perderse demasiado tiempo.

—Volveré pronto —dijo K., el cual, presa de una súbita decisión, se deslizó su chaqueta, se puso el abrigo en los hombros y, con apresuramiento, se dirigió hacia la puerta, del otro lado de la cual las niñas comenzaron a dar de gritos, en tanto que él se imaginaba que las veía a través de la madera.

—Sosténgame su palabra —dijo el pintor, sin acompañarle—. De lo contrario, seré yo quien vaya al Banco para interrogarle.

—¡Ábrame, pues! —dijo K., tirando de la manija que, sin duda, debía estar retenida por las chiquillas desde el lado opuesto, pues la puerta se resistía fuertemente.

—¿Quiere usted —le preguntó Titorelli— que las niñas vayan molestándolo por toda la escalera? Pase mejor por allí —y le señaló la puerta que se encontraba detrás de la cama.

No aspirando K. a nada mejor, regresó hacia la cama. Pero el pintor, en vez de abrir, se metió debajo de aquella, y preguntó desde el fondo donde se hallaba tendido:

—¡Un momento!: ¿No quisiera ver una tela de las que puedo venderle?

K. no quiso ser descortés, puesto que el artista se había interesado en él y hasta se había ofrecido a seguir prestándole su ayuda, sin que se hubiera hablado todavía de

algo así como de una compensación, por un olvido del propio K.

En realidad, K. no podía eludir la oferta: aunque trémulo de impaciencia, se dejó mostrar el cuadro. El pintor sacó de debajo de la cama un montón de telas, todavía sin enmarcar, cubiertas de tanto polvo que, en cuanto sopló sobre la primera, K. se vio envuelto por largo rato en una nube, con la respiración cortada.

—Es una llanura silvestre —dijo a K., poniendo la tela a su alcance.

La pintura representaba dos macilentos árboles que se erguían entre una hierba sombría, a gran distancia uno del otro. Al fondo, el sol se ocultaba en medio de una gran profusión de colores.

—¡Bien! —dijo K.—. Le compro este.

Lo dijo en tono demasiado cortante; por eso le dio gusto cuando vio que el pintor, lejos de molestarse, le ofrecía un segundo cuadro:

—Aquí está —dijo— la pareja del primero.

Posiblemente estaba bien concebido como pareja del primero, pero no se advertía la menor diferencia: árboles, hierba y puesta de sol. A K. esta similitud le tenía sin cuidado.

—Son bellos paisajes —expresó K.—; le compro los dos, y los colgaré en mi oficina.

—¡El motivo parece gustarle! —dijo el pintor, tomando un tercer cuadro—. ¡Vamos bien!, pues aquí hay otra obra del mismo estilo.

La obra no era del mismo estilo, era exactamente igual. Titorelli aprovechaba a la perfección la oportunidad de vender sus viejas telas.

—Me llevo también este —dijo K.—. ¿Cuál es el precio de los tres?

—Habaremos de ello en otra ocasión —dijo el pintor—. Ahora tiene usted prisa y, de todos modos, quedamos en contacto. Me siento feliz de que los cuadros le gusten. Le daré todos los que tengo aquí. Todos representan llanuras selváticas, ya he pintado varias llanuras. A muchas personas no les gustan, porque esos paisajes les parecen un poco tristes; pero hay otras, como usted, que aprecian precisamente esta melancolía.

K. no estaba en disposición de ánimo como para fijarse en las experiencias profesionales de un artista mendicante.

—Envuélvalas —dijo, cortándolo en lo mejor de su alocución—; mañana vendrá mi mozo a llevarlas.

—No es necesario —dijo el pintor—. Espero que podré encontrar quien los cargue y le acompañe en seguida —y abrió la puerta, inclinándose por encima de la cama.

—No vacile —dijo— en subirse sobre el colchón; todos los que entran aquí lo hacen así.

K. no necesitaba de aquel estímulo, pues podía pasarse sin él sin ningún miramiento; inclusive ya había puesto el pie en medio del edredón, pero al mirar por la puerta abierta tuvo un sobresalto que le hizo retroceder.

—¿Qué es esto? —preguntó al pintor.

—¿De qué se asombra? —interrogó a su vez el artista, también sorprendido—. Son las oficinas de la justicia. ¿No sabía usted que aquí estaban? Las hay en casi todos los graneros. ¿Por qué no habría de haberlas aquí? Mi propio taller forma asimismo parte de sus locales, pero la justicia lo ha puesto a mi disposición.

K. no se asustó tanto por haber encontrado en este lugar los archivos de la justicia, sino por el hecho de comprobar su ignorancia en todo lo relacionado con el tribunal. Le parecía que la principal norma para un inculpado debía ser la de encontrarse siempre preparado a todo, no dejarse nunca sorprender, no mirar a la derecha cuando su juez se encuentra a la izquierda; y era precisamente contra aquella norma que volvía siempre a faltar.

Ante él se extendía un largo corredor del que venía un aire tal que, en comparación, el del taller resultaba refrescante. En ambos lados había bancas, al igual que en la antesala del secretariado en donde se llevaba el asunto de K. La instalación de esas oficinas parecía regirse, en todas partes, por prescripciones rigurosas. Por el momento, en ellas no había gran afluencia de personas. Un hombre, sentado, o más bien medio recostado sobre una de las bancas, tenía el rostro escondido entre los brazos, contra la madera, y parecía estar durmiendo; otro se hallaba de pie en la semiobscuridad, en el extremo opuesto del corredor. K. se decidió a trepar sobre la cama; el pintor hizo lo mismo, con las telas bajo el brazo.

Pronto dieron con un ujier. K. los reconocía por el botón dorado, que resaltaba en sus trajes de civil. El pintor encomendó a ese hombre llevar los cuadros de K. Este, más que andar, se tambaleaba, y sostenía un pañuelo apretado contra su boca. Cuando se encontraba cerca de la salida, las chiquillas se abalanzaron delante de ellos; con el paso por el granero K. no pudo, pues, esquivar el encuentro. Sin duda, ellas habían visto que se abría aquella puerta del taller y dieron la vuelta para llegar por ese lado.

—¡Ya no es posible acompañarlo más! —exclamó el pintor, soltando la risa, debido al asalto de las bribonzuelas—. ¡Hasta pronto!, ¡no pierda demasiado el tiempo en reflexiones!

K. no le dirigió una mirada siquiera. Tan pronto como se vio en la calle, paró el primer coche de punto que pudo encontrar. Le faltaba tiempo para deshacerse del ujier, cuyo botón dorado le hacía daño a la vista, si bien nadie más que él, probablemente, lo advertía.

El servidor de la justicia quiso subir al asiento del cochero, pero K. lo despachó de inmediato.

Habían dado ya las doce del día cuando el coche se detuvo frente al Banco. A K. le hubiese gustado dejar allí los cuadros, pero le asaltó el temor de que en alguna ocasión pudiera verse obligado a demostrar al pintor que los conservaba. Así pues, pidió que los subieran a su despacho, en donde los guardó en el cajón más bajo de su escritorio, para esconderlos a los ojos del subdirector.

CAPÍTULO VIII

EL SEÑOR BLOCK, NEGOCIANTE - K. SE DESLIGA DE SU ABOGADO

Al fin, K. tomó la decisión de dar las gracias a su abogado y retirarle la defensa. En el fondo no dejaba de preguntarse si con ello procedía bien, pero la convicción de que su actitud era necesaria pudo más que sus titubeos. El esfuerzo que tuvo que hacer para decidirse lo había rendido de tal modo, que aquel día en que se propuso emprender la acción no pudo sino trabajar con mucha lentitud en la oficina; y apenas dieron las diez ya se encontraba ante la puerta del abogado. Antes de llamar, aún estuvo reflexionando si no sería preferible resolver la cuestión por escrito o mediante la vía telefónica, pues pensaba que la entrevista resultaría seguramente muy embarazosa. Todo bien meditado, optó por la conversación personal. De lo contrario el abogado respondería con el silencio o con una fórmula previamente elaborada, y, a menos que Leni lograra descubrir algo, K. no llegaría a saber nunca cómo había reaccionado el Maestro Huid con la noticia de su exclusión, ni las consecuencias que ello podría acarrear según las doctas conjeturas de ese experto. Mientras que, si K. estaba ante él y le sorprendía súbitamente con su decisión, vería fácilmente en su rostro y en sus reacciones cuanto le interesaba saber, aun cuando el abogado escatimara las palabras. Así, K. no desechaba la posibilidad de rectificar su decisión.

Como de costumbre, la primera llamada no surtió efecto. «Leni podría andar un poco más aprisa», pensó. Por lo menos era satisfactorio que nadie se entrometiera, pues en esas ocasiones solía haber algún vecino que se ponía a protestar, como el primer día aquel señor en bata. Al oprimir el botón por segunda vez, K. se volvió para ver la puerta detrás suyo, pero ahora permanecía cerrada. Por fin, dos ojos aparecieron en la mirilla. Esos ojos no eran los de Leni. Alguien dio vuelta a la aldabilla, pero, aún apoyado contra la puerta, exclamó: «¡es él!», y sólo entonces la puerta se abrió enteramente, cuando K. iba ya a empujarla, en el momento en que había oído girar la llave en la cerradura de la puerta del vecino; por eso K. entró con la rapidez del rayo en el vestíbulo, y pudo ver a Leni, pues era precisamente a ella a quien se había dirigido, la cual huía en camión por el pasillo al que daban las habitaciones. K. la siguió un momento con la mirada; luego se fijó en el individuo que abrió la puerta. Era un hombrecillo enjuto, barbudo, y sostenía una vela en la mano.

—¿Es usted un empleado de aquí? —preguntó K.

—No, señor —respondió el hombre—; no soy de la casa. El abogado es sólo mi representante; he venido por un asunto judicial.

—Así, sin chaqueta, ¿eh? —preguntó K., señalándole su escasa indumentaria.

—¡Oh!, ruego me disculpe —dijo el hombre, alumbrándose con la vela, como si comprobara su real estado.

—Leni, ¿es la querida de usted? —preguntó K. secamente.

Estaba plantado con las piernas separadas, y sostenía su sombrero con las manos tras la espalda. El hecho de llevar aquel abrigo de pieles le hacía sentirse superior a ese hombrecillo raquítico.

—¡Oh, por Dios! —exclamó aquel, levantando una mano delante del rostro, aterrorizado y como defendiéndose—. No, no —añadió—. ¿Cómo pudo pensar eso?

—Parece que es usted digno de crédito —dijo K.—; de todas maneras, ¡sígame! —si bien con el sombrero le hizo la seña de que pasara adelante, preguntándole, mientras caminaba—: ¿Cómo se llama usted?

—Block, soy el negociante Block —respondió el hombrecillo, volviéndose hacia K. para presentarse, sin que este le permitiera detenerse.

—¿De verdad es su nombre? —preguntó K.

—Así es —le respondió—. ¿Por qué lo duda?

—Creí —le respondió K.— que usted podía tener razones para ocultar su verdadero nombre.

K. se sentía con tanta libertad como cuando, lejos del hogar, se charla con gente del pueblo, guardándose lo que sólo a uno mismo le concierne y hablando con seriedad únicamente acerca de los intereses de aquel que toma parte en el diálogo, lo cual parece elevarlo ante nuestros ojos, si bien autoriza, en compensación, a desentenderse cuando uno así lo quiere.

Al llegar frente a la puerta del despacho del Maestro Huid, K. se detuvo, abrió y, en tono imperativo, dijo al negociante, que dócilmente se había pasado de largo.

—¡Eh, no tan aprisa!, ¡alumbre aquí!

En la creencia de que Leni pudo haberse escondido allí, hizo que acercara la luz por todos los rincones, pero la pieza estaba vacía. Ante el gran retrato del juez, K. detuvo por los tirantes a su compañero.

—A este, ¿lo conoce? —preguntó, levantando el índice para señalarlo.

El negociante, a su vez alzó la vela, miró hacia arriba y, parpadeando, dijo:

—Es un juez.

—¿Un juez importante? —preguntó K., situándose al lado de Block, para observar la impresión que le causaba el cuadro.

—Es un juez importante —afirmó, con la mirada plena de admiración fija en el cuadro.

—Poco entiende usted de eso —dijo K.—. De entre todos los jueces de baja categoría, este es el más insignificante que puede haber.

—¡Oh!, ¡ya me acuerdo ahora! —dijo el negociante, bajando la vela—, ya lo había oído decir también.

—¡Pues, claro! —exclamó K.—. No pensaba en ello. Naturalmente, usted ya lo sabía.

—Y, ¿por qué?, ¿por qué, pues? —preguntó el negociante, mientras caminaba hacia la puerta, en cuya dirección K. lo iba empujando.

En cuanto estuvieron de nuevo en el pasillo, K. le preguntó:

—¿Usted sabe en dónde se ha escondido Leni?

—¿Escondido?, ¡oh, no! —dijo el negociante—; podría muy bien encontrarse en la cocina, preparando un caldo para el abogado.

—¡Haberlo dicho antes! —exclamó K.

—Quería conducirlo allí, pero usted me llamó... —respondió el negociante, desconcertado por las órdenes contradictorias de K.

—Se cree usted muy astuto, ¿verdad? Pues bien, condúzcame.

K. no había estado nunca en la cocina; era muy espaciosa, con una extraordinaria cantidad de utensilios; la hornilla, por ejemplo, era tres veces más grande que una cocina común; pero no se llegaba a distinguir pormenores de lo demás, pues la estancia no estaba alumbrada más que por una lucecita suspendida a la entrada. Leni se encontraba con su delantal blanco, como de costumbre; vaciaba huevos en una cacerola puesta sobre un anafe.

—Buenas noches, Joseph —dijo ella, dirigiéndole una mirada.

—Buenas noches —dijo K., señalando a un tiempo, con el dedo, una silla al negociante, el cual se sentó en ella.

K. se acercó a Leni por la espalda y, bajando la cabeza hasta su hombro, le preguntó:

—¿Quién es este hombre?

Leni rodeó con una mano la cintura de K., mientras con la otra continuaba revolviendo los huevos en la cacerola; en seguida, le hizo ponerse frente a ella y le dijo:

—Es un pobre hombre, un pobre negociante; se llama Block. ¡Basta con verlo!

Se volvieron los dos para mirarlo. El negociante seguía sentado en el lugar que K. le había señalado y, como fuese que de un soplo apagó la vela porque la luz ya no era necesaria, apretaba la mecha para que no humeara.

—Cuando llegué estabas en camión —dijo K., tomándole la cabeza para obligarla a volverla hacia la hornilla.

Leni se quedó callada.

—¿Es tu amante? —preguntó K.

Ella quiso coger la cacerola, pero K. le tomó las dos manos y le dijo:

—¡Vamos, responde!

—Ven conmigo al despacho; te explicaré todo —dijo ella.

—No —dijo K.—, dímelo aquí.

Leni se prendió del cuello de K. y quiso besarlo.

—No quiero que me beses ahora —le dijo él, rechazándola.

—Pero, Joseph —le dijo Leni, con tono suplicante y la mirada puesta en sus ojos—; ¿no estarás celoso del señor Block, verdad? —y volviéndose hacia este, añadió—: Rudi, ayúdame, ¿no ves que desconfía de mí?, ¡deja ya tu vela!

Podría haberse pensado que él no prestó atención a lo que Leni acababa de decirle; sin embargo, demostró que estaba al corriente al responder, si bien con lentitud mental:

—No comprendo por qué tendría que estar celoso.

—Tampoco yo lo entiendo —contestó K., y lo miró sonriente.

Leni soltó la risa y aprovechó la distracción de K. para asirse de su brazo y decirle al oído:

—Déjalo ya, ¿no ves la clase de hombre que es? Me he interesado algo en él, porque es uno de los clientes más importantes del abogado; no por otra razón. Y tú ¿qué?, ¿quieres hablar hoy con él? Está muy enfermo, pero, si lo deseas, te anuncio en seguida. Eso sí, tendrás que pasar la noche conmigo. ¡Hace tanto que no venías a visitarnos! El propio abogado preguntaba por ti. Está pendiente de tu proceso. Por mi parte, tengo mucho que decirte de todo lo que he sabido. Empieza por quitarte el abrigo, ¿no? —y le ayudó a quitárselo, recogió el sombrero y fue de inmediato al vestíbulo para colgarlos, regresando a toda prisa con objeto de ver cómo estaban sus yemas revueltas.

—¿Te anuncio primero o le llevo su caldo?

—Primero anúnciame —dijo K.

Se sentía contrariado: antes que nada, él habría querido discutir a fondo con Leni su propósito; pero la presencia del negociante estorbó sus planes. Ahora que su asunto empezaba a parecerle de suma importancia, no podía permitir que ese insignificante Block fuera a entrometerse, jugando un papel que podía ser decisivo. Así pues, llamó a Leni, que ya avanzaba por el pasillo.

—Llévale de una vez el caldo —le ordenó—; es necesario que recupere energías para la conversación que vamos a sostener: ¡le harán falta!

—¿También usted es cliente del abogado? —dijo el negociante, con voz apagada, queriendo comprobarlo; sin embargo, se llevó una decepción.

—¡A usted qué le importa! —exclamó K.

—¡Tú cállate! —añadió Leni, y, dirigiéndose a K. dijo—: Le llevaré el caldo —y vertió el caldo con las yemas en una taza—. Sólo hay que temer que después se duerma demasiado pronto, pues lo hace en cuanto ha comido.

—Lo que tengo que decirle ya lo despertará —declaró K., con el ansia constante de hacer que Leni comprendiera su propósito de hablar con el abogado acerca de algo muy importante. Antes de abordar el tema, quería que Leni tomase la iniciativa de preguntarle; pero ella se limitaba a cumplir exactamente sus órdenes. Cuando pasó junto a él lo rozó, con toda intención, diciéndole por lo bajo:

—Apenas lo haya tomado te anunciaré, para que podamos encontrarnos lo antes posible.

—¡Ve! —dijo K.

—Sé más amable, ¿no? —dijo ella, volviéndose una última vez desde el arco de la puerta.

K. la siguió con la mirada. Estaba ya definitivamente resuelto a deshacerse del abogado. Valía más no decir nada del asunto a Leni; ella no conocía bien el curso de los acontecimientos y, probablemente, lo haría desistir. Además, si en esta ocasión aún dudaba, en adelante continuaría en la incertidumbre y no habría más remedio que volver a empezar; porque ahora sí su resolución estaba perfectamente bien fijada. Cuanto más pronto la llevara a efecto, menos serían los perjuicios. Tal vez el negociante podría, por lo demás, informarle al respecto. K. le dirigió la mirada. El negociante lo advirtió y, en seguida, hizo el intento de ponerse de pie.

—Siga, siga sentado —dijo K., y tomó una silla para sentarse junto a él—. ¿Es usted un antiguo cliente del abogado?

—Sí —afirmó el negociante—, un cliente muy antiguo.

—¿Cuántos años hace que él lo defiende?

—No sé de qué modo lo interpretará usted —respondió aquel—. En los problemas que mi negocio suscita (se trata de un comercio de granos), él me aconseja desde que lo emprendí, esto es, hace cerca de veinte años; y en mi proceso, seguramente de este quiere usted hablar, me representa desde que se inició, hace más de cinco años... Sí, más aún —añadió, abriendo una vieja cartera—; aquí lo tengo todo anotado. Si usted lo desea, puedo informarle la fecha exacta; uno no llega a retener todo. El proceso se sigue desde hace mucho más tiempo; se inició poco después de la muerte de mi mujer, que acaeció hace más de cinco años y medio.

K. se aproximó aún más a él, y preguntó:

—Así pues, ¿él también lleva cuestiones de derecho común?

Aquella combinación de los negocios y el derecho le parecía sumamente tranquilizadora.

—¡Claro que sí! —reafirmó el negociante, y añadió al oído de K.—: Dicen, también, que es aún más hábil en esta clase de asuntos que en los otros.

Se diría que el negociante lamentó haberse excedido, pues poniendo su mano en el hombro de K., añadió:

—Le ruego que no vaya a traicionarme.

—No, no soy un traidor —le dijo K., dándole unas palmaditas en la rodilla.

—¡Oh!, es muy vengativo —dijo por lo bajo el negociante.

—Tratándose de un cliente tan leal como usted —dijo K.— seguramente no hará nada.

—¡Oh!, verá usted —dijo el negociante—, cuando está furioso no hace distinciones; por otra parte, no se puede asegurar que yo le sea leal.

—¿Cómo?, ¿por qué? —preguntó K.

—¿Puedo confiar en usted? —preguntó a su vez el negociante, algo dudoso.

—¡Creo que puede usted hacerlo! —dijo K.

—¡Muy bien! —declaró el negociante—, le revelaré parte de mi secreto; a cambio de que usted, por su lado, me dé a conocer algo suyo, a fin de que estemos unidos ante el abogado.

—¡Muy precavido! —exclamó K.— Pero ¡sea! Le confiaré mi secreto, que lo tranquilizará a usted absolutamente. A ver, ¿en qué consiste su deslealtad?

—Tengo... —empezó por decir el negociante, titubeando como si fuera a confesar algo deshonesto— tengo otros abogados además de él.

—No es tan grave... —dijo K., algo decepcionado.

—En eso no —dijo el negociante, el cual desde que había declarado su secreto respiraba con dificultad, si bien iba adquiriendo un poco de confianza, impresionado por la reflexión de K.—, sólo que ello no se permite, y menos todavía tratándose de abogados clandestinos. Y este es el caso: tengo cinco abogados falsos.

—¡Cinco! —exclamó K. asombrado por el número—. ¿Cinco abogados, aparte de este? —preguntó.

El negociante afirmó con la cabeza y dijo:

—Estoy en tratos con el sexto.

—Pero ¿por qué tantos? —preguntó K.

—Los necesito a todos.

—¿Quiere usted explicarse?

—Es muy fácil. Ante todo —explicó el negociante—, naturalmente, no quiero perder mi proceso. Por eso no debo arriesgar nada que pueda favorecerlo; hasta en el caso de que esta esperanza sea endeble, no tengo el derecho de tentar la suerte. De ahí que haya invertido en mi proceso todo lo que poseo. He sacado todo el dinero de mi negocio. En otras épocas mis oficinas abarcaban todo un piso; en la actualidad me conformo con una reducida pieza y un simple aprendiz. No es sólo la salida del dinero lo que ha ocasionado este retroceso, sino, especialmente, la disminución de mi capacidad de trabajo. Cuando uno quiere hacer algo por su proceso, ya no puede dedicarse a nada más.

—Usted, personalmente, ¿maneja a la justicia? —preguntó K.—. Precisamente es acerca de eso que quería oírle hablar.

—No es mucho lo que puedo darle a saber en ese sentido —dijo el negociante—. Intenté hacerlo en los comienzos, pero tuve que desistir cuanto antes. Es algo sumamente agotador, de lo cual no se obtienen grandes ventajas. En seguida me resultó imposible gestionar y hacer tratos en las oficinas de la justicia. El simple hecho de que uno deba estar allí sentado, en espera de que llegue su turno, requiere un gran esfuerzo. Usted ya supo lo que es la atmósfera de esas oficinas.

—Y ¿cómo sabe usted que estuve allí? —preguntó K.

—Hacía yo antesala cuando usted pasó por allí.

—¡Qué curiosa coincidencia! —exclamó K., olvidando completamente el aspecto ridículo del negociante, dado su interés por aquel hecho—. Así pues, ¿usted me vio cruzar? ¿Estaba usted en la sala de espera cuando pasé por allí? Efectivamente, fui una vez.

—¡No es una gran coincidencia! —expresó el negociante— estoy allí casi todos los días.

—En lo sucesivo —dijo K.— es muy posible que yo también vaya muy a menudo, y es probable que sea recibido con mucho menos respeto que aquella vez. Entonces, todos se pusieron de pie; seguramente me tomaron por un juez

—No —dijo el negociante—; nos pusimos de pie por el ujier; ya sabíamos que usted era un inculpado; noticias como esas se propagan con mucha rapidez.

—Entonces, ¿ustedes ya lo sabían? —insistió K.—. Siendo así, seguramente les habrá parecido orgullosa mi postura. ¿Nadie comentó al respecto?

—No, al contrario —expresó el negociante—. Pero dejemos eso: ¡no son más que tonterías!

—¿Cuáles tonterías? —preguntó K.

—¿Por qué me pregunta eso? —reclamó a su vez el negociante, con cierta impaciencia—. Usted da la impresión de no conocer aún a esa clase de personas. Debe siempre tener presente que es tanto lo que se oye decir entre ellas, que la razón no siempre llega a explicárselo todo; uno acaba excesivamente agotado, hay muchos temas que dejan frío, y uno se desvía hacia las supersticiones. Hablo de los otros, pero en el fondo no valgo más que ellos. Una de tales supersticiones estriba en la creencia de que se puede leer el desenlace del proceso en la cabeza del acusado y, sobre todo, en el contorno de sus labios. Quienes creen en esos presagios han dicho que, de acuerdo con los labios de usted, no transcurrirá mucho tiempo para que sea condenado. Es una creencia, lo repito, una creencia ridícula, desmentida en la mayoría de los casos por la experiencia; sin embargo, cuando uno vive en ese ambiente, es difícil sustraerse a tales pensamientos. Usted no puede imaginarse la fuerza que tiene esa superstición. Mientras usted estuvo allí habló con un hombre, ¿verdad?, y ese hombre casi no acertó a responderle. Puede haber muchas razones, naturalmente, para turbarse; en esa ocasión, el desconcierto suyo se debió, ciertamente, al aspecto de la boca de usted. Después nos explicó que él creyó ver en sus labios la señal de su propia condena.

—¿En mis labios? —preguntó K., buscando en su bolsillo un espejito para mirarse en él—. No veo nada de extraño en mis labios; ¿y usted?

—Tampoco —respondió el negociante—. Absolutamente nada.

—¡Sí que es supersticiosa esa gente! —exclamó K.

—¿No se lo dije? —comentó el negociante.

—¿Tanto se frecuentan?, ¿intercambian impresiones? —preguntó K., y añadió en seguida—: Hasta este momento siempre estuve al margen.

—Por lo regular —aclaró el negociante— no se frecuentan. Son tantas personas que resulta imposible. Además, no son muchos los intereses en común. Si en ocasiones creen fortalecerse en grupo, no tardan en reconocer que ha sido un error. Nada se puede realizar en común contra la justicia. Todos los casos son examinados aisladamente; no hay tribunal más puntilloso. Nada es posible conseguir uniéndose. Algunas veces alguien, por su lado, logra saber algo en secreto; pero los demás no se enteran sino después, y nadie acierta a comprender cómo ocurrió el caso. No hay compañerismo; unos y otros coinciden en las antesalas, pero ahí se habla poco. Las conjeturas supersticiosas existen desde tiempos remotos y se propagan por sí solas.

—Observé —dijo K.— a esos señores hacer allí antesala, y su espera me pareció totalmente inútil.

—La espera no es inútil —afirmó el negociante—. Lo que resulta inútil es intervenir personalmente en el propio proceso. Ya le confesé que cuento con cinco abogados, aparte del Maestro Huid. Podría creerse, yo lo creí en un principio, que no había inconveniente en dejarles todo el cuidado de mi proceso. Sería un grave error; de igual modo que si lo confiara todo a uno solo. Usted no me entiende, ¿verdad?

—No —confesó K., poniendo su mano en la del negociante para frenar la marcha acelerada de sus revelaciones—. He de suplicarle que no hable tan aprisa, pues todo esto es muy importante para mí, y no alcanzo a captar todo cuanto dice.

—Hizo bien en avisármelo —declaró el negociante—; usted es un recién venido, un novato; su proceso data de sólo seis meses, ¿no es así?

—Exacto.

—Ya oí hablar de él; ¡qué proceso tan reciente! Infinidad de veces he podido reflexionar acerca de todo eso, ¡y me parece tan natural!

—Ha de estar usted muy complacido de que su proceso se encuentre tan adelantado —dijo K., disimulando su interés por saber en qué estado se hallaban sus asuntos.

Pero la respuesta del negociante no fue más precisa que la afirmación de K.:

—Sí —y bajó la cabeza—, ya van cinco años que procuro hacer presión en mi proceso.

Ambos guardaron silencio. K. estaba al acecho del regreso de Leni. En parte, no deseaba que volviera demasiado pronto, ya que le quedaban muchas cuestiones que plantear, y no deseaba ser sorprendido en su conversación confidencial con el negociante; sin embargo, estaba molesto de que ella permaneciese, no obstante su presencia, tanto rato con el abogado; el caldo con las yemas no era razón para una ausencia tan prolongada.

—No se me olvida —comentó el negociante, con lo cual K. fue atraído en seguida— la época en que mi proceso tenía aproximadamente el tiempo del suyo. Entonces sólo contaba con el Maestro Huid, pero no me satisfacía mucho...

K. pensó: «lo sabré todo», y movía la cabeza, confiado en que así alentaba al negociante a que dijera lo que era digno de saberse.

—Mi proceso —continuó el señor Block— no progresaba. Me citaron para los interrogatorios, y nunca dejé de acudir; presentaba documentos; exhibía mis libros de contabilidad, lo cual no era necesario, según supe más tarde, y no dejaba de ver a mi abogado, que ya había hecho entrega de varios recursos a la justicia...

—¿Varios recursos? —interrumpió K.

—Sí, ¡naturalmente! —confirmó el negociante.

—Eso, eso es, precisamente, algo que me interesa mucho —dijo K.—. En mi proceso, todavía está trabajando en el primero. Me doy cuenta que me tiene abandonado; ¡es una vergüenza!

—Es posible que tenga sus razones —dijo el negociante— para que el recurso no esté terminado. En lo que concierne a los míos, pudimos comprobar que no sirvieron de nada. Gracias a un funcionario pude leer uno de ellos: era un alarde de erudición, lo admito, pero no contenía nada substancioso. Abusaba mucho del latín, que desconozco, y había un sinfín de hojas con apelaciones a la justicia, y elogios dirigidos a ciertos funcionarios, sin que se les nombrara, a quienes, seguramente, los iniciados reconocían; en seguida, la propia adulación, la autoadulación del abogado, una adulación mediante la cual él se arrastraba con un servilismo como de perro a los pies de la justicia; finalmente, el análisis de antiguos casos judiciales que debían tener alguna similitud con el mío. Ese análisis, en mi opinión, estaba elaborado con sumo cuidado. Al exponerle todo esto, tómelo usted en consideración, no pretendo juzgar la labor del abogado; al fin y al cabo aquel recurso que conocí era sólo uno de tantos.

De cualquier manera, y eso sí que quede muy claro, jamás pude comprobar ningún progreso en mi causa.

—¿Qué clase de progreso quería usted comprobar? —preguntó K.

—Su curiosidad es muy comprensible —dijo el negociante, sonriendo—. En asuntos de esta índole es muy insólito que se pueda observar un progreso; antes yo lo ignoraba. Soy negociante, y en aquel tiempo lo era mucho más que en la actualidad. Entonces, quería ver progresos palpables; consideraba que era necesario que todo se organizara para llegar a una conclusión o, por lo menos, que estuviese bien encaminado. Sin embargo, los interrogatorios se sucedían y casi siempre eran semejantes entre sí; de antemano sabía las respuestas; las repetía en serie, como letanías. En el curso de la semana se me presentaban empleados de la justicia, ya fuera en el almacén, ya en mi casa o en cualquier parte, lo cual, naturalmente, era fastidioso; en ese aspecto, hoy en día eso ha mejorado, porque el teléfono evita tantas molestias. Además, los rumores de mi proceso ya empezaban a infiltrarse: los comerciantes amigos lo conocían, mis parientes no lo ignoraban tampoco. Causaba lástima por todas partes, pero no había el menor síntoma de que los primeros debates fuesen a producirse pronto. En esas condiciones, fui a quejarme a mi abogado. Escuché de él largas explicaciones, pero rechazó abiertamente hacer algo. Por mínimo que fuese, de acuerdo a mis deseos, alegando que nadie podía influir en la fecha de los debates y que era inverosímil pedir acelerarla en un requerimiento, como

yo lo hubiera querido; que nunca se había visto, y que aquello no podría sino hundirnos tanto a mí como a él. Discurrí, entonces: «lo que este abogado no quiere o no puede hacer, otro habrá de quererlo y de poderlo». Así pues, me procuré otros abogados. No obstante, y prefiero decírselo de una vez: ninguno de ellos ha pedido ni ha logrado jamás que sea fijada una fecha; con una salvedad de la cual le hablaré después, es algo verdaderamente imposible. En ese sentido, el Maestro Huid no me había engañado; pero no estoy arrepentido de hacerme auxiliar por otros abogados. Es probable que el Maestro Huid le haya hecho mención a menudo de los falsos abogados; y seguramente los habrá tildado de indignos, lo cual es muy cierto. Sin embargo, cuando entabla comparaciones entre sus colegas y él, infaliblemente incurre en un pequeño error, acerca de lo cual, dicho sea de paso, quisiera llamar la atención de usted. Para distinguir entre esa gente a los abogados de su amistad, a estos les llama siempre «los grandes abogados». El término es erróneo. Claro está que cualquiera puede llamarse «grande», si le viene en gana, pero, en este caso, es el hábito judicial lo que establece la autoridad. Por tal costumbre es que distinguen los falsos abogados, entre aquellos que son o grandes o pequeños abogados. Tanto el Maestro Huid como sus colegas no son sino pequeños abogados; los grandes, de los cuales únicamente he oído hablar y a quienes jamás he logrado ver, pertenecen a una categoría muy superior frente a la de los pequeños abogados, de igual manera que estos están muy por encima de los falsos abogados, tan menospreciados por ellos.

—¿Ha dicho los grandes abogados?, ¿quiénes son?, ¿cómo puede uno llegar a ellos? —preguntó K.

—¿Es posible que nadie le haya hablado de ellos? —se preguntó el negociante—. No creo que haya un solo acusado que, habiendo oído mencionarlos, no haya soñado con ellos alguna vez. No vaya a dejarse seducir por semejante idea. Pregunte usted quiénes son. No lo sé. Por lo que se refiere a llegar a ellos: es imposible. No conozco ningún caso del cual pueda asegurarse que ellos hayan tomado parte. Defienden, eso sí, a algunos clientes; pero eso no depende del deseo del inculpado; únicamente lo hacen con quien quieren. Si se hacen cargo de alguno, de hecho tiene que haber salido de la incumbencia de los pequeños tribunales. Por eso es preferible no pensar en ellos; de lo contrario, lo sé por propia experiencia, uno acaba por encontrar las consultas, los consejos y el auxilio de los demás tan insignificantes, tan inútiles, que quisiera uno enviarlo todo a paseo, irse a dormir y nunca más saber nada. Pero, claro está, esto sería una mayor estupidez; además, no podría uno quedarse por mucho tiempo acostado tranquilamente.

—Usted, ¿no ha soñado nunca en los grandes abogados? —preguntó K.

—No me duró mucho —confesó el negociante, comenzando a sonreír—. Por desdicha, uno no los olvida tan fácilmente; es algo que persiste en el pensamiento y atormenta, sobre todo durante la noche. En aquel entonces yo quería el triunfo inmediato; por eso fui al encuentro de falsos abogados.

—Y, ¡cómo están tan juntos uno del otro! —exclamó Leni, la cual había regresado con la taza y estaba plantada en el umbral de la puerta.

Verdaderamente, se les veía pegados uno al otro; con el menor meneo sus cabezas se habrían golpeado. Debido a que el negociante no sólo era de baja estatura sino algo encorvado, resultaba forzoso que K. se mantuviera sumamente inclinado para no perder lo que el otro decía.

—¡Un momento! —exclamó K., para detener a Leni, moviendo, en señal de impaciencia, la mano que aún tenía puesta sobre la del negociante.

—Quería que le hablase de mi proceso —dijo el negociante a Leni.

—Cuenta, cuenta —dijo ella.

Leni se dirigió al negociante en un tono afectuoso, pero como de condescendencia, lo cual no fue del agrado de K. Ahora se daba cuenta de que aquel hombre poseía, aparte todo, cierto valor y, principalmente, una experiencia acerca de la cual sabía expresarse muy bien. No había duda que Leni lo juzgaba mal. A K. le molestó, también, que retirara de la mano del señor Block la vela que retuvo durante todo el tiempo; asimismo, el ver que le limpiaba los dedos con la punta de su delantal; luego, que se arrodillase junto a él, para levantar una gota de cera derramada en su pantalón.

—Usted se disponía a explicarme con respecto a los falsos abogados —dijo K., apartando la mano de Leni, sin decirle nada.

—Tú, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Leni, y dio una palmadita a K., antes de continuar su quehacer.

—Perfecto, de los falsos abogados —dijo el señor Block, apoyando su mano libre sobre la frente, como esforzándose a recordar.

K., queriendo ayudarle, reconstruyó la idea:

—Quería usted, entonces, lograr un triunfo inmediato; por eso fue al encuentro de falsos abogados.

—Exactamente —dijo el negociante, pero no continuó.

K. pensó: «Es indudable que no quiere hablar en presencia de Leni», y, dominando su impaciencia por enterarse de la continuación, no insistió más.

—¿Me anunciaste? —le preguntó a Leni.

—Naturalmente —respondió ella—. Está esperándote. Ya deja a Block; podrás hablar con él más tarde: Block se queda.

K. estaba en la duda:

—¿Se queda usted aquí? —preguntó K., dirigiéndose al negociante, pues quería oír de él la respuesta.

K. no aceptaba que Leni hablara de Block como de un ausente. Ese día, todo lo que se refería a ella le contrariaba, movido de una oculta indignación; para colmo, la respuesta fue de Leni:

—Muy a menudo duerme aquí.

—¿Aquí duerme? —preguntó desconcertado, pues aún creía que el negociante no iba a esperar más que el tiempo justo para tratar su asunto con el abogado y que se irían al mismo tiempo para cambiar impresiones, tranquilamente, sobre los puntos que le interesaban.

—Sí, ¡claro! —exclamó Leni—. No toda la gente tiene el privilegio de ser recibida por el abogado a la hora que sea, como tú, querido Joseph. ¿Acaso no te asombra que el abogado, estando enfermo, te atienda a las once de la noche? Para ti es muy natural que tus amigos hagan algo a tu favor, por encima de todo. Claro... es por su gusto, y en especial el mío: me basta con saber que me quieres.

Al instante K. se preguntó: «¿que yo la quiero?»; sin embargo, también pensó: «sí, es cierto».

—Me recibe porque soy su cliente —dijo K., olvidándose de todo lo demás—. Si para que a uno lo recibieran en esas circunstancias se necesitase la ayuda de un tercero, se tendría que estar mendigando y dando las gracias a cada paso.

—¡Qué malicioso está hoy!, ¿verdad? —dijo Leni, dirigiéndose al negociante.

«Ahora soy yo el ausente», reflexionó K., y casi sintió rencor hacia Block cuando vio que este cometía la misma descortesía de Leni al dirigirse a ella:

—Hay otras razones por las cuales el abogado lo recibe en seguida: su proceso es más interesante que el mío y, además, estando en los comienzos no se encuentra malogrado; de ahí que le guste todavía intervenir; más adelante ya será distinto.

—¡Cuántas argucias! —dijo Leni, mirando a Block y esbozando una sonrisa burlona—. ¡Vean si es hablador! No se puede creer nada de lo que dice, ¿oyes? —añadió ella, llamando la atención de K.—. Es gentil, pero es más hablador que eso. Tal vez sea este uno de los motivos por el cual no lo resiste el abogado. En cualquier caso, no lo recibe si no le cuadra. Hice todo lo posible porque esta situación cambiara, pero ha sido inútil. Fíjate: llega a ocurrir que voy y anuncio a Block; sí, está conforme en recibirlo, pero al cabo de tres días. Y resulta que si Block no se encuentra aquí cuando él dice que pase, todo se perdió y es el cuento de nunca acabar. Por eso le he permitido que duerma aquí, pues más de una vez el abogado me ha llamado durante la noche para que lo haga venir. De ese modo, está preparado. Pero hay que decir también que si el abogado sospecha que estaba aquí, revoca la orden.

K. lanzó una mirada interrogadora al negociante. El señor Block afirmó con la cabeza. K. pensó que tal vez la humillación le hizo substraerse, pues, con la misma franqueza que antes, declaró:

—Sí, a medida que pasa el tiempo, uno se convierte en esclavo de su abogado.

—Se queja para fingir. ¡Bien que le gusta dormir aquí!, muchas veces me lo ha dicho —dijo Leni, y avanzó unos pasos para abrir una puertecita—. ¿Quieres ver el cuarto donde duerme? —preguntó.

K. se acercó y miró hacia el interior: era una diminuta pieza de techo bajo, sin ventana; una cama estrecha llenaba todo el espacio. Para acostarse en ella había que dar un salto. A la altura de la cabecera, se veía en la pared un hoyo a guisa de

tragaluz, en cuyo borde había una vela, un tintero y un portaplumas, todo minuciosamente alineado, así como un fajo de papeles; sin duda eran documentos relativos al proceso.

—¿Duerme usted en el cuarto de la sirvienta? —preguntó K. al negociante, volviéndose hacia él.

—Leni me lo ha brindado —respondió Block—; ofrece muchas ventajas.

K. le miró fijamente. La primera impresión que le produjo el negociante tal vez fue buena; era indudable que Block poseía experiencia debido a que su proceso se había prolongado tantos años, ¡y pagaba bien caras sus experiencias! De repente, a K. se le hizo insoportable su presencia.

—¡Vamos!, ¡acuéstalo! —vociferó K., dirigiéndose a Leni, que parecía no entender nada.

K. estaba ansioso de ver al abogado, no sólo para despedirlo, sino, también, para deshacerse de Leni y del negociante. Apenas llegaba a la puerta, cuando Block le llamó en voz baja:

—Señor apoderado...

K. se detuvo y volvió la cabeza hacia él.

—... usted ha olvidado la promesa que me hizo —dijo Block, con una expresión de súplica—. Usted iba a confiarme, también, un secreto.

—Es cierto —dijo K., lanzando una mirada a Leni, en tanto que ella tenía la suya puesta en él—. Está bien, escúcheme, aunque en realidad no es un secreto: voy a despedir al abogado.

—¡A despedirle! —exclamó el negociante, el cual de golpe se había puesto de pie y recorría la cocina, con los brazos tendidos hacia el cielo—. ¡Despedir a su abogado! —repetía una y otra vez.

Leni sintió el impulso de lanzarse sobre K., pero el negociante se interpuso y lo apartó de un empujón. Con los puños levantados, Leni fue tras de K., que ya iba más adelante. Él había puesto ya el pie en la habitación del abogado cuando Leni lo alcanzó. K. empujó la puerta detrás suyo, pero Leni puso el pie de por medio y la mantuvo abierta; se asió del brazo de K. e intentó hacerlo retroceder; sin embargo, K. le apretó con tanta fuerza la muñeca que ella se vio obligada a soltarlo, lanzando un gemido de dolor, y no se atrevió a entrar de inmediato, en la habitación; K. aprovechó el momento para cerrar con llave la puerta.

—Hace rato que lo espero —dijo el abogado desde la cama, dejando sobre la mesita de noche un pliego cuyo contenido había leído a la luz de la vela; y, poniéndose los lentes, miró a K. con severidad.

—No tardaré en irme —dijo K. en vez de disculparse.

Y como no era precisamente una disculpa, el abogado pasó por alto la frase y se limitó a declarar:

—En lo futuro, no lo recibiré a horas tan avanzadas de la noche.

—Se anticipa usted a mis decisiones —dijo K.

El abogado lo interrogó con la mirada, y dijo:

—Tome asiento.

—Si así lo quiere —accedió K., acercando a la mesita de noche una silla en la que se sentó.

—Me pareció ver que usted cerraba la puerta con llave —dijo el abogado.

—Sí —afirmó K.—, lo hice por Leni.

K. tenía el propósito de no perdonar a nadie.

—¿Se ha portado de nuevo inoportunamente? —preguntó el abogado.

—¿Inoportunamente? —repitió K.

—Sí —confirmó el abogado, dejando escapar la risa, por lo que le vino un acceso de tos; y luego volvió a reírse—. Ya a estas alturas se habrá dado usted cuenta de lo inoportuna que es —añadió, dando una palmadita en la mano que K. tenía apoyada sin preocupación sobre la mesita, con lo cual se la hizo retirar impulsivamente.

—Creo que usted no le concede demasiada importancia —dijo el Maestro Huid al observar el silencio de K.—. Mejor así; de lo contrario, debería pedir disculpas a usted. Es una obsesión de Leni, hace ya tiempo que se lo he perdonado. De no haber cerrado usted la puerta, me abstendría de hablarle de eso. Tal obsesión, aunque usted debiera ser el último a quien se lo dijera, pero lo hago, pese a todo, debido a su evidente desconcierto, esa obsesión, repito, consiste en que Leni encuentra muy bellos a todos los inculpados; se acerca a todos y los ama por igual; además, creo que se ve retribuida. En ocasiones, para distraerme, ella me lo cuenta, si le doy permiso. Yo no me asombro tanto de todo eso como parece sorprenderse usted. Cuando se les mira bien, realmente los acusados poseen cierta belleza. Es indiscutible que si oso decirlo es porque se trata de un curioso fenómeno relacionado con la historia natural. Claro está que la acusación no produce un evidente cambio exterior del inculpadado. En otros asuntos de la justicia no ocurre igual; nuestros clientes, en su mayoría, continúan llevando la misma vida de siempre; además, si cuentan con un buen abogado que se ocupe bien de ellos, el proceso apenas les ocasiona molestias. Por lo tanto, cuando se adquiere experiencia en casos semejantes, se reconoce a un inculpadado entre la muchedumbre. Y usted se preguntará en qué. Presiento que mi respuesta no le dejará satisfecho: porque los acusados son siempre los más bellos. No es precisamente que el delito les haga ser bellos, ya que no todos son culpables; al menos, puedo decirlo en mi calidad de abogado; tampoco se debe a que la condena los embellezca con una aureola previa, pues no todos están predestinados a la condena. La única razón estriba en el proceso entablado en contra de ellos, y del cual llevan, en cierto modo, el reflejo. Entre los que ostentan esa belleza, los hay más bellos unos que otros; pero todos lo son, hasta el propio Block, ese pobre infeliz.

Cuando el abogado se agotó, K. se había recuperado por completo; incluso, movió la cabeza al oír las últimas palabras del Maestro Huid, para reafirmarse en la idea que tenía desde mucho antes acerca de que el abogado recurría a generalidades

para desviar su atención del verdadero tema, esto es; saber lo que el Maestro Huid había realizado en favor suyo.

El Maestro Huid debió comprender muy bien que K. le oponía, ahora, más resistencia que otras veces, y por eso quedó callado para darle la oportunidad de decir algo. Mas, ante su prolongado silencio, preguntó:

—¿Hoy vino a verme por algo en particular?

—Sí, —respondió K., poniendo su mano frente a la vela, pues la luz le deslumbraba y quiso ver mejor al abogado—; he venido a decirle que a partir de hoy le retiro el cuidado de mi defensa.

—¿Le oí bien? —preguntó el abogado, incorporándose a medias, con una mano apoyada sobre las almohadas para sostener el peso de su cuerpo.

—Supongo que sí —respondió K., erguido en su silla, como un cazador al acecho.

—Muy bien. Es un proyecto a discutir —dijo el abogado, tras una pausa.

—No es un proyecto —afirmó K.

—Es posible... —dijo el abogado—. Sin embargo, nosotros no vamos a precipitar nada.

El abogado se valió de la palabra «nosotros», con la intención tal vez de privar a K. de su libre albedrío; y, asimismo, de convencerle que podía fungir como consejero en caso de no ser ya su representante.

—No hay nada precipitado —aseguró K., el cual dejó lentamente el asiento y pasó detrás de su silla—; he dejado madurar mi razonamiento; y quizás hasta demasiado. Mi decisión es irrevocable.

—Entonces, permítame que aún le diga unas palabras —dijo el abogado, apartando el edredón, a fin de sentarse en la orilla de su cama.

Sus piernas, cubiertas de abundante vello blanco, erizado, tiritaban. Suplicó a K. le acercara una manta del sofá. K. fue a buscarla y, entregándosela, dijo:

—Se expone usted inútilmente a enfriarse.

—El motivo lo vale —dijo el abogado, cubriéndose la espalda con el edredón y enrollándose las piernas con la manta—. Su tío es mi amigo, y usted, en el curso de los días, se ha ganado mi afecto; lo declaro enfáticamente y no me avergüenzo por ello.

Aquellas enternecedoras palabras molestaron excesivamente a K., ya que le obligaban a extenderse en explicaciones, lo cual hubiera preferido evitar, al mismo tiempo que lo confundían acerca de la forma cómo decírselo con toda sinceridad, aun cuando su decisión no se había debilitado en absoluto.

—Le agradezco mucho su buena amistad —empezó por decir—. Mis respetos por su esfuerzo. Usted se ha dedicado a mi asunto tanto como le ha sido posible y del modo que usted creyó más favorable para mí; sin embargo, últimamente me he convencido de que su empeño no es suficiente. Claro está que no pretendo convencer a un hombre como usted, de más edad y experiencia que yo, a que haga suyas mis

opiniones. Si lo intenté alguna vez fue involuntariamente; le ruego me disculpe. Pero el asunto es de suma importancia. Tengo la convicción de que necesita mucha más energía que hasta ahora.

—Es comprensible... está usted impaciente —dijo el abogado.

—No estoy impaciente —dijo K., algo contrariado y cuidando menos sus palabras—. Usted debe haberse dado cuenta, la primera vez que lo visité acompañando a mi tío, que me preocupaba muy poco mi proceso. Cuando no me lo recordaban expresamente, me olvidaba de él por completo. Pero mi tío se obstinó a que yo diera a usted mi representación y accedí por complacerlo. Era de esperarse que a partir de entonces el proceso anduviera más ligero que nunca, ya que si uno se hace representar es para substraerse a las propias obligaciones. Y ha resultado al revés: nunca me había causado tantas preocupaciones mi proceso, como desde que usted se hizo cargo de él. Mientras estuve solo no me ocupaba del asunto, y casi no sentía su opresión; al contar con un defensor consideré que todo estaba dispuesto para que se empezara a mover; cada vez con más ansia esperaba su intervención, pero jamás se ha producido nada. Es cierto que usted me ha dado varias informaciones acerca de la justicia, y que seguramente nadie más hubiera podido proporcionármelas. Pero no podría conformarme con eso, cuando advierto que el proceso permanece en la obscuridad, en momentos en que se vuelve más y más amenazador.

K. había puesto de lado su silla, y se mantenía de pie, con las manos en los bolsillos, cara a cara con su abogado.

—En tantos años de ejercer el oficio —dijo el abogado, con mucha calma, la voz baja y a la expectativa—, al final ya nada nuevo se descubre. ¡Cuántos clientes, encontrándose su proceso en la misma fase que el suyo, han permanecido ante mí igual que usted y me han hablado en los mismos términos!

—¡Bien! —exclamó K.—. Esto significa que a dichos clientes no les asistía menos razón que a mí. Esto no impugna lo que dije.

—No era mi intención impugnar lo dicho por usted —aclaró el abogado—; simplemente quería añadir que esperaba por su parte mayores razonamientos por el hecho, en especial, de haber transmitido a usted, en comparación con los otros clientes, muchos más conocimientos acerca de la justicia y de mi papel en ella. Y ahora debo comprobar que, pese a todo, ¡usted no confía en mí!, ¡usted no facilita mi labor!

¡Qué manera de humillarse ante K.! Ya no tenía ningún miramiento al honor de su profesión, a pesar de ser tan susceptible en lo tocante a la dignidad. Y, ¿por qué actuaba así? Se diría que era un hombre muy ocupado en el ejercicio de su carrera; siendo rico, por añadidura, no podía dar demasiada importancia a la falta ni a la pérdida de un cliente. Además, era enfermizo, y hubiera debido pensar en aligerarse un poco el trabajo. No obstante, ¡se aferraba a K.!, ¿por qué razón?, ¿por simpatía personal para con el tío?, o bien, ¿consideraba el proceso de K. como algo

extraordinario que le permitiría destacar ora ante K. ora (posibilidad que nunca habría que excluir) ante sus amigos y la justicia?

A K. la actitud del abogado no le decía nada, por más que lo escudriñaba a fondo. Podía pensarse que el Maestro Huid disfrazaba sus sentimientos con la expresa intención de observar el efecto de sus palabras. Sin duda, el abogado interpretó el silencio de K. mucho más a favor suyo, pues prosiguió en estos términos:

—Habría observado, seguramente, que, no obstante la importancia de mi bufete, carezco de secretario. En otras épocas era diferente; hubo un tiempo en que hacía trabajar a varios juristas jóvenes; hoy en día trabajo solo. Por un lado, se debe a un nuevo giro de mi clientela, puesto que me dedico más y más a casos semejantes al suyo; por otro, a la experiencia que he ido acumulando en tales asuntos. Me convencí que no podía confiar a nadie el cuidado de estos trabajos sin correr el riesgo de faltar contra mi clientela y contra los deberes que me había impuesto. Pero, para hacer todo por mí solo, conforme había resuelto, estuve obligado a rechazar casi todas las peticiones de quienes venían a mi encuentro, y sólo pude ya acceder a los deseos de quienes me inspiraban un gran interés. Bien, continuemos: sin ir más lejos, se podría encontrar muchos individuos que se precipiten tras las mínimas migajas mías. Por exceso de trabajo he caído enfermo. Pese a todo, no me arrepiento de mi decisión. Tal vez debiera haber rehusado aceptar tantas causas, contrariamente a como lo hice, pero, en cualquiera de los casos he tenido la satisfacción de comprobar que fue un gran acierto el hecho de darme completamente a aquellas de las cuales acepté hacerme cargo: el triunfo corona mis esfuerzos. Cierta día leí una bella fórmula que marca perfectamente la diferencia que hay entre el abogado de las causas comunes y el de las causas a las que me dedico ahora. Aquel conduce a su cliente hasta su juicio mediante un hilo; el otro, lo toma a cuestras desde un principio, y lo lleva sin soltarlo hasta el juicio y aun más lejos. Y es así. Pero, probablemente he de haberme equivocado un poco al decir que jamás me arrepiento de esta enorme tarea. Cuando uno se percata de que su labor no es apreciada en todo su valor, como en el caso de usted, entonces, claro, se me ocurre lamentarlo.

Tales explicaciones, lejos de convencer a K., le impacientaron más. Presentía, en el tono del abogado, lo que le esperaba si accedía; de nuevo comenzarían los intentos de darle ánimos; se le seguiría diciendo que el recurso avanzaba, que los funcionarios de la justicia parecían bien dispuestos, pero que surgían enormes dificultades... En suma, saldría a relucir por centésima vez lo que sabía hasta la saciedad; se le volvería a ilusionar con falsas esperanzas y se le atormentaría nuevamente con amenazas imprecisas. Había que terminar de golpe. Por eso reclamó:

—De continuar usted haciéndose cargo de mi proceso, ¿qué se propone emprender en defensa mía?

El abogado se resignó a esta pregunta hiriente y respondió:

—Continuaré las gestiones que ya emprendí en favor de usted.

—¡Exactamente lo que suponía! —exclamó K.—. Está demás insistir.

—Intentaré aún algo más —dijo el abogado, como si él fuese quien debía de soportar las molestias de las cuales se quejaba K.—. Creo que, de hecho, si usted ha llegado a juzgar mal el valor de mi auxilio jurídico, y, aún más en general, a conducirse de la manera como lo hace en este asunto, es porque se le han prodigado demasiadas atenciones, siendo como es un inculpado; o de pronto porque se le ha tratado con negligencia. No faltaron razones; mas, por lo regular, es preferible estar encadenado que libre. Si usted presenciara la forma en que se procede con los demás acusados, ello le serviría, quizá de lección. Va usted a comprobarlo; llamaré a Block. Abra la puerta y ocupe un lugar aquí, junto a la mesita de noche.

—Con mucho gusto —dijo K., e hizo lo que el abogado le pedía.

Cuando se trataba de aprender algo, siempre estaba dispuesto. Pero, no queriendo dejar nada en el aire, preguntó aún al Maestro Huid:

—Ya sabe usted que le retiro el cargo de representarme. ¿Verdad?

—Sí —respondió el abogado—; pero es una decisión que puede usted rectificar hoy mismo.

El abogado se metió de nuevo en la cama; extendió el edredón hasta la altura de sus rodillas, y se volvió hacia la pared. Luego, tocó el timbre.

Leni acudió al momento; lanzó un golpe de vista rápido, tratando de averiguar lo que había ocurrido: el hecho de que K. estuviese, dueño de sí, a la cabecera del Maestro Huid, le pareció bastante tranquilizador. K. la miró fijamente. Ella le prodigó una sonrisa.

La joven, en vez de ir al encuentro de Block, le llamó a voces desde la puerta:

—¡Block!, ¡el abogado!, ¡pronto!

En seguida, aprovechándose de que el Maestro Huid estaba de cara a la pared, sin poner atención en lo que ocurría a su derredor, ella se deslizó detrás de la silla de K. A partir de aquel momento no dejó de importunarlo, ora inclinándose sobre el espaldar de la silla, ora acariciándole el cabello y las mejillas, con mucha ternura, realmente, y precaución. K., habiendo agotado la paciencia, trató de impedirsele atrapándola de una mano hasta que, después de cierta resistencia, ella optó por abandonarlo.

Block había acudido en cuanto se le hubo llamado, pero se quedó en el umbral, indeciso sobre si debía entrar. Mantenía las cejas alzadas e inclinaba la cabeza en actitud de espera, aguardando, seguramente, que la orden fuese repetida.

K. hubiera querido darle valor para que se acercase; pero se había propuesto romper definitivamente, no sólo con el abogado, sino con toda la casa; de ahí que permaneciera inmóvil. Leni, por su parte, estaba callada. Block, al ver que después de todo no se le echaba, entró de puntitas, ansioso, con las manos, crispadas, puestas detrás de la espalda. Había dejado la puerta entreabierta, para salir con rapidez a la primera voz de alerta. No vio a K. Su vista estaba fija en lo alto del edredón, por encima del cual tampoco podía percibir al Maestro Huid, pues este se hallaba arrinconado contra la pared. De pronto, el abogado hizo oír su voz:

—Block, ¿está aquí?

La pregunta alcanzó a Block, que ya había avanzado, a mitad de su pecho y, también, de su espalda; se tambaleó y, deteniéndose, con la espina dorsal encorvada, dijo:

—Para servir a usted.

—¿Qué quieres? —le preguntó el abogado—. Vienes en mal momento.

—Y, pues, ¿no me han llamado? —preguntó Block, interrogándose más bien que interrogando al abogado.

Ahora tenía las manos hacia arriba, como para protegerse, y se mantenía alerta, para levantar el vuelo.

—¡Se te ha llamado, sí, pero esto no quiere decir que no hayas venido en mal momento! —vociferó el abogado y, tras una pausa, añadió—: Siempre vienes en mal momento.

Desde que el abogado empezó a hablar, Block ya no miraba hacia la cama; sus ojos se perdían contemplando un rincón cualquiera de la estancia; sólo una que otra vez paseaba la vista por encima del edredón, como si la mirada que el abogado le lanzaba de reojo a intervalos le deslumbrara demasiado. También, porque no le era menos difícil oír, pues el Maestro Huid hablaba contra la pared, en voz baja y aceleradamente.

—¿Desea que me retire? —preguntó Block.

—Ya que estás aquí —dijo el abogado—, puedes quedarte.

Cualquiera se hubiese figurado que con esas palabras el abogado había complacido a su cliente; sin embargo, la reacción de Block fue a la inversa, pues se puso a temblar como si le hubiera amenazado con apalearlo.

—Ayer me entrevisté —dijo el abogado— con el tercer juez, amigo mío, y poco a poco fui llevando la conversación hacia tu asunto. ¿Quieres saber lo que me dijo?

—¡Oh, sí, se lo suplico! —exclamó Block.

Y como el abogado no se decidió a seguir hablando, él insistió en su ruego, doblándose como si fuera a ponerse de rodillas.

Entonces, K. lo reprendió secamente:

—¿Qué haces, eh?

Y como Leni había tratado de no dejarle hablar más, K. le tomó la otra mano, no precisamente por una demostración amistosa, sino con fuerza, hasta que ella se puso a lloriquear, buscando la manera de escapársele.

Block fue quien pagó las consecuencias por la intervención de K.

—¿Quién es tu abogado? —le preguntó el Maestro Huid.

—Usted —respondió Block.

—Y aparte de mí, ¿quién más? —volvió a preguntar el abogado.

—Nadie —afirmó Block.

—No obedezcas, pues, a nadie más que a mí —le ordenó el Maestro Huid.

Block aceptaba todo; barrió con la mirada a K., maliciosamente, y sacudió la cabeza.

De haber analizado con palabras aquella actitud, se habría tenido que recurrir a soeces insultos. ¡Y pensar que fue precisamente con ese hombre con quien K. había querido hablar de su propio asunto!

—No te molestaré más —dijo K., apoyado en el respaldo de su silla—. Híncate, arrástrate a cuatro patas, haz cuanto quieras; me tiene sin cuidado.

No obstante, Block tenía sentido del honor, al menos ante K., pues avanzó hacia él, agitando los puños, y le alzó la voz lo más que podía atreverse en presencia del abogado:

—A usted no le asiste el derecho de hablarme de este modo; no se lo permito. ¿Por qué me ofende de tal forma, aquí, para colmo, delante del señor abogado que sólo nos tolera, a usted y a mí, por lástima? ¡Usted no es ningún superior mío!, ¡usted también es un acusado, tiene igualmente un proceso! Pero, si a pesar de eso se considera todavía un señor, también yo soy un señor y tan importante o más que usted. Y quiero que se me trate como tal, especialmente usted. Asimismo, si se considera el preferido, porque tiene el privilegio de permanecer sentado aquí, y de escuchar tranquilamente, dispuesto a que me arrastre a gatas, como usted ha querido decir, le recordaré el antiguo dicho: «para el hombre sospechoso, es mejor la actividad que el descanso, pues aquel que descansa siempre corre el riesgo, sin sospecharlo, de encontrarse en la balanza con el peso de todos sus pecados».

K. no dijo nada más; se hallaba asombrado ante la turbulencia del cliente. ¡Cuántas veces aquel hombre había cambiado de actitud en sólo la última hora! ¿Sería el proceso lo que le hacía tambalearse de un lado al otro, sin que le permitiese distinguir un amigo de un enemigo?, ¿no se daba cuenta que el abogado lo humillaba con el único fin de hacer alarde de su autoridad frente a K.? O, quizá, pretendía someterle. Pero si acaso Block no era capaz de caer en la cuenta de una u otra intención, o si el abogado le atemorizaba tanto que de nada le servía percibirlo, ¿cómo podía conservarse, pese a todo, tan maligno y tan astuto para engañar al abogado, sin descubrirle a todos los demás, aparte de él, a quienes había encargado que le auxiliaran? Y, ¿cómo se atrevía a lanzarse contra K., el cual podía, a cada momento, revelar su peligroso secreto? Mas su osadía fue aún peor: acercándose hacia la cama del Maestro Huid, elevó hasta él su queja contra K.:

—Señor abogado —empezó por decir—: ¿Ha oído usted en qué forma me ha hablado este hombre? Pueden contarse las horas que ha durado su proceso y pretende ya darme consejos, a mí, que tengo el mío desde hace cinco años. Incluso, se atreve a ofenderme. No tiene idea de nada y me insulta, a mí que he estudiado minuciosamente, tanto como mis débiles fuerzas me lo permiten, todo cuanto demandan las conveniencias, así como los deberes y las tradiciones judiciales.

—No te preocupes por nadie —le dijo el abogado—. Tú haz lo que creas justo.

—¡Naturalmente! —exclamó Block, dándose ánimos y lanzando una veloz mirada burlona hacia K., después de lo cual se arrodilló cerca de la cama y añadió—: ¡Estoy de rodillas, mi abogado!

El Maestro Huid enmudeció. Block acariciaba discretamente el edredón con una mano. En medio del silencio que reinaba en la estancia, Leni, liberándose de las manos de K., exclamó:

—¡Me haces daño!, ¡déjame! Me voy con Block. Leni fue junto a Block, sentándose en la orilla de la cama. Él se mostró muy satisfecho al verla allí, y le rogó, mediante gestos y zarandeos, mediar por él cerca del abogado. Se hacía evidente que necesitaba oír las declaraciones del Maestro Huid, si bien su interés era únicamente para que las aprovecharan los demás defensores. Leni debía saber de qué manera atraerse al abogado. Ella señaló la mano del Maestro Huid, y le acercó los labios para inducir al otro a que depositara en ella su beso. De inmediato Block besó la mano del abogado, y aun lo repitió por segunda vez a indicación de Leni.

El abogado continuaba silencioso. Entonces, Leni se inclinó sobre él, y con el movimiento se marcaron las magníficas formas de su cuerpo: al quedar casi rozando el rostro del Maestro Huid, ella acarició su larga cabellera blanca. El gesto logró sacar de su mudez al anciano.

—Temo decírselo —y dejó ver su cabeza con un ligero movimiento, quizá para solazarse con la presión de la mano de Leni.

Block escuchaba con la cabeza baja, como si estuviera haciendo algo prohibido.

—¿Por qué tiemblas? —preguntó Leni.

K. tenía la sensación de oír un diálogo previamente ensayado, que debió haberse repetido y se repetiría aún a menudo, y que no podía ofrecer interés más que a Block.

—¿Cómo se ha portado hoy? —preguntó el abogado, en vez de responder.

Antes de hablar, Leni fijó la mirada en Block y observó cómo este tendía los brazos hacia ella y retorció las manos en un ademán de súplica. Al cabo, ella meneó la cabeza con suma seriedad y, volviéndose de nuevo de cara al abogado, aseguró:

—Ha estado tranquilo; ha trabajado mucho.

¡Era un viejo negociante el que estaba allí, un hombre con luengas barbas, que suplicaba a una joven le acordara una buena calificación! Cualesquiera que fuesen sus reservas mentales, nada podía justificarlo a los ojos de quien presenciase aquella escena, que también a él envilecía. Tal era el resultado que el Maestro Huid perseguía con su método, al cual K., por fortuna, no había estado expuesto sino poco tiempo; el cliente terminaba por olvidar al mundo entero, arrastrándose constantemente por aquel camino tortuoso, con la esperanza de llegar al final de su proceso. De cliente había pasado allí a ser el perro del abogado. Si este le hubiera pedido meterse debajo de la cama y ladrar como desde el fondo de una perrera, lo hubiese hecho con gusto.

K., al escuchar, pesaba las palabras y se mantenía por encima de la escena, como si estuviera encargado de captar todo cuanto allí se hablase para darlo a conocer en esferas superiores.

—¿Qué ha hecho durante todo el día? —preguntó el abogado.

—Con objeto de que no me estorbase —respondió Leni—, lo he encerrado en el cuarto de servicio donde suele estar de costumbre. De vez en cuando lo he podido observar por el tragaluz. Se encontraba siempre hincado de rodillas sobre su cama; había puesto en el borde del tragaluz los escritos que le prestaste, los cuales estuvo leyendo. Esto me dio buena impresión, pues el cristal no da sino a un patio sombrío en el que casi no hay luz. Como sea que, pese a ello, Block leía, considero esto una gran prueba de docilidad.

—Me complace esta noticia —dijo el abogado. Pero ¿ha leído con inteligencia?

Durante todo este diálogo, Block movía los labios de continuo; sin duda, iba pronunciando las respuestas que esperaba de Leni.

—No puedo responder con precisión —declaró Leni—. En todo caso, observé que leía seriamente. Una y otra vez repetía la misma página siguiendo con el dedo línea por línea. Siempre que lo miré, lanzaba suspiros como si la lectura le causara gran esfuerzo. Los escritos que le has prestado deben ser de muy difícil comprensión.

—Sí —confirmó el abogado—, lo son. Tampoco creo que él comprenda una palabra de ellos. Sólo están destinados a darle una idea de lo difícil que es la lucha en la que me bato para su defensa. Y, ¿para quién me he lanzado en ese duro combate? Para, es casi ridículo de decir, para un tal Block. Es necesario que él se dé cuenta de lo que significa eso. ¿Ha estudiado sin detenerse?

—Casi sin detenerse —respondió Leni—. Una sola vez me ha pedido agua para beber. Le pasé el vaso por el intersticio. Luego, a las ocho, lo dejé salir y le di a comer un bocado.

Block examinó a K. ligeramente con la mirada, envanecido de que aquello que acababa de referir de él fuese algo así como grandes proezas que debían impresionar mucho a los oyentes. Parecía pleno de esperanzas; recuperó un poco de soltura; se movía una y otra vez sobre sus rodillas. Y fue aún más sorprendente el ver cómo las próximas palabras del Maestro Huid le dejaban pasmado.

—Tú lo alabas —dijo efectivamente el abogado—; pero es precisamente eso lo que me dificulta expresarme. El juez no se ha pronunciado de un modo favorable con respecto a Block ni a su proceso.

—¿No se ha pronunciado a favor?, ¿cómo es posible? —preguntó Leni.

Block la miró con tanta intensidad, que se hubiera dicho que le atribuía la virtud de convertir a su favor las palabras que, no obstante, el juez había soltado después de tanto tiempo.

—No —volvió a decir el Maestro Huid—; no se ha pronunciado a su favor. En su semblante se traslucía la sorpresa desagradable cuando me referí a Block: «No me hable de Block», me dijo. «Es mi cliente», le respondí. Y él me dijo aún: «Deja que abuse de usted». «No lo creo —repliqué—, Block trabaja con mucho ahínco en su proceso, no deja de ocuparse de su asunto; vive prácticamente en mi casa, para mantenerse al tanto. No se suele encontrar tanto interés. Es indiscutible que,

personalmente, es más bien desagradable: tiene feos modales y es sucio, por añadidura; pero desde el punto de vista pleitista es irreprochable». Al decir «irreprochable», exageré intencionalmente. Él me respondió: «Block es simplemente astuto. Ha ido acumulando mucha experiencia y sabe cómo dar largas a su proceso. Pero su ignorancia es mucho mayor que su astucia. ¿Qué diría si él supiera que su proceso no ha comenzado todavía, que la campanilla para abrir la causa no ha sonado siquiera?». ¡Quieto, Block! —exclamó, pues este hacía el intento de enderezarse sobre sus rodillas temblorosas para dejar oír, seguramente, la súplica de una explicación.

Por primera vez el abogado se refería a Block con claridad. El Maestro Huid miraba con una expresión de cansancio, tan pronto al vacío como a Block, el cual se desplomó lentamente sobre sus rodillas, abatido por aquella mirada.

—Lo que el juez haya dicho —continuó el abogado— no tiene importancia alguna para ti. No te asustes por la mínima expresión. Si ello vuelve a ocurrir, no te diré nada más. No puede uno soltar una frase sin que en seguida nos mires como si se pronunciara tu sentencia. ¡Hace enrojecer, la conducta de mi cliente!, ¡quebranta la confianza que había puesto en mí! ¿Qué quieres?, ¿no estás aún con vida?, ¿no te encuentras todavía bajo mi protección? ¡Estúpido miedo! Has sacado no sé de dónde, que, en muchos casos, la sentencia viene de improviso, pronunciada por no importa quién; con las debidas reservas, tampoco deja de ser cierto, naturalmente; sin embargo; es del todo exacto que tu preocupación me repugna, y que veo en ello una deplorable falta de confianza. ¿Qué fue, pues, lo que dije? He repetido las palabras de un magistrado. Sabes bien que son muchas y muy diversas las opiniones que se acumulan en derredor de un litigio. Dicho juez, por ejemplo, inicia el proceso en un momento distinto al mío. Hay diferencias en los puntos de vista: eso es todo. Conforme a la antigua costumbre, en un momento dado del proceso suena la campana. Entonces, en opinión de aquel juez, es cuando se inicia el proceso. No puedo decirte ahora todas las razones que impugnan esta opinión; por otra parte, no las entenderías. ¡Basta con que sepas que son muchos los argumentos que la invalidan!

En plena turbación, Block empezó a rascar la piel de la alfombrilla de cama. Su temor ante las declaraciones del juez le hacía olvidar, de repente, la esclavitud en que se encontraba con respecto al abogado; imbuido de sus propios pensamientos, daba vueltas en torno a las palabras del juez.

—¡Block! —exclamó Leni, en tono de reprimenda, tirándolo ligeramente hacia arriba por el cuello de su chaqueta—, ¡deja esa piel de animal y pon atención a lo que dice el abogado!

K. no podía comprender cómo su defensor pudo imaginar que le atraería con toda aquella representación teatral. Ello hubiese sido suficiente, si no hubiera tenido la intención desde antes, para no regresar.

CAPÍTULO IX

EN LA CATEDRAL

K. tuvo que hacerse cargo de mostrar algunos monumentos artísticos a un cliente muy fructuoso para el Banco, el cual venía por primera vez a la ciudad. En otras épocas le habría realmente honrado aquella misión; actualmente, la aceptó contrariado. De hecho, no lograba conservar su prestigio en el Banco sino a costa de los más grandes esfuerzos. Cada hora que transcurría estando fuera de la oficina le ocasionaba enormes conflictos. Tampoco le era posible, como antes, sacar provecho de las horas de trabajo, pues dejaba correr el tiempo simulando estar ocupado. Su preocupación era mucho más intensa cuando no estaba en el Banco. Se le figuraba, entonces, ver al subdirector, que siempre estaba al acecho, introducirse en la oficina por breves momentos, sentarse frente a su escritorio, hurgar en sus papeles, recibir uno u otro cliente con el cual K. mantenía relaciones casi amistosas a través de los años, desviándolo de su consejero habitual y descubriendo en el trabajo del apoderado esos errores de los cuales K. se sentía, ahora, amenazado por todas partes, y que ya no podía eludir. Por eso siempre que le encargaban salir con el fin de visitar a un cliente o para emprender un corto viaje, lo que últimamente se había repetido por una mera coincidencia, él pensaba, así fuera muy honrosa la misión, que no se buscaba sino alejarlo para controlar su trabajo o que se pensaba prescindir de él con facilidad. Por otra parte, habría podido, sin problemas, rehuir esas comisiones, pero no se atrevía, ya que, por leve que fuera el fundamento de sus temores, lo hubiera delatado al rehusar. De ahí que en cada ocasión aparentaba aceptar de buen grado estas salidas. En la víspera de un pesado viaje de dos días, había disimulado un fuerte resfriado, a fin de evitar que fueran a reemplazarlo, tanto más por cuanto hacía mal tiempo. Fue a su regreso, desesperado por la neuralgia, que se enteró que lo destinaban a acompañar a un poderoso cliente italiano. Esta vez sintió la tentación de negarse rotundamente, con tanta más razón puesto que no se trataba de un trabajo puramente profesional; sin embargo, el deber de cumplir con la relación social tenía, claro está, gran importancia, pero no precisamente para él, pues, muy aparte de la satisfacción mundana, sabía muy bien que no podía sostenerse gracias al éxito en los negocios y que, si no lograba obtenerlo, nadie le tomaría en cuenta el hecho de haber proporcionado momentos de arrobamiento a ese señor venido de Italia; lo que él deseaba era no alejarse un solo día del escenario de su trabajo, temiendo demasiado que no pudiera volver a entrar; temor que consideraba en extremo exagerado pero que le atormentaba a pesar de todo. Sin embargo, no halló ningún pretexto que fuera

acertado. Sus nociones de italiano no eran suficientes para guiar a un turista; su mayor desdicha era que en el Banco sabían de sus conocimientos artísticos, cuya importancia habían exagerado al enterarse que en una época fue miembro del comité de protección de monumentos artísticos de la ciudad, por razones de negocio. Se supo, también, que el italiano visitante era un gran aficionado al arte. Así pues, encontraron muy natural escoger a K. para que lo acompañase.

Aquella mañana el tiempo estaba cargado y lluvioso cuando K. llegó a la oficina, molesto ya por el día que le esperaba. Había ido a las siete de la mañana, para tener tiempo de despachar siquiera algo mientras aguardaba a su visitante. Se sentía muy agotado, por haber pasado la mitad de la noche repasando una gramática italiana para ponerse al corriente, y la ventana en cuyo reborde solía sentarse desde algún tiempo le atraía mucho más que el escritorio; mas no se dejó vencer por la tentación y decidió poner manos a la obra. Desafortunadamente, el ordenanza se presentó en aquel momento para anunciar que el director lo enviaba a ver si el señor apoderado estaba ya allí, y le pedía que tuviera la gentileza de acudir al salón de recepciones, en donde lo esperaba el señor de Italia.

—Voy en seguida —dijo K.

Introdujo en su bolsillo un pequeño diccionario, se colocó bajo el brazo un álbum de curiosidades de la ciudad, que había preparado en honor del extranjero, y se encaminó hacia la oficina del director, pasando por la del subdirector. Se sentía satisfecho de haber venido tan temprano y poder encontrarse en el acto a disposición del Banco, pues no era totalmente de esperarse encontrarlo allí tan de mañana. Naturalmente, el despacho del subdirector estaba aún tan desierto como a media noche. El ordenanza debió haber ido allí seguramente, a buscar a su jefe, sin encontrar ningún mortal.

Al entrar K. en el salón, los dos señores abandonaron los confortables sillones en los que estaban sentados; el director sonrió con toda amabilidad, mostrándose sumamente complacido de la llegada de K., e hizo de inmediato las presentaciones. El italiano apretó con fuerza la mano de K., y comentó acerca de alguien que se levantaba al canto del gallo. K. no entendió con quién estaba relacionada aquella alusión; el italiano empleó un vocablo raro cuyo sentido no captó hasta un rato después. K. respondió con algunas frases de cortesía; el extranjero las escuchó riéndose aún, mientras acariciaba con nerviosismo su gran bigote de un gris azulino. Ese bigote, sin duda, estaba perfumado; casi incitaba a uno a tocarlo y olerlo. Una vez estuvieron sentados y se inició la conversación K. se dio cuenta con gran desaliento que sólo entendía al italiano por momentos. Cuando aquel señor hablaba despacio, le entendía casi todo, pero sólo era algo excepcional; la mayor parte del tiempo las frases brotaban de sus labios como un torrente; simultáneamente, meneaba la cabeza como si estuviera maravillado. Otras veces cuando hablaba con rapidez, se embrollaba por lo regular en un dialecto que, en opinión de K., no tenía nada de italiano. Era sorprendente que el director lo entendiera y hablase hasta con soltura, lo

cual K. pudo haber previsto, pues el cliente era del sur de Italia, donde el director había vivido algunos años. K. se dio cuenta que le sería muy difícil entenderse con el extranjero, pues el francés que este hablaba era aún menos inteligible que su italiano; además, aquel bigote no permitía ver el movimiento de los labios, lo que hubiera ayudado a quien lo oía. K. comenzó a presentir una serie de dificultades; sin embargo, renunció, por el momento, a tratar de comprender, pues en presencia del director, que con tanta facilidad lo entendía, su esfuerzo habría sido inútil, y se conformó con observar con un aire triste la postura del italiano, hundido en su sillón; de cuando en cuando daba tirones a su chaqueta corta y ajustada; algunas veces, levantando los brazos y agitando las manos, describía algo. K. que no llegaba a interpretar aunque se inclinaba hacia adelante para observar con más atención. Al cabo, K. se sintió de nuevo fatigado y optó por seguir sólo con la mirada los movimientos en los cambios de turno de la conversación y, con gran terror por su parte, se dio cuenta de que, distraídamente estuvo a punto de ponerse de pie, dar media vuelta y partir, de tan fastidiado que estaba. Mas el italiano, habiendo consultado su reloj, abandonó su asiento con increíble rapidez, se despidió del director y se acercó tanto a K. que este tuvo que retroceder su sillón para poder moverse con libertad. El director, adivinando en la expresión de K. la gran angustia que sentía frente al italiano, se mezcló en la conversación y, con toda delicadeza, daba la impresión de que sólo añadía algunos consejos, siendo que en realidad explicaba a K., en pocas palabras, todo lo que decía el cliente, el cual no dejaba de interrumpirlo.

Entonces, K. se enteró que el italiano tenía aún algunos asuntos pendientes y que, por falta de tiempo, sacrificaba la intención de visitar todas las curiosidades; prefería, si K. opinaba lo mismo, pues a él correspondía la última palabra, limitarse a visitar la catedral, pero enteramente. Expresaba su gran satisfacción al tener la oportunidad de realizar esa visita en compañía de una persona tan amable como instruida, refiriéndose a K. Desafortunadamente, K. no trataba de escucharle, sino sólo de captar al vuelo las palabras del director. El italiano rogaba que tuviese la gentileza de acudir a la catedral dos horas más tarde, esto es, a las diez aproximadamente, si le convenía esa hora. Él esperaba que podría llegar con seguridad a tiempo.

K. respondió en sentido afirmativo, como era de esperarse; el italiano estrechó la mano del director; después la de K., una vez más al director, y partió escoltado por los dos señores; no se volvió hacia ellos sino a medias, pero no dejaba de hablar. Al llegar a la puerta, K. permaneció aún unos minutos a solas con el director, que tenía aspecto más enfermizo ese día y que se sintió obligado a pedir disculpas a K. Manteniéndose muy cerca suyo, le dijo que al principio tuvo intención de acompañar personalmente al italiano, pero que consideró preferible, sin exponer razones más precisas, enviar a K. También le dijo que si K. no entendía bien al visitante en los primeros momentos, no fuera a desconcertarse, pues no tardaría en lograrlo, y que si no podía captar todas las palabras tampoco sería una gran desgracia, pues el italiano

no concedía mucha importancia al hecho de ser comprendido. Por otra parte, K. hablaba un magnífico italiano y saldría maravillosamente adelante en el asunto. Fue después de estas palabras cuando K. se retiró.

El tiempo que le quedaba lo empleó en buscar en el diccionario y anotar en una libreta de apuntes las palabras raras que le eran necesarias para la descripción de la catedral. Aquel trabajo resultaba muy molesto: ordenanzas que traían correspondencia; empleados que venían para hacerle preguntas y que, al ver a K. sumido en su tarea, se quedaban en un umbral de la puerta, sin retirarse antes de que se les hubiera escuchado; con respecto al subdirector, no queriendo este desperdiciar la ocasión de estorbar a K., se introducía a cada momento, le arrebatava el diccionario y lo hojeaba sin motivo alguno; había clientes que aparecían en la penumbra de la antesala, cada vez que la puerta se abría, y se inclinaban indecisos, pues querían llamar la atención pero no estaban seguros de que se les viese. En ese diminuto mundo del cual K. era el centro, todo se transformaba en derredor suyo mientras él reunía los vocablos que iba a necesitar, localizándolos en el diccionario, ejercitándose en la pronunciación y, por último, haciendo el intento de retenerlos en la memoria; pero esta, tan buena en otros tiempos, parecía haberlo abandonado. Por momentos se apoderaba de él una furia tal en contra de aquel italiano que le ocasionaba semejante trabajo, que enterraba su diccionario bajo los papeles, con la firme resolución de terminar con el entrenamiento; sin embargo, no tardaba en reconocer que no podría quedarse ante las obras de arte de la catedral dando vueltas, sin decir nada, al lado del extranjero. Entonces volvía al diccionario, aún con más ímpetu. A eso de las nueve y media, justo en el momento en que iba a irse, sonó el teléfono: era Leni que quería saludarlo y saber noticias suyas; K. le dio las gracias rápidamente y, asimismo, le dijo que no podía seguir hablando porque debía ir a la catedral.

—¿A la catedral? —preguntó Leni.

—Sí, a la catedral —aseguró K.

—¿Por qué a la catedral?

K. se esforzó en explicárselo con suma rapidez, pero, de buenas a primeras, Leni le interrumpió, exclamando:

—¡Te hostigan!

Esta compasión, sin que él la pidiera ni la esperase, no le gustó; se despidió, pues, en dos palabras y al colgar el receptor dijo por lo bajo, mitad para consigo y mitad para la joven, a pesar de que ya no le oía: «¡sí, es verdad, me hostigan!».

Sin embargo, los minutos transcurrían y ahora casi corría el riesgo de llegar tarde. Se metió en un coche; a tiempo se acordó de la colección de fotografías, que por la mañana no había tenido tiempo de entregar al italiano, y fue por ellas. Las conservó sobre sus rodillas y durante todo el trayecto no dejó de repiquetear con nerviosismo sobre el álbum. Aun cuando la lluvia aminoró un poco, el día era frío, húmedo, y sombrío. En la catedral habría poca luz, y con la prolongada permanencia sobre las glaciales losas, el resfrío de K. empeoraría mucho.

La plaza de la catedral se hallaba desierta. K. recordó que cuando era niño ya había notado que todas las ventanas de las casas de esa angosta plaza tenían siempre las persianas bajas. Con el mal tiempo que hacía aquel día eso era más comprensible. La catedral parecía tan desierta como la plaza; a nadie se le ocurría ir ahí a esa hora. Recorrió las naves laterales y sólo encontró a una anciana que, abrigada con su chal, estaba de rodillas ante la imagen de la Virgen. A lo lejos avistó un sacristán cojo, que desapareció tras una puerta en la pared. K. había llegado puntual, justo cuando el reloj daba las diez; el italiano todavía no estaba ahí. Así pues, regresó hasta la entrada principal; pasmado, esperó unos instantes; luego, bajo la lluvia, dio una vuelta en torno a la catedral para comprobar si el cliente del Banco le esperaba por casualidad en alguna de las otras puertas. No estaba en ninguna parte. ¿Se habría confundido en la hora el director?, ¿quién iba a entender a ese italiano! Como quiera que fuese, lo primero que debía hacer, por lo pronto, era esperar al menos una media hora. Se sentía cansado y deseaba sentarse; entró en la catedral; allí encontró, en un peldaño, un pedazo de alfombra, el cual fue empujando con la punta del zapato hasta el pie de la banca inmediata; se ajustó más al cuerpo su abrigo, alzándole el cuello, y se sentó. Para distraerse, abrió el álbum y se puso a hojearlo; bien pronto tuvo que renunciar a ello, pues era tanta la obscuridad que no se podía distinguir el menor detalle ni de la nave lateral más cercana. En la lejanía resplandecía sobre el altar mayor un enorme triángulo de llamas de cirio. K. no habría podido decir si las había visto antes. Tal vez acababan de encenderlas. Los sacristanes suelen ser silenciosos por oficio, no se les advierte. Al volverse, casualmente, percibió a corta distancia detrás suyo, contra una columna, un gran cirio que también ardía. Por mucha luz que dieran no alcanzaban a iluminar las esculturas, pues la mayoría de ellas se encontraba a la sombra de las naves laterales; aquellas luces no hacían sino acrecentar la obscuridad. El italiano tuvo tan buen juicio como falta de cortesía al actuar de aquel modo, no acudiendo: no habrían podido ver nada. Hubieran estado forzados a examinar algunas estatuas, palmo a palmo, con la lámpara de bolsillo que K. llevaba consigo.

A fin de cerciorarse cómo resultaba aquel sistema, K. se dirigió hacia una pequeña capilla lateral y subió unas gradas; inclinándose sobre la balaustrada de mármol, iluminó las figuras que resaltaban en bajo relieve. Se había formado un contraste entre las luces del tabernáculo y de la lamparilla. Lo primero que vio y que en parte adivinó fue un caballero revestido de armadura, esculpido en bajorrelieve sobre uno de los bordes. Estaba apoyado en su espada, clavada delante de él en la tierra casi yerma, pues no brotaba en ella más que una que otra hierba a la distancia, de trecho en trecho, y parecía observar fijamente una escena que debía deslizarse ante sus ojos. Tal vez hacía guardia. Siendo que K. no había visto en mucho tiempo figuras en bajorrelieve, tardó en examinar al caballero, si bien tenía que parpadear constantemente, pues no podía soportar el verde fulgor de su lámpara. Luego, paseando el rayo de luz por las otras partes del retablo, descubrió una sepultura,

conforme al modelo usual y que, por otra parte, era de ejecución reciente. En seguida, guardó su lámpara y regresó a su anterior ubicación.

Parecía inútil esperar aún al italiano; afuera llovía, sin duda intensamente, y, como fuera que para K. hacía menos frío, dentro del templo, de lo que había supuesto, resolvió quedarse en él por el momento. Cerca suyo se elevaba el gran púlpito. Sobre su diminuto techo redondo estaban dispuestas oblicuamente dos cruces de oro, llanas, que se rozaban en la punta. El revestimiento exterior del apoyo y la sección que separaba la plataforma de la columna estaban adornados de pámpanos tiernos entre los cuales campeaban unos angelitos retozones. K. se acercó al púlpito y lo observó por todos sus lados. La escultura de la piedra estaba sumamente trabajada; la sombra entre el follaje y la que este proyectaba hasta el fondo daban la impresión de estar incrustadas en el relieve; K. introdujo su mano en uno de aquellos hoyos y palpó la piedra con suma suavidad; nunca había reparado en la existencia de aquel púlpito.

De súbito, le llamó la atención, detrás de la primera fila de bancas, un pertiguero que se hallaba de pie, con su larga túnica negra flotante, y observaba una tabaquera que sostenía en su mano izquierda. K. se preguntaba: «¿qué querrá este hombre?, ¿le pareceré sospechoso?, ¿esperará una propina?». El pertiguero advirtió que K. lo había visto y, con el índice, que contra el pulgar aprisionaba una brizna de tabaco, le señaló un lugar, sin que K. acertase a ver. La actitud de aquel hombre se le hacía incomprensible; dejó transcurrir unos momentos, pero el pertiguero insistía en su ademán, reforzándolo con enérgicos movimientos de cabeza.

—Y, pues, ¿qué quiere? —dijo por lo bajo, como para sí.

No atreviéndose a levantar la voz en aquel lugar, sacó del bolsillo su portamonedas y cruzó la primera hilera de bancas para acercarse al hombre. Este hizo con la mano un ademán negativo, alzó los hombros y se fue, cojeando. Iba caminando de una manera parecida a la de K. cuando, siendo niño, trataba de imitar, cojeando rápido, el movimiento de un jinete montado en su caballo. «¡Qué ingenuo —pensó—, tiene apenas la inteligencia necesaria para el servicio de la iglesia! ¡Cómo se detiene cuando yo lo hago!, ¡cómo me espía cuando me adelanto!». Fue tras él, sonriendo, a lo largo de toda la nave lateral hasta casi a altura del altar mayor. El viejo no dejaba de mostrarle algo, pero K. se resistía a mirar, pensando que el gesto del pertiguero no tenía otro fin que el de evitar que lo siguiera. Por último, acabó por dejarlo, no queriendo turbar demasiado su quietud; no había que alarmarlo, por si acaso el italiano fuese aún a llegar.

Al pasar de nuevo por la nave central para volver al lugar donde había dejado su álbum, vio contra una columna, que casi rozaba las bancas del coro, un pequeño púlpito suplementario, muy sencillo, de piedra blanca y lisa. Era tan pequeño que, de lejos, parecía un nicho todavía vacío, destinado a una estatua. Un predicador no podría, seguramente, retroceder un solo paso del antepecho. Además, el tornavoz de piedra del púlpito se iniciaba muy por debajo y se elevaba, sin ningún adorno,

siguiendo una curva tan pronunciada que un hombre de mediana estatura no podría mantenerse derecho en la tribuna y se vería forzado a permanecer constantemente inclinado hacia afuera del apoyo. El conjunto parecía organizado para tormento del predicador; era incomprensible para qué podía servir aquel púlpito, disponiendo de otro tan grande y ornado con tanto arte.

Aquel diminuto púlpito no habría sorprendido de tal forma a K. si no lo hubiese visto iluminado por una lámpara como las que suelen encenderse antes del sermón. ¿Habría sermón?, ¿en aquella iglesia deshabitada? K. miró la escalera del púlpito, la cual ascendía en espiral alrededor de la columna, y que era tan estrecha que se hubiera dicho que no fue construida para uso humano sino simplemente como motivo ornamental. K. sonriendo lleno de asombro, vio a un sacerdote que se hallaba allí, con la mano puesta en la barandilla y disponiéndose a subir la escalera, con los ojos fijos en K. y que incluso, le hizo una señal con la cabeza. K., al advertirla, se persignó, inclinándose, lo cual debió haber hecho desde antes. El sacerdote tomó algo de impulso y se puso a subir a pasos cortos y rápidos. ¿En verdad iba, pues, a empezar un sermón?, ¡el sacristán de hacía un momento no era tan falto de inteligencia como parecía!, ¿acaso había querido conducir a K. hacia el predicador, lo que tenía, de hecho, una explicación, dado que la iglesia estaba tan desierta? Pero ¿acaso no había en otra parte, delante de una imagen de la Virgen, una anciana a la que debieron haber atraído hacia allí?, y, si se había de pronunciar un sermón ¿por qué no lo precedían con el órgano? Pero el órgano estaba callado y sólo centelleaba débilmente en lo alto de las tinieblas donde anidaba bajo la bóveda.

K. se preguntaba si no debía darse prisa para marcharse; si no lo hacía en ese momento habría de abstenerse en ello mientras durara el sermón; estaría obligado a quedarse y ¡sería tanto tiempo perdido! Hacía ya mucho rato que debió haberse considerado sin obligación de esperar al italiano; consultó el reloj: marcaba las once. Mas ¿podrían, verdaderamente, predicar en este desierto?, ¿podía K. representar por sí solo a todo el rebaño de fieles? ¿Y si sólo fuese un turista de paso? En el fondo ¿no lo era? No tenía sentido que fueran a predicar ahora, en un día cualquiera de la semana, a las once, con el más horroroso de los tiempos. El abate, ese joven moreno, del rostro rasurado, no podía ser sino un abate, seguramente sólo subía allí para apagar la lámpara encendida por error.

Pero no fue así. Por el contrario, después de examinar la lámpara, subió la mecha; luego se volvió lentamente hacia el apoyo y se salió de su reborde con las dos manos. Por unos momentos permaneció en aquella posición, mirando a su derredor, sin mover la cabeza. K. había retrocedido; ahora se encontraba delante de la primera banca, con los brazos apoyados en el reclinatorio. De modo horroroso vio, en alguna parte, al cuidador, que se acurrucaba tranquilamente, con la espalda encorvada, como alguien que da por terminado su trabajo. ¡Qué silencio el de esa catedral! Sin embargo, K. había de perturbarlo; no tenía la intención de quedarse; si la obligación del abate era venir a predicar en este templo a una hora determinada, sin tomar en

cuenta el público, no tenía más que hacerlo. Lo conseguiría de igual modo aun cuando K. no estuviera allí, pues, la presencia de este único oyente no había de acrecentar en mucho el efecto del sermón. Así pues, K. se puso muy despacio en movimiento, atravesó la nave a lo largo de la banca, caminando de puntillas, llegó al pasillo central y avanzó hacia la salida, sin dificultad, salvo que las losas de piedra resonaban a la menor pisada, y que, además, las bóvedas repetían sordamente el ruido de sus pasos, según las leyes de una incansable progresión, con ecos variados.

Sentíase algo confundido al cruzar, bajo la mirada del cura, esas largas filas de bancas vacías; la magnitud de la catedral le parecía justo en el límite de lo que el hombre puede soportar. Al pasar junto a su anterior asiento, sin detenerse un instante siquiera tomó al vuelo su álbum. Estaba a punto de dejar la zona de las bancas y se iba acercando hacia el espacio libre que le separaba de la salida, cuando oyó por vez primera la voz del sacerdote. Era una voz potente y educada. ¡Cómo resonaba en el templo, tan dispuesto a recibirla! Pero no era a los fieles a quienes el eclesiástico llamaba, no había porqué engañarse con ello ni buscar evasivas; acababa de nombrarlo: «¡Joseph K!».

K. se detuvo al punto, con los ojos bajos. Todavía estaba libre. Podía avanzar y escaparse por una de las tres puertecitas tenebrosas que veía a pocos pasos de él. Eso significaría que él no había entendido o que, al menos, de haber entendido, no le preocupaba lo que pudieran decirle. En cambio, si se volvía sería el fin: estaría atrapado, admitiría haber comprendido tener conciencia de ser a él a quién se llamaba y estar dispuesto a obedecer.

Si el sacerdote hubiera insistido, K. se habría marchado, seguramente; mas, como fuese que el silencio se prolongó tanto tiempo como él hubo callado, volvió ligeramente la cabeza para ver lo que hacía el abate. Este se había quedado en el púlpito tan tranquilo como antes, pero se notaba claramente que advirtió el gesto de K. Hubiera sido infantil, en tal situación, no volverse por completo. K. realizó una media vuelta y vio que el sacerdote le hacía una seña para que se acercase. Como todo ya se había aclarado, se dirigió hacia el púlpito a grandes pasos, a la vez que por curiosidad por acelerar el fin del asunto. Se detuvo a la altura de las primeras bancas, pero la distancia era aún demasiado grande, en opinión del sacerdote, ya que extendió el brazo y, con el índice, señaló un lugar cerca del púlpito. K. obedeció; desde el lugar indicado no tenía más remedio que estirar la cabeza para ver a su interlocutor.

—Tú eres Joseph K. —dijo el abate.

—Sí —respondió K., reflexionando en la facilidad con que en otras épocas decía su nombre.

Eso era, por el contrario, desde algún tiempo, algo que para K. constituía un suplicio; en la actualidad, todo el mundo sabía su nombre. ¡Qué agradable era no ser conocido antes de que uno hubiese sido presentado!

—Estás acusado —dijo el abate, en voz sumamente baja.

—Sí —dijo K.—; estoy advertido.

—Entonces, eres el que busco —dijo el abate—. Soy el capellán de la cárcel —añadió.

—¡Ah, vaya! —dijo K.

—Te hice venir aquí para hablarte —dijo el cura.

—No lo sabía —dijo K.—. Vine para mostrar la catedral a un italiano —explicó K.

—Olvida lo secundario —dijo el abate—. ¿Qué llevas en la mano?, ¿es un devocionario?

—No —respondió K.—; es un álbum de curiosidades de la ciudad.

—¡Suéltalo! —dijo el abate.

K. arrojó el álbum con tanta violencia que se destrozó al caer, con un ruido seco, y rodó por el suelo.

—¿Ya sabes que tu proceso va mal? —preguntó el abate.

—Así me parece —dijo K.—. Me he preocupado mucho por él hasta ahora, sin resultado; a decir verdad, mi recurso aún no está listo.

—¿Cómo crees que habrá de terminar eso? —dijo el abate.

—Antes —respondió K.— yo creía que mi proceso terminaría bien; actualmente, a veces lo dudo. ¡No sé qué final pueda tener! ¿Tú lo sabes?

—No —dijo el abate—; pero temo que termine mal. Te consideran culpable. Tu proceso no saldrá posiblemente de la competencia de un tribunal inferior. Por el momento, por lo menos, se considera tu falta como probada.

—Pero ¡yo no soy culpable! —dijo K.—; es un error. Por otra parte, ¿cómo puede prejuzgarse a un ser humano culpable? Todos somos aquí seres humanos, tanto unos como otros.

—Exacto —respondió el abate—; es así como hablan los culpables.

—¿Tú también estás predispuesto contra mí? —preguntó K.

—No tengo ningún prejuicio contra ti —respondió el abate.

—Te lo agradezco —dijo K.—, porque todos los que se ocupan de mi proceso se forman un prejuicio en contra mía, y hacen que quienes nada tienen que ver con él lo compartan con ellos, y mi situación se vuelve cada vez más difícil.

—Te confundes con los hechos —dijo el abate—. La sentencia no viene de golpe; el procedimiento conduce a ella poco a poco.

—Precisamente en eso estoy —dijo K., bajando la cabeza.

—¿Qué vas a hacer ahora por tu proceso? —preguntó el abate.

—Voy a buscar ayuda todavía —dijo K., levantando la cabeza para tratar de captar lo que pensaba el eclesiástico—. Hay ciertas posibilidades a las cuales no he recurrido.

—Buscas demasiado la ayuda de los demás, sobre todo de mujeres —le respondió el abate, en un tono de reprobación—. ¿Es que no te das cuenta que ellas no son de verdadera ayuda?

—En ocasiones —dijo K.—, y hasta con frecuencia, podría concederte la razón, pero no siempre. Las mujeres tienen una gran preponderancia. Si lograra convencer a ciertas mujeres a las que conozco para que, unidas, trabajasen a favor mío, acabaría por obtener el triunfo. Sobre todo con esta justicia en la que únicamente se encuentra perseguidores de faldas. No hay más que mostrar de lejos una mujer a un juez de instrucción, y este será capaz de brincar por encima de su escritorio y del acusado para alcanzarla a tiempo.

El abate bajó la cabeza hacia el antepecho; era la primera vez que parecía oprimido por el techo del púlpito. ¿Qué tiempo haría allá, afuera? Ya no se trataba de un día gris: ya era plena noche. Ningún color de los grandes vitrales se reflejaba en la sombra de las paredes. Sin embargo, precisamente ahora el pertiguero aquel se dedicaba a apagar uno tras otro todos los cirios del altar mayor.

—¿Me guardas rencor? —preguntó K. al abate—. ¿Tal vez no sabes a qué justicia sirves?

No obtuvo respuesta, y añadió:

—Únicamente he hablado de mis experiencias.

Pero tampoco hubo respuesta de allí arriba.

—No tuve la intención de ofenderte —dijo K.

Ahora, el abate vociferó desde el púlpito:

—Y, pues, ¿no ves a dos pasos de distancia?

Lo había dicho enfurecido, aun cuando, al mismo tiempo, como quien ve que alguien cae y se altera involuntariamente porque es presa del temor.

Ambos guardaron silencio. Al abate se le dificultaba ver a K., debido a la obscuridad que reinaba bajo el púlpito, en tanto que K. lo veía a la luz de la lamparita. ¿Por qué no bajaba el abate? No había pronunciado el sermón; simplemente se limitó a dar unas indicaciones a K.; y era probable que ellas le hicieran más daño que bien si las tomaba en cuenta con toda exactitud. Pese a todo, no había duda de la buena intención del sacerdote. Si bajara del púlpito, K. podría llegar a una inteligencia con él; recibir un consejo del sacerdote no era un imposible; si así fuera, seguramente resultaría aceptable y decisivo; por ejemplo, aun cuando no mostrase cómo influir en el procedimiento, podría sí aconsejarle cómo salir del cerco del proceso, cómo poderlo soslayar y vivir fuera de él. Tal posibilidad debía existir; últimamente, K. había pensado en ella a menudo. De conocerla el abate, ¿la revelaría cuando se lo pidiera? Le asaltaba la duda, pues, ¿no pertenecía a la justicia el propio sacerdote?, ¿no había reprimido con furia su natural dulzura para recriminar severamente a K. cuando atacó al tribunal?

—¿No quieres bajar? —preguntó K.—. No hay que predicar... Ven conmigo, ¿no?

—Sí, ahora ya puedo hacerlo —dijo el abate, arrepentido seguramente de haberse exaltado, mientras descolgaba la lámpara—. Era necesario que empezara por hablar desde lejos. De lo contrario, me es fácil dejarme influir y, se me olvida mi ministerio.

K. lo esperó al pie de la escalera. El abate le tendió la mano al bajar, aún antes de pisar el suelo.

—¿Puedes concederme un poco de tiempo? —pidió K.

—Tanto como quieras —dijo el abate, poniendo a su alcance la lamparita para hacérsela llevar.

Hasta de cerca conservaba en toda su persona cierto porte de solemnidad.

—Eres muy amable conmigo, —dijo K.

Iban y venían uno junto al otro por la nave lateral, en medio de las tinieblas.

—Eres una excepción entre todos los que sirven a la justicia —agregó—, inspiras más confianza que cualquier otro de ellos, y conozco ya a muchos. Contigo puedo hablar abiertamente.

—No te engañes —dijo el abate.

—¿En qué podría engañarme? —preguntó K.

—Es acerca de la justicia que te engañas —le dijo el abate—, y de este error se habla en las Escrituras, por lo que precede a la Ley. Escucha: «Un centinela se encuentra apostado ante la Ley; cierto día, llega un hombre hasta él y le pide permiso para entrar. El centinela le dice que no puede dejarlo entrar en ese momento. El hombre reflexiona y pregunta, entonces, si podrá entrar más tarde. “Es posible —dice el centinela—, pero no ahora”. El centinela se retira de la puerta, abierta como de costumbre, y el hombre se asoma para observar el interior. El centinela, viéndolo hacer, ríe y dice: “Si tanto lo deseas, prueba de entrar no obstante mi prohibición; pero ten en cuenta que soy poderoso, y no soy sino el último de los centinelas. Encontrarás centinelas cada vez más poderosos a la entrada de cada sala; a partir de la tercera ni yo puedo soportar la presencia de ellos”. El hombre no se esperaba tantas dificultades, pensaba que la Ley debía ser accesible a todo el mundo y en cualquier momento; ahora, al examinar más detenidamente el abrigo de pieles, del guardián, su nariz grande y picuda, su larga barba rala y negra, al estilo tártaro, se decide a esperar, sin embargo, hasta que se le permita entrar. El centinela le da un banquillo y lo hace sentar al lado de la puerta. Allí permanece durante largos años. Una y otra vez repite los intentos, a fin de que le dejen pasar, y colma al centinela con sus ruegos. En ocasiones, el centinela lo somete a breves interrogatorios, le pregunta acerca de su pueblo y de otros temas, pero no son más que cuestiones indiferentes, como las que plantean los señores importantes; para terminar, siempre le dice que no puede dejarlo entrar. El hombre, que para su viaje se ha procurado de toda suerte de provisiones, emplea todo, por muy apreciado que le sea, para sobornar al centinela; y este lo toma todo, pero le dice: “Si lo acepto es sólo para que no puedas pensar que has descuidado algo”. En el curso de los largos años de espera, el hombre no deja casi nunca de observar al centinela. Pasa por alto a los demás centinelas, salvo al primero, de quien sospecha que es el único que le impide entrar en la Ley, y maldice a voces la crueldad del destino durante los primeros años; más tarde, al envejecer, no hace sino rezongar: vuelve a la infancia. Y como son tantos los años durante los cuales se ha

dedicado a observar al centinela, acaba por conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, a las cuales pide que lo ayuden a doblegar al guardián. Por último, su vista se ha debilitado; no acierta a saber si en verdad se hizo de noche en derredor suyo, o si sus ojos lo engañan. Mas, en ese momento, en medio de la obscuridad, vislumbra un resplandor a través de las puertas de la Ley. Desde ahora, ya no le queda vida por mucho tiempo. Antes de morir, todos los recuerdos acuden a su mente para imponerle una pregunta que él todavía no ha formulado. Y no pudiendo ya erguir su cuerpo rígido, hace una señal al guardián para que se aproxime. El guardián se ve obligado a inclinarse mucho hacia él, ya que la diferencia de sus estaturas se ha modificado excesivamente. “¿Qué quieres saber aún? —le pregunta— ¡eres insaciable!”. “Si todo el mundo quiere conocer la Ley —le dice el hombre— ¿cómo es posible que, desde hace tanto tiempo, nadie te haya pedido, salvo yo, que le dejes entrar?”. El guardián se da cuenta que para el hombre es el fin, e, intentando llegar hasta el tímpano aniquilado, le dice a voces, junto al oído: “Sólo tú tenías derecho de entrar aquí, pues esta entrada únicamente estaba hecha para ti; ahora me voy, y cierro”.»,

—O sea, que el centinela engañó al hombre —dijo K., de inmediato, pues se había interesado vivamente por la historia.

—No te precipites al juzgar —dijo el abate—; no hagas tuyas, sin reflexión, las opiniones de los extraños. Te acabo de referir la historia según el texto de las Escrituras. Ahí no se dice que el hombre haya sido engañado.

—De todos modos, está bien claro —opinó K.—; el centinela habló cuando ya era demasiado tarde.

—Aún no había sido interrogado —dijo el abate—; piensa, también, que no era sino un simple centinela; y, como tal, había cumplido con su deber a la perfección.

—¿Por qué aseguras que había cumplido su deber a la perfección? —preguntó K., y se adelantó a la respuesta—: No lo cumplió. Su deber era, posiblemente, vedar el paso a los extraños; mas debió haber dejado pasar a ese hombre a quien se le destinó la entrada.

—No respetas lo suficiente las Escrituras; tergiversas la historia —dijo el abate—. La historia contiene, en relación a la entrada, dos declaraciones de importancia hechas por el guardián: una, al principio; otra, al final. La primera dice que él no podía permitir, en aquel momento, la entrada al hombre; la segunda dice; «Esta entrada únicamente estaba hecha para ti». Si existiera una contradicción entre estas dos declaraciones, podrías tener razón: el centinela habría engañado al hombre. Pero no existe contradicción. Volviendo a las declaraciones, la primera anuncia la segunda. Podríamos casi decir que el centinela se excede en el cumplimiento de su deber al permitir al hombre que considere la posibilidad de entrar más tarde. En aquel momento, es posible que su deber haya sido, simplemente, negar la entrada al hombre. En efecto, muchos exegetas se asombran de que el guardián haya podido permitirse tal insinuación, pues parece ser un amante de la exactitud y riguroso cumplidor de su deber. Por largos años vela, sin abandonar su puesto, y no cierra la

puerta sino hasta el final; tiene conciencia del alcance de su misión, pues dice: «Soy poderoso», y respeta a sus superiores puesto que declara: «yo no soy sino el último de los centinelas». No es hablador, ya que deja pasar mucho tiempo ante de hacer preguntas indiferentes, conforme el texto de las escritoras; tampoco es venal, ya que, cuando acepta los obsequios, dice: «Si lo acepto es sólo para que no puedas pensar que has descuidado algo». No se deja conmover ni exasperar por cuanto atañe al cumplimiento de su deber, pues se dice del hombre: «colma al centinela con sus ruegos». En suma, su propio físico delata un carácter cargante, puesto que es de nariz grande y picuda, de larga barba rala y negra, al estilo de los tártaros. ¿Puede encontrarse un portero más fiel? Pero en su carácter hay otros rasgos que son sumamente favorables para quien solicita la entrada, los cuales nos demuestran, en cualquier caso, que el guardián haya podido excederse en el cumplimiento de su deber, al dejar traslucirse la insinuación a la cual me referí con respecto a las posibilidades que el hombre de nuestra historia pudiera tener, más tarde, de penetrar en el seno de la Ley. Nadie se atrevería a negar, de hecho, que ese portero no hubiese sido algo simple y engreído, lo cual en parte se derivaría de cierta ingenuidad suya. Por más precisas que sean sus declaraciones en relación a su poder y al de los demás guardianes, de los cuales dice que ni él puede soportar la presencia de ellos, el tono que usa al hacerlas demuestra que su punto de vista se encuentra enturbiado por la puerilidad y el orgullo. Los historiadores afirman al respecto que es posible comprender algo y engañarse a un tiempo acerca de lo mismo. De cualquier modo, uno está forzado a admitir que así se manifiesten muy ligeramente tanto el orgullo como la ingenuidad, no dejan de menoscabar la firmeza del cuidado de la entrada; lo cual quiere decir que existen fallas en el carácter del guardián. Hay que agregar, además, que el portero parece ser amable de por sí. No siempre persiste en la actitud a que le obliga su cargo. Desde los comienzos bromea con el hombre, cuando lo invita a pasar, no obstante su prohibición; luego, no lo echa, antes bien le da personalmente un banquito y deja que tome asiento al lado de la puerta. La paciencia con la que, durante tantos años, sobrelleva el apremio del hombre, nos lo hacen ver propenso a la compasión; asimismo las breves conversaciones que entabla, los obsequios que acepta y su condescendencia al soportar que el hombre maldiga ante él la crueldad del destino, siendo que en su condición de portero es, pese a todo, quien lo representa. No todos se hubieran comportado así. Por último, ¿acaso no acude y se inclina hacia el hombre a una simple señal suya para facilitarle la postrer pregunta? No se le pueden advertir huellas de impaciencia, como no sea en estas palabras: «eres insaciable»; el centinela sabe que en ese instante todo ha terminado; hay quienes van más lejos y sostienen que esa exclamación expresa cierta admiración amistosa, si bien, a decir verdad, encierra una ligera condescendencia. De todas maneras, el centinela es un personaje presentado en forma muy distinta a como tú lo pensaste.

—Sí, conoces mejor la historia que yo y desde hace más tiempo —dijo K.

Ambos guardaron silencio por unos instantes; luego, K. declaró:

—Así, piensas que el hombre no fue engañado.

—No te confundas respecto a mis palabras —respondió el abate—. Yo sólo expongo las diversas tesis planteadas ante una misma situación. No des demasiada importancia a las glosas. Las Escrituras son inmutables y las glosas no son, a menudo, sino la expresión de la desesperanza que experimentan los glosadores. En el caso que nos ocupa, hay comentaristas que pretenden que el guardián fue el engañado.

—Pues, ¡si que van lejos! —exclamó K.—. Y, ¿cómo lo prueban?

—Tal afirmación —dijo el abate— se funda en la ingenuidad del portero. Se dice que no conoce el interior de la Ley, sino tan sólo el camino que él recorre delante de la puerta. Los glosadores consideran pueril la idea que él tiene del interior y piensan que es con su propio temor con el que quiere atemorizar al hombre; inclusive que su temor es más fuerte que el del hombre, pues este no pide más que entrar, pese a que le han hablado de horrendos centinelas, en tanto que el propio guardia no quiere entrar, o al menos no es esa su preocupación. Otros opinan que es de suponer que haya entrado, puesto que ha sido elegido para el servicio de la Ley y que la contrata sólo pudo efectuarse en el interior. Pero a uno le asiste el derecho de responderles que pudo muy bien haber sido designado desde adentro sin que se requiriera entrar, y que, de todos modos, no habría ido muy lejos, puesto que a partir del tercer centinela no soporta la presencia de ninguno. Además, en ninguna parte queda dicho que durante tantos años en los que el hombre espera, haya el centinela referido jamás algo, sea lo que fuere, del interior, exceptuando su reflexión a propósito de los centinelas. Naturalmente, podría ser que le estuviera prohibido hablar de ello, pero no lo menciona siquiera. Se saca en conclusión que él nada sabe del aspecto ni de la importancia del interior, y que se engaña acerca de ello. Y se equivoca, también, acerca del aldeano, pues él es inferior a ese hombre y lo ignora. Que es un hecho el trato que le da como a inferior, se pone de manifiesto en varios pasajes, los cuales, sin duda, recuerdas todavía. Aparte todo esto, la realidad de que es inferior queda muy clara en la tesis que aquí expongo: Primero, el hombre libre es superior al hombre sujeto. Ahora bien, el hombre que ha llegado es libre, puede ir a donde guste; lo único que le está vedado es el acceso a la Ley, y sólo hay una persona que se lo impida: el guardián. Si se sienta al lado de la puerta y ahí pasa el resto de su vida, lo hace por su propia voluntad; la historia no menciona que se le obligara a ello nunca. En cambio, el guardián está sujeto a su puesto porque su deber lo exige; no puede alejarse ni, tampoco, por ningún concepto aparente, introducirse, así lo desee. Más aún: si está al servicio de la Ley, sólo la sirve en lo concerniente a esa entrada. En consecuencia, de hecho sólo la sirve por ese hombre al cual ha sido destinada la entrada. Ahí podemos hallar una razón más para considerarlo como un subordinado. Cabe admitir que durante muchos años ha debido realizar su trabajo inútilmente; toda la vida de un hombre, por así decir, pues se habla de que llega un hombre, y se sobreentiende, por lo tanto, que está en edad madura, lo cual hace suponer que el centinela ha debido

esperar mucho tiempo antes de ejercer su función; esperar, para ser exactos, tanto como le plugo al hombre, el cual llegó cuando quiso. Y es hasta el fin de esa espera prolongada que él depende de ese hombre, puesto que no termina sino con la inminente muerte del visitante; así pues, permanece subordinado a él hasta el fin. Además, el texto demuestra a cada instante que el guardián da la impresión de ignorar todo eso. Por otra parte los glosadores no ven ahí nada de sorprendente, pues, en su opinión, el guardián se engaña aún más burdamente acerca de otro punto: conocer a fondo su función. ¿Acaso al final no dice: «ahora me voy, y cierro»? Pero queda dicho al principio que la puerta de la Ley está abierta como de costumbre y, siendo así, esto es, independientemente de la duración de la existencia del hombre al cual está destinada, el propio centinela no debería cerrarla. Aquí las opiniones se contradicen. Unos opinan que el centinela, al declarar que cerrará la puerta, da simplemente una respuesta; otros opinan que quiere destacar su deber; hay quienes aseguran que busca hundir al hombre en sus remordimientos, hasta su último pesar. Sin embargo, un considerable número de comentaristas está de acuerdo en afirmar que él no podrá cerrar la puerta; inclusive, piensan que al final por lo menos, queda inferior al hombre en conocimientos, pues este vislumbra un resplandor a través de la puerta de la Ley, en tanto que el centinela siempre da la espalda a la entrada, en su calidad de guardián, y no testimonia, con ninguna declaración, que haya advertido algún cambio.

—Eso sí está bien fundado —dijo K., que se había mantenido atento a la explicación del abate e, incluso, había repetido a media voz ciertos pasajes—. ¡Muy bien fundado! Ahora hasta yo creo que el guardián se engaña. Mas ello no borra la primera impresión que me produjo la historia, la cual coincide que con la que acabo de experimentar. No tiene gran importancia el hecho de que el guardián vea o no con claridad, podría dudarse de ello; pero, si él está engañado, con mucha más razón lo está el hombre. El centinela deja, en tal caso, de ser engañoso. Mas eso sí, aparece tan ingenuo que merece ser despedido de inmediato. Imagina, en efecto, que si el error en el que se encuentra no le perjudica, es, en cambio, muchísimo más peligroso para el hombre.

—Estás tocando aquí la tesis divergente —le dijo el abate—. Ha habido quienes han dicho que la historia no concede a nadie el derecho de juzgar al centinela. De cualquier modo que se nos presente no deja de ser un servidor de la Ley, y escapa, pues, al juicio humano. Desde este punto de vista, no se le debe considerar ya inferior al hombre, pues, el solo hecho de que esté sujeto por su servicio a una entrada, así sea una sola, de la Ley, lo sitúa incomparablemente en un nivel superior al del hombre que vive en el mundo, aun cuando viva con libertad. El hombre se acerca a la ley por primera vez, en tanto que el centinela ya se encuentra en ella. Este fue elegido por la Ley para que le sirviera; poner en duda la dignidad del guardián equivaldría a dudar de la Ley.

—No comparto esa opinión —dijo K., meneando la cabeza—. De aceptarse, habría que creer todo lo que dice el guardián, y eso no es posible. Inclusive, tú has expuesto claramente las razones.

—No —dijo el abate—; no está uno obligado a dar por cierto todo lo que él dice; es suficiente con que todo se considere necesario.

—Triste opinión —dijo K.; por ella la mentira estaría a la altura de una norma en el universo.

K. emitió esa observación, pero su juicio no era definitivo. Se sentía excesivamente fatigado para poder profundizar todo el alcance de la historia hasta sus últimas consecuencias. Además, ella conducía su pensamiento por sendas con las que no estaba familiarizado; lo instigaba a preocupaciones quiméricas, que merecían ser más bien discutidas por gente de la justicia que por él. La historia inicial se había vuelto irreconocible; no deseaba sino olvidarla. El abate lo toleró con mucho tacto y aceptó su reflexión sin pronunciar una palabra, si bien no estaba de acuerdo con sus propios sentimientos.

Siguieron caminando un rato más en silencio. K. no se separaba del abate un paso siquiera, pues era tal la obscuridad que no acertaba adonde dirigirse. La lámpara que sostenía en la mano se había apagado desde hacía mucho tiempo. Justo delante suyo vio el centelleo de la imagen de plata de un gran santo, que en seguida pasó de nuevo a la sombra. Con el fin de no seguir enteramente a merced del abate, le preguntó:

—¿No estamos ya cerca de la entrada principal?

—No —respondió el abate—; nos encontramos a mucha distancia. ¿Quieres irte ya?

Aun cuando K. no lo había pensado por el momento, dijo al punto:

—Naturalmente; debo irme. Soy el apoderado de un Banco, donde me esperan. Vine únicamente para mostrar la catedral a uno de nuestros clientes extranjeros.

—Muy bien, pues, ¡vete! —dijo el abate, y le tendió la mano.

—Pero es que me siento perdido, yo solo, en esta obscuridad —dijo K.

—Alcanza la pared de la izquierda, síguela sin dejarla nunca y así darás con una salida.

El abate se había alejado unos pasos cuando K. exclamó con voz muy alta:

—¡Espera aún, por favor!

—Espero —dijo el abate.

—¿No tienes algo más que preguntarme? —pidió K.

—No —dijo el abate.

—Hace poco eras tan gentil conmigo... —dijo K.—. Me explicabas todo; y, ahora, me dejas como si no quisieras saber nada de mí.

—Me dijiste que debías irte —respondió el abate.

—Sí, claro, compréndelo —dijo K.

—Antes, comprende quién soy —dijo el abate.

—Eres capellán de prisiones —dijo K., acercándose hacia él.

No necesitaba regresar al Banco tan pronto como dijo; podía muy bien quedarse aún.

—Ello significa que pertenezco a la justicia —dijo el abate—. Siendo así, ¿qué podrías importarme? La justicia no quiere saber nada de ti. Te recibe cuando vienes; te deja cuando te vas.

CAPÍTULO X

La antevíspera del trigésimo primer aniversario del nacimiento de K., a eso de las nueve de la noche, hora de tranquilidad en las calles, dos señores se presentaron en su domicilio. Vestían de levita; pálidos, gordos y rematados con sendos sombreros de copa que daban la impresión de estar atornillados en sus cabezas. Mutuamente se cedían el paso para que el uno entrara primero que el otro; en la puerta de la casa intercambiaron algunas pequeñas cortesías, las cuales repitieron, ampliándolas, ante la habitación de K.

Aun cuando la visita no le había sido anunciada, K., él también vestido de negro, se encontraba sentado cerca de la puerta, en la actitud de un caballero que espera a alguien, y se estaba poniendo unos guantes nuevos, cuyos dedos se iban amoldando poco a poco a los suyos. De inmediato se puso de pie y miró con curiosidad a los dos señores.

—¿Ustedes son quienes me han sido destinados? —preguntó K.

Aquellos señores afirmaron con la cabeza, señalándose recíprocamente y sosteniendo cada quien su clac en la mano. K. se decía, en su fuero interno, que no era aquella visita la que él esperaba. Se dirigió hacia la ventana y miró una vez más hacia la ensombrecida calle. Del otro lado casi todas las ventanas quedaban a oscuras, como la suya; muchas tenían las persianas caídas. En una ventana con luz, en el mismo piso, dos criaturas jugaban juntas detrás de una rejilla, todavía incapaces de cambiar de sitio, y tendían sus manecitas una hacia la otra. «Son dos actores de segundo plano estos que me envían», pensó K., volviéndose hacia ellos para convencerse del todo. «Quieren acabar conmigo al menor precio».

Después, con movimiento brusco, se plantó delante de ellos y les preguntó:

—¿En qué teatro actúan ustedes?

—¿Teatro? —dijo uno de aquellos señores, consultando con la mirada al otro.

Este se comportó como un mudo, luchando contra su organismo rebelde.

K. reflexionó para sí: «no tienen preparación para ser interrogados», y fue en busca de su sombrero.

Apenas en la escalera, los dos señores intentaron tomarle por los brazos, pero él les dijo:

—A la calle, a la calle; no estoy enfermo.

En cuanto hubieron franqueado la puerta, le agarraron los brazos de un modo tan raro como nunca había sido conducido K. Iban con los hombros pegados por detrás contra los suyos y, en vez de darle respectivamente el brazo, tenían enlazados los brazos de K., todo a lo largo, con las manos hacia abajo, cogiéndolo en una forma irresistible, fruto de un largo ejercicio. K. iba rígido caminando entre ellos; formaban, ahora, un bloque tal que no se hubiera podido atropellar a uno de ellos sin aniquilar a

los demás. Constituían una cohesión difícil de lograrse generalmente de no ser materia inerte. Al pasar bajo las farolas de gas, K. intentó repetidas veces, aun cuando resultaba difícil por la forma en que lo apretaban, observar a sus acompañantes mejor que como pudo hacerlo en la penumbra de su habitación. «Tal vez son tenores», pensó, al ver sus dobles barbillas gruesas. La esmerada pulcritud de sus caras le repugnaba. En ellas imaginaba las manos aún jabonosas, frotándose uno y otro el labio superior y aun las hendiduras de sus barbillas.

Ante tales apariencias, K. se detuvo; los otros hicieron lo mismo. Se encontraban a la orilla de una plaza sin gente, ornada de césped y de flores.

—¿Por qué ha sido a ustedes, precisamente, a quienes enviaron? —exclamó más bien que preguntar.

Con seguridad aquellos señores no acertaban qué responderle; esperaron, dejando colgar cada uno su brazo libre, como los enfermeros cuando el paciente a quien pasean quiere descansar.

—No seguiré adelante —dijo K., probando suerte.

Ahora los señores no tenían por qué responder; era suficiente con que no soltaran su presa, procurando llevar a K. en vilo para trasladarlo; pero K. se resistió. «No me harán ya falta muchas más fuerzas; las emplearé aquí todas», pensó. Recordaba a esas moscas que, queriendo escapar de lo pegajoso, se arrancan las patas. «¡Ya tendrán trabajo conmigo estos señores!», decía para sí.

En aquel preciso momento, la señorita Bürstner surgió por una escalerilla del fondo de la calle encajonada. Después de todo, tal vez no se trataba de ella; pero el parecido era en verdad asombroso. ¡Qué más le daba que fuese o no la señorita Bürstner! K. sólo pensaba en lo inútil de su resistencia. No había ninguna heroicidad en resistirse, en ocasionar dificultades a los dos señores ni en buscar, con todo y defendiéndose, el goce de un último destello de vida. Reinició la marcha, y la alegría que experimentaron los dos señores se reflejó en su propio rostro. Ahora le dejaban escoger la dirección; K. los condujo tras las huellas de la joven, no para alcanzarla, tampoco para verla el máximo tiempo posible, sino simplemente para no olvidar el aviso que ella representaba para él. «Ahora —se decía, y la simultaneidad de los pasos suyos con los de aquellos dos señores confirmaba sus pensamientos—, ahora no tengo más que conservar hasta el final la lucidez de mi raciocinio. Invariablemente, he pretendido en este mundo llevar adelante veinte ideas a un mismo tiempo y, por añadidura, con un propósito no siempre encomiable. Fue un error; y, ahora, ¿voy a demostrar que nada aprendí en un año de proceso?, ¿partiré como si fuera un ser torpe, el cual nunca fue capaz de aprender nada?, ¿he de permitir que digan de mí que al iniciarse el proceso pretendía terminarlo, y que al acercarse la consumación no quería sino volverlo a empezar? No, no quiero que digan eso. Me siento dichoso de que me hayan sido destinados estos dos señores casi mudos, que no entienden nada y dejan para mí solo el que yo me diga lo que es necesario hacer».

La joven acababa de meterse por un callejón lateral, pero K. pedía ya abstenerse de ella, y se abandonó a sus compañeros. Plenamente de acuerdo en lo sucesivo, los tres la emprendieron a lo largo de un puente iluminado por la luz de la luna; los señores cedían con facilidad a sus menores movimientos; cuando él se dirigió hacia la baranda, ellos siguieron su dirección, y quedaron frente al río. A la luz de la luna el agua resplandecía, y se agitaba al bifurcarse alrededor de una pequeña isla sobre la que se apiñaba un frondoso follaje. Bajo los árboles corrían senderos de grava; pero no se les podía ver: estaban bordeados de confortables bancas; los veranos, K. había encontrado en ellas un placentero descanso.

—No quería detenerme —dijo K. a sus compañeros, algo apenado por la sumisión que demostraban.

Uno de los dos hizo una seña al otro, detrás suyo, que parecía ser un reproche por aquella permanencia allí, la cual se prestaba a malentendidos; luego continuaron su camino.

Llegaron a unas calles por las que iban de subida y en ellas descubrían, tan pronto cerca, tan pronto lejos, agentes de policía parados o haciendo ronda. Uno de tantos, con gran bigote y que tenía la mano sobre la empuñadura de su sable, se acercó con toda intención hacia el grupo, que se le hacía sospechoso. Los señores se detuvieron; el agente ya iba a decir algo, cuando K. atrajo con fuerza a sus compañeros para seguir adelante; por varias veces se volvió, discretamente, observando si el policía continuaba tras ellos; pero, tan pronto como hubieron doblado una esquina, quedando ocultos, K. echó a correr, y los señores se vieron forzados a hacer lo mismo, a costa de una gran sofocación.

Así llegaron rápidamente a las afueras de la ciudad, que por ese lado, apenas sin transición, terminaba en el campo.

En una pequeña cantera, abandonada en las proximidades de una casa de exteriores aún urbanos, fue donde los señores se detuvieron, ya sea porque hubiesen determinado previamente ese lugar como meta, ya porque estuvieran demasiado fatigados para seguir avanzando. Soltaron a K., el cual esperaba en silencio; se quitaron los sombreros de copa y enjugaron con sus pañuelos el sudor de sus frentes, en tanto que observaban la cantera. El esplendor de la luna lo inundaba todo, con esa calma y esa naturalidad que no es propia de ninguna otra luz.

Después de intercambiar algunas demostraciones de cortesía para resolver la cuestión de quién tenía la precedencia, pues era el caso que ambos señores debían haber recibido la misión entre los dos, uno de ellos se acercó a K. y le quitó la chaqueta y el chaleco, así como la camisa. K. se estremeció sin poder contenerse; el señor le dio una palmadita en la espalda, para infundirle valor; después, dobló cuidadosamente aquellas prendas, como si se tratara de algo que habría de usarse en un tiempo no previsto. Con el fin de no tener a K. inmóvil, expuesto al fresco del aire nocturno, lo tomó por el brazo y lo hizo pasear yendo y viniendo, mientras el otro localizaba dentro de la cantera un lugar apropiado. En cuanto aquel señor halló el

lugar hizo una seña al otro y este condujo a K. hasta allí; estaba frente al muro, cerca del cual aún había una piedra arrancada. Los señores hicieron sentar a K. sobre el suelo e inclinarse contra la piedra, con la cabeza sobre ella. Como sea que, a pesar de todo el trabajo que se tomaban y la buena voluntad de K., su posición resultaba sumamente embarazosa e inverosímil, uno de los señores rogó al otro que le permitiera, por un momento, acomodar él solo a K.; sin embargo, la situación no mejoró, terminando por dejarlo en una postura que no aventajaba a las que antes habían logrado. Uno de los señores desabrochó, entonces, su levita, y sacó de una funda, colgada de un ceñidor que llevaba alrededor del chaleco, un largo y delgado cuchillo de carnicería, de doble filo; lo sostuvo hacia arriba y comprobó los dos filos a la luz. En aquel momento volvieron a empezar los mismos horribles comedimientos anteriores. El que tenía el cuchillo, alargando la mano por encima de K., lo tendió al otro, y este se lo devolvió de la misma manera. Ahora K. sabía perfectamente que su deber hubiera sido tomar por su cuenta el instrumento, mientras pasaba de mano en mano por encima de él, y hundirlo en su propio cuerpo. Pero no lo hizo; por el contrario, movió aún con libertad su cuello, a uno y otro lado, y miró en torno suyo. No podía representar su papel hasta el final; no podía descargar de todo el trabajo a las autoridades; la responsabilidad de ese último error recaía en aquel que le había negado las fuerzas que le restaban y que habrían de hacerle falta para ello. Su mirada fue a dar en el último piso de la casa contigua a la cantera. Como si una luz desprendiera las dos hojas de una ventana, esta se abrió de par en par allá arriba; un hombre, delgado confuso a esa distancia y a esa altura, se asomó súbitamente al exterior, lanzando los brazos hacia adelante. ¿Quién era?, ¿un amigo?, ¿un alma bondadosa?, ¿alguien que compartía su desgracia?, ¿alguien que quería ayudarle?, ¿era uno solo?, ¿eran todos?, ¿había aún un recurso?, ¿existían objeciones todavía sin promover? Ciertamente. La lógica, por muy inquebrantable que sea, no resiste a un hombre con ansias vivir. ¿Dónde estaba el juez, al que nunca vio?, ¿dónde estaba la Suprema Corte, a la cual nunca había llegado? Levantó las manos y separó mucho los dedos.

Pero uno de los dos señores lo había ya agarrado por la garganta; el otro le hundía el cuchillo en el corazón, y aún lo hizo girar dos veces. Con los ojos mortecinos vio aún a los dos señores, quienes, inclinados muy cerca de su rostro, mejilla contra mejilla, observaban el desenlace.

—¡Como perro! —dijo.

Y era como si la vergüenza hubiese de sobrevivirle.



FRANZ KAFKA (Praga, 1883 - Kierling, Austria, 1924). Escritor checo en lengua alemana. Nacido en el seno de una familia de comerciantes judíos, Franz Kafka se formó en un ambiente cultural alemán, y se doctoró en derecho. Pronto empezó a interesarse por la mística y la religión judías, que ejercieron sobre él una notable influencia y favorecieron su adhesión al sionismo.

Su proyecto de emigrar a Palestina se vio frustrado en 1917 al padecer los primeros síntomas de tuberculosis, que sería la causante de su muerte. A pesar de la enfermedad, de la hostilidad manifiesta de su familia hacia su vocación literaria, de sus cinco tentativas matrimoniales frustradas y de su empleo de burócrata en una compañía de seguros de Praga, Franz Kafka se dedicó intensamente a la literatura.

Su obra, que nos ha llegado en contra de su voluntad expresa, pues ordenó a su íntimo amigo y consejero literario Max Brod que, a su muerte, quemara todos sus manuscritos, constituye una de las cumbres de la literatura alemana y se cuenta entre las más influyentes e innovadoras del siglo xx.

En la línea de la Escuela de Praga, de la que es el miembro más destacado, la escritura de Kafka se caracteriza por una marcada vocación metafísica y una síntesis de absurdo, ironía y lucidez. Ese mundo de sueños, que describe paradójicamente con un realismo minucioso, ya se halla presente en su primera novela corta, Descripción de una lucha, que apareció parcialmente en la revista *Hyperion*, que dirigía Franz Blei.

En 1913, el editor Rowohlt accedió a publicar su primer libro, *Meditaciones*, que reunía extractos de su diario personal, pequeños fragmentos en prosa de una inquietud espiritual penetrante y un estilo profundamente innovador, a la vez lírico, dramático y melodioso. Sin embargo, el libro pasó desapercibido; los siguientes tampoco obtendrían ningún éxito, fuera de un círculo íntimo de amigos y admiradores incondicionales.

El estallido de la Primera Guerra Mundial y el fracaso de un noviazgo en el que había depositado todas sus esperanzas señalaron el inicio de una etapa creativa prolífica. Entre 1913 y 1919 Franz Kafka escribió *El proceso*, *La metamorfosis* y *La condena* y publicó *El chófer*, que incorporaría más adelante a su novela *América*, *En la colonia penitenciaria* y el volumen de relatos *Un médico rural*. En 1920 abandonó su empleo, ingresó en un sanatorio y, poco tiempo después, se estableció en una casa de campo en la que escribió *El castillo*; al año siguiente Kafka conoció a la escritora checa Milena Jesenska-Pollak, con la que mantuvo un breve romance y una abundante correspondencia, no publicada hasta 1952. El último año de su vida encontró en otra mujer, Dora Dymant, el gran amor que había anhelado siempre, y que le devolvió brevemente la esperanza.

La existencia atribulada y angustiosa de Kafka se refleja en el pesimismo irónico que impregna su obra, que describe, en un estilo que va desde lo fantástico de sus obras juveniles al realismo más estricto, trayectorias de las que no se consigue captar ni el principio ni el fin. Sus personajes, designados frecuentemente con una inicial (Joseph K o simplemente K), son zarandeados y amenazados por instancias ocultas. Así, el protagonista de *El proceso* no llegará a conocer el motivo de su condena a muerte, y el agrimensor de *El castillo* buscará en vano el rostro del aparato burocrático en el que pretende integrarse.

Los elementos fantásticos o absurdos, como la transformación en escarabajo del viajante de comercio Gregor Samsa en *La metamorfosis*, introducen en la realidad más cotidiana aquella distorsión que permite desvelar su propia y más profunda inconsistencia, un método que se ha llegado a considerar como una especial y literaria reducción al absurdo. Su originalidad irreductible y el inmenso valor literario de su obra le han valido *a posteriori* una posición privilegiada, casi mítica, en la literatura contemporánea